

Benjamin Black

Órdenes sagradas



Lectulandia

El Dublín de los 50 resulta tan protagonista de Órdenes sagradas como el eterno bebedor Quirke, un patólogo que —tal y como afirma su hija Phoebe— es incapaz de resistirse a la tentación de jugar a los detectives. También ella es la gran protagonista de esta novela, que arranca con su amigo, el peculiar reportero Jimmy Minor, sobre la mesa de autopsias. Uno de los grandes autores contemporáneos, cuyo talento se confirma con el último Premio Príncipe de Asturias de las Letras otorgado a Banville y a Benjamin Black al mismo tiempo. Una novela audaz y polémica sobre los abusos de la Iglesia, en la que Phoebe crece como gran personaje gracias a su transgresora historia de amor.

Lectulandia

Benjamin Black

Órdenes sagradas

Dr. Quirke - 6

ePub r1.1

Titivillus 25.04.15

Título original: *Holy Orders*
Benjamin Black, 2013
Traducción: Nuria Barrios

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



I

1.

Al principio pensaron que era el cuerpo de un niño. Más tarde, cuando lo sacaron del agua y vieron el vello púbico y las manchas de nicotina en los dedos, se dieron cuenta de su error. Hombre, al final de la veintena o al principio de la treintena, completamente desnudo excepto por un calcetín, el izquierdo. Tenía hematomas en la parte superior del torso y su rostro estaba tan desfigurado que incluso a su propia madre le habría costado reconocerlo. Una pareja de enamorados lo había descubierto, un pálido resplandor entre el muro del canal y el flanco de una barcaza amarrada. La chica llamó a la policía y el sargento que estaba en recepción pasó el aviso al despacho del inspector Hackett, pero Hackett ya se había marchado y quien respondió fue su ayudante, el joven Jenkins, que estaba en su cubículo, detrás de las celdas, escribiendo sus informes semanales.

—Un cuerpo flotando, mi sargento —dijo el hombre en recepción—. En Mespil Road, bajo el puente de Leeson Street.

La primera reacción del sargento Jenkins fue llamar por teléfono a su jefe, pero cambió de idea. A Hackett le gustaba dormir tranquilo y no se tomaría bien que le interrumpieran el sueño. Había dos compañeros en la sala de guardia: Quinlan, del cuerpo de motoristas, y otro, que había hecho una pausa en su ronda para tomar una taza de té. Jenkins les dijo que necesitaba su ayuda.

Quinlan estaba a punto de acabar su turno y la perspectiva de continuar trabajando no le agradó.

—Le prometió a su esposa que regresaría pronto —dijo el otro, Hendricks, guiñando un ojo, y se rio burlón.

Quinlan era un hombre grande y lento, de pelo engominado y ojos saltones. Aunque aún llevaba las polainas de cuero, ya se había quitado la guerrera. Permaneció inmóvil con el casco en la mano y sus ojos de sapo miraron glaciales a Jenkins. Este casi podía oír el engranaje del cerebro del hombretón, girando lentamente mientras calculaba cuántas horas extra podría rascar con aquel trabajo nocturno. Hendricks no acababa el turno hasta las cuatro de la madrugada.

—¡Al diablo! —Quinlan se encogió de hombros con irritada resignación y cogió la guerrera del colgador.

Hendricks se rio de nuevo.

—¿Hay algún coche en el patio? —preguntó Jenkins.

—Sí, vi uno cuando entré a trabajar —contestó Hendricks.

Jenkins nunca se había fijado hasta entonces en lo plana que era la cabeza de Hendricks por detrás. El cuello se prolongaba de manera vertical hasta la coronilla, como si hubiesen seccionado con un limpio corte la parte posterior del cráneo y el cabello hubiera vuelto a crecer sobre la cicatriz. Debía de tener un cerebro del tamaño de un limón. De medio limón.

—Bien —dijo Jenkins, tratando de sonar al mismo tiempo enérgico y desganado,

igual que su jefe—. En marcha.

Sacar el cuerpo del canal no resultó fácil. El nivel del agua estaba bajo y Hendricks tuvo que acercarse a Portobello para levantar de la cama al encargado de la esclusa. El sargento Jenkins encargó a Quinlan que inspeccionara el lugar de los hechos con la linterna, mientras él se acercaba a la pareja de enamorados que habían visto el cuerpo para hablar con ellos. La muchacha estaba sentada en un banco de hierro forjado bajo un árbol, estrujando un pañuelo y gimoteando. Su rostro se veía muy pálido en las sombras y, cada pocos segundos, un gran escalofrío estremecía su cuerpo y le hacía contraer los hombros. Su novio permanecía rezagado en la oscuridad, fumando nervioso.

—¿Podemos irnos ya, agente? —le preguntó intranquilo a Jenkins en voz baja.

Jenkins lo miró atentamente, intentando distinguir sus rasgos, pero la luz de la luna no alcanzaba tan lejos bajo el árbol. Parecía mucho mayor que la chica, un cuarentón, de hecho. ¿Sería un hombre casado y ella, su amiguita? Volvió a fijarse en la chica.

—¿A qué hora lo encontraron?

—¿Hora? —repitió ella, como si no comprendiera esa palabra. Su voz temblaba.

—No pasa nada, señorita —dijo con amabilidad Jenkins, sin saber muy bien por qué lo decía. Era el tipo de frase que usaban los detectives de las películas. Adoptó de nuevo una pose profesional—. Después de encontrarlo, llamaron inmediatamente, ¿no es así? —Jenkins se dirigió al hombre en la sombra.

—Ella casi tuvo que caminar hasta Baggot Street para dar con un teléfono que funcionara —contestó él. Antes había dicho su nombre, pero Jenkins lo había olvidado en el acto. ¿Wallace? ¿Walsh? Algo parecido.

—Y usted permaneció aquí.

—Pensé que debía quedarme a vigilar... el cuerpo.

Sí, claro, pensó Jenkins, por si acaso salía del agua y se largaba. Más bien, se había quedado para evitar ser él quien hiciera la llamada, temeroso de que le preguntaran quién era y qué estaba haciendo a la orilla del canal a esa hora de la noche en compañía de una jovencita a la que doblaba la edad.

Un coche que pasaba aminoró la velocidad y su conductor, intrigado por ver lo que sucedía, estiró el cuello por la ventanilla, su rostro expectante, ceniciento y esférico como la luna.

La chica llevaba el cabello rizado con permanente y vestía una falda de tela escocesa con un llamativo imperdible y zapatos planos. No cesaba de carraspear y de apretar espasmódicamente el pañuelo. Se cubría los hombros con la chaqueta del hombre. Él llevaba un chaleco con dibujo nórdico. Para ser abril, hacía una noche templada, pero aun así el tipo debía de tener frío. Aquel gesto de galantería sugería que era su amante.

—¿Vive cerca? —preguntó Jenkins a la joven.

—Mi piso está en Leeson Street, sobre la farmacia —contestó ella, señalando en aquella dirección.

El hombre, en silencio, dio una calada a su cigarrillo. La brasa brilló en la oscuridad e iluminó su rostro con un resplandor infernal. Ojos pequeños, brillantes y ansiosos; nariz grande como una patata. Como mínimo, tendría cuarenta y cinco años; la chica no debía de tener más de veintiuno.

—El agente les tomará sus datos —dijo Jenkins.

Se giró y llamó a Quinlan, que permanecía en cuclillas a la orilla del canal, con el rostro inclinado hacia el agua mientras movía la linterna sobre el cadáver flotante. No había encontrado nada en los alrededores, ni ropa ni pertenencias. A aquel tipo, quienquiera que fuese, lo habían traído hasta allí desde otro lugar. Quinlan se irguió y se aproximó a ellos.

El hombre salió con rapidez de debajo del árbol y puso una mano sobre el brazo de Jenkins.

—Escuche, yo no debería estar aquí —le dijo, acuciante—. Quiero decir que... que, a esta hora, me estarán echando en falta en casa —miró con intención el rostro de Jenkins, intentando esbozar una sonrisa de complicidad masculina, pero lo único que consiguió fue una mueca.

—Dele su nombre y dirección al policía y luego podrá marcharse —repuso Jenkins con frialdad.

—¿Es suficiente si le doy la dirección de mi oficina?

—Sí, siempre que sea un lugar donde podamos ponernos en contacto con usted.

—Soy perito de la propiedad —dijo el hombre, como si aquel fuera un dato relevante para lo sucedido aquella noche. Su sonrisa aparecía y desaparecía como la luz de una bombilla defectuosa—. Le agradecería si...

El sonido de unas fuertes pisadas tras ellos les hizo girarse. Hendricks avanzaba por el sendero asfaltado que descendía de la carretera en compañía de un hombre corpulento con una enorme cabeza y sin sombrero. El tipo llevaba la parte superior de un pijama de rayas bajo la chaqueta. Era el encargado de la esclusa.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo sin preámbulos dirigiéndose a Jenkins—. ¿Sabe qué hora es?

Jenkins ignoró la pregunta.

—Necesitamos que suba el nivel del agua. Debe hacerlo lentamente, hay un cuerpo flotando —le explicó.

Al ver que Jenkins se alejaba, el tal Walsh o Wallace intentó en vano tirarle de la manga para detenerle. El encargado de la esclusa se aproximó al borde del canal, se inclinó hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas y observó el cadáver con los ojos entrecerrados.

—¡Dios mío! ¡Pero si es un niño! —exclamó.

Colocaron el coche patrulla atravesado en la carretera, con las ruedas de delante sobre el sendero para que los faros iluminaran la escena. El encargado de la esclusa había utilizado su llave y el agua caía en un chorro resplandeciente a través de las compuertas. Quinlan y Hendricks se subieron a la barcaza, encontraron dos pértigas de madera y empujaron con ellas contra la pared del canal para evitar que la barcaza se balanceara y aplastara el cuerpo.

El cadáver flotaba boca abajo; los brazos, inertes; en su espalda, un brillo fosforescente. Walsh o Wallace y su pareja ya le habían dado sus datos a Quinlan, pero continuaban allí. Era obvio que la joven quería irse, pero el hombre se demoraba a pesar de la ansiedad que antes había mostrado por marcharse. Sin duda, le podía más la curiosidad de ver el cadáver cuando lo sacaran del agua. Quinlan había traído una lona del maletero del coche y la había extendido sobre la hierba. Los dos policías se arrodillaron sobre las losas de granito y, de un tirón, sacaron del canal el cuerpo empapado y lo tumbaron de espaldas. Hubo un instante de silencio.

—No es un niño —dijo Quinlan.

Hendricks se inclinó con rapidez y le quitó el calcetín al muerto. Parecía lo correcto, aunque nadie hubiese hecho ningún comentario al respecto.

—Miren su rostro —dijo el hombre, sobrecogido. No le habían oído aproximarse, pero allí estaba, inclinado y observando el cuerpo con avidez.

—Lo han reventado a golpes —dijo Quinlan.

Jenkins le lanzó una mirada recriminatoria; Quinlan era un malhablado y no tenía ningún sentido de la oportunidad. Después de todo, se estaba refiriendo a un muerto. Hendricks dobló una rodilla sobre las losas y plegó la lona a ambos lados para cubrir la parte inferior del cuerpo.

—Pobre desgraciado —musitó el encargado de la esclusa.

A ninguno se le había ocurrido llamar para pedir una ambulancia. ¿Cómo iban a trasladar el cuerpo desde allí? Jenkins hundió la mano en el bolsillo del abrigo y cerró el puño con ira. El único culpable era él; eso significaba estar al mando, reflexionó amargamente. Hendricks se dirigió al coche patrulla en busca del walkie-talkie, pero el aparato estaba caprichoso y solo emitía crepitaciones agudas y de vez en cuando un áspero graznido.

—De nada sirve que zarandees el maldito artilugio —dijo Quinlan con irónico desdén.

Hendricks continuó como si no lo hubiera oído. Con el aparato pegado a la oreja, hablaba en voz muy alta por el transmisor:

—Hola, Pearse Street, hablando con Pearse Street.

A continuación, lo alejaba y lo miraba con reprobación, como si se tratara de una mascota que se negara a ejecutar un sencillo ejercicio que él le hubiera enseñado tras mucho tiempo y dedicación.

Jenkins se volvió hacia la joven sentada en el banco.

—¿Dónde está la cabina telefónica?

A ella, aún conmocionada, le costó un instante comprenderle.

—Por allí —dijo, señalando Mespil Road—. Frente a la librería Parsons. La cabina que hay en Leeson Street está averiada, como de costumbre.

—¡Dios santo! —rezongó Jenkins antes de dirigirse a Quinlan—. Ve por Wilton Terrace a ver si encuentras una cabina. Puede que haya una más cerca.

Quinlan frunció el ceño. Estaba claro que no le gustaba recibir órdenes.

—Ya voy yo —dijo Hendricks, y sacudió el walkie-talkie de nuevo—. Este aparato no sirve para nada.

Jenkins titubeó. Había dado una orden a Quinlan y era él quien tenía que obedecerla; Hendricks no debía entrometerse. Sintió un leve desfallecimiento. Conseguir que reconocieran su autoridad no estaba siendo fácil, aunque al inspector Hackett no parecía costarle ningún esfuerzo. ¿Sería una cuestión de experiencia o era un don con el que se nacía?

—De acuerdo —contestó con sequedad a Hendricks, pero este ya se había puesto en marcha. ¿Debía ordenarle que regresara y obligarle a que le saludara? Estaba seguro de que un policía de servicio ha de saludar a un sargento. Ojalá hubiera llamado a Hackett en el primer momento, aun a riesgo de sufrir la ira del viejo cascarrabias.

Walsh o Wallace, que parecía haber olvidado definitivamente su antigua prisa por irse, se aproximó a Quinlan y comenzó a hablar de un partido previsto el domingo en Croke Park. ¿Cómo era posible que los tipos a quienes les gustaba el deporte se reconocieran en el acto? Ambos estaban fumando, aunque Quinlan escondía su cigarrillo en la mano ahuecada. Los agentes de servicio tenían prohibido fumar, como bien sabía Jenkins. ¿Debía amonestarle, ordenarle que apagara el pitillo al instante? Decidió simular que no le había visto. Se dio cuenta de que estaba sudando y deslizó un dedo por el interior del cuello de la camisa.

En el banco, la chica llamó suavemente al hombre:

—Alfie, ¿nos vamos?

Él la ignoró. Además de ir sin chaqueta, llevaba la cabeza descubierta y, aunque a esas alturas tenía que estar congelándose, no parecía importarle.

Jenkins miró el cuerpo tendido sobre la hierba, junto al camino de sirga. El agua había escurrido de su cabello, que ahora parecía rojizo, aunque era difícil aseverarlo bajo la tenue luz de la farola. Jenkins se estremeció. ¿Cómo sería estar muerto? Como nada, pensó, a menos que realmente existieran un cielo y un infierno, asunto que dudaba a pesar de la fervorosa insistencia con que los curas y el resto del mundo se lo habían asegurado durante años.

Por fin regresó Hendricks. Había encontrado una cabina telefónica. El hospital que estaba de servicio aquella noche era la Sagrada Familia. La ambulancia no estaba en aquel momento, pero la enviarían tan pronto como regresara.

—¿Solo tienen una? —preguntó con incredulidad Jenkins.

—Eso parece —contestó Hendricks.

—El tipo es un excelente jugador —comentaba Wallace o Walsh—. Aunque juega sucio.

—Sí, es un cabronazo —se rio Quinlan. Dio una calada a su cigarrillo y, al hacerlo, echó una mirada de perezosa insolencia en dirección a Jenkins—. Lo vi en cuartos de final contra Kerry —dijo, y se rio de nuevo—. Te aseguro que si ese hijo de puta te clava el codo en las costillas, no lo olvidas.

La joven se levantó del banco.

—Yo me voy —anunció dirigiéndose a la espalda de su pareja.

El hombre hizo un gesto tranquilizador con la mano, Quinlan le hizo un comentario en voz baja y el hombre soltó una sonora carcajada.

La joven avanzó indecisa hacia el sendero asfaltado que subía hasta la carretera. Cuando llegó a la puerta de la verja se dio la vuelta, pero no miró al hombre sino a Jenkins, y sonrió. Esa pequeña, triste y desmayada sonrisa sería lo que Jenkins recordaría durante años cuando pensara en el caso del cadáver en el canal. Y en cada ocasión sentiría una punzada misteriosa.

2.

Quirke sentía una honda y persistente antipatía hacia la lluvia. Todas las mujeres que conocía se habían reído de él por aquel motivo. A ellas no parecía importarles mojarse, a no ser que acabaran de salir de la peluquería. Incluso cuando llevaban zapatos caros o un sombrero nuevo, marchaban bajo el aguacero como si no sucediera nada. Él, por el contrario, arrugaba la cara tan pronto escuchaba el sonoro repiqueteo de las primeras gotas en el ala de su sombrero y veía los oscuros círculos grises que se dibujaban en el pavimento. La lluvia le ponía la carne de gallina y la mera idea de que una gota pudiera colarse por el cuello de la camisa y deslizarse por su espalda le hacía estremecerse. Odiaba cómo se le rizaba el pelo cuando la lluvia lo humedecía; igual que odiaba el olor a oveja mojada que despedía su ropa. Aquel olor le recordaba siempre las oraciones vespertinas de domingo en la capilla de Carricklea, la institución donde había pasado la mayor y también la peor parte de su infancia. Por mucho que retrocediera en su memoria, nunca parecía haber escampado en su vida.

Como lucía el sol, se bajó del taxi a la altura del río, pero el hospital ni siquiera estaba a la vista cuando la calle se oscureció y un viento repentino levantó remolinos de polvo en los desagües. La primavera no era su época favorita, aunque ninguna lo era, si se detenía a pensarlo. Se encasquetó el sombrero y aceleró el paso, pegado al muro de la destilería de cerveza. Un pequeño *tinker*^[1], montado a pelo sobre un poni manchado y con un trozo de cuerda a guisa de riendas, pasó a su lado con gran estrépito de cascos sobre los adoquines. Del muro de la destilería escapaba el olor cálido y ligeramente nauseabundo del lúpulo que cocía a fuego lento en grandes cubas.

El aire se ensombreció aún más en torno a él. La noche anterior había estado bebiendo *whisky* en McGonagle y sentía un regusto metálico en la parte posterior de la lengua, aunque se había marchado temprano y se había ido a casa a dormir. Solo. Isabel Galloway estaba de gira con *Casa de muñecas*. De haberse casado con ella, habría estado de rodríguez, pero ni lo estaba ni lo deseaba. Pensar en Isabel le provocó un familiar batiburrillo de emociones. Quirke suspiró. ¿Por qué no era posible desconectar la mente, dejar de pensar, de recordar, de lamentar, aunque solo fuese un instante? Isabel tenía un corazón de oro, aunque escondía su dulzura bajo una máscara de irritación y, si bien ya no era joven, seguía siendo muy atractiva. No se la merecía. O más bien, se dijo Quirke con pesar, una buena persona como ella no se merecía estar con alguien como él, con sus defectos y sus carencias.

Por supuesto, empezó a llover.

Grúas y hormigoneras ocupaban el patio del hospital donde estaban edificando una ampliación: un feo cubo de cemento destinado a ser el pabellón de convalecencia de las jóvenes que sufrían complicaciones durante el parto. Se llamaría Pabellón

Griffin en memoria del fallecido juez Garret Griffin, padre adoptivo de Quirke, que había dejado dinero en su testamento para construirlo. Sí, claro, pensó Quirke: dinero para limpiar su conciencia.

La lluvia caía ahora con fuerza, azotada lateralmente por el súbito viento. Quirke hizo corriendo los últimos veinte metros para refugiarse en los soportales de ladrillo rojo. Se detuvo, se quitó el sombrero y lo sacudió con energía para expulsar el agua. Las perneras de los pantalones, pegadas a sus pantorrillas, estaban frías y húmedas. A su espalda apareció una joven pareja que salía de recepción. El hombre sujetó la puerta para que pasara su esposa, apenas mayor que una niña de lacio cabello rubio, extenuada y aturdida. Sostenía en los brazos a un bebé, envuelto en una mantita rosa. Sonrió a Quirke, tímida y titubeante, mientras que el hombre lo miró con expresión airada. Llevaba un tupé engominado y largas patillas y vestía unos pantalones estrechos y una levita con aparatosas hombreras. Por la puerta entreabierta, el hospital exhalaba su intenso olor cáustico; un tufo al que aún no se había acostumbrado Quirke, aunque impregnara sus poros y se hubiese convertido probablemente en su propio olor. A pesar de su rostro iracundo, el *teddy boy* mantuvo la puerta abierta para que entrara Quirke, que los saludó a él y a su insulsa esposa con una inclinación de cabeza. Pensarían que era médico; es decir, un auténtico médico.

Había una nueva enfermera en recepción, guapa a su manera insignificante y dolorosamente joven. En los últimos tiempos, Quirke tenía a menudo la impresión de ser mayor que todos los que le rodeaban. De repente, se dio cuenta de que añoraba a Isabel. Se alegraba de que ella no fuera joven, al menos no tan joven como aquella enfermera o como la pareja con la que se acababa de cruzar en la entrada: adultos a medio hacer. Sonrió a la enfermera y ella, sonrojándose, inclinó la cabeza como si buscara algo en su mesa.

Descendió la imponente escalera curvada de mármol, y mientras lo hacía tuvo como siempre la sensación, inquietante sin llegar a resultar desagradable, de estar sumergiéndose poco a poco en una sustancia mortecina, suave e intangible. Recordó su niñez en Carriclea; cómo, cuando el hermano Christian no estaba cerca para impedirselo, dejaba que su cuerpo se deslizara bajo el agua de la bañera hasta quedar completamente sumergido. Se esforzaba en mantener los ojos abiertos porque le gustaba el aspecto brillante y oscilante de los objetos a través del agua, los grifos relucientes, las ondas en el borde de la bañera, el techo que de repente parecía hallarse inmensamente lejos. A menudo aguantaba así tanto tiempo que sentía, con un escalofrío de excitación, que le iban a estallar los pulmones. En más de una ocasión, cuando las cosas no iban bien, y las cosas en Carriclea podían ir realmente mal, pensó en permanecer bajo el agua hasta ahogarse, pero nunca tuvo valor para hacerlo. Sospechaba además que si existía otro mundo después de la muerte, sería una versión todavía peor de Carriclea.

Al final de las escaleras, dobló a la izquierda y recorrió el pasillo pintado de verde. Allí abajo las paredes mostraban un permanente lustre húmedo, como de

sudor, y el aire olía a formaldehído.

¿Por qué pensaba tanto en el pasado? Después de todo, el pasado era donde más infeliz había sido. Estaba persuadido de que si conseguía olvidar Carriclea, su vida sería diferente; sería más liviana, más libre, más feliz. Pero Carriclea no le permitiría olvidar. Nunca.

Con una fregona y un cubo, Bolger, el celador, limpiaba el suelo de la sala de disección. Estaba fumando y el cigarrillo, con sus buenos cuatro centímetros de ceniza, le colgaba del labio inferior. Bolger, pensó Quirke, podría fumar por Irlanda en los Juegos Olímpicos y ganaría sin dificultad la medalla de oro. Cómo conseguía mantener el pitillo pegado al labio sin que se cayera la ceniza era un misterio. Se trataba de un tipo enano de rostro demacrado que llevaba una dentadura postiza mal encajada y con unas piezas enormes, de la que escapaban leves silbidos cada vez que hablaba, como una tenue música de fondo. Quirke no recordaba haberle visto nunca sin su chaqueta verde caqui, que le daba curiosamente cierto aspecto de verdulero.

—Buenos días, Ambrose —le saludó Quirke. Todo el mundo le llamaba Ambie, excepto él, que disfrutaba con la leve nota cómica del ceremonioso nombre.

Bolger correspondió al saludo con una ancha y espantosa sonrisa que dejó a la vista sus enormes dientes, desconcertantemente parejos.

—Ha vuelto a llover —aseveró con sombría satisfacción.

Quirke entró en su despacho, se sentó tras la mesa y encendió un Senior Service. Aún tenía aquel regusto metálico en la boca. Las alargadas luces fluorescentes del techo emitían un zumbido constante. Había una estrecha ventana en la parte superior de la pared que daba a la acera de la calle, donde seguía lloviendo a cántaros. De vez en cuando se veía a alguien, si bien solo se distinguían sus pies presurosos, que pasaba sin saber que caminaba junto al territorio de los muertos.

Bolger se aproximó a la puerta abierta con la fregona en la mano; traía consigo un tufillo de agua estancada.

—Hay uno nuevo. Lo han pescado en el canal esta madrugada. Es joven —dijo.

Quirke suspiró. Habría preferido una mañana ociosa.

—¿Dónde se encuentra el doctor Sinclair?

—Creo que tiene el día libre.

—Ah.

Bolger se despegó el pitillo del labio y vertió la ceniza en el hueco de la mano con un leve golpecito. Quirke adivinó que estaba deseando pegar la hebra y se levantó con premura del asiento.

—Vamos a echarle un vistazo.

—Espere —repuso Bolger con aire contrariado.

Dejó la fregona a un lado y atravesó la habitación hasta uno de los grandes lavabos de acero para echar la ceniza del cigarrillo, que tenía en la palma de la mano. Salió entonces y, al cabo de un rato, regresó empujando una camilla con un cuerpo envuelto en una sábana de nailon. Las ruedas de goma de la camilla chirriaban sobre

las baldosas mojadas, y Quirke notó cómo el sonido repercutía en sus molares traseros. Se preguntó cuánto quedaría para que Bolger se jubilara. El hombre podía tener entre cincuenta y setenta y cinco años.

Bolger se había colocado de nuevo la colilla en la comisura izquierda de la boca y tenía un ojo entrecerrado para protegerse del humo. Retiró la sábana. Cabello pelirrojo con pico de viuda sobre un cráneo tan pequeño que podía pertenecer a un colegial. Contusiones en el rostro, granates, azul violáceo, de un ocre amarillento.

—Bien —dijo Quirke—, ¿puede colocarlo sobre la mesa?

Empezaba a alejarse hacia los lavabos para enjabonarse las manos cuando se detuvo, dio la vuelta y se quedó mirando el cadáver.

—¡Dios mío! Lo conozco —exclamó.

3.

En Grafton Street el asfalto caliente olía a lluvia. Tras otro chaparrón, había salido el sol y la calle humeaba con el vapor. Quirke se detuvo ante un quiosco de flores y compró un ramo de violetas. Eran las flores favoritas de su hija; si bien a él su olor le recordaba levemente al de la carne sin vida. La vendedora, una mujer jovial de tez áspera y enrojecida, le devolvió el cambio mientras comentaba que esperaba que no volviese a llover. Quirke le respondió que eso mismo deseaba él. Ambos alzaron el rostro y miraron la gigantesca nube, blanca como la nieve, que iba creciendo igual que leche hirviendo sobre los tejados —Quirke recordó el cadáver sobre la camilla—, y la mujer se rio con escepticismo y movió la cabeza. Él trató de encontrar algo más que decir, nada le apetecía menos que llegar a donde debía ir. Le esperaba una ardua tarea y no le entusiasmaba la idea.

Finalmente se puso en marcha, pero avanzaba muy despacio: se entretenía contemplando cómo descargaban las furgonetas o la segunda entrega del día del correo, y se detenía ante todas las tiendas y dejaba vagar la mirada por los escaparates. Se comportaba como un chico que no ha hecho los deberes e intenta no llegar al colegio. Pensó por un momento en entrar en Bewley para tomar un café y un dulce. Lo que necesitaba realmente era una bebida como Dios manda, pero, recordó con amargura, aquello era impensable a esa hora, poco más del mediodía, pues había prometido no beber a media mañana.

Allí estaba la tienda, la Maison des Chapeaux. Cruzó a la acera de enfrente y se refugió en la sombra rojiza bajo el toldo de Lipton. En la calle, de sentido único, era tal el ajetreo que Quirke solo veía el escaparate de la tienda de sombreros de manera intermitente entre los peatones, los automóviles y algún que otro pesado carro de caballos. Distinguió vagamente detrás del vidrio a su hija, que atendía a una clienta, bajando cajas, sacando sombreros y girándolos hacia un lado y hacia otro para que aquella los contemplara. No comprendía cómo podía soportar semejante trabajo. Phoebe tenía una buena cabeza y en el pasado había querido estudiar Medicina, pero todo quedó en humo. Las cosas se le torcieron y había sufrido algunas experiencias funestas. Tal vez aquel trabajo mecánico era parte del largo proceso de recuperación, de curación. Mientras la observaba, con la gente y los coches pasando a toda velocidad por delante de él, tuvo una repentina sensación de desmayo en el pecho, como si su corazón se hubiera soltado y hubiese caído y rebotado durante un segundo, igual que una pelota atada a un elástico. Hacía mucho tiempo que había abandonado toda esperanza de ser capaz de confesarle a Phoebe cuánto le importaba. A fin de cuentas, él era una de las funestas experiencias que le habían acontecido. Durante sus primeros veinte años le había ocultado que era su padre. ¿Qué derecho tenía a decirle que la quería, aun si conseguía encontrar las palabras? No obstante, anhelaba cuidarla de alguna manera, protegerla de la maldad del mundo, y aquel deseo era un dolor incesante, hondo e implacable en el centro de su ser.

Ninguno de los sombreros parecía agradar a la clienta, que abandonó la tienda. En el interior, Phoebe comenzó a colocar aquellas ridículas confecciones en su nido de papel de seda y a ordenar las cajas en las estanterías. Quirke aguardó a que pasara un autobús, atravesó la calle y abrió la puerta del establecimiento.

Phoebe se giró sorprendida.

—Ah, hola.

Un leve rubor ascendió desde su garganta, iluminando sus pálidas mejillas. La había sobresaltado al aparecer de improviso y a ella, como él bien sabía, no le gustaban los sobresaltos. La joven giró la cabeza hacia atrás para echar un vistazo al antiguo cuartito de las escobas que había en la trastienda y al que la propietaria, la señora Cuffe-Wilkes, se refería como su despacho.

—Pasaba por aquí y he pensado que podría invitarte a comer —dijo Quirke en voz baja. Ella miró su reloj—. Anda, venga, son más de las doce —le rogó con dulzura.

En aquel instante apareció la señora Cuffe-Wilkes en la puerta de su despacho. Miró a Quirke con severidad y frunció el ceño —rara vez entraban hombres en su tienda y, desde luego, nunca entraban hombres solos—, luego recompuso el gesto y sonrió. Era una mujerona grande y rubicunda, con el cabello de un rubio cobrizo y excesivo colorete. Tenía unos ojos brillantes y saltones y una boca remilgada y diminuta como un capullo de rosa. Con su vestido de lustrosa seda verde, su voluminoso pecho y sus piernas cortas guardaba un llamativo parecido con la reina Victoria en su madurez, reparó Quirke. No era la primera vez que lo pensaba.

Phoebe se apresuró a echarse hacia delante, como si su jefa fuese a avanzar y tuviese que esquivarla.

—Es mi padre —aclaró.

La mujer volvió a fruncir el ceño; había oído hablar de Quirke. Él inclinó la cabeza, intentando ofrecer una imagen atractiva y afable.

—Justo ahora le estaba preguntando a Phoebe si podía invitarla a comer.

—Ah, ¿sí? —comentó la señora Cuffe-Wilkes con gesto disgustado.

Tanto Phoebe como Quirke se dieron cuenta de que se hallaba indecisa. Quirke podía tener cierta mala fama, pero era médico; es más, era un especialista y vestía un traje bien cortado de *tweed* Harris y zapatos hechos a medida. La mujer se obligó a sonreír de nuevo, aunque sus pequeños labios seguían tensos.

—No hay problema —miró a Phoebe de reojo—, después de todo ya es casi la hora de la comida.

Se dirigieron al Hibernian, que se encontraba en la esquina de la calle. El restaurante no estaba lleno y los sentaron en una mesa cercana a una planta y junto al ventanal que daba a Dawson Street. La intensa luz resplandecía en los tejados de los coches que pasaban.

—¿A qué se debe esta inesperada invitación? —preguntó Phoebe con una sonrisa.

—Ya te lo he dicho. Pasaba por aquí.

Ella ladeó la cabeza y le miró con socarronería.

—Quirke, tú nunca pasas por un sitio por casualidad.

Él hizo un signo con la cabeza hacia la calle soleada.

—Es primavera. Eso merece celebrarse, digo yo.

Como Phoebe continuaba mirándole con recelo, Quirke bajó el rostro hacia la carta. La joven nunca sabía qué pasaba por la cabeza de su padre —y aún menos era capaz de preguntarse qué debía sentir por él u opinar acerca de él—, pero hoy era obvio que algo le sucedía. Conocía bien aquel fingido aire de cordialidad, la sonrisa forzada y ligeramente inquieta, la mirada esquiva y las manos que no dejaban de moverse. Tal vez había roto de nuevo con Isabel Galloway e intentaba reunir el valor para decírselo. Phoebe e Isabel eran amigas, o al menos tenían un trato afable, aunque su relación se había enfriado notablemente desde que Isabel empezó a salir con su padre. Sin contar con el intento de suicidio de Isabel la última vez que Quirke rompió con ella...

Quirke estaba hablando con el camarero, preguntándole por el Chablis. Phoebe lo observó con detenimiento, intentando adivinar qué sería lo que tenía que contarle. Debía de existir alguna razón para que la invitara a comer en el Hibernian entre semana. No, no tenía que ver con Isabel; Quirke nunca estaría tan nervioso por una mujer.

—Pensaba que habías decidido dejar de beber durante el día —le dijo cuando el camarero se alejó.

Él la miró con expresión cándida.

—No estoy bebiendo.

—Acabas de pedir una botella de vino.

—Sí, pero era vino *blanco*.

—Que tiene tanta graduación como el tinto.

Él hizo un gesto displicente con la mano.

—No, no, no, eso es lo que escriben los productores en la etiqueta para que pienses que no estás tirando tu dinero.

Ella se rio.

—Quirke, eres incorregible.

—Prueba tu cóctel de gambas —la animó él—, adelante.

Phoebe echó una mirada al plato de Quirke. Había extendido las gambas en salsa rosa, pero no había probado un solo bocado. Probablemente tenía resaca; nunca comía cuando estaba resacoso. Pensó en echarle el sermón habitual sobre la bebida, pero ¿para qué?

—¿Qué tal está tu novio? —le preguntó Quirke.

—¿David?

Él la miró con ironía.

—¿Cuántos novios tienes?

Lo que buscaba Phoebe era que pronunciara el nombre de David, pero, por supuesto, no lo hizo. Quirke se refería siempre a su ayudante como Sinclair.

—Está muy bien. ¿No sueles verlo? —le preguntó ella.

—Sí, pero de una manera distinta a como lo ves tú. No es *mi* pretendiente.

—¡Mi *pretendiente*! —ella rompió a reír a carcajadas—. Dudo mucho que él se considere el *pretendiente* de nadie.

El camarero se aproximó con el vino y Quirke llevó a cabo el ritual de beber a pequeños sorbos y saborearlo. Phoebe pensó en lo patético que resultaba su esfuerzo por disimular que se moría por un trago. Trajeron el pescado, Quirke se colocó la servilleta en el cuello de la camisa y empuñó el tenedor y el cuchillo con gran entusiasmo, pero era obvio que no tenía ningún apetito.

—¿Hay un anillo en el horizonte? —preguntó sin mirar a la joven, mientras pinchaba el lenguado con el tenedor.

—¿Qué clase de anillo debería ser? —replicó Phoebe con tono inocente y expresión intrigada—. ¿Un anillo de Claddagh? ¿Un anillo con un sello?

Quirke no se dio por aludido.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo juntos? El suficiente, creo yo, para que te haya declarado sus intenciones.

Ella volvió a reírse.

—Mi *pretendiente* declarando sus intenciones... ¡De verdad, Quirke! —exclamó.

—En mi época...

—¡Ah, en *tu* época! En *tu* época los caballeros llevaban patillas decimonónicas, vestían levita y polainas y antes de declararse, como bien sabes, tenían que pedirle la mano de la damisela al padre para poder casarse con ella.

Quirke se limitó a sonreír, mientras continuaba jugueteando con su pescado.

—¿No te gustaría casarte, sentar la cabeza? —preguntó con suavidad.

—Casarse es una cosa. «Sentar la cabeza», otra completamente distinta.

—Ya veo. Vas a ser una de esas mujeres independientes que llevan pantalones, fuman cigarrillos y se presentan a las elecciones al Parlamento. Buena suerte.

Phoebe le miró con atención: allí sentado, con la cabeza inclinada sobre el plato, su tono se había vuelto repentinamente mordaz.

—Tú no crees que sea capaz, pero tal vez haga algo así, meterme en política u otra cosa semejante —dijo, irguiendo la espalda.

Él permaneció en silencio un instante, contemplando de reojo la calle soleada.

—Yo creo que tendrás éxito en lo que te propongas —volvió los ojos hacia ella—. Solo quiero que seas feliz.

—Sí, pero ¿casarse es la única forma que se te ocurre de ser feliz?

Se dio cuenta de que Quirke quería hablar más sobre ese tema, aunque se contenía. Ella debía de ser una decepción para él, trabajando en una tienda de sombreros y teniendo de novio a su ayudante. Qué ironía, pensó Phoebe, si tenías en

cuenta durante cuántos años Quirke había mantenido la farsa de que ella no era su hija, sino la de su cuñada. A pesar de ello, no conseguía estar furiosa con él. Quirke había sufrido muchísimo: la mujer a la que amaba se había casado con otro y la mujer con la que finalmente se casó había muerto. ¿Qué derecho tenía ella a juzgarlo? ¿Qué derecho tenía ella a juzgar a nadie?

Charlaron de otras cosas: de su trabajo en la tienda, de las tonterías de las clientas, de los modales intimidatorios de la señora Cuffe-Wilkes. Phoebe comentó que estaba pensando en hacer un viaje a España. Hizo una pausa, esperando que le preguntara si David la acompañaría, pero Quirke no lo hizo y la pregunta silenciada flotó sobre la mesa como calima, enturbiando el ambiente. Aquel era terreno delicado. Ella sabía que Quirke quería saber si David y ella se acostaban, pero también sabía que nunca tendría el valor de preguntar.

—Oye, ¿cómo está ese amigo tuyo...? ¿Cómo se llama? —inquirió Quirke.

—¿Qué amigo?

—El tipo que trabaja para el *Clarion*.

—¿Jimmy Minor?

—Sí, ese.

Ella advirtió que Quirke rehuía mirarla.

—¿Qué sucede con él?

Con el índice, Quirke apartó con cuidado el plato hacia un lado.

—¿Lo has visto recientemente?

—No, no lo veo desde hace una semana o dos. No has probado el pescado.

—No tengo apetito —con expresión sombría, bebió un largo trago de vino.

Ella percibió la primera señal de alarma y lo observó detenidamente. Jimmy. La había llevado allí para hablarle de Jimmy. Dios mío, en qué lío se habría metido su amigo esta vez.

—Yo lo he visto esta mañana —dijo Quirke. Succionó el aire entre los dientes, esquivando los ojos de Phoebe.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

Quirke sacó del interior de la chaqueta su pitillera, la abrió con un golpe seco y se la tendió. Ella negó con la cabeza.

—Claro, lo había olvidado, has dejado de fumar. Bien por ti. Ojalá yo pudiera.

Prendió su cigarrillo y lanzó el humo hacia el techo. Luego la miró a la cara —a Phoebe le pareció que era la primera vez desde que se habían sentado a la mesa— y le sonrió con aire apesadumbrado, casi de disculpa.

—Lo he visto en el hospital. Le he hecho una autopsia.

Después, cuando ya era demasiado tarde, se dio cuenta de lo torpe que había sido, de lo mal que lo había hecho. En el momento creyó que si mencionaba primero la autopsia ahorraría a Phoebe el impacto de oír sin rodeos que Minor había muerto.

Pero sus palabras habían tenido el efecto contrario, por supuesto. Aunque para él el término *autopsia* no implicaba ninguna connotación, era absolutamente neutral, a Phoebe le habría traído la imagen de su amigo tendido sobre una mesa de mármol con el esternón abierto y las vísceras brillantes al aire.

En los instantes que siguieron a aquel paso en falso, ella permaneció sentada muy rígida, mirándole sin expresión. Luego se levantó con tanta rapidez que la silla cayó hacia atrás, como si se hubiera desmayado, y salió apresuradamente de la sala presionando la servilleta contra su boca. Consternado y furioso consigo mismo, Quirke aguardó. Se sirvió el vino que quedaba en la botella y se lo bebió de un trago. Al dejar la copa sobre el mantel, notó que en la mesa de al lado una imponente matrona le observaba con gesto de reprobación. Debía de pensar que era un libertino borracho cuyas indecentes insinuaciones habían provocado la huida de la joven a quien había invitado a comer. Él le devolvió la mirada y ella apartó el rostro con un teatral giro de cabeza.

Phoebe regresó al cabo de un rato y se sentó con cautela en la silla que él había levantado del suelo. Estaba tan pálida que Quirke supuso que había vomitado. No sabía qué decirle.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Phoebe en un susurro, con los ojos bajos y las manos en el regazo, cruzadas con tanta fuerza como si le fuera la vida en ello.

—Aún no se sabe.

—¿No se sabe? ¿Quiénes no lo saben?

—Me refiero a mí. Aún no lo sé. Le dieron una paliza brutal. Lo siento.

Ella desvió la vista hacia la calle.

—¿No es extraño cómo, a veces, la luz se oscurece de repente? —parecía hablar consigo misma. Luego giró el rostro hacia él—. ¿Estás diciendo que lo mataron? ¿Que fue asesinado?

—Desde luego, lo mataron. Quizá quien le dio esa paliza no pretendía acabar con él. Pero, como murió, lo tiraron al canal a la altura del puente de Leeson Street, donde está el camino de sirga.

Quirke conocía el lugar, lo conocía bien, y en su mente irrumpieron la oscuridad y el agua negra e inmóvil.

—Pobre Jimmy —Phoebe suspiró como si estuviera súbitamente cansada—. Tenía siempre un aspecto tan... tan vulnerable —alzó la vista hacia él—. Tú lo conocías, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Te lo presenté yo? —parecía ser un detalle importante para ella.

—Tal vez, no me acuerdo. Pero, en cualquier caso, habría sido difícil que no lo conociera. Era un periodista de sucesos.

—Sí, es verdad —una idea repentina cruzó la cabeza de la joven—. ¿Crees que está relacionado con su trabajo? ¿Crees que alguien sobre quien él estuviera escribiendo un artículo podría haberle...?

Quirke movía con un dedo adelante y atrás una miga de pan haciendo una bolita. Permaneció en silencio, pero cuando habló no contestó a su pregunta.

—¿Sabes sobre qué estaba trabajando? Quiero decir, ¿sabes si tenía entre manos algo... algo importante?

Ella dejó escapar una risita triste.

—Seguro que sí. Siempre andaba detrás de alguna «exclusiva». El reportero Jimmy Minor, el as de los reporteros, como él se refería a sí mismo medio en broma medio en serio. De hecho, se veía a sí mismo como un periodista de película. Ya sabes, uno de esos que llevan gabardina, una tarjeta con la palabra *Prensa* en la cinta del sombrero y un cigarrillo en la comisura de la boca.

Phoebe suspiró con aire ausente. Parecía más desconcertada que angustiada. Quirke sabía que la conmoción vendría más tarde.

—¿Tenía más amigos aparte de ti? ¿Alguien cercano, alguien que pueda saber en qué andaba metido?

Phoebe movió la cabeza.

—No lo sé. Me estoy dando cuenta de lo poco que sé de él, de su vida o de la gente con la que salía. Aparecía y desaparecía. Ni siquiera estoy segura de si a mí me consideraba una *amiga*.

—¿Y su familia?

—Tampoco sé nada de ellos. Jimmy era reservado, aunque no diera esa impresión. A mí me caía bien: era simpático y... y cariñoso y buena persona, pero también era muy cerrado. Que yo recuerde, jamás hablaba de su familia. Creo que son de algún pueblo del interior. Me parece que sus padres están vivos..., pero no estoy segura —Phoebe permaneció en silencio unos instantes—. ¿No es horrible? Nos hemos tratado durante años y apenas lo conozco. Y ahora está muerto.

Una lágrima se deslizó desde su ojo izquierdo hasta la comisura de su boca, sin que ella pareciera darse cuenta.

—¿Tenía... tenía novia? —preguntó Quirke.

Phoebe alzó la vista. Había percibido algo, otra pregunta tras la pregunta.

—Estaba muy unido a April Latimer —dijo con cuidado, como si seleccionara las palabras y las extendiera ante él, sobre la mesa, igual que si fuesen cartas. April Latimer era una amiga de Phoebe que había desaparecido, a quien tal vez habían matado, igual que a Jimmy. Su cabeza rehuyó el horror de todo aquello—. Alguna vez pensé que ellos... —su voz se apagó.

—Pero... ¿no era así?

—No.

Phoebe se estremeció. Quirke extendió la mano, pero se detuvo antes de rozarla.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. No —movió la cabeza—. No lo sé —le miró con desesperada súplica—. ¿Sufrió...? ¿Habría sufrido mucho?

—No —Quirke intentó sonar firme y convincente—. Nada, de hecho. Le

golpearon en la cabeza y el impacto le debió de dejar inconsciente —no mencionó las brutales contusiones en el pecho y los costados de Jimmy, el ojo derecho fuera de su órbita, la entrepierna hecha papilla—. Pero quien lo hizo o bien estaba furioso con él o bien tenía orden de emplearse a fondo.

Phoebe dejó escapar de nuevo su risita triste.

—Sí, Jimmy tenía el don de exasperar a la gente. Consideraba que irritar a los demás era parte de su profesión. Si no había alguien furioso con él, pensaba que estaba haciendo algo mal.

—¿Mencionó algo o a alguien en concreto la última vez que le viste?

Ella iba a contestar cuando se detuvo y, entornando los ojos, le miró con expresión inquisitiva.

—Estás jugando de nuevo a los detectives, ¿verdad? Sí, claro que sí, noto tu interés. ¿Has hablado ya con tu amigo, el inspector Hackett?

—No tardaré mucho en verlo —respondió tajante Quirke, desviando la vista.

—Se supone que atrapar a las personas que cometen actos así es su trabajo, no el tuyo.

Ambos estaban pensando en la brutal paliza que le habían propinado al propio Quirke hacía unos años y que le había dejado un resto de cojera. También entonces estaba jugando a los policías.

—Ya lo sé, pero imagino que te gustaría saber qué le ha ocurrido a Jimmy —repuso Quirke.

—Aun así, te repito que averiguarlo no es tarea tuya.

Él hizo una seña al camarero y pidió un *brandy* para ella. Phoebe empezó a protestar.

—Te sentará bien. Aún no te ha hecho mella la noticia.

A ella no le pasó desapercibido que Quirke había resistido la tentación de pedir otro *brandy* para él, y supuso que debía valorar ese gesto.

Permanecieron en silencio mientras aguardaban a que trajeran la copa, conscientes de la nueva tensión que había surgido entre ellos. La muerte, esa transgresora, no tenía ningún respeto por las formalidades de la vida social.

—Dices que su familia vive en el campo —prosiguió Quirke una vez que vino el camarero y Phoebe bebió, con una mueca, el primer sorbo de *brandy*—. ¿Tienes alguna idea de dónde?

—Seguro que lo saben en el periódico.

—Sí, sin duda —era probable que en ese mismo instante el inspector Hackett se hallara con Harry Clancy, el director del *Clarion*, que estaría moviendo la cabeza con teatral consternación y derramando lágrimas de cocodrilo. Phoebe tenía razón: Minor se había esforzado muy poco en caer bien a los demás, especialmente a la gente con la que trabajaba—. ¿Tú no sabrás si andaba detrás de alguna noticia en concreto?

—No, no lo sé. De hecho, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que hablamos —contestó Phoebe.

—Y no tenía novia.

Phoebe le observó de nuevo con expresión mordaz, consciente de la pregunta no formulada que había tras las palabras de su padre.

—¿Me estás preguntando si era...? Bueno, ya sabes, si tenía otra inclinación.

Él le devolvió la mirada, inexpresivo.

—¿La tenía?

—No lo sé.

Y era verdad. Lo que sí sabía es que había algo que mantenía a Jimmy a distancia, un desapego, una apatía física. Phoebe no se comportaba como una mujer fatal, pero entre la mayoría de los hombres y ella siempre flotaba una insinuación, como una crepitación en el aire, una especie de electricidad. Era normal, así sucedía entre hombres y mujeres. Sin embargo, con Jimmy jamás había existido esa corriente eléctrica.

Como Quirke no decía nada, Phoebe le preguntó:

—Que él tuviera esa inclinación ¿puede estar relacionado con lo que le ha sucedido? Algunas veces, a los hombres así les dan palizas simplemente por ser como son.

—Sí, eso dicen.

—Sería terrible que algo semejante saliera a la luz. Su familia... —murmuró Phoebe, con la vista clavada en las manos, que había cruzado de nuevo con fuerza sobre su regazo.

—No creo que tengas que preocuparte por eso. Incluso si fuera cierto, el *Clarion* no lo publicaría y tampoco lo harían los demás periódicos. Algunas veces, la autocensura que se impone la prensa es una bendición —la tranquilizó Quirke.

El camarero se aproximó y retiró los platos. Ambos permanecieron otra vez en silencio, mirando la calle. Y Phoebe pensó en lo raro que resultaba estar allí, en aquella sala espléndidamente decorada, con su cubertería resplandeciente, las servilletas de un blanco inmaculado y las brillantes copas de vino, junto al ventanal y la calle ajetreada e iluminada por el sol, mientras su amigo yacía muerto en el sótano frío y casi vacío donde trabajaba su padre durante todo el día, hurgando y explorando cuerpos como el de Jimmy.

4.

Pocos aspectos de la investigación criminal eran del agrado del inspector Hackett, pero el que más le disgustaba era atender a los parientes de las víctimas. No se trataba de que él fuese una persona insensible o de que no compadeciera a los dolientes padres, a los hermanos y las hermanas, a los hijos y las hijas. Sucedió, más bien, al contrario. Simplemente, nunca sabía qué se suponía que debía decir, qué consuelo debía ofrecer. Él no tenía que consolarlos, es cierto. Estaba haciendo su trabajo, igual que un médico. Nadie esperaba que Quirke, por ejemplo, sostuviera la mano de una madre desconsolada, que pasara un brazo sobre los hombros de un hermano conmocionado, que acariciara la cabeza de un huérfano lloroso. Ser forense tenía muchas ventajas, como a menudo le decía a Quirke. Manejar a los muertos es fácil, o al menos lo es comparado con lidiar con los vivos. ¿Por qué siempre tenía que sentirse responsable? ¿Por qué pensaba que debía compartir, o al menos dar la impresión de que compartía, el dolor de los demás? Pero ya era demasiado tarde para endurecer su corazón o para endurecer, al menos, su comportamiento.

Se reunió con los Minor a primera hora de la tarde en el vestíbulo del hospital de la Sagrada Familia. A los Minor les iba muy bien el nombre, pues los tres sin excepción eran de corta estatura. Más que bajos, parecían miniaturas, como si fuesen modelos reducidos de sí mismos. La madre era muy poquita cosa, sin nada donde agarrar, como habría dicho la madre de Hackett. Llevaba unas gafas pasadas de moda, con montura redonda metálica y gruesas lentes a través de las cuales miraba con ojos de miope y expresión ceñuda, mientras meneaba la cabeza sin cesar con nerviosas y pequeñas oscilaciones, igual que un pajarito. Parecía más preocupada que afligida y suspiraba y farfullaba como si estuviese enajenada. Su marido, un hombrecito enérgico con un cabello rojizo que empezaba a encanecer, era la viva imagen del hijo asesinado. Tenía un gesto constante de excusa y parecía azorado por los problemas que su familia estaba causando de repente a tantas personas. Tanto él como ella se referían a su hijo como James y no como Jimmy. Hablaban de él con afectuosa nostalgia, como si, en lugar de estar muerto, hubiera partido a algún país muy lejano para comenzar una nueva vida, como si estuviera muy lejos de ellos, pero no totalmente fuera de su alcance.

—Nuestro James era un hombre muy ocupado. No paraba quieto, siempre andaba con algo entre manos —afirmó el señor Minor y, tan pronto lo dijo, retrocedió un paso, como asombrado por el sonido de su propia voz. Su esposa se apartó ligeramente de él, como si también ella pensara que había hablado demasiado alto o cuando no le tocaba.

—Sí, rebosaba energía, es cierto —dijo Hackett.

Al oírlo, ambos le miraron sorprendidos.

—¿Lo conocía? —preguntó la señora Minor.

—Así es, señora, por mi trabajo —Hackett sonrió—. La policía y la prensa

siempre van de la mano.

Patrick Minor, el hermano de Jimmy, carraspeó para que le oyeran, como un hombre a quien impacienta la cháchara. Había adoptado la pose de un boxeador, los hombros contraídos hacia delante y los codos flexionados con la intensidad y agresividad de un peso mosca. También era pelirrojo, como Jimmy y su padre, aunque no le quedaba mucho pelo. Tenía un trato áspero, como si considerase que el bullicio en torno a la muerte de su hermano era completamente exagerado. Trataba a sus padres como si ellos fuesen los niños y él fuera el adulto, apremiándolos e interrumpiéndolos cuando se atrevían a hablar. Hackett calculó que sería cinco o seis años mayor que Jimmy. Era un abogado claramente convencido de su propia importancia. Hackett, que también procedía de ese otro mundo que existía más allá de la ciudad, conocía el tipo de personaje. Puso una mano en su brazo y, en un aparte, le dijo en voz baja que quizá debería ser él quien identificara a su hermano.

—Claro —contestó Minor, y pareció que iba a frotarse las manos, pero se detuvo a tiempo—, claro. Le seguimos.

Los cuatro descendieron por la ancha escalera de mármol y recorrieron el pasillo pintado de verde. Allí abajo a los padres se los veía más intimidados que nunca. El señor Minor caminaba pegado a su esposa y con el brazo enlazado al de ella, no para guiarla, sino para que ella le guiara a él. Eran como dos niños perdidos y asustados, pensó Hackett.

Patrick Minor le interrogó sobre las circunstancias en que había sido descubierto el cadáver de su hermano. Quería saberlo todo, como si se tratase de un asunto profesional. El inspector pensó, benévolamente, que debía de ser su manera de hacer frente al dolor. Cada persona tenía una distinta.

Quirke los estaba esperando. Llevaba abierta la bata blanca y, con su camisa a cuadros, el chaleco y la pajarita —era la primera vez que Hackett le veía con una corbata semejante—, personificaba la imagen perfecta de un médico, excepto por las bolsas de bebedor bajo los ojos.

—Señora Minor —dijo, tendiendo la mano—, señor Minor, mi más sentido pésame.

Hackett le presentó al hermano de Jimmy y Quirke le estrechó asimismo la mano con solemnidad. De alguna manera, parecían encontrarse en una ceremonia religiosa. Como si estuvieran allí reunidos para la beatificación de un mártir.

Aunque era claramente visible a través de la ventana de la sala de autopsias, ninguno de los Minor miró hacia la figura cubierta con una sábana sobre la camilla.

Bolger, el celador, salió de las sombras, y Quirke le pidió que llevara al señor y a la señora Minor a su oficina, donde les habían preparado una tetera y un plato con galletas. Quirke los acompañó hasta la puerta y, cuando entraron, la cerró tras ellos, se volvió hacia Hackett y Patrick Minor y señaló con la cabeza la sala.

—No llevará más de un minuto —le dijo a Minor—. Por aquí.

Los tres se adentraron en la fría luz de la habitación. El rostro de Minor tenía

ahora un tinte grisáceo y en su mandíbula un músculo diminuto se contraía espasmódicamente.

—James y yo no teníamos buena relación, ¿sabe? —indicó a la defensiva.

Quirke se limitó a asentir y se colocó al lado de la camilla.

—Los golpes son considerables, lo siento, no será agradable. ¿Está preparado?

Patrick Minor tragó saliva con esfuerzo. Quirke levantó la sábana de nailon.

—¡Dios santo! —susurró Minor, conteniendo el aliento.

—Es su hermano, ¿no es así, señor Minor? —murmuró el inspector Hackett.

Minor asintió. Quirke se dio cuenta de que deseaba volverse de espaldas, pero era incapaz de separar la vista del rostro roto y tumefacto de su hermano. Los hematomas habían perdido ya su brillo amoratado y parecían gruesas y horribles tiras de carne seca extendidas sobre las mejillas y alrededor de la boca.

—¿Quién le ha hecho eso? —preguntó Minor, y se volvió hacia Hackett con súbita ira—. ¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos —contestó el detective—, pero haremos todo lo posible para averiguarlo.

A Minor casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Todo lo posible? —exclamó con furia—. *¿Todo lo posible?* Mire a mi hermano. Mire en qué estado se encuentra. Era incapaz de matar una mosca y mire lo que le han hecho. ¡Y usted va y me dice que harán todo lo posible!

Hackett intercambió una mirada con Quirke, mientras se tiraba del labio inferior con el pulgar y el dedo índice. Quirke cubrió el rostro de lo que había sido Jimmy Minor con la sábana.

—Dígame, señor Minor, ¿sabe si su hermano tenía algún enemigo? —preguntó Hackett.

—Ya se lo he dicho antes —repuso entre dientes el encolerizado hombrecito—. No tenía buena relación con él desde hace años —movió la cabeza afirmativamente y con determinación mientras recordaba—. Él no veía el momento de marcharse de casa y venir a la ciudad. ¡Ah, iba a ser el pez gordo de la familia, el gran personaje que vivía en Dublín, trabajaba en prensa y amasaba una fortuna! —lanzó una breve y amarga carcajada—. Y mírenlo ahora, pobre imbécil.

Hackett miró de reojo a Quirke y este se dirigió a la puerta de vidrio. La abrió y se quedó a un lado para que pasaran Hackett y el hermano de Jimmy. En la oficina de Quirke, el señor y la señora Minor permanecían de pie junto a la mesa sosteniendo la taza y el platillo en las manos. Parecían sentirse avergonzados e incómodos y Quirke tuvo la impresión de que llevaban tiempo en esa posición, temerosos de moverse, mientras sus dos hijos, el vivo y el muerto, soportaban su último encuentro. Bolger se había largado, sin duda para fumar un cigarrillo.

—¿Lo has visto? —preguntó la señora Minor, mirando al hijo con sus ojos de miope a través de las gruesas lentes circulares de las gafas, como si aquel hubiera viajado al lejano lugar donde ahora se hallaba su hermano y ella estuviera esperando

que le diera noticias sobre sus actividades.

Su hijo la ignoró. Había sacado una cajetilla de Capstan del bolsillo interior de la chaqueta y se la tendió a Quirke y al detective. Quirke negó con la cabeza, pero Hackett cogió un cigarrillo y él y Minor encendieron sus pitillos.

Minor ladeó el rostro y expulsó una airada columna de humo hacia el techo.

—Si creen que puedo ayudarles, están equivocados —dijo con voz atiplada y resentida. Sus palabras no iban dirigidas a Hackett, sino a Quirke, como si este fuera el detective—. No sé en qué andaba metido. En las escasas ocasiones en que venía a casa hablaba muy poco, por no decir nada, sobre lo que hacía —lanzó de nuevo una áspera carcajada—. Sabíamos más de él por lo que escribía en el periódico que por lo que lográbamos sonsacarle —miró a sus padres—. Nosotros no le importábamos nada, esa es la verdad.

—No seas así, Paddy —dijo el padre suave y tímidamente.

—James era un chico muy cariñoso —afirmó la señora Minor, alzando la voz y deslizando la vista de Quirke a Hackett, como si quisiera anticiparse a cualquier refutación—. Nos escribía cada semana y, a menudo, nos enviaba también un giro postal.

Su hijo la contempló de soslayo.

—Sí, claro, nuestro James era un santo —espetó con gesto de desprecio.

Ella pareció no oírle y continuó desplazando sus ojos de Quirke al detective y de nuevo a Quirke, mientras movía la cabeza de un lado a otro como el pajarito chochín, pensó Hackett, como un pobre, minúsculo y afligido chochín. Presintió que aún no había llorado por su hijo. Las lágrimas, escasas y ardientes, y el seco zarpazo de los sollozos en la garganta vendrían más tarde. Pensó en su propia madre, que llevaba muerta treinta años. Las madres sufren las penas más hondas.

Ya no quedaba nada por hacer allí. Estaba claro que aquellas personas no podían ofrecerle ninguna ayuda para resolver el misterio del asesinato del joven. Hackett les preguntó dónde se alojarían hasta el funeral. En el hotel Flynn, le dijo Patrick Minor. Hackett asintió. En el Flynn, por supuesto. Allí se alojaban todos los que venían de provincias. Beicon cocido y repollo, curas vocingleros trasegando *whisky* en el bar y empleados de hotel con los acentos de las Midlands. Irlanda, la Madre Irlanda. Hackett tenía que reconocer que, algunas veces, su país le ponía enfermo con su mentalidad provinciana, su timidez incorregible y su estrechez de miras. Estrechó la mano de los padres —el hijo simuló no ver su mano tendida— y los condujo hasta la puerta.

—Nos pondremos en contacto con ustedes tan pronto como sepamos algo, en cuanto tengamos la más mínima información —les aseguró.

Quirke se adelantó y abrió la puerta. La anciana pareja salió seguida por su hijo, que se detuvo en el umbral y miró por última vez la ventana de la sala de disección y la figura sobre la camilla.

—En el patio del colegio solía acudir a mí, me buscaba para que le defendiera de

los chicos mayores cuando se metían con él. Tampoco le ayudé entonces —miró a Hackett, luego a Quirke, pero no añadió nada más.

—Bueno, ¿qué piensa? —dijo Hackett.

Recostado en su silla giratoria, Quirke prendió un Senior Service. Con media nalga apoyada en la esquina de la mesa, Hackett balanceaba una pierna sin conseguir separar los ojos de aquella pajarita azul. No le pegaba a Quirke, no era su estilo. Tal vez se trataba de un regalo de su hija o tal vez de su amiga, la actriz..., ¿cómo se llamaba? ¿Gallagher? No, Galloway. Una corbata elegante como aquella era más de *su* estilo. Pero tal vez la había comprado el propio Quirke, tal vez buscaba una nueva imagen de médico refinado, una eminencia en su campo, competente y formal, pero abierto a causar una cierta sensación. El chaleco era otra novedad. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Un par de anillos de oro? ¿Las gafas colgadas de una cadena? ¿Polainas?

Quirke le observó con dureza a través del humo de su pitillo.

—¿Qué le parece tan divertido?

—Nada —dijo Hackett—, estoy admirando su pajarita.

Con cierta teatralidad, Quirke se llevó una mano al nudo de seda de la corbata.

—¿Esto le hace tanta gracia?

—Para nada, para nada. Es muy elegante. Muy elegante.

Quirke continuó contemplándole con expresión sombría. La corbata de Hackett, de un rojo desvaído, era de las corrientes. Como era corta y más ancha al final, parecía una lengua larguísima que colgara desganada.

—Cambiando de tema, ¿qué pienso sobre qué? —preguntó.

Hackett señaló con un movimiento de la cabeza el ventanal de la sala de disección.

—Sobre ese asunto.

La silla giratoria chirrió al echarse Quirke hacia atrás y poner los pies cruzados sobre la mesa.

—No pienso nada. ¿Y usted? —repuso, presionándose el puente de la nariz con un dedo doblado.

Hackett infló las mejillas y lanzó un sonoro suspiro.

—Ni idea. Pásame un pitillo —dijo, señalando la cajetilla de Senior Service.

Quirke la deslizó sobre la mesa junto al mechero. Ambos fumaron en silencio hasta que Quirke lo rompió.

—¿Encontraron algo en el lugar del crimen?

—Absolutamente nada. Había huellas de pisadas y cosas similares, pero cayó una tromba de agua y las borró. Sin contar además con que ese genio que tengo de ayudante, el sargento Jenkins, permitió que todo el mundo pateara la zona, así que si quedaba algo, desapareció hundido en el barro.

Quirke se rio.

—Pobre Jenkins. Imagino que aún se estará lamiendo las heridas después de la bronca que le debió de echar.

El policía suspiró.

—¿Una bronca? ¿Para qué? Ese pobre memo es un caso perdido. En fin, supongo que terminará aprendiendo —hizo una pausa y se quitó con delicadeza una brizna de tabaco del labio inferior—. Su hija... ¿ya lo sabe?

—Sí, se lo he contado.

—¿Cómo se lo tomó?

Quirke arrugó la cara y repitió el gesto de llevarse la mano a la pajarita.

—Yo lo hice bastante mal.

—Mmmm... No creo que exista una manera correcta de hacerlo —hizo una pausa de nuevo—. ¿Eran muy amigos?

Quirke le lanzó una mirada.

—¿Me está preguntando si tenían una «relación romántica»? En absoluto. De hecho, yo creo que él tenía otras inclinaciones.

—¿Quiere decir...?

—Las escasas ocasiones en que coincidí con él me dio esa impresión.

El policía asimiló lo que acababa de oír.

—¿Ah, sí? —dijo moviendo la cabeza afirmativamente—. Interesante.

—¿Cree que podría ser una causa?

—Cualquier cosa podría ser una causa.

—Le asestaron una buena tunda.

—Sí, quienquiera que fuesen.

Quirke había finalizado su cigarrillo y encendió uno nuevo con la colilla.

—Tengo la sensación de que fue un trabajo profesional.

Hackett no dijo nada; un par de profesionales le habían dado a Quirke una tunda en el pasado, así que debía de saber de qué hablaba. Permaneció en silencio, sentado y fumando mientras reflexionaba.

—Supongo que el lugar por donde empezar es el periódico —aún balanceando la pierna, añadió con la vista fija en la puntera del zapato—: ¿Me echará una mano?

—¿Una mano?

—Ya sabe a qué me refiero.

Se miraron y, de no haber sido quienes eran, habrían sonreído.

5.

Harry Clancy no estaba hecho para ser director de un periódico de tirada nacional. Harry lo sabía, ya no se hacía ilusiones sobre sí mismo y sus capacidades. Su nombramiento había sido uno de los últimos, y de los más inesperados, que Francie Jewell hizo antes de jubilarse como propietario y gerente del *Clarion* y dejárselo a su hijo Richard, más conocido como Diamante Dick. A veces Harry se preguntaba si la decisión del viejo no habría sido una broma a costa de su hijo.

Harry, que había empezado en el periódico como chico de los recados, había ido ascendiendo hasta ser nombrado redactor jefe de noche, un trabajo que ejerció durante años. Acariciaba la idea de una jubilación temprana y sin incidentes cuando, una noche lluviosa de viernes, Francie le llamó por teléfono. Harry y su mujer habían estado en las carreras de galgos en Shelbourne Park y acababan de entrar en casa. Como no estaba del todo sobrio, Harry no comprendió al principio lo que el viejo cabrón le decía. «Quiero que ocupe el puesto de mayor responsabilidad, Harry —le había dicho Francie—, el puesto de mayor responsabilidad». Y entonces soltó aquella risa suya, una carcajada cascada que terminaba en un ataque de tos. Harry había permanecido inmóvil en el recibidor de su casa con el teléfono en una mano y el sombrero mojado por la lluvia en la otra, preguntándose perplejo qué demonios querría decir Francie con *el puesto de mayor responsabilidad*, mientras, a su lado, su angustiada mujer intentaba adivinar por la expresión de su rostro qué estaba sucediendo. Años después, le confesaría que había pensado que le habían echado. Pero no le habían despedido, nada más lejos, y, en la mañana del lunes siguiente, Harry Clancy, inquieto y con serios recelos, colocó sus posaderas en el puesto de mayor responsabilidad, desalojado de forma reciente e ignominiosa por su humillado y atónito predecesor, que moriría seis meses después con el corazón roto, según afirmaba mucha gente del periódico.

La pasión de Harry era el golf. Todo lo que había conseguido en periodismo —y era mucho para un chico que provenía de Lourdes Mansions— lo habría cambiado por un golpe, un solo golpe, en uno de los grandes torneos. Era bueno, mucho mejor de lo que indicaba su hándicap cinco en sus días buenos, pensaba él. Pero ya era demasiado tarde: sus articulaciones no eran las mismas que antes y en más de una ocasión últimamente había escuchado un chasquido en el codo derecho al realizar un *downswing*, un aviso inconfundible de que alguna lesión estaba cociéndose. A pesar de todo, le quedaban sus recuerdos. Por ejemplo, el torneo que jugó una tarde soleada en Portmarnock con Harry Bradshaw —el mismísimo Harry Bradshaw, el gran jugador— y que empataron en setenta y cuatro. Acto seguido, los dos Harrys habían compartido en el club una botella de Bollinger. Vaciaron el champán burbujeante en la copa de plata que el barman bajó para ellos de detrás de la barra y de la que ambos bebieron por turnos, mientras se daban palmadas en la espalda. Fue un día inolvidable.

Aquella mañana estaba practicando el *putt* en su minigolf cuando su secretaria entró precipitadamente para contarle lo sucedido a Jimmy Minor. El despacho era pequeño y un minigolf de unos dos metros era lo máximo que podía tener, situándolo en diagonal desde la esquina de su mesa hasta el vaso que había tumbado sobre la alfombra junto a la puerta. No se le podía llamar practicar, la verdad. La alfombra era demasiado mullida y había que darle a la pelota con un golpe más fuerte de lo requerido para sobrepasar el borde del vaso y entrar. En cualquier caso, en los días tranquilos dar bolas era relajante y una forma muy eficaz de no pensar en nada. La señorita Somers estaba tan excitada cuando irrumpió en el despacho que no se fijó en las pelotas de golf dispersas por la alfombra y casi las pisa y se cae. Harry se rio disimuladamente. ¡Qué gran escena si la remilgada solterona hubiese tropezado: caída de espaldas, con las piernas abiertas en el aire y los pololos a la vista! Lo había asustado al entrar de aquella manera y había pensado que, como mínimo, los rusos y los yanquis habían empezado a bombardearse.

Aunque resultase extraño, escuchar lo sucedido a Minor no le sorprendió demasiado. Era un duro golpe, desde luego, pero había en la noticia cierta inevitabilidad. ¿Por qué? Había un halo de víctima en torno a Jimmy Minor. Era demasiado intenso, se tomaba todo demasiado en serio. Nunca había reconocido la parte de entretenimiento de lo que hacía, la faceta de espectáculo de los periódicos. Él se veía a sí mismo como un cruzado, un Clark Kent que a no tardar se convertiría en Superman. Harry se detuvo junto a la ventana y, apoyado en el palo de golf, contempló el muelle bañado por la lluvia y el agua gris y picoteada del río. ¿En qué andaría metido Minor para que una o varias personas desconocidas hubiesen creído necesario matarle de una paliza? ¿Su muerte guardaba relación con su trabajo o con una cuestión privada? Minor era una persona reservada, un solitario. El pobre e infeliz desgraciado.

Levantó el teléfono y marcó cero. A la señorita Somers aún le temblaba la voz. Le preguntó si ya había llegado Smyth, el subdirector de información, ella le contestó que sí y él le ordenó que le dijera que lo esperaba. Smyth sabía todo lo que había que conocer sobre los redactores.

Archie Smyth llevaba a cargo de la sección de información más tiempo del que nadie pudiera recordar. Tenía una edad indefinida, ojos celestes y el pelo negro engominado y peinado hacia atrás, muy pegado al cráneo. Su distintivo personal era el jersey azul que siempre vestía. En la redacción bromeaban con que un día tendría que ir al hospital para que se lo quitaran en el quirófano. Era un tipo decente, muy trabajador y concienzudo; protestante, por supuesto, de ahí la y de su apellido. Harry confiaba en él y lo consideraba sus ojos y sus oídos en la redacción. Si alguien podía arrojar alguna luz sobre la muerte de Jimmy Minor, ese era Archie.

—¿Se ha enterado? —le preguntó Harry.

Archie asintió.

—Sí, ya me he enterado.

El jersey azul de Archie había ido encogiéndose a lo largo de los años y, en aquel momento, era tan corto que apenas cubría la cinturilla de sus pantalones, dejando a la vista las abrazaderas de sus tirantes como dos pares de dedos abiertos en una señal invertida de la victoria. Su esposa había muerto hacía poco, pero él se incorporó a la redacción el día después del funeral. Tenía un hijo que trabajaba en uno de los periódicos de Fleet Street, el *Telegraph*... ¿O era el *Times*? Archie estaba tremendamente orgulloso de él.

—¿Tiene alguna idea sobre lo sucedido?

Archie sacudió la cabeza.

—Me temo que no.

—¿Estaba detrás de alguna noticia?

—Si lo estaba, no me lo dijo, aunque eso no quiere decir nada, ya sabe cómo era.

En realidad, Harry desconocía cómo era Jimmy Minor. Él evitaba el contacto directo con los redactores. Sabía que la mayoría lo despreciaba, especialmente los veteranos, que no le habían perdonado que sustituyera a Bill Burroughs, el anterior director, a quien Francie Jewell había despedido sin miramientos.

—Pero ¿le había encargado algún tema? —insistió.

Archie hizo ademán de recordar.

—No, no había nada especial, que yo sepa. Había estado cubriendo la información del Parlamento, pero me pidió que lo relevara.

—¿Por qué?

—No me lo explicó —Harry lo observaba con gesto seco—. Mire, jefe, Jimmy era un buen chico. Tenía olfato. No hay muchos en la redacción a quienes yo deje la libertad que le daba a él.

Harry alzó el palo de golf como una extensión de su brazo y, con un ojo cerrado, miró a lo largo del eje.

—¿Qué hay de su... su vida privada?

—¿Qué hay de qué?

La expresión de Archie se había tornado glacial; saber qué sucedía en la redacción era una cosa, pero lo que hicieran los redactores en su tiempo libre no era asunto suyo.

—¿No estaba casado? —preguntó Harry, sin separar la vista del palo de golf.

—No.

—¿Alguna novia?

Archie emitió una pequeña tos.

—Nunca le pregunté.

Harry apoyó el palo de golf contra el alféizar y se dejó caer en su silla, tras la mesa del despacho. La lluvia susurraba contra los cristales de la ventana.

—Venga, Archie, sabe de sobra qué le estoy preguntando —dijo impaciente.

Archie mantuvo su gélida actitud.

—Solía salir con April Latimer —dijo.

—¿La que desapareció? —Harry se mordisqueó un nudillo mientras pensaba—. Cuando dice «salir», ¿a qué se refiere exactamente?

—A que eran amigos.

—Pero ella no era su novia.

Archie se encogió de hombros. Harry giró el asiento de la silla y contempló de nuevo el río y la imponente y amenazadora nube azul plomiza que se cernía sobre él.

—¿Se lo han comunicado al jefe? —preguntó.

El jefe era Carlton Sumner, propietario del *Clarion* tras comprárselo a la viuda de Diamante Dick Jewell. La mera mención de su nombre tensó un poco el ambiente. A todo el mundo en el edificio le intimidaba, en mayor o menor grado, Carlton Sumner y precisamente esa era la reacción que él deseaba causar.

—Yo no se lo he comunicado —declaró Archie, dando a entender que era trabajo de Harry comunicar ese tipo de noticias a Sumner.

Harry volvió a mordisquearse el nudillo.

—Mejor lo llamo cuanto antes —dijo, sombrío.

En ese mismo instante, como si estuviera ensayado, sonó el teléfono sobre la mesa. Harry aferró el auricular, escuchó un rato y suspiró.

—Dígale que entre —ordenó, y dejó el auricular en la horquilla antes de mirar a Archie—. Es Hackett.

A Harry no le gustaban los policías, le ponían nervioso, como si fuese culpable de un secreto que había olvidado y ellos fuesen a recordárselo. Hackett pertenecía al grupo de los astutos: simulaba ser un tipo sencillo de provincias cuando en realidad era taimado como un zorro. Entró en el despacho con el sombrero en una mano y una insulsa sonrisa de sapo en el rostro. Saludó con la cabeza a Archie, que respondió de la misma manera. Los tres eran viejos conocidos.

—Un asunto feo —dijo Hackett, y dejó su sombrero en la esquina de la mesa de Harry.

Harry, que no se había levantado de la silla, miró el sombrero y luego alzó la vista al detective y lo observó con los ojos entornados.

—Una tragedia. Un suceso terrible también para el periódico... Para todos nosotros.

Hackett seguía sonriendo, la punta de la lengua asomada en la comisura de su ancha y delgada boca.

—Sí, desde luego es una tragedia —había un leve filo de ironía en su voz—. Su familia también está muy afectada.

Archie Smyth los observaba con interés. A él, que era de naturaleza tranquila, le fascinaba contemplar cómo una súbita animosidad podía surgir entre dos hombres, especialmente entre hombres como aquellos. Harry, un chico de clase obrera que había prosperado, estaba siempre en guardia ante un posible desaire. Era obvio que la sonrisa de Hackett le irritaba y que le mortificaba su aire de estar disfrutando de una broma secreta.

Hackett cogió una silla que había junto a la pared, la acercó a la mesa y se sentó. Archie se fijó en sus toscos calcetines de lana de un azul vivo, que debía de haberle tejido su esposa.

—¿Sabe quién lo hizo? —preguntó Harry Clancy.

—No —contestó Hackett con semblante casi satisfecho.

Harry frunció el ceño con enojo.

—Alguna idea tendrá.

El policía negó con la cabeza, todavía cordial, todavía sonriendo.

Se hizo un silencio. Un grave percudir empezó a resonar en el profundo vientre del edificio y el suelo vibró bajo sus pies. La rotativa había comenzado a trabajar y pronto estaría impresa la primera edición vespertina del *Evening Echo*, una publicación asociada al *Clarion* que se distribuía al final del día.

—Me gustaría echar un vistazo a la mesa de Jimmy Minor —dijo Hackett.

Harry Clancy miró a Archie.

—¿Tenía mesa?

—Compartía una con Stenson —contestó Archie—. Stenson trabaja en el *Echo*. Él la utiliza durante el día y Jimmy, durante la noche.

Hackett se volvió hacia él.

—¿Puedo echarle un vistazo?

Archie vaciló, pero Harry Clancy hizo un gesto displicente con la mano y le dijo a Hackett que, por supuesto, podía echarle un vistazo a la maldita mesa, que ellos no tenían nada que esconder. Archie se dio cuenta de que Clancy estaba a punto de perder los estribos y se alegró de tener una excusa para irse.

—Por aquí —le indicó a Hackett.

El policía se puso en pie y se dirigió a la puerta, que había abierto Archie.

—Olvida su sombrero —dijo Harry con acritud.

Hackett se volvió.

—¿Puedo dejarlo aquí un minuto? Luego vuelvo —y le sonrió.

El escritorio que Jimmy Minor compartía con Stenson, del *Echo*, era una mesa rayada y manchada de tinta con una enorme y vieja máquina de escribir Remington de cuerpo presente. Había un armatoste de contrachapado en forma de U con casilleros rebosantes de antiguos comunicados de prensa y recortes amarillentos.

—Todo eso debe de ser de Stenson. Jimmy era un tipo ordenado —dijo Archie.

—¿Está por aquí Stenson?

—Ya se ha ido a casa. ¿Quiere que le llame y le diga que vuelva?

El policía ya no le prestaba atención. Se había sentado a la mesa y deslizaba un dedo por los bordes endebles de los viejos papeles en los casilleros.

—¿Sería capaz de reconocer la escritura de Jimmy? —preguntó.

—Más bien sería Stenson quien podría.

Hackett asintió y luego alzó la vista hacia el subdirector.

—¿Cree que entre todo esto puede haber algo que nos interese?

—Lo dudo. Como le he dicho antes, Jimmy era un tipo cuidadoso.

—¿Quiere decir que era cauto?

—No sé si *cauto* es la palabra. Pero tenía algunas ideas sobre sí mismo, había visto demasiadas películas de Hollywood, creía que era Humphrey Bogart —sonrió al recordar—. El joven Jimmy era un romántico, sí.

Hackett recorrió el teclado de la Remington con los dedos, igual que un ciego leyendo braille.

—¿Me haría un favor? Cuando Stenson venga a trabajar, pídale que mire todos esos papeles y separe lo que pertenecía a Jimmy: notas, apuntes, ese tipo de cosas —miró de nuevo a Archie—. No es posible que fuera tan cuidadoso como para no haber dejado alguna anotación.

—Le diré a Stenson que lo haga. Tal vez encuentre algo —asintió Archie.

Hackett no separaba los ojos de él, mientras jugueteaba distraído con las teclas de la máquina de escribir.

—¿Qué puede contarme, señor Smyth? Cualquier cosa...

El sonido de las rotativas en el sótano se había convertido en un redoble incesante y atronador.

—¿Como qué, por ejemplo?

Hackett sonrió. No había duda de que parecía un sapo, pensó Archie, con esa cabezota, el rostro blando e informe y semejante boca, una pálida curva que se extendía de oreja a oreja.

—Usted lleva muchos años en el oficio, debe de tener alguna idea de lo que pudo suceder —le dijo Hackett—. En esta ciudad no es frecuente que aparezca asesinado un periodista. ¿Tenía Jimmy tratos con elementos subversivos?

—¿Se refiere al IRA? —Archie soltó una breve carcajada—. Lo dudo. Es bastante probable que los considerara un hatajo de imbéciles que juegan a los soldaditos y acaban volándose a sí mismos con sus propias bombas.

Hackett permaneció pensativo. Una línea a juego con su boca cruzaba la frente del policía, donde la cinta del sombrero había dejado su marca.

—¿Y con la delincuencia organizada? ¿Con el Animal Gang o sus amigos?^[2]

—Mire, inspector —Archie giró las palmas de las manos hacia arriba—, esto es la redacción de un periódico. Informamos sobre incendios, accidentes de tráfico, los discursos de los políticos, el precio del ganado... A pesar de lo que Jimmy pudiera imaginar, no estamos en una película. Dios sabe en qué andaría metido. Todo el mundo tiene sus secretos, como usted bien sabe, estoy seguro. No sé qué sucedió para que acabara en el canal y, es más, tampoco deseo hacer conjeturas sobre ello. En lo que a mí concierne, Jimmy puede descansar en paz.

Se detuvo con expresión azorada, sorprendido de sí mismo, pues no era conocido por su locuacidad. La muerte de Jimmy le había afectado más de lo que imaginaba.

Desde su silla, el policía le miraba atentamente y en su rostro apareció de nuevo su ancha e indolente sonrisa.

—El asunto, señor Smyth, es que mi trabajo consiste justo en eso, en hacer conjeturas. Y, por el momento, me encuentro ante una pared en blanco.

Archie desvió la vista y se rascó la coronilla con el meñique de la mano derecha en un gesto que a Hackett le recordó a Stan Laurel. El policía empezaba a sentirse molesto. A lo largo de los años le había pasado a Archie Smyth información muy jugosa y aquella era la ocasión para que le devolviera el favor. Aguardó. La experiencia le había enseñado que la gente siempre sabe más de lo que cree. Los recuerdos permanecían aletargados en el fondo de su mente como gruesos y pálidos peces en las profundidades de un estanque cenagoso y, a menudo, bastaba un mínimo esfuerzo para que esos peces salieran a la superficie.

Y así fue. De repente, el rostro de Archie se iluminó.

—Mencionó algo, es verdad, lo acabo de recordar. Algo sobre los *tinkers*.

—¿Los *tinkers*?

—Sí. Había ido al lugar donde están acampados, en las afueras de Tallaght, me parece. Sí, en Tallaght.

—¿Para qué?

Archie parpadeó.

—¿Cómo?

—¿Para qué fue a Tallaght? ¿Qué le llevó allí?

Para ser el subdirector de información, pensó Hackett, Archie no parecía muy avisado.

—No lo sé. Alguien debió de darle un soplo.

—¿Acerca de qué?

—Ya se lo he dicho, de los *tinkers*.

—¿Eso es todo?

Archie se encogió de hombros.

—No le presté mucha atención.

—¿Cuándo sucedió eso?

—La semana pasada, no sé exactamente qué día. Me pidió que le firmara el recibo de un taxi. Le pregunté qué problema tenía para no utilizar el autobús. Jimmy se creía demasiado bueno para ir en transporte público.

—¿Cogió un taxi hasta Tallaght?

—El viaje hasta allí debió de costarle unos diez o quince chelines. Y, por supuesto, cogió un taxi para volver.

Hackett tenía la vista clavada en el jersey azul de Archie. Sabía mejor que nadie que no conviene apremiar a los demás, pero a veces sentía deseos de agarrar por el cuello a los Archies de este mundo y sacudirlos hasta que las mejillas se les pusieran azules y los ojos les saltaran de las órbitas.

—¿Le dijo dónde se encontraba el campamento de los *tinkers*?

—Ya se lo he dicho, en Tallaght.

—Sí, señor Smyth, ya me lo ha dicho, pero hay un montón de *tinkers* en Tallaght, o por lo menos así era la última vez que estuve allí. ¿Mencionó Jimmy algún nombre?

Archie se rio.

—¿Para qué? Todos se llaman Connors o Cash.

Hackett reprimió un suspiro.

—Así que ningún nombre, vale. ¿Algo más?

—Lo siento, no.

—¿Vio a Jimmy cuando regresó de Tallaght? ¿Le mencionó algo entonces?

Archie sacudió la cabeza.

—No volví a oír hablar del tema: ni de los *tinkers* ni de Tallaght ni de nada.

—Pero él habría tomado notas, ¿no?

—Eso supongo, si pensaba que ahí había una noticia. Por sus preguntas, imagino que no ha encontrado su bloc de notas.

—No hemos encontrado nada. Al pobre muchacho le quitaron todo lo que tenía.

—¿Y en su piso?

Hackett se puso en pie. Parecía repentinamente fatigado.

—Esa será mi siguiente parada —se detuvo un instante antes de proseguir—. Señor Smyth, ¿puedo pedirle un favor? ¿Le importaría ir al despacho de su jefe y traerme el sombrero? Creo que el señor Clancy y yo nos hemos dicho todo lo que teníamos que hablar, de momento —con una sonrisa, añadió—: «No andéis preocupados por el día de mañana...». ¿Verdad, señor Smyth?

—... que el periódico traerá su propia preocupación —concluyó Archie.

Ambos rieron sin gran convicción.

El casero se llamaba Grimes. Era un hombre corpulento, pálido y afectado, de nariz aguileña y sonrisa altiva. Vestía un tres piezas de raya ancha diplomática y un abrigo de pelo de camello con un sobrecuello en terciopelo negro. Mostraba cierto aire de fastidio, como si se viera obligado a participar en algo que consideraba muy por debajo de él. Con teatral ostentación, aparentó tener dificultades con la llave de la entrada para demostrar, supuso Hackett, su nula familiaridad con un edificio tan humilde, a pesar de ser su propietario. La casa, situada en una hilera de adosados de ladrillo rojizo y amarillento en Rathmines Road, tenía tres alturas y un sótano. El señor Grimes dijo que no estaba seguro de cuántas viviendas había en su interior. Hackett asintió. Podía imaginar lo creativo que el señor Grimes habría sido al levantar los tabiques de división. A pesar de su negativa, debía de saber exactamente en cuántas apretadas cajas de zapatos había conseguido dividir la antigua casa.

En el vestíbulo, triste y de techo alto, hasta el aire parecía desalentado. Olía a cerrado y a beicon. Una gran bicicleta oxidada descansaba contra la mesa de la

entrada. El señor Grimes chascó la lengua.

—Mire eso. No respetan nada —dijo malhumorado, con la vista clavada en la bicicleta.

Subieron las escaleras; sus pisadas resonaban en el gastado y picado linóleo. Sobre sus cabezas, en un gramófono, Nat King Cole tarareaba dulcemente sobre la luz violeta del crepúsculo; desde algún rincón llegaba el llanto de un bebé que hipaba entre continuos sollozos y que más parecía un muñeco que un ser de carne y hueso. El señor Grimes arrugó su ganchuda y pálida nariz.

Cuando alcanzaron el descansillo del tercer piso, ambos jadeaban. El número diecisiete estaba clavado sobre la puerta de la vivienda y el siete esmaltado colgaba torcido. Una vez más, Grimes forcejeó con la llave antes de detenerse y girarse hacia el policía.

—¿No debería mostrarme una orden de registro o algo similar?

Hackett esbozó su indolente sonrisa.

—Eso solo sucede en las películas —como Grimes permanecía indeciso, endureció el gesto—. Estamos investigando un asesinato. Su colaboración será muy apreciada, señor Grimes.

En el apartamento hacía frío. Aunque sabía que solo eran imaginaciones suyas, Hackett percibió con intensidad una atmósfera de desolación. Se sentía cohibido, indeciso, casi avergonzado de estar allí. Aunque fuese una reacción muy poco profesional, las viviendas de personas cuya muerte era reciente siempre le causaban la misma impresión. Recordó el primer cadáver que había visto. Se trataba de un vagabundo que había fallecido en la entrada de un portal, en un callejón detrás de los grandes almacenes Clery, en O'Connell Street. Era un tipo fornido, no parecía viejo y no mostraba ninguna señal visible de la causa de su muerte. En aquella época, Hackett era un novato de uniforme recién salido de la Academia de Policía en Templemore. Era verano; estaba a punto de terminar su ronda cuando aparecieron las primeras luces del alba, extendiendo lentamente su tinte grisáceo sobre los puntiagudos tejados negros. El descubrimiento del cadáver, su desaliño le hicieron sentirse solo y, al mismo tiempo, aislado mientras se acuclillaba entre el hedor a basura y los trozos de papel que revoloteaban y parecían arañar los adoquines al rozarlos. Una gaviota descomunal —a esa hora de la mañana todas las gaviotas parecen gigantescas— se posó en el borde de una papelería cercana y le observó con precavida curiosidad. El vagabundo no llevaba muerto mucho tiempo y, al introducir la mano en el viejo y sucio abrigo en busca de algún tipo de identificación, Hackett sintió como si la hubiese metido no dentro de la ropa del hombre, sino en un pliegue de su carne aún caliente. «Eres demasiado sensible para ese trabajo. Tienes un corazón demasiado grande», le habría amonestado su mujer.

—Perder un inquilino debe de suponer un problema para usted —le dijo a Grimes.

Grimes se encogió de hombros displicente.

—Ya lo decía el poeta: como golondrinas vienen, como golondrinas se van.

El apartamento consistía en una espaciosa habitación que un delgado tabique dividía en dos. La primera mitad estaba dividida a su vez por un tabique de pladur, que ocultaba un espacio largo y estrecho que servía de cocina. En la pila había un par de cacerolas ennegrecidas y varias piezas de la vajilla; sobre la cocina de gas se veía, torcida, una sartén con grasa ya solidificada. En la parte más amplia de la habitación, junto a la ventana, se encontraba una pequeña mesa cuadrada con los restos de lo que debía de haber sido el desayuno o tal vez la cena: los utensilios para el té y una tetera, un plato manchado, una hogaza de pan blanco con dos rebanadas intactas sobre una tabla para el pan. Hackett tocó el pan: estaba rancio, pero aún no se había puesto duro. «El condenado a muerte tomó su última comida...». La imagen del cadáver del vagabundo acurrucado en el portal detrás de los grandes almacenes Clery le vino de nuevo a la cabeza.

De pie junto a la repisa de la chimenea, Grimes introducía un cigarrillo en una boquilla de ébano mientras aguardaba.

—Hay un mes de renta pendiente. No sé qué se podría hacer al respecto —dijo con expresión pensativa.

Hackett se encaminó a la segunda habitación. Una cama individual deshecha con un colchón que se hundía en el centro; una silla de anea; un gran armario de caoba que ya debía de estar allí cuando se hicieron las particiones para los apartamentos. Una camisa con el cuello sucio estaba colocada sobre el respaldo de la silla. En el suelo, junto a la cama, los libros se amontonaban en una pila desigual: Hemingway, Erle Stanley Gardner, *Homenaje a Cataluña*, de Orwell, una selección de la obra de Yeats. Junto a los libros había un cenicero de latón con un anuncio de Pernod repleto de colillas que despedían un aroma acre.

El policía permaneció inmóvil en el centro del dormitorio y miró alrededor. No había nada; nada que le pudiera ayudar. En una esquina había un diminuto lavabo con un cerco grisáceo de espuma jabonosa a media altura. Al observarlo más de cerca, reconoció varios pelos rojizos de la barba atrapados en el cerco plateado del desagüe.

Se aproximó a la ventana. En la parte trasera había un jardín descuidado y con la hierba alta, excepto en la zona más próxima a la casa, donde se veía una parcela que había sido arada y plantada recientemente. Hackett distinguió los surcos para las patatas, los trípodes de bambú para las judías y los lechos para las semillas, donde ya se veían los primeros brotes.

Regresó a la habitación principal. Grimes se encontraba ahora junto al aparador, revisando un manojito de documentos que había allí.

—¿Quién es el jardinero? —le preguntó Hackett.

—Minor. Me pidió permiso para plantar. A mí me daba igual. Imagino que ahora todo se echará a perder —contestó el casero sin prestarle mayor atención.

Hackett asintió.

—Le agradecería que no tocara nada de eso —dijo con suavidad, mientras sus

ojos se clavaban en los papeles que Grimes curioseaba.

—¿Perdón? —el hombre se detuvo. Era obvio que no estaba acostumbrado a que le dijeran lo que debía y lo que no debía hacer—. Tendré que limpiar el apartamento. No puedo dejarlo sin alquilar —sonrió, aunque su gesto más parecía una mueca desdeñosa—. El espacio es dinero, como bien sabrá.

—Aunque sea así, deje las cosas tal como están por el momento. Quiero que dos de mis agentes vengan a echar un vistazo.

—¿Para qué? —la sonrisa displicente de Grimes se hizo tan amplia que la afilada punta de su nariz se hundió hasta casi rozar su labio superior—. ¿Para buscar pistas?

—Algo así.

Grimes dejó los papeles en el aparador.

—Hay una carta de un sacerdote —dijo mientras tomaba aire teatralmente con gesto de mofa—. ¿Será la pista que anda buscando?

6.

Las escasas visitas que Carlton Sumner realizaba a las redacciones de sus periódicos semejaban tormentas de verano. Un despacible y profético silencio se hacía en el edificio, luego se sentía una perturbación en la lejanía, una suerte de crepitación en el aire a la que inmediatamente seguía la irrupción del hombre en cuestión, aturdidor y terrible como la llegada de Thor, el dios del trueno. Aquel miércoles por la mañana Harry Clancy apenas tuvo tiempo de bajar los pies de la mesa antes de que la puerta se abriese de golpe y Sumner entrara a grandes zancadas, con su aroma a cuero y costosa brillantina capilar. Era un hombre grande con una imponente cabeza cuadrada, un bigote negro y cuadrado bien recortado y ojos redondos y ligeramente caídos de un sorprendente y dulce color avellana. Vestía como el hombre de negocios que era, con un tres piezas tostado de espiguilla, una camisa blanca con finas rayas azules y una corbata de seda azul. Y, sin embargo, como era habitual, daba la impresión de que acababa de desmontar tras una agotadora y larga galopada por terreno accidentado. Era canadiense, pero hablaba, se movía y actuaba como los actores de Hollywood.

—Muy bien, Clancy, ¿qué me cuenta? —dijo.

Aunque se encontraba sentado en su silla giratoria, Harry se sintió como si se hubiese refugiado tras la mesa y, de rodillas, con los dedos aferrados al borde del tablero, asomase tan solo la parte superior de la cabeza y los ojos aterrorizados. Se pasó la lengua reseca por el labio inferior.

—¿Qué quiere decir, señor Sumner? —preguntó con cautela.

Sumner hizo un gesto impaciente con la cabeza.

—Lo que quiero decir es qué está haciendo sobre ese periodista suyo que ha sido asesinado. ¿Cómo lo está cubriendo?

Harry se obligó a sentarse erguido, echando hacia atrás los hombros, y carraspeó para aclararse la garganta. Su esposa siempre le sermoneaba sobre su cobarde actitud hacia su jefe. Le decía que Sumner solo era un matón que se divertía amedrentando a los demás. Desde luego, tenía razón. Hasta en los estallidos más iracundos de Sumner había un destello de placer, pero el cabrón tenía un poder hipnótico y, por más que se armara de valor, Harry se sentía como un conejo despavorido ante la feroz mirada de aquellos grandes y brillantes ojos avellana, engañosamente cálidos.

—Bueno, la policía ha estado aquí. El inspector Hackett... —titubeó al recordar, demasiado tarde, que Hackett había sido crucial en la deportación a Canadá del hijo de Sumner por su implicación en algunos infames acontecimientos recientes.

—¿Y qué es lo que van a hacer *ellos*? —el rostro de Sumner se ensombreció, pero o no reconoció el nombre de Hackett o simuló haberlo olvidado—. ¿Qué va a hacer la policía?

—Ha puesto en marcha una investigación criminal.

A Sumner le temblaba el bigote cuando bajó los ojos hacia él.

—Una *investigación criminal*. Por Dios, Clancy, lleva demasiado tiempo trabajando en periódicos. Empieza a hablar como la policía —anduvo hasta la ventana y permaneció allí, mirando el río, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón—. ¿Sabe que estuve a punto de no verla?

—¿De no ver qué, señor Sumner?

—La noticia sobre la muerte del chico. Estaba sepultada al final de la página cinco.

—La página tres.

Sumner lanzó una áspera carcajada.

—Así que era la página tres. Magnífico —se dio la vuelta, regresó hasta la mesa y la golpeó con dureza con la punta de un dedo grueso y romo, pero con una manicura perfecta—. La cuestión es por qué demonios no estaba en la primera página. ¿Por qué no era el destacado de la primera página? ¿Por qué no se le dedicó toda la primera página? Y punto.

—Se trata de un asunto delicado, señor Sumner —comenzó a decir el director, pero Sumner extendió el brazo hasta casi tocarle el rostro con la mano.

—No me hable de delicadezas. ¿Qué cree que hacemos aquí? ¿*Casa y Jardín*? ¿La revista *Ladies' Home Journal*? —apretó los codos contra el cuerpo y colocó las manos separadas sobre la mesa, como un matón fuera de sí en una película de gánsteres—. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Esto es un periódico! ¡Tenemos una noticia! A uno de nuestros reporteros lo matan de una paliza y lo lanzan desnudo al río, ¿y usted entierra la noticia en la página cinco? ¿Usted es periodista o qué es?

Pronunció *periodista* con su impostado acento gringo. Harry lo imitó para sus adentros y también para sus adentros sonrió con desdén.

Durante un breve momento se hizo un pesado silencio, con Sumner inclinado sobre la mesa con las manos extendidas en aquel amenazador gesto interrogante mientras Harry le miraba desde abajo con los ojos espantados y la boca entreabierta.

—Al canal —corrigió Harry sin poder evitarlo.

Sumner parpadeó.

—¿Qué?

—Lo lanzaron al canal, no al río.

Con alarmante mutismo, Sumner asintió y dejó caer las manos a los costados con ademán de impotencia y resignación. Cogió una silla de respaldo recto, se sentó y plantó los codos sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo lleva en este puesto, Harry? —preguntó con suavidad y en un tono casi afable, como si realmente estuviese interesado en conocer la respuesta.

—Un año, hará dos en septiembre —contestó Harry a la defensiva.

—¿Le gusta el trabajo? Lo que quiero saber es si le resulta gratificante.

—Sí, desde luego —a Harry la boca se le había secado de nuevo.

Una vez más, Sumner asintió.

—Me alegra saberlo. Me gusta pensar que las personas que trabajan en mis

periódicos son felices. A *mí* me resulta gratificante que *usted* sea feliz, ¿me cree? — ante el rostro abatido de Harry, Sumner sonrió, dejando a la vista sus grandes dientes blancos—. Más vale que lo crea porque es verdad. Pero tiene que ser consciente de que se trata de mi negocio, de que todos nosotros estamos en este negocio —se echó hacia atrás, sacó del bolsillo superior de la chaqueta una caja de puritos y abrió la tapa.

Los puritos eran de un castaño oscuro, casi negro, y estaban liados a mano; eran largos, delgados y desiguales y a Harry le recordaron la mierda seca de perro. Sumner eligió uno, lo levantó a la altura de los ojos, sujetándolo entre las yemas de los dedos, y lo contempló satisfecho. Harry empujó en su dirección un pesado encendedor de mesa, pero Sumner lo rechazó con la cabeza y sacó una caja de cerillas Swan Vestas.

—Los mecheros dan un sabor a gasolina. Un buen purito se merece una cerilla — dijo.

Lo encendió con ademán teatral, mientras Harry lo contemplaba con triste fascinación. Sumner agitó la llama hasta apagarla, colocó con cuidado la cerilla con la cabeza aún enrojecida en una esquina de la mesa, ignorando el cenicero que Harry le ofrecía, y exhaló una nube azulada de olor penetrante con un suave suspiro.

—El hecho, Harry, es que lo que hace que se venda un periódico son... Bueno, dígamelo usted. Vamos, dígamelo: ¿qué es lo que hace que se venda un periódico, Harry?

Harry lo contemplaba con ojos vidriosos y expresión de impotencia. A esas alturas ya no se sentía tanto como un conejo sino como un ratón despedazado y ensangrentado con el que un gato hubiese jugado durante un buen rato y al que ahora se dispusiera a devorar.

—Las noticias, Harry —dijo Sumner casi en un susurro y subrayando la palabra—. Lo que hace que se venda un periódico son las noticias.

Dio varias caladas a su purito en silencio, mientras sonreía y miraba a Harry casi con benevolencia. Harry pensó con amargura que, aunque hacía menos de un año que Sumner había comprado el *Clarion*, obviamente se consideraba un experto.

Bajo ellos, en las profundas tripas del edificio, la rotativa comenzaba a tirar una prueba.

—¿Qué quiere que haga exactamente, entonces? —preguntó Harry.

—¿Yo? Yo no quiero que haga nada en concreto. Lo que quiero es que *usted* me diga a *mí* qué va a hacer. Usted es el periodista, Harry —se detuvo un instante, como si semejante idea le hiciera reír, pero se limitó a sonreír abiertamente—. Usted es el que sabe, así que impresioneme.

Harry notó el sudor incipiente en su bozo; estaba seguro de que Sumner veía las pequeñas gotas brillando sobre la sombra del bigote, que solía aparecer en torno a las cinco, pero que en su caso ya se apreciaba a media mañana. De joven había estado en el ejército. Y todo porque lo habían llevado a juicio acusado de robar en una tienda, nada realmente serio, pero el juez le había dado a elegir entre el reformatorio o

incorporarse a filas. Aquella era una época de su vida sobre la que no le gustaba pensar. Había allí un sargento que se convirtió en su cruz. ¿Cómo se llamaba? ¿Mullins? No, Mulkearns, eso era. Pequeño como una colilla y ancho como un barril, con el pelo alisado hacia atrás y un bigotito como el de Hitler. Era un matón, igual que Sumner, la misma sucia sonrisa de regodeo y el mismo aire de divertirse enormemente a costa de los demás. «Dices que has pelado las patatas, ¿no, Clancy? Bueno, pues empieza a pelar las mondas». Sí, Mulkearns y Carlton Sumner estaban cortados por el mismo patrón, desde luego que sí.

—Quizá podríamos escribir un reportaje sobre los casos crecientes de violencia en la ciudad, la proliferación de las bandas, las borracheras de las noches de los sábados, la juventud descontrolada... —la voz de Harry, poco convincente incluso a sus propios oídos, se fue debilitando hasta callar.

Recostado en la silla y con la cabeza reclinada, Sumner contemplaba el techo con rostro inexpresivo y la boca entreabierta. El purito, entre los dedos, lanzaba una veloz y, a los ojos de Harry, maligna columna de humo gris azulado. De repente, Sumner se echó hacia delante y enderezó la cabeza con tanta brusquedad que se oyó el chasquido de un tendón en su ancho y bronceado cuello.

—No, no, no —dijo, mientras hacía un gesto amplio con la mano izquierda, como si estuviera apartando una cortina de telarañas—. No, lo que yo veo es un gran titular en la portada: NUEVOS DATOS SOBRE EL ASESINATO DE JIMMY. A ocho columnas en la parte superior de la página. Y una foto del tal Jimmy..., ¿cómo se apellidaba?

—Minor.

Sumner frunció el ceño.

—¿Jimmy Minor? Suena un poco ridículo, ¿no? Si fuera un niño, quedaría bien: el pequeño Jimmy Minor, como el pequeño Jimmy Brown —se detuvo a pensar—. En cualquier caso, publique una buena foto de él con un pie del tipo: «Nuestro hombre, brutalmente asesinado». ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Harry, intentando sonar contundente. Puso la mano encima de una de las hojas de papel carbón que había en la mesa frente a él—. Pero esos «nuevos datos», ¿cuáles son?

Sumner le miró.

—¿Qué quiere decir? —sus mejillas y hasta sus ojos parecieron hincharse y brillar.

—Bueno... No ha habido ninguna novedad.

—Tiene que haber alguna novedad. Siempre hay novedades. Incluso cuando no las hay, los policías dan a entender lo contrario. ¿Qué dicen siempre? «Estamos siguiendo una línea de investigación». Póngase en contacto con ese policía, comoquiera que se llame, y sáquele información. Si le dice que no tienen nada, invente algo: «Lío amoroso, clave para el asesinato» o «Misteriosa mujer vista cerca del escenario del crimen»... Algo de ese tipo.

—Pero...

—Pero ¿qué?

Harry se oyó a sí mismo tragar.

—No fue así exactamente... No podemos...

—¿Por qué no?

El bigote de Sumner temblaba de nuevo. ¿Estaba controlándose para no reír? Harry tenía que darle la razón a su esposa: Sumner no era periodista. Simplemente se estaba divirtiendo, haciendo que Harry pelara las mondaduras de las patatas.

—Señor Sumner, no podemos inventarnos cosas, es así de simple —Harry se removió en la silla—. Hay un límite.

Sumner sacudió la cabeza mientras lo contemplaba.

—Se equivoca, Harry —dijo con un tono casi amable, casi paternal—. No existen más límites que los que uno se impone. Es algo que he aprendido en una vida dedicada a los negocios. No existen límites, no hay una línea que no se pueda cruzar. ¿Te arriesgas? Por supuesto que te arriesgas. Si no lo hicieses, quedarías fuera de juego —aplastó lo que quedaba de su purito en el cenicero que había sobre la mesa y se levantó, frotándose las manos—. La mujer misteriosa. Esa es la línea que hay que seguir.

—Pero...

—Ya empezamos de nuevo con los peros —dijo con una sonrisa afable, y le guiñó un ojo—. *Cherchez la femme...* Siempre hay una mujer, Harry, siempre —iba a darse la vuelta cuando una idea repentina le hizo detenerse—. ¿No sería marica nuestro pequeño Jimmy Brown?

Harry iba a contestar, pero se contuvo. Tal vez existía una posibilidad de que Sumner diera marcha atrás. Ningún periódico se prestaría a publicar una información sobre un mariquita al que habían matado a golpes. Hasta Sumner sabía eso.

—No tenemos ninguna razón para pensar que tenía tal inclinación —dijo Harry con cautela—. Pero tampoco para pensar lo contrario.

—Bien —replicó Sumner con energía—. En marcha, entonces.

Harry se vino abajo. No tenía sentido resistirse, no había manera de disuadir a Sumner.

—Aquella noche *había* una mujer en la zona —contó, precavido.

—¿Ah, sí? ¿Quién era?

—Una secretaria que vivía cerca. Fue ella quien encontró el cadáver.

Sumner mostró de nuevo los dientes en una amplia e indulgente sonrisa.

—¿Ve? Se lo había dicho: siempre hay una mujer.

—El problema es que ella estaba con alguien. Con su jefe.

—¿Su jefe? ¿No encontraron el cadáver a medianoche? ¿Qué hacía una secretaria con su jefe a esa hora? —lanzó una risa obscena—. ¿Escribir al dictado?

Harry se encogió de hombros.

—No creo que podamos referirnos a ella como una mujer misteriosa.

—¡Por supuesto que sí! O puede convertir al jefe en un hombre misterioso.

«Misteriosa pareja en el canal». Es perfecto.

—El asunto es...

Sumner avanzó de repente, plantó sus manazas sobre la mesa y se cernió amenazador sobre Harry.

—Mire, Harry, hágalo —el rancio olor a tabaco de su aliento llegó hasta el director—. Hágalo por mí, si quiere. Encuentre a la chica, hable con ella, hable con su jefe...

—Él no...

—Él sí. Usted le hará hablar. Apuesto a que está casado y, si es así, apuesto a que su esposa no sabe que la Señorita Secretaria salió con él a dar un paseo a medianoche y que se dieron de bruces con un cadáver y que los policías fueron y tomaron los datos de la joven. ¿No es cierto? Todo lo que se necesita es un poco de persuasión, Harry. Presiónelos un poco a ambos y cantarán como pájaros —sonrió con cordialidad y sus blancos dientes resplandecieron—. Verá, ya verá como tengo razón —se enderezó y se dio la vuelta para encaminarse a la puerta, pero volvió a detenerse y alzó la vista, pensativo, hacia una esquina del techo—. ¿Sabe? Me está empezando a gustar en serio este negocio. Debería haberme metido en prensa hace años.

Asintió con la cabeza y se fue silbando. Inmóvil en su silla, Harry permaneció mirando la puerta con expresión glacial durante largo rato.

—*La prensa* —repitió, imitando el acento de Sumner con profundo asco, como si escupiera las palabras.

7.

En McGonagle había un nuevo camarero, un joven arrogante con un tupé. Se llamaba Frankie, «como Frankie Sinatra», le gustaba repetir a quien le escuchara. Tenía una energía desbordante, se movía de aquí para allá tras la barra a toda velocidad, igual que un acróbata, lanzándose los vasos de una mano a otra y presionando el grifo de cerveza con un vistoso golpe de muñeca. Era ingenioso y le gustaba bromear dirigiéndose con guasa a los clientes más antiguos como «su excelencia», «caballero» o «capitán», dependiendo de lo que pensara que aparentaban ser. Entre los habituales, más de uno se había quejado a Paschal, el encargado, pero Paschal les había pedido que tuvieran paciencia, que lo que le pasaba a Frankie es que era joven y pronto se centraría. No obstante, a Quirke no le apetecía tener paciencia con Frankie, porque le daba mala espina y no porque no le gustara su actitud, que tampoco. Cuando el camarero se aproximó, frunció el ceño. El joven le irritaba especialmente cuando alzaba la barbilla, estiraba al máximo el elástico de su falsa pajarita y lo soltaba dejando oír el limpio chasquido. No, en lo que a Quirke se refería, Frankie era lo que menos necesitaba McGonagle.

Antes de entrar en el *pub*, Quirke ya estaba de un humor de perros: le había sorprendido otro chubasco mientras subía por Grafton Street, y ver la sonrisa descarada de Frankie le irritó aún más. Pidió un vaso de *whisky* y cuando Frankie le preguntó si quería hielo —¡hielo, en un Jameson!—, le lanzó tal mirada que Frankie se amilanó, se limitó a decir «De acuerdo» y se apresuró a alejarse por su bebida.

Además de la lluvia y de Frankie, Quirke tenía otros motivos para estar irritado aquella tarde. Para empezar, Isabel Galloway volvía a casa; de hecho, ya habría regresado, pues su gira había terminado la noche anterior. Le había llamado por teléfono desde la estación de tren de Mullingar para decirle que su tren llegaría en torno a las seis, pero que estaba agotada, ya que se había quedado hasta el amanecer en la última fiesta —«Si quieres que te diga la verdad, cariño, creo que aún estoy un poco achispada»—, que se metería en la cama para dormir unas horas y se encontraría con él más tarde. A Quirke le sorprendió su propio abatimiento al escuchar la voz de Isabel y enterarse de su regreso inminente. Ella era una mujer maravillosa en muchos sentidos, pero aun así no podía negar el hecho de que, en su ausencia, las semanas le habían parecido tranquilas y relajadas. Eso le hacía sentirse culpable, por supuesto, y ahora, mientras se sentaba para disfrutar de lo que percibía como sus últimas horas de libertad, se sentía más culpable todavía.

Vio a Hackett tan pronto como el detective abrió la puerta. Llevaba el sombrero puesto y tenía las hombreras de la gabardina mojadas por la lluvia.

—Bonita noche, ¿eh? —dijo el policía con ironía mientras se instalaba en el taburete próximo a Quirke. Tras quitarse con esfuerzo la gabardina, la colocó doblada en su regazo y dejó el sombrero en la barra, junto a su codo.

—¿Qué va a tomar? —le preguntó Quirke.

—Una copita de oporto.

Quirke le miró asombrado.

—¿Una qué?

—Una copita de oporto —repitió Hackett, imperturbable—. Si no le parece mal.

—Por supuesto que no —se hizo un silencio—. ¿Desde cuándo bebe oporto?

—A veces tomo una copa. Es muy relajante, debería probar alguna vez.

Quirke alzó un dedo para llamar a Frankie.

—Una copa de oporto para mi amigo —sacudió la cabeza, mientras contemplaba cómo el joven bajaba una polvorienta botella de Graham desde una balda alta—. Imagino que lo siguiente será un vino reconstituyente Wincarnis.

—Puede burlarse cuanto quiera, no me molesta —dijo Hackett, de buen humor. Luego desvió la mirada a la corbata de rayas blancas y azules de Quirke—. Ya veo que no la lleva hoy.

—¿Que no llevo qué?

—La pajarita.

Frankie colocó la copa de sirope rubí frente a Hackett.

—Aquí tiene, capitán, su oporto —se llevó la mano a la garganta, pero sorprendió la mirada de Quirke y ni tocó la pajarita.

Hackett dio un sorbito a su bebida.

—Parece que se está volviendo muy popular —señaló con un gesto la espalda de Frankie, que se alejaba—. La pajarita.

Quirke frunció el ceño, pero no dijo nada. Echó un vistazo a la cabina telefónica, al final de la barra. ¿Debía llamar a Isabel? Probablemente ya estaría despierta.

—¿Ha visto el *Clarion* esta mañana? —preguntó Hackett.

—No, ¿por qué?

Hackett sacó del bolsillo de su gabardina un ejemplar del periódico, arrugado y ligeramente mojado, y lo desplegó sobre la barra. El titular que abría la portada decía: TRAS LA PISTA DE UNA JOVEN EN EL CASO MINOR. Había una foto de Jimmy Minor. La información no estaba firmada.

—Dios santo —exclamó Quirke.

Hackett asintió.

—Menudo titular.

—Será idea de Carlton Sumner —aseguró Quirke—. Se cree William Randolph Hearst. ¿Quién se supone que es la joven?

—La que encontró el cadáver del muchacho. Estaba en el canal dando un paseo romántico con su amante, que da la casualidad de que también es su jefe.

—Entonces ¿qué significa «Tras la pista de una joven»?

—No significa nada —dijo despectivamente Hackett—. El hombre, Wilson, el jefe de la chica, pidió que su nombre quedara fuera de la investigación por... —succionó el aire entre los dientes— razones domésticas. Está casado —el policía removi6 el trasero en el taburete—. Si el *Clarion* sigue esa línea, su mujer se va a

enterar de más cosas de las que desearía.

—¿Y lo va a hacer? ¿Va a seguir esa línea?

El policía alzó los hombros hasta casi rozarse los lóbulos de las orejas y los dejó caer.

—Al *Clarion* no le costará mucho encontrar a la joven —dijo con sarcasmo—. O al señor Wilson —dio un sorbito a su oporto haciendo un mohín con sus labios de rana y se los lamió después de tragar—. Me pasé por el piso donde vive Jimmy Minor. Donde vivía.

—¿Ah, sí? ¿Y?

—Nada en especial. Esta mañana envié a Jenkins y a un par de agentes para ver si ellos encontraban algo. Estoy esperando su informe. No tengo grandes expectativas sobre el resultado —dio otro sorbito a su copa.

Entre las hileras de botellas tras la barra, ambos veían sus reflejos fragmentados en el espejo moteado. En la luna había un anuncio de tabaco Gold Flake, la parte superior estaba estampada en dorado como un apagado reflejo solar. Frankie secaba con gran energía un vaso con un paño sucio mientras silbaba tenuemente entre dientes.

—Era jardinero —dijo Hackett.

Quirke le miró desconcertado.

—¿Quién era jardinero?

—Jimmy Minor. En el patio trasero del edificio de Rathmines donde está su apartamento tenía un pequeño jardín. Bueno, era más bien un huerto: patatas, judías, creo que también zanahorias. Estaban empezando a brotar.

Quirke deseaba otro *whisky*. Intentó atraer la atención de Paschal, el encargado, pero Frankie vio su vaso vacío, dejó a un lado el paño y se aproximó a ellos, haciendo crujir los nudillos y sonriendo.

—¿Lo mismo, caballero?

Quirke asintió con gesto adusto.

—¿El terreno era suyo? —preguntó a Hackett.

—No, el casero se lo cedió. Era un bonito huerto, pequeño y bien cuidado. La tierra de allí es buena, las hojas que han caído al suelo a lo largo de los años han creado una gruesa capa de mantillo. Habría tenido una cosecha abundante. Las patatas, sobre todo, se habrían dado especialmente bien.

Ambos permanecieron en silencio. Frankie trajo el *whisky*, pero percibió que los ánimos se habían ensombrecido y lo dejó sobre la barra sin hacer aspavientos ni abrir la boca. Se limitó a coger el billete de diez chelines que le tendió Quirke y se dirigió a la caja registradora.

Quirke carraspeó.

—Así que no encontró nada —dijo.

Sin decir una palabra, Hackett metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó un sobre de color crema y lo dejó sobre la barra. El nombre de Jimmy

Minor y su dirección estaban escritos a máquina; en la esquina superior izquierda, impreso en letras azul marino, se leía:

Padres de la Santísima Trinidad
Trinity Manor
Rathfarnham
Condado de Dublín

—Estaba entre sus cosas —comentó Hackett.

Quirke cogió el sobre, lo abrió y sacó de su interior la carta. Al hacerlo, notó una especie de chasquido en la zona del esternón. ¿El aspecto del papel, su olor habían desencadenado algo en su interior? Entonces recordó: cuando lo enviaron a Carricklea, le dieron una carta similar para que la entregara. Qué extraño que su memoria lo evocara con tal nitidez después de tantos años. «Nos dirigimos a ustedes para confiarles el cuidado de este muchacho...». Apartó aquel recuerdo. La carta, la carta que ahora tenía en las manos, estaba escrita a máquina con una tinta muy negra sobre una hoja de papel con el membrete en relieve. Estaba claro que los padres no escatimaban en papelería. La dirección de Rathfarnham estaba impresa asimismo en la hoja; la misiva empezaba justo debajo:

Estimado señor Minor:

Hemos recibido su carta dirigida al padre Michael Honan, a la que doy respuesta por encargo de monseñor Farrelly, nuestro superior.

No expresa con claridad sus razones para entrevistar al padre Honan, pero, en cualquier caso, su petición no es factible. El padre Honan se halla extremadamente ocupado en estos momentos, pues embarcará en breve para las misiones en África, y le resulta imposible atenderle.

Si desea información sobre el trabajo de los Padres Trinitarios, aquí o en el extranjero, le ruego que haga llegar sus preguntas directamente a monseñor Farrelly o a mí.

Atentamente suyo en la Gracia de Nuestro Señor Jesucristo,

Daniel Dangerfield, PST

Quirke la leyó una segunda vez y luego alzó la vista a Hackett.

—«Daniel Dangerfield». ¡Vaya nombre! Parece un trabalenguas —dejó sobre la barra la hoja, que se cerró lentamente siguiendo sus pliegues, igual que una flor carnívora—. ¿Qué significa esta carta?

—No lo sé.

—Entonces ¿por qué...?

—El nombre me resultó familiar —Hackett cogió la cajetilla del bolsillo de su chaqueta, ofreció un cigarrillo a Quirke, cogió uno para él y abrió la tapa de su mechero Zippo. Giró la rueda ennegrecida con el pulgar para hacer saltar la chispa—: Honan —dijo, entrecerrando un ojo para protegerlo del humo del cigarrillo.

—¿Qué es lo que le resultó familiar?

—Al principio no caí, solo sabía que yo conocía ese nombre. Entonces me acordé —bebió lo que quedaba del oporto, chasqueó los labios, alzó a la luz la copa tintada de oscuro por el vino y miró a través de ella—. Hubo una denuncia contra él; sucedió hace años. El padre de uno de los alumnos del Windsor College, que dirige la Orden Trinitaria, vino a denunciar que su hijo había sufrido maltrato por ese mismo padre Honan... O, por lo menos, yo creo que se trata del mismo.

—¿Maltrato? —preguntó Quirke.

—Sí. No quedó claro qué quería dar a entender con eso, por lo visto el chico se negaba a entrar en detalles sobre lo sucedido, incluso con su padre. El comisario principal en aquella época era Andrew O’Gorman. ¿Se acuerda de él? No era el tipo más perspicaz del mundo, nuestro Andy. Intentó por todos los medios sonsacar al padre de qué iba la historia, pero todo resultaba muy vago.

—¿Y qué sucedió?

Hackett se encogió de hombros.

—Nada, no había nada sobre lo que trabajar. Creo que el comisario envió a alguien para que hablara con el chico, pero este mantuvo su hermetismo, así que el asunto se olvidó —el policía se rio—. Ya se puede imaginar las ganas que tendría Andy de interrogar a los reverendos padres. El Palacio Arzobispal habría reaccionado de inmediato, preguntando airado —Hackett continuó en tono sepulcral—: *Qué derecho cree tener la Garda Síochána para airear acusaciones infundadas contra un sacerdote trabajador y respetado de esta parroquia, bla, bla, bla... Le saluda atentamente en Cristo Nuestro Salvador.* Así que el caso se abandonó.

Quirke hizo un gesto a Frankie, señalando la copa vacía de Hackett. El joven se aproximó con la botella de Graham y le sirvió.

—¿Qué papel jugó usted? —preguntó Quirke.

—¿Mmmmm? —Hackett estaba pendiente del vino.

—En el asunto del sacerdote... En la denuncia.

—No jugué ningún papel. No directamente —contestó el policía.

—¿Entonces? ¿Tuvo una corazonada?

—No, no, no fue así. Pero hice algunas indagaciones, ya me conoce.

Quirke asintió con una sonrisa irónica.

—¿Y qué averiguó?

Con expresión pensativa, el policía aplastó la colilla en el cenicero moviéndola lentamente en semicírculos. Una irritada columna de humo se elevó de repente en el aire y se esfumó.

—El tal padre Honan era un tipo muy dinámico. Dirigía un club de muchachos en

uno de los edificios de Sean McDermott Street. Atletismo, natación, boxeo, ese tipo de cosas. Consiguió que las tiendas del barrio pusieran dinero y logró que Guinness patrocinara el equipamiento deportivo: los jerséis, las botas de fútbol y todo lo demás. Se hizo muy popular entre la gente del barrio.

—¿No hubo más denuncias como aquella?

—¡Ni soñarlo! En Sean McDermott Street, el hombre era un santo. Fundó una sociedad antialcohólica, consiguió que acudieran los hombres y los persuadió para que se comprometieran a dejar la bebida. Puso en marcha una tontina^[3] para pagar los funerales de los pobres. Ah, sí, el padre Mick era el héroe del barrio. También trabajó con los *tinkers*, intentó convencerlos para que dejaran el vagabundeo y se establecieran. Un hombre muy activo, ya se lo he dicho.

Quirke prendió otro cigarrillo.

—Pero a usted algo no le olía bien.

Hackett alzó los hombros y mostró la palma vacía de una mano con gesto de impotencia.

—No tenía nada en contra de él. Ni siquiera lo conocía.

Permanecieron de nuevo en silencio. A sus espaldas el local se iba llenando y la luz eléctrica, sitiada por la humareda de los cigarrillos, empezaba a difuminarse en una neblina de un opaco azul grisáceo. Entre la multitud estaba Barney Boyle. Al escuchar el farfullar vociferante del dramaturgo, Quirke inclinó la cabeza. No tenía ánimos para encontrarse con Barney, no aquella noche.

—¿Va a seguir esa pista? —dijo.

Hackett puso su expresión de Spencer Tracy: presionó la lengua contra la mejilla y frunció el entrecejo.

—Había pensado que podríamos acercarnos para tener una conversación con el padre Honan antes de que parta a las misiones con el pico y la pala.

—Querrá decir que había pensado en acercarse *usted*.

—Venga, doctor, usted tiene mucha mano con los curas. Lo he comprobado en otras ocasiones.

—¿Ah, sí? ¿Lo ha comprobado?

—Así es —se rio el policía—. Imagino que piensan que usted está más o menos en el mismo negocio que ellos: usted se encarga de los cuerpos y ellos, de las almas.

Quirke sacudió la cabeza.

—Es usted terrible, ¿lo sabe? Venga, invíteme a una copa, es lo menos que puede hacer.

Esta vez fue Hackett quien hizo una seña a Frankie. El joven se aproximó desde el otro extremo de la barra con un arrogante contoneo.

—¿Qué desean los señores? —les preguntó, estiró al máximo el elástico de su pajarita y, sonriendo ufano, lo soltó.

Quirke inclinó la cabeza y lo miró como si le apuntara con el cañón de una pistola.

8.

Se había preparado una copa y abierto una historia de Bizancio que llevaba semanas intentando terminar cuando llamó Isabel. Tomó asiento, miró el teléfono y lo dejó sonar una docena de veces antes de levantar el auricular, gesto que realizó con tanta cautela como si pudiera explotarle en la mano. Sabía que se trataba de Isabel. Era casi medianoche y había creído que se encontraba a salvo, que ella habría dormido hasta bien entrada la tarde y ya no se levantaría a esa hora, pero se había equivocado. Sonaba desalentadoramente animada. Se esforzó en parecer asimismo entusiasmado, amoroso, feliz de escucharla.

Isabel dijo que suponía que él ya estaría en la cama, con su osito y su ponche, pero que aun así se acercaría a verle y tal vez le haría compañía en la piltra. Le gustaba utilizar palabras de argot, que pronunciaba con pícaro teatralidad, estirando las vocales. A él no se le ocurrió ninguna excusa para disuadirla. Bien, dijo ella, cogería un taxi inmediatamente. Quirke colgó el teléfono y se quedó contemplando con mirada ausente el libro abierto en su regazo. Siempre le molestaba la manera que ella tenía de decir *¡A-diooos!*, con aquella afectada entonación.

Sin embargo, cuando Isabel llegó y se lanzó a sus brazos en la puerta y le besó y le abrazó, respirando con ardor en su oreja, su corazón dio un brinco familiar. Al fin y al cabo, era una mujer madura, cálida y alegre, y aseguraba amarle y como prueba había intentado quitarse la vida por su causa. Quirke la abrazó con deseo y, al mismo tiempo, deseó que no hubiera ido. Por enésima vez se preguntó qué quería de ella. La vana respuesta era: todo y nada, y por tanto resultaba imposible. Presa del remordimiento, la estrechó con más fuerza y súbitamente una visión del camino de sirga junto al oscuro canal le vino a la cabeza, e imaginó con anhelo los árboles silenciosos inclinándose, la luna titilando en el agua, las cañas secas susurrando y ningún alma cerca.

—¿Me has echado de menos? —susurró ella, rozándole el cuello con los labios—. Dime que sí, aunque no sea cierto.

—Claro que te he echado de menos —contestó Quirke, haciendo que su voz resonara henchida de emoción—. ¿Cómo puedes preguntarme eso?

Cuando entraron en la casa, ella miró alrededor con vivo interés, como si llevara años fuera. Se quitó el pañuelo y sacudió su cabellera de un bronce oscuro. Llevaba el chaquetón de piel que Quirke le había regalado por su cumpleaños sobre un traje de chaqueta de seda azul oscuro cuya estrecha falda subrayaba la curva de su trasero. Tan pronto se desprendió del chaquetón, giró la cabeza para comprobar que las costuras de sus medias estaban rectas y, al ver ese gesto tan suyo, Quirke sonrió. La había echado de menos; no era del todo falso.

—¿Puedes encender el fuego? —preguntó ella—. Aquí hace un frío de muerte.

Quirke se acuclilló frente a la chimenea de gas y prendió fuego con una cerilla; el gas hizo combustión con su habitual y suave *¡fum!* Esa era otra de las cosas que le

irritaban de Isabel, que siempre tenía frío.

Preparó café para los dos y le añadió un poco de *whisky*. Le preguntó si tenía hambre y ofreció prepararle una tortilla, pero ella dijo que no, que durante las últimas seis semanas había padecido la comida de las pensiones, tantas como para que se le hubieran quitado para siempre las ganas de comer.

—¿Crees que he engordado? —Isabel se contempló con ojo crítico en el enorme y recargado espejo sobre el aparador—. Yo creo que sí. ¡Dios!

Quirke contempló con admiración el vuelo de la chaqueta corta y abotonada sobre sus estilizadas caderas.

—Estás preciosa —y sintió alivio al percatarse de que lo decía sinceramente.

—¿De verdad? —ella dio la espalda al espejo y se volvió hacia él, observándole de arriba abajo con una ceja arqueada—. Me gustaría poder decir lo mismo de ti. Imagino que habrás estado empinando el codo desde que me marché.

—Sin parar —asintió él—. Curda todas las noches.

—Deberías permitirme que me casara contigo.

—¿Tú crees?

—Sí, eso creo. Te llevaría derecho como una vela. Te cocinaría comidas decentes, te plancharía las camisas, te acostaría y te abrigaría el pecho con una manta de franela para evitar que cogieras un resfriado. Y cuando llegaras tarde a casa te estaría esperando detrás de la puerta con un rodillo para darte una lección. ¿Te lo imaginas?

—Sí. Andy Capp y Flo.

—¿Quiénes?

—Andy Capp y la gruñona de su mujer: son personajes de una tira cómica del periódico.

Ella ladeó la cabeza con una sonrisa afilada.

—¿Una tira cómica? —preguntó repentinamente suspicaz—. ¿Así es como nos ves? Dame un cigarrillo.

Se sentó en un brazo del sillón junto a la chimenea y cruzó las piernas, mientras él se dirigía a la repisa. Cogió dos cigarrillos de la caja de plata que había allí, los encendió y le pasó uno a ella. Isabel, inclinada, miraba el libro que Quirke había dejado abierto sobre el otro brazo del sillón.

—*Belisario* —leyó—. ¿Quién diablos era ese?

—Un general de Bizancio. Dicen que el emperador Justiniano ordenó que le sacaran los ojos y lo puso a mendigar en las calles.

—¿Por qué?

—Demasiadas victorias en las batallas, una amenaza para el trono.

—Típico.

—¿Qué?

—Típico de los hombres.

—¿Quién se comportó de una manera típica: Belisario o el emperador? —ella le lanzó una mirada cáustica—. En cualquier caso, solo es una leyenda.

—Como toda la historia.

Él asintió mientras sonreía, impasible. Algo amenazador, una nota de rencor, había surgido en el ambiente. No deseaba discutir.

—Bueno, cuéntame qué ha pasado en mi ausencia. Tengo la sensación de que llevo siglos fuera —comentó Isabel.

La imagen de la orilla del canal irrumpió de nuevo en la cabeza de Quirke. Aunque solo duró un instante, tenía una asombrosa nitidez: la aterciopelada oscuridad sobre el agua, los árboles inclinados y sigilosos.

—Han matado a Jimmy Minor —dijo.

Sentada aún sobre el brazo del sillón, con sus torneadas piernas cruzadas, Isabel ya se había olvidado del libro y contemplaba sin prestar atención la puntera de uno de sus zapatos. Pero, al oírle, su rostro se ensombreció y un leve estremecimiento pareció recorrerla.

—¿Qué?

Quirke vertió otra gota de *whisky* sobre los posos fríos de café de su taza y bebió. El gusto amargo le hizo arrugar el rostro.

—Jimmy Minor. Lo conocías, ¿verdad? Periodista de...

—Ya sé quién era —espetó ella con sequedad, girándose para mirarle—. Un amigo de Phoebe. ¿Has dicho que lo han matado?

—Lo asesinaron. Uno o varios. Lo golpearon hasta matarle. Su cuerpo estaba en el canal, bajo el puente de Leeson Street.

Isabel lo contemplaba con expresión casi admirada.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días.

—Dios mío —dijo con voz monocorde. Se puso en pie, caminó hasta la chimenea, colocó una mano sobre la repisa y permaneció allí, frente al espejo, en silencio, con los ojos nublados. Cuando volvió a hablar, de espaldas a él, su voz sonaba extrañamente lejana—. ¿Nunca sientes nada?

Él contempló la pálida piel de su cuello.

—¿Qué quieres decir?

—Tú... te limitas a informar como si... —se detuvo, mientras sacudía la cabeza. Luego se volvió hacia él. Estaba pálida y le temblaba la boca—. ¿No te afecta?

—¿El qué? ¿Que hayan matado a Jimmy Minor? Por supuesto que me afecta.

—¡No es verdad! —gritó ella—. Si te afectara, no hablarías de ello con... con esa indiferencia.

Quirke suspiró.

—Me afecta. Por supuesto que me afecta. Pero ¿de qué sirve eso? Es solo otra manera de sentir pena por uno mismo.

Ella lo miraba con tanta intensidad que sus ojos parecían ligeramente estrábicos.

—Eres un monstruo, Quirke —dijo en voz baja, casi en un murmullo.

Él se alejó de Isabel, repentinamente furioso. Siempre la misma historia: siempre

había alguien para echarle en cara lo brutal, lo frío, lo cruel que era cuando, en su opinión, lo único que hacía era ser honesto.

—¿Y Phoebe? —preguntó Isabel a su espalda—. ¿Cómo está?

—Bien. Se llevó un disgusto cuando se enteró, pero ya está bien.

Le habría gustado contestar: «Ella es mi hija, ¿no? Y a los Quirke nos dan lo mismo los demás». Pero recordó a Phoebe el día que se lo dijo en el hotel, su palidez, sus manos temblorosas. Tal vez no se encontraba bien, tal vez estaba lejos de encontrarse bien.

—Podrías llamarla por teléfono —le dijo a Isabel, aún dándole la espalda, temeroso de que viera sus ojos rojos de ira. Pero de repente, en un instante, su furia se desvaneció y lo único que sintió fue cansancio.

Se acercó a la repisa de la chimenea para coger otro cigarrillo y lo prendió. Isabel había vuelto a sentarse, esta vez en el sillón, y contemplaba el latido incandescente en la rejilla de la chimenea de gas.

—¿Te importaría servirme un poco más de *whisky*? En un vaso. Supongo que no tienes ginebra —frunció el ceño con expresión ausente—. Debería comprar una botella y dejarla aquí... —soltó una fría carcajada—, para emergencias.

Quirke cogió un vaso de la cocina, sirvió el *whisky* y se lo tendió. Sus dedos rozaron los de ella, su piel estaba fría y ligeramente húmeda. Sintió deseos de cogerla del brazo y arrastrarla al dormitorio y desnudarla y tumbarse con ella en la cama y estrecharla contra él, su cuerpo largo y frío, y oler su pelo y su garganta perfumada y juntar sus labios con los de ella y olvidar, olvidar todo, aunque solo fuese unos minutos. Se preguntó por qué estaba tan alterado. Tal vez, después de todo, sí le importaba Jimmy Minor; tal vez le importaba más de lo que pensaba o de lo que habría imaginado. Era un enigma para sí mismo, siempre lo había sido, siempre lo sería.

—Cuéntame qué sucedió —le pidió Isabel.

Quirke apoyó el codo en la repisa de la chimenea. Se dio cuenta de que agradecía el calor del fuego; también él debía de tener frío, aunque no fuera consciente.

—Una pareja de novios vio el cuerpo —dijo—. Estaba en el agua, desnudo...

El cuerpo. La miró de reojo, esperando que saltara irritada por esa forma de referirse a él y empezara a recriminarle de nuevo, pero ella no dijo nada.

—Lo golpearon hasta matarlo, como te he dicho antes. A patadas y..., ya te puedes imaginar. A duras penas logré reconocerlo cuando lo trajeron.

Ella alzó la cabeza.

—¿Tú le hiciste la autopsia?

—No había nadie más.

—¿No te...? —desvió los ojos hacia el fuego—. ¿No te perturba hacerle eso a alguien que conoces?

—No podría realizar mi trabajo si permitiera que me afectara.

Isabel hizo un movimiento displicente con la cabeza.

—Sí, sí, claro. Siempre dices eso y yo siempre olvido que vas a decirlo.

Quirke contempló la fotografía enmarcada que estaba junto a su codo. De las cuatro personas que aparecían en la imagen, dos de ellas —su mujer y su cuñada— estaban muertas. Él las había amado a ambas.

—Un cadáver es un cadáver —dijo en un tono más áspero del que pretendía—. Ahí ya no queda nadie. Resulta difícil dar importancia a la carne cuando el alma ha desaparecido.

Ella se rio. Un suave bufido.

—Pensaba que no creías en el alma.

—Y no creo.

—Entonces ¿qué hay en nosotros? ¿Qué es lo que desaparece cuando el cuerpo muere?

—No tengo ni idea —repuso, cansado.

Ella lo miró y sonrió con tristeza.

—Llevas demasiado tiempo viviendo entre muertos, Quirke —dijo.

Él asintió.

—Sí, supongo que tienes razón.

No era la primera en decirle aquello y tampoco sería la última.

Le gustaba sentir bajo la mano el frescor del costado desnudo de Isabel cuando ella yacía de lado en un sueño ligero, dándole la espalda. La cama no era lo bastante ancha para los dos. Se le había dormido el brazo derecho, atrapado bajo el peso de ella, pero no lo retiró por temor a despertarla. Había apagado la lámpara de la mesilla y la luna brillaba en la esquina superior de la ventana, un inmenso ojo vigilando indiferente el mundo. En su interior, él contemplaba el canal oscuro, el silencioso camino de sirga. ¿Qué había afuera, en la noche, que deseaba con tal intensidad? Descanso, calma, huida. La muerte, tal vez. Pero ¿qué clase de muerte? Isabel tenía razón: había visto demasiados cadáveres, los había abierto y había hurgado en sus entrañas, como para hacerse ilusiones sobre lo que los curas llaman nuestro viaje final. Estaba persuadido de que la muerte era sencillamente el final.

No, lo que anhelaba en lo más profundo de su corazón no era la muerte, no ese suceso grandioso y terrible del que hablan los curas y los poetas, sino más bien un estado de no existencia, no seguir allí sencillamente. Sin embargo, aquella condición era impensable, pues en ella nada era... No sería él; inexistente, pero no sería él. No era un estado en absoluto. Era la nada y la nada es inconcebible. Toda su vida, tan atrás como pudiera remontarse, había luchado con ese enigma. ¿Era por eso por lo que se había convertido en forense, con la esperanza de adentrarse en el corazón del misterio? Si era así, había sido en vano. Los muertos no revelaban sus secretos, ya que no tenían ninguno; no tenían nada, eran nada, solo un puñado de huesos y de sangre, ya fríos.

Debió de tensar la mano sobre la suave carne que recubría la cadera de Isabel sin darse cuenta, ya que ella se despertó súbitamente e intentó incorporarse, apoyándose en un codo.

—¿Qué? —exclamó con brusquedad—. ¿Qué pasa?

Él le acarició el rostro con los dedos para calmarla y, con la palma de la mano en su mejilla, le dijo que todo estaba bien. Ella se recostó despacio de lado, pero esta vez vuelta hacia él.

—Estaba soñando —murmuró con la vista clavada en la oscuridad; él podía ver el brillo de sus ojos en el resplandor de la luna—. Con... con mi padre. Él estaba llorando.

Se echó hacia delante y escondió el rostro en el hombro de él. Quirke extendió el brazo sobre su cuerpo y encendió la lámpara de la mesilla. Ella gimió en protesta y se pegó aún más a él. Quirke rebuscó hasta encontrar sus cigarrillos y encendió uno. Isabel se separó de él, suspirando.

—¿Dónde está mi combinación? Estoy helada —dijo.

Quirke se levantó y recogió la ropa que ella había dejado sobre la silla; en los pliegues más escondidos aún persistía la cálida huella de su cuerpo. ¿Cuánto tiempo llevaban en la cama?

—Dame la blusa, abriga más —Isabel la cogió y se la puso, contoneándose entre las sábanas ceñidas.

Él se dirigió al baño y cuando regresó llevaba el albornoz. Isabel estaba sentada, recostada contra las almohadas, y se pasaba los dedos por la cabellera tratando inútilmente de peinarse.

—No deberías fumar a estas horas de la noche —dijo con expresión abstraída.

Quirke se sentó en un lado de la cama, medio girado hacia ella. Sonriendo, Isabel alzó la mano y acarició el mechón de pelo en forma de coma que tenía en la nuca.

—La verdad es que tienes un aspecto espantoso. ¿Lo sabes?

Él asintió sin entusiasmo. Pensó en acercarse a la cocina y servirse otro *whisky* que le sirviera de reconstituyente, pero sabía que sería motivo de nuevas recriminaciones.

—¿Estás contento de que haya vuelto? —le preguntó Isabel, risueña, aunque él percibió una nota de ansiedad en su voz. Aquella era una pregunta sin respuesta o, por lo menos, no existía una respuesta que sonara lo bastante convincente. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil?

—Te he echado de menos —dijo Quirke, y se estremeció ante lo inadecuado de las palabras, ante su banalidad.

—Háblame de Jimmy Minor —Isabel cambió de tema, su voz se había endurecido—. Cuéntame qué sucedió.

—Ya te lo he contado todo. No hay más. Lo golpearon hasta matarlo y lo arrojaron al canal.

—¿Por qué?

Él giró las palmas de las manos hacia arriba.

—No lo sé.

—¿Y la policía? Debe de tener alguna idea. Ese inspector amigo tuyo... ¿Cómo se llama?

—Hackett.

—¿Qué opina él?

—No sabe qué opinar.

Isabel le observaba, su boca tensa al pensar en Jimmy Minor y su violento final.

—Ay, ¿por qué tienes un trabajo tan horrible?

Quirke sintió compasión por ella. No debía de ser fácil tener una relación con él, intentar encontrar un camino para atravesar las barreras que había pasado su vida levantando y que jamás descuidaba ni dejaba de defender. ¿Por qué se esforzaba Isabel? Si se lo hubiese preguntado, habría contestado que lo amaba y Quirke suponía que era cierto, aunque no sabía muy bien qué significaba. Otras personas parecían comprender el amor sin necesidad de que se lo explicaran. ¿Qué le sucedía a él? ¿Por qué estaba tan confuso? Algún día, sin hacer ningún esfuerzo, tan solo por su forma de ser, ahuyentaría a Isabel. Estaba seguro de que cuando ese momento llegara, ella no intentaría de nuevo quitarse la vida. Había aprendido que esos gestos, por dramáticos que fueran, no daban ningún resultado.

—¿Y Phoebe? ¿Se encuentra muy afectada?

Quirke volvió la vista hacia la ventana. La luna estaba ahora muy baja y una parte permanecía oculta tras el marco.

—Yo tampoco se lo conté de la mejor manera posible.

—Me lo imagino —dijo Isabel, áspera—. No tienes remedio, Quirke, ya lo sabes.

Él asintió. Ella le acarició de nuevo la nuca con sus dedos fríos.

—Creo que Jimmy Minor estaba investigando algo. Algo relacionado con un sacerdote.

—¿Ah, sí? ¿Qué sacerdote?

—Un simple sacerdote. Honan... El padre Mick, así le llaman. Hace obras de caridad, trabaja en las barriadas.

—Creo que he oído hablar de él. ¿Por qué le interesaba a Jimmy?

—No hago más que repetirte lo mismo: no lo sé. Yo también hago las mismas preguntas y no obtengo ninguna respuesta. Jimmy intentó entrevistar a ese sacerdote, pero le dijeron que no podía.

—¿Por qué?

—¿Por qué le dijeron que no podía? La orden no lo permitió. Los Padres Trinitarios. Dijeron que se iba a África. Debía de estar muy liado haciendo la maleta.

—¿Y tú crees que fue por su causa, por ese cura, que asesinaron a Jimmy?

Quirke no contestó. Sus ojos seguían fijos en la luna. Medio cortada por el marco de la ventana, parecía estar poniéndole sobre aviso. Él sabía lo que Isabel callaba. De niño, Quirke había sufrido abusos en cuerpo y alma a manos de sacerdotes y de

frailes en Carricklea y en otros lugares anteriores. No se podía esperar que pensara con claridad y calma cuando se trataba del clero. En una ocasión, Isabel le soltó que él veía un cura debajo de cada cama. Lo dijo en tono desenfadado, pero Quirke le lanzó tal mirada que ella tragó saliva y retrocedió. Había asuntos sobre los que no admitía bromas.

—¿Te he hablado alguna vez de un hombre llamado Costigan? —le preguntó él.

—No, no me suena. ¿Quién es?

—Un tipo que conocí. De hecho, fue él quien se dio a conocer. Era uno de los Caballeros de St. Patrick, abstemio, con una insignia de los Pioneros en la solapa, lo típico. Me explicó que existían dos mundos: aquel en el que nosotros (tú, yo y todos los pobres idiotas como nosotros) creemos vivir y, tras esa fantasmagoría, el mundo real, donde está al mando la gente como él. Tengo que admitir que fue sincero sobre ese otro mundo. Un lugar duro, me dijo, un lugar desagradable, pero el verdadero mundo, donde se toman las verdaderas decisiones, donde se llevan a cabo las acciones necesarias. Sin gente como él, me dijo, gente preparada para encarar la realidad y hacer el trabajo sucio, nosotros no podríamos vivir nuestras confortables e ilusorias vidas. Estaríamos asimismo hundidos en el fango hasta el cuello.

Hizo una pausa, mientras apuraba el final de su cigarrillo.

—Confieso que me impresionó. No se trata de que me contara algo que yo no supiera (cada bocado de carne tiene un regusto a matadero), pero me impresionó su manera de contarlo, su pragmatismo. Hay Costigans en todas partes: entre bambalinas, dirigiendo, controlando, haciendo que funcione la picadora de carne — Quirke hizo una pausa, casi sonriendo—. Sí, me acuerdo del señor Costigan. Me acuerdo muy bien.

Isabel lo contemplaba bajo el resplandor de la lámpara. Había cerrado los brazos en torno a su cuerpo, como si se protegiera.

—Pero *tú* vives en ese mundo, el mundo del que él hablaba.

Él lo pensó un instante.

—No, no es cierto, no tendría estómago ni valor. Pero tengo un pie en él, es verdad.

—Deberías haberte dedicado a otra cosa... A otro trabajo, quiero decir.

—¿Como cuál?

Sabía lo que ella iba a contestar.

—Podrías haber sido médico... Quiero decir un médico de vivos.

Él lanzó una tenue carcajada.

—Ah, los vivos. El problema es que no sé gran cosa sobre ellos.

Ella se irguió repentinamente, se puso de rodillas sobre el colchón y lo rodeó con sus brazos.

—Odio oírte hablar así —le dijo, sus labios rozando de nuevo su oreja—. Lo dices con demasiada complacencia, con demasiada facilidad. Algunas veces pienso que te gustan tus heridas.

Él volvió a reírse y reposó su frente en el cabello de la mujer.

—Sí, como el leproso con su escudilla, que tiene que amar sus muñones.

Isabel le sujetó el rostro con las manos, lo giró hacia ella y lo besó en la boca. Al separarse, lo miró muy seria a los ojos. Él intentó no rehuir su mirada.

—Podrías ser feliz, no es imposible —le dijo—. Otras personas lo han conseguido, personas que han sufrido en su vida mayores horrores que tú.

Él asintió, pero terminó por apartar la mirada. Isabel tenía razón, desde luego, todo lo que le había dicho era cierto; si al menos no insistiera en repetírselo... Puede que él no deseara ser feliz. Tenía pocas aptitudes para ello, era obvio. Además, *felicidad* era otra de esas palabras, como *amor*, cuyo significado se le escapaba. Deseaba hablarle a Isabel sobre aquella visión de la orilla del canal en la oscuridad, sobre cómo irrumpía una y otra vez en su mente desde que ella había llegado, llenándole de un misterioso anhelo. Deseaba asimismo que ella comprendiera el peligro, la amenaza que él representaba para todos aquellos que se le aproximaban, que intentaban acercarse a él. Pero ella ya lo sabía, sin duda. Por tibio que hubiese sido el intento, había intentado quitarse la vida por amor a él. Todo lo que él tocaba tendía a marchitarse y morir.

—Lo siento —dijo.

Era algo que decía a menudo, aunque nunca estaba seguro de qué era exactamente aquello por lo que se disculpaba. Por todo, suponía, por quién era y por lo que hacía. Ser él mismo resultaba agotador. Le habría gustado un respiro, tomarse unas vacaciones de sí mismo.

Por la mañana, el cielo color telaraña se abrió súbitamente y dejó paso al sol. Los rayos de luz entraron por el lateral de la ventana donde la noche anterior había contemplado la luna. Quirke había despertado sobresaltado por un terror desconocido, con el sol en los ojos y el corazón palpitando con latidos sordos. Permaneció tumbado, respirando leve y lentamente para calmarse. Así sucedía cada mañana: terror al abrir los ojos y luego alivio al comprobar que no estaba en Carricklea sino en su propia cama, que ya no era un niño y estaba seguro y a salvo de los abusos. Isabel ya se había levantado; estaría en la cocina, preparando el desayuno. Se desperezó voluptuosamente y tanto abrió la boca al bostezar que le crujió la mandíbula. Podía tomarse el día libre y salir a comer con Isabel, al Russell tal vez o...

—¿Qué es esto?

Ella estaba en el umbral de la puerta. Llevaba puesta la bata de Quirke, tenía una mano posada en la cadera y con la otra sujetaba en alto algo de un alegre color. ¿Sería una exigua prenda de lencería que había comprado para complacerle?

Quirke se sentó, frotándose los ojos y mirando con esfuerzo. Lo que ella tenía en la mano era una pajarita azul. Había sido su regalo de despedida antes de irse de gira.

—La he encontrado en la cocina —dijo con voz glacial—. En el cubo de la basura.

9.

El sargento Jenkins los condujo hasta Rathfarnham. Quirke y el inspector Hackett viajaban en el asiento trasero de un coche patrulla sin identificar con el rostro vuelto hacia sus ventanillas respectivas. Llovió al principio, luego la lluvia se detuvo abruptamente y salió el sol, que iluminó la carretera mojada y arrancó un destello cegador del techo del vehículo.

Quirke se sentía indispuerto. Era como si tuviera resaca, pero la noche anterior solo había bebido unos cuantos *whiskies*, primero con Hackett en McGonagle y luego con Isabel. Tal vez estaba pillando la gripe. Su cabeza parecía llena de algodón y experimentaba una sensación peculiar, como si estuviese fuera de sí mismo. La perspectiva de caer enfermo le agradó; pasar un día o dos en la cama, con un libro y una botella de Jameson, le hacía feliz. No obstante, Isabel insistiría en cuidarle. Se la imaginó haciendo de Florence Nightingale, preparándole bebidas calientes y ahuecando las almohadas. A él le gustaba estar solo cuando se encontraba enfermo. Era una oportunidad para reflexionar, para ordenar sus ideas, para evaluar su vida. Sonrió burlón, enseñando los dientes a su tenue reflejo en la ventanilla. Su vida; ah, sí, su vida.

—Qué curioso, el huerto —dijo Hackett.

Quirke se volvió hacia él.

—¿Qué?

—El huerto que Jimmy Minor plantó en la parte de atrás del edificio donde vivía. No lo hubiera imaginado con una pala en la mano. Nunca llegas a conocer a los demás, ¿verdad?

—Así es por regla general —dijo Quirke, seco.

El policía asintió sin prestarle atención.

—Recuerdo a uno de mis profesores cuando estuve en Templemore, el centro de formación de la Garda. Solía decir: «Chicos, nunca saquéis conclusiones sobre alguien hasta que tengáis toda la información relativa a él... Y el asunto es que nunca se tiene toda la información».

—Sabias palabras —comentó Quirke.

Hackett le miró de reojo y calló. Los cambios de humor de Quirke le eran familiares desde hacía mucho tiempo. Fijó la vista en la nuca de Jenkins y en sus translúcidas orejas de soplillo. No podía apartar de su cabeza el diminuto huerto de Jimmy Minor, los bancales de patatas, las rectas hileras de plantones, los soportes de caña en forma de trípode. Todo estaría salvaje ahora, por supuesto. En un año, dos como máximo, apenas quedarían trazas del huerto. Se habría venido abajo y se habría descompuesto, igual que el joven. Al pensar en los estragos del tiempo, sintió un escalofrío.

Sobre las puertas de entrada a Trinity Manor había un arco de metal con un gran medallón de hierro forjado en el centro, que contenía una cruz también metálica

pintada en azul y, bajo ella, una frase en latín, de la que solo comprendió la palabra *Trinitas*. Al final del camino de entrada en curva se levantaba el edificio, imponente y gris, entre planas extensiones de césped. Los árboles —sicomoros, hayas y algún que otro roble— aún estaban sin hojas, sus ramas se perfilaban negras y austeras contra el cielo azul plomizo y los grandes macizos de nubes plateadas. Sin embargo, al mirar más detenidamente con ojos de campesino, Hackett percibió la salpicadura de brotes primaverales, su verde tierno contra la corteza negra. Al contemplar el paisaje, sintió nostalgia de su juventud, los campos ondulados, los prados junto al río, los bosques salvajes. No; nunca se había acostumbrado a la ciudad, a pesar de los años que llevaba viviendo en ella.

Se detuvieron en la gravilla, frente al edificio. Las persianas estaban medio echadas en los ventanales. Había una escalinata de granito y un portalón pintado en azul marino con una aldaba de latón. En otro tiempo, la casa había sido la residencia de algún dignatario británico. ¿Se trataba del representante de la Corona? No, él vivía en Phoenix Park. En cualquier caso, era alguien parecido. Con qué rapidez se apoderaron los sacerdotes de lo mejor que dejaron los ingleses, tan pronto como estos se marcharon. A Hackett no le quitaba el sueño la Iglesia, pero admiraba su implacable determinación para obtener poder y, una vez que lo conseguía, su tenacidad en conservarlo.

Ordenaron a Jenkins que esperara en el coche y los dos hombres subieron los escalones hasta la puerta principal. Hackett echó un vistazo a su compañero: ¿no se había intensificado la lividez grisácea de Quirke? La contemplación de un sitio como aquel debía de traerle, sin duda, duros recuerdos de su infancia y de las instituciones por las que había pasado.

Un hombrecito muy viejo, con un delantal de cuero sobre un traje negro con brillos en los codos y en las rodillas, les abrió la puerta. Tenía una desviación de la columna vertebral que le obligaba a permanecer doblado y para mirarlos tuvo que girar la cabeza, dejando al aire un colmillo solitario con el esfuerzo. Hackett se presentó y dijo que los esperaban. El viejo replicó con un gruñido y, arrastrando los pies, retrocedió y se echó hacia un lado para abrir con mayor amplitud la puerta. Los dos hombres entraron en el vestíbulo.

El viejo cerró la puerta, empujando la pesada hoja con ambas manos.

—Por aquí, caballeros —su voz sonaba como un áspero graznido.

Se dio la vuelta y atravesó el vestíbulo. Mientras caminaba, balanceaba la mano derecha de atrás hacia delante dibujando con lentitud un largo arco, como si fuera un remo y él, el remero que lo maniobraba para avanzar. Oían su trabajosa respiración. El vestíbulo olía a cera para suelos y a humedad. Alrededor de ellos, en la casa, reinaba un inmenso y vigilante silencio.

El despacho del padre Dangerfield era una espaciosa y fría estancia con molduras en el techo y tres altos ventanales que daban a una vasta extensión de césped y, allí donde terminaba la hierba, a una hilera de árboles desnudos. En la alfombra, un

estrecho y desgastado camino creado por las pisadas conducía a una antigua mesa de roble con numerosos cajones y un tapete de cuero verde. Flotaba un rancio olor a tabaco; el padre Dangerfield era evidentemente un fumador empedernido. Estrecho de hombros, flaco hasta parecer demacrado, con una cabeza delgada y una mandíbula de una palidez grisácea que recordaba el jibión de una sepia. Llevaba gafas con montura de metal y la luz de las ventanas brillaba tenuemente en los cristales. Se puso en pie al verlos entrar —era alto, más de un metro ochenta— y les sonrió con visible esfuerzo, tensando los labios. El encorvado viejo los dejó, andando hacia atrás como los cangrejos, y cerró la puerta tras él sin hacer ruido.

—Caballeros —dijo el sacerdote—, siéntense, por favor.

Quirke y Hackett tuvieron que coger una silla cada uno del otro extremo de la habitación y colocarla ante la mesa del despacho. Hackett sujetaba su sombrero como si fuese un extraño objeto que alguien le hubiera arrojado a las manos.

El padre Dangerfield tomó de nuevo asiento. A Hackett no le gustó su aspecto, el rostro huesudo y reseco, las manos enrojecidas y los relucientes cristales de las gafas que aumentaban sus ojos, dándole un aire de irritado sobresalto. El sacerdote apoyó los codos en los brazos de la silla y unió las manos en gesto de oración, rozando el borde de los dedos con los labios. Era una pose estudiada, ensayada, se figuró Hackett, durante las largas horas pasadas en el confesionario, escuchando los pecados ajenos en juicioso silencio. «Nunca saquéis conclusiones...».

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el padre Dangerfield. Tenía un acento inglés, preciso y algo remilgado.

—Esperábamos hablar con el padre Honan —dijo Hackett.

El sacerdote frunció el ceño, sus ojos se hicieron aún más grandes tras los cristales.

—¿Con qué motivo, si puedo preguntarle?

Hackett sonrió con cordialidad.

—Hay un par de asuntos que nos gustaría tratar con él —al escuchar ese *nos*, el padre Dangerfield miró en dirección a Quirke, como si acabara de percatarse de su presencia—. Le presento al doctor Quirke —dijo Hackett, y no añadió nada más, como si la mera mención del nombre bastara para explicar la presencia de Quirke.

El sacerdote volvió de nuevo su atención hacia Hackett.

—Por favor, ¿podría decirme qué asuntos son esos sobre los que desea hablar con el padre Honan?

—Un joven murió el lunes por la noche. Se llamaba Minor, quizá lo haya leído en la prensa.

—¿Por qué? —al ver a Hackett pestañear sorprendido, el sacerdote hizo un leve gesto de impaciencia—. Lo que quiero decir es por qué tendría que haberlo leído.

—Bueno, creemos que se trata de un asesinato. La noticia apareció en el *Clarion*. En portada, el artículo principal.

El padre Dangerfield, las manos unidas, se llevó de nuevo las puntas de los dedos

hasta los labios y permaneció así, inmóvil, durante largo rato.

—Ah, en los periódicos, ya entiendo —dijo por fin, y una vez más pareció un tanto impaciente—. Debe comprender que nosotros vivimos bastante reclusos —y esbozó una sonrisa glacial.

Hackett se percató, de repente, de que el hombre tenía el tono y los gestos de un jesuita, uno de esos inteligentes jesuitas ingleses que pasan su tiempo en los salones de las casas señoriales, bebiendo jerez a pequeños sorbos mientras trabajan discretamente para convertir a las clases altas. ¿Cómo habría llegado aquel hasta los Trinitarios, una orden que no tenía fama ni de sutil ni de sofisticada? ¿Habría acabado allí por algún delito cometido en otra jurisdicción?

—¿Quién era el joven? ¿Ha dicho que su nombre era Myler? —preguntó el sacerdote.

—Minor —contestó Hackett—, Jimmy Minor. Da la casualidad de que era periodista del *Clarion*.

—¿Y qué le aconteció al pobre hombre?

Aconteció. Hackett no recordaba haber escuchado esa palabra antes. Tal vez en las películas, pero no en la vida real.

—Le dieron una paliza de muerte y lo abandonaron en el Grand Canal, en Leeson Street.

El padre Dangerfield asintió.

—Ya entiendo —dijo de nuevo, y se persignó rápidamente—. Que Dios se apiade de él —el gesto piadoso fue mecánico y pareció forzado. Se puso en pie súbitamente con un revuelo de sarga negra y, a grandes zancadas, se dirigió a la ventana, donde permaneció con las manos entrelazadas a la espalda contemplando el césped y los árboles desnudos en la lejanía. La afilada luz del sol daba a la hierba un matiz amarillo—. Lo que no entiendo es qué conexión existe entre la muerte del infortunado joven y su deseo de ver al padre Honan —comentó sin volverse.

—Bueno, hay una carta —dijo Hackett, girándose de costado en la silla para observar mejor la figura alta y adusta, negra en el contraluz de la ventana—. Una carta de usted, de hecho.

El sacerdote se dio la vuelta entonces.

—¿Mía? ¿Para quién?

—Para Jimmy Minor. Sobre el padre Honan.

—Ah.

Quirke no había pronunciado una sola palabra desde que habían entrado; Hackett giró la cabeza y lo miró. Estaba hundido en la silla, estudiando sus manos enlazadas en el regazo con los ojos bajos.

El sacerdote se aproximó a ellos y tomó asiento.

Quirke sacó su cajetilla y la mantuvo en vilo, interrogante.

—¿Le importa?

—Adelante, por favor —dijo el sacerdote con rostro ausente, sumido

aparentemente en sus pensamientos.

Quirke prendió su cigarrillo. Hackett notó el ligero temblor de la mano con que sujetaba el mechero. Cuando el humo se deslizó sobre la mesa, las aletas de la nariz del sacerdote se estremecieron. Del exterior les llegó el cotorreo rechinante de una urraca seguido por los melodiosos trinos de un mirlo.

—¿Cuándo le escribí? —preguntó el padre Dangerfield.

—La carta está fechada la semana pasada. El 17.

—La semana pasada —el sacerdote bajó la vista a la superficie de la mesa con su cubierta de cuero verde—. ¿Tienen la carta? —preguntó, alzando los ojos.

—Sí, la tenemos —dijo Hackett. Había colocado el sombrero sobre sus rodillas.

—¿Podría verla?

Hackett simuló no haberle oído.

—¿No recuerda haberla escrito? —le preguntó a su vez.

—Sí, sí, desde luego —dijo el sacerdote—, ahora lo recuerdo. No caía en el nombre. Debe comprender que por mi mesa pasa numerosísima correspondencia. Preguntaba si podía reunirse con el padre Honan, si podía entrevistarle, creo —observó cómo Quirke daba una segunda y profunda calada a su cigarrillo.

—¿Mencionaba por qué quería entrevistar al padre Honan? —preguntó Hackett.

—¿Qué? —el sacerdote separó con esfuerzo la vista del cigarrillo de Quirke y observó a Hackett con sus grandes y pálidos ojos, aparentemente perdido.

Hackett sonrió comprensivo. Sacó una cajetilla de Players y se la tendió abierta sobre la mesa.

—¿Le apetece un cigarrillo, padre? —preguntó en tono amable.

El padre Dangerfield negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo con tensa y dolorida expresión—. Lo he dejado.

—Ah —el policía iba a coger un cigarrillo para él, pero lo pensó mejor, cerró la cajetilla y la guardó. Entrelazó los dedos e hizo girar los pulgares—. ¿Decía Jimmy Minor sobre qué quería hablar con el padre Honan? —repitió.

—¿Se refiere a cuando me escribió? No, creo que no. Si lo desea puedo revisar su carta —miró hacia la mesa, como si la carta fuese a aparecer por arte de magia.

—Eso nos ayudaría —dijo Hackett.

Quirke se movió de repente, se levantó con aparente esfuerzo y permaneció en pie balanceándose. Los otros dos hombres se quedaron mirándolo.

—Lo siento —dijo con ojos extraviados. Su rostro estaba grisáceo y cubierto de sudor—. Lo siento, yo...

Se dirigió a toda velocidad hacia la puerta y empezó a forcejear, pues no conseguía abrirla. Hackett y el padre Dangerfield se levantaron al mismo tiempo, como si fueran a lanzarse en su ayuda. Pero se mantuvieron inmóviles, mirándose el uno al otro indecisos. Por fin, de un empujón, Quirke abrió la puerta, la atravesó y desapareció.

—Dios santo —dijo el sacerdote, y miró de nuevo a Hackett—. ¿Está...?

Lentamente la pesada puerta de roble, empujada por una corriente, se movió y se cerró con un claro *clic*.

Le llevó mucho tiempo orientarse en el interior del edificio. Avanzó trastabillando por lo que tomó como el pasillo por el que el viejo contrahecho los había conducido a Hackett y a él tras hacerles entrar, pero en lugar de llegar a la puerta principal se encontró frente a un vitral que iba del suelo al techo y que más parecía un muro. Tras él se hallaba la capilla, pues a través de los cristales de vivos colores se veía vagamente un parpadeo rubí que debía de ser la luz del sagrario. Se dio la vuelta y recorrió dando tumbos el camino que le había llevado hasta allí. El silencioso edificio parecía desierto. ¿Dónde estaban los sacerdotes, la gente que allí trabajaba, los funcionarios, las secretarias, los limpiadores incluso? No obstante, qué familiar le resultaba aquella serena quietud en torno a él, una familiaridad que databa de años, muchos más de lo que se atrevía a recordar. Su corazón latía muy deprisa; parecía que se hubiera soltado y estuviese rebotando dentro de la caja torácica. Le pasó por la cabeza que quizá estaba sufriendo un ataque al corazón o un derrame cerebral. Que podía estar muriéndose, de hecho. Lejos de asustarse, la idea casi le divirtió y, a pesar del estado de angustia en que se hallaba, lanzó una risa jadeante que provocó que su pulso se acelerara y él experimentara una sensación de quemazón en el pecho. Se llevó una mano a la cara. Las mejillas y la frente estaban frías y pegajosas de sudor. La palabra *infarto* surgió en su cerebro, pero en aquel instante fue incapaz de saber qué significaba, lo que era absurdo. ¿Estaba perdiendo también la memoria?

Muy cerca resonaba con estrépito lo que parecía un timbre eléctrico, aunque no estaba seguro de si eso solo sucedía en su cabeza o si en realidad estaba sonando un teléfono. Dobló una esquina y encontró otro pasillo, o un corredor, con cuadros de pesados marcos en las paredes, retratos de gran tamaño, tonalidad terrosa y pésima calidad de venerables clérigos, intercalados con otros de santos mártires que se retorcían en vívida agonía. Su corazón, aún martilleando, parecía estar inflamándose y elevándose lentamente dentro de su pecho, comprimiendo desde abajo el esófago, dejándole sin aliento. Se detuvo, permaneció inmóvil y cerró los ojos, presionando con fuerza los párpados. Se repitió que debía permanecer tranquilo. Aquello pasaría. Era algún tipo de ataque, pero ahora estaba seguro de que no era mortal. En la oscuridad, dentro de su cabeza, espirales multicolores se formaban y estallaban como fuegos artificiales que explotaran en silencio y a cámara lenta. Abrió los ojos y avanzó dando traspiés. ¿No había nadie que pudiera ayudarle?

De pronto se topó, por fin, con la puerta de entrada. Jadeando, la abrió con gran esfuerzo y prácticamente se derrumbó sobre la escalinata de piedra, mientras tragaba grandes bocanadas de aire.

Aunque el cielo se había encapotado, la luz era tan intensa como un estallido de magnesio y tuvo que cerrar los párpados durante un rato. Se sentía exhausto, como si

en un instante se hubiera convertido en un anciano achacoso. Se sentó en la escalera lenta y cuidadosamente. El granito tenía un agradable frescor al tacto. Por la ranura de los ojos —la luz era aún abrasadora—, miró con esfuerzo la finca, aquí y allá. La hierba, de un verde amarillento, poseía ahora un matiz ácido aún más artificial y las ramas desnudas de los árboles parecían brazos alzados al cielo con sorpresa, con horror o con ambos. Se llevó la mano al corazón: todavía golpeaba sus costillas como un pájaro grande y corpulento encerrado en una jaula demasiado pequeña. Sin embargo, era consciente de la calma que empezaba a llenarle, como si estuvieran extendiendo con delicadeza sobre él, de la cabeza a los pies, un velo de gasa transparente. *¿Estaría muriéndose, después de todo? ¿Era así entonces: ni violencia ni terror, sino un lento y tranquilo hundirse en el olvido?*

Un mirlo se posó en el césped, justo al otro lado del círculo de grava, y empezó a rebuscar con energía en la hierba con su pico naranja, mientras su cabeza redondeada y de un brillante negro azabache se movía a sacudidas como la cabeza de un juguete de cuerda. Lo observó mientras picoteaba. El pájaro parecía significar algo, ser algo, algo diferente de lo que era. A Quirke le embargaba una sensación de genuino asombro, como si nunca antes hubiese contemplado el mundo, como si nunca antes lo hubiera visto en su cruda realidad.

La puerta se abrió y oyó unos pasos tras de sí. Era el anciano de la espalda cheposa.

—¡Por Dios, señor! ¿Qué le sucede?

El mirlo alzó el vuelo con un trino estridente, repetido y urgente.

Quirke intentó ponerse en pie, pero las rodillas no le obedecían. Era como si no estuvieran hechas de hueso, sino de metal, como si fuesen dos bisagras de metal cuyos remaches se hubieran caído, y Quirke tuvo miedo de que las pestañas sueltas desgarraran la piel que las cubría y quedaran expuestas y se ensangrentaran y empezaran a oxidarse en el cruel aire de abril. El anciano estaba tan encorvado que, aunque se hallaba de pie, su cabeza quedaba a la misma altura que la de él, que permanecía sentado. Sus ojos eran de un azul blanquecino. «Cataratas», pensó Quirke de manera automática.

—Me sentía un poco indispuerto —dijo en un tono innecesariamente alto—. He salido a descansar un minuto.

Intentó de nuevo que sus piernas lo sostuvieran, flexionando los músculos con tiento, temeroso de que las bisagras de sus rodillas se hicieran pedazos si ponía presión sobre ellas. Era una sensación insólita —cómica, sí— estar sentado arriba de las escaleras de piedra con el rostro del anciano a la misma altura que el suyo y tan próximo que era capaz de ver el nacimiento grisáceo de la barba en la vieja y arrugada mandíbula.

—¿Le echo una mano? —dijo el anciano, vocalizando con estudiada claridad, como si se estuviese dirigiendo a un niño.

Quirke tuvo una visión de sí mismo mientras era levantado por el hombre y de

ambos descendiendo juntos las escaleras, tambaleantes y cogidos de la mano, ambos encorvados, con los brazos arqueados como un par de chimpancés, el viejo guiando al más joven y gritando palabras de aliento.

—No, no —repuso—, estoy bien.

Por fin, consiguió levantarse y permaneció en pie bamboleándose. Después de todo, sus rodillas parecían estar bien. El anciano le miró de reojo desde abajo, mostrando de nuevo aquel colmillo oscuro.

—Venga dentro y le prepararé una taza de té —dijo.

Atravesaron de nuevo la casa, el viejo marchaba delante, renqueando como un cangrejo a una velocidad sorprendente mientras desplazaba el aire a su costado igual que antes con aquella mano grande que parecía no tener huesos. El martilleo en el pecho de Quirke había disminuido, aunque se sentía extremadamente débil, como si hubiese realizado una tarea inhumana, interminable y exigente. No obstante, se había convencido de que sobreviviría. Curiosamente, tal certeza le proporcionaba muy poco consuelo. Más bien, tenía la irritante sensación de que algo o alguien le había fallado. Mientras estaba fuera, en la escalinata de la entrada, observando cómo picoteaba el mirlo, hubo un momento en el que todo pareció preparado para la gran resolución final. No era la muerte de lo que había sido desposeído, pues incluso la muerte era algo secundario con respecto a lo que había estado a punto de suceder y no había sucedido, a aquello que le había sido arrebatado en el último instante.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el anciano, girándose para mirarlo—. ¿Está bien?

—Sí —contestó Quirke—, sí, estoy bien.

De repente lo supo: Nike. Era Nike, su recuerdo, lo que le había empujado a abandonar tambaleándose el despacho del padre Dangerfield, presa del pánico. Nike, con su sonrisa helada, una ceja siempre arqueada, el cigarrillo encendido entre sus delgados dedos. Nike el Inevitable.

La cocina a la que le condujo el anciano era una habitación inmensa con las paredes cubiertas de azulejos de un blanco grisáceo, una larga y vieja mesa de refectorio de madera cepillada y dos grandes fregaderos gemelos de piedra con anticuados grifos de cobre manchados de cardenillo. Había también una cocina imponente, con la parte superior ennegrecida y laterales del color de la papilla de avena, así como hileras de cazuelas y sartenes, antiguas y abolladas, colgadas de ganchos en las paredes. Un ventanal con el marco metálico daba a un patio de cemento donde estaban los cubos de basura, con las tapas torcidas, como mendigos esperando las sobras. Todo aquello le resultó familiar.

—Siéntese ahí —le dijo el anciano, y fue a llenar la tetera en una de las pilas.

Quirke se sentó. Dentro de sí, se notaba en vilo, complejo y frágil, como un barco dentro de una botella.

A la sala de autopsias, a eso le recordaba aquella cocina. La misma luz, de un blanco crudo y sin sombras, y aquella impresión de helado entumecimiento, como si

hasta el aire hubiera sido anestesiado.

El anciano le lanzó una maliciosa mirada de reojo mientras sujetaba la tetera debajo del grifo abierto.

—Tal vez preferiría algo un poco más fuerte —insinuó, y le guiñó un ojo.

Quirke no dijo nada, pero el anciano asintió con complicidad y dejó la tetera a un lado. Salió por una estrecha puerta hacia lo que debía de ser la trascocina, de donde llegó un tintineo de cristales, y reapareció acunando entre las manos, como si fuese un bebé, una botella de Powers Gold Label.

—¿Sería tan amable de coger uno de los vasos que están en esa balda?

Nike, en Carricklea. Deán de disciplina, un título que siempre le había resultado a Quirke absurdamente pomposo. Se llamaba Gallagher, padre Aloysius Gallagher. Nadie sabía por qué razón le habían dado el nombre de una diosa griega, pues tenía ese apodo desde tiempo inmemorial. Era alto y delgado como el padre Dangerfield, tenía la misma mandíbula reseca y áspera como una lija y utilizaba el mismo tipo de gafas con montura metálica. Tenía mal aliento y su sotana siempre apestaba a tabaco rancio. Fumaba como una chimenea y sujetaba el cigarrillo de una manera peculiar, no entre los dedos índice y corazón, sino entre el corazón y el anular de la mano izquierda, aunque no era zurdo. Sentado ante su mesa, con las rodillas huesudas cruzadas bajo la sotana y con aquella mano alzada que sujetaba el pitillo, igual que la mano de la estatua del Sagrado Corazón levantada para bendecir, parecía una figura celestial, sentada para impartir justicia. O no, no, lo que parecía en realidad era alguien que simulaba, que fingía ser un juez, que interpretaba ese papel como una broma, pero una broma con la que nadie se atrevería a reír y que terminaría con la sentencia de culpabilidad de quien fuera que estuviese siendo juzgado, que se marcharía entre sollozos, el rostro enrojecido, las manos amoratadas e inflamadas escondidas bajo las axilas y las rodillas desnudas entrechocando. Nike simulaba tener una tosecilla, poco más que un ligero carraspeo, que los chicos habían aprendido a distinguir en los corredores de Carricklea, pues se trataba de la única señal de aviso de su llegada, ya que se movía con una quietud fantasmal y más que andar parecía deslizarse sobre sigilosas suelas.

Nike no golpeó a menudo a Quirke durante los años que pasó en Carricklea, pero, aun si lo hubiera hecho, no habría sido lo que más le hubiese aterrado. El temor que Nike inspiraba era especial: íntimo, caliente, pegajoso y levemente indecente. Cuando la figura del deán irrumpía en los pensamientos de Quirke, sobre todo durante la noche, mientras yacía en la cama inmerso en la oscuridad susurrante, sentía una sacudida en el pecho, como si recordara de pronto vilezas cometidas o un pecado mortal sin confesar. Incluso ahora, cuando pensaba en aquel tiempo, sentía de nuevo la misma incertidumbre ardiente de una culpabilidad opresiva y sin causa.

Miró el vaso ante él, sobre la mesa. Estaba vacío. No recordaba haberse bebido el *whisky*, pero debía de haberlo hecho, pues lo único que quedaba era una gota ambarina que brillaba en el fondo del vaso. El viejo estaba diciéndole algo.

—¿Qué? Disculpe —se excusó Quirke.

—Nada, nada —repuso el viejo sonriendo—. Estaba usted en Babia —se aproximó a la mesa y se sentó frente a Quirke, colocando con esfuerzo su cuerpo retorcido en la silla. Lanzó un áspero suspiro—. ¿Se siente mejor?

—Sí, ya estoy bien.

—Me parece que los nervios le han jugado una mala pasada. Los nervios pueden ser terribles. Me llamo Thady, por cierto. Thaddeus, en realidad, pero todos me llaman Thady.

Quirke sacó la pitillera, la abrió y se la tendió en la palma sobre la mesa. Notó el temblor de su propia mano, era muy débil, como si una corriente eléctrica recorriera sus nervios. El viejo miró con deseo la hilera de cigarrillos expuesta invitadoramente ante él.

—No debo. Por los bronquios.

No obstante, cogió uno y se inclinó hacia la llama del mechero que Quirke le aproximó. Tan pronto inhaló la primera calada, sufrió un ataque de tos que casi cierra su atrofiado cuerpo sobre sí mismo como si tuviera una bisagra en la cintura. Cuando pasó el ataque, permaneció sentado y jadeante, con dos brillantes manchas rosáceas en las mejillas y la boca abierta en un trémulo óvalo.

—Jesús, María y José, el tabaco acabará conmigo —gruñó.

Sirvió *whisky* de nuevo en el vaso que había sobre la mesa. El acceso de tos había dejado su mano temblorosa, igual que la de Quirke, y la botella tintineó contra el borde del vaso.

Charlaron. El viejo llevaba en Trinity Manor más de sesenta años.

—Los padres me acogieron para que hiciera trabajillos caseros, ya sabe. Era muy joven entonces, tenía once o doce años, no lo recuerdo —le contó que el edificio era entonces un orfanato. Con la frente inclinada, lanzó a Quirke un rápido vistazo—. ¿Y usted?

—¿Yo?

—Usted tiene ese aire..., el aire de lugares como este era antes.

—Sí —respondió Quirke después de una pausa—, supongo que tiene razón. Estuve en Carriclea —sonaba extraño al decirlo así, como si estuviera hablando de su viejo colegio, la institución donde había jugado al *cricket* y llevado la corbata de la escuela, donde había estado rodeado de una multitud de alegres compañeros, donde había sido feliz—. ¿Ha oído hablar de ese lugar?

—Sí, desde luego —el viejo asintió lentamente—. Un sitio duro, según me han dicho.

—No era fácil, no. Yo era más pequeño que usted cuando llegó aquí; tenía nueve años.

—¿Y antes de entonces?

—Estuve en otros lugares. De la mayoría ya ni me acuerdo.

El viejo aspiró sin pensar una honda calada de su cigarrillo y de nuevo rompió a

toser, aunque con menos violencia que la vez anterior. Se golpeó el pecho hundido con un puño, nudoso y cerúleo como la garra de un pavo.

—¡Dios! Estos bronquios —dijo, jadeando suavemente.

Quirke pensó que el inspector Hackett debía de estar preguntándose qué había sido de él. Él se preguntó a su vez cómo habría ido la entrevista con el padre Gallagher, si habrían avanzado algo. No, no era Gallagher, aquel no era el nombre del sacerdote. Se llevó la mano a la frente, intentando recordar. ¡Dangerfield! Eso era. Nike era Gallagher, pero el tipo que se parecía a Nike era Dangerfield, Daniel Dangerfield. Le pareció importante diferenciar aquellos nombres, grabarlos en su mente. Alzó el vaso de *whisky* y lo volvió a poner inmediatamente sobre la mesa. El alcohol que había bebido se le debía de haber subido a la cabeza, pues estaba aturdido y no conseguía pensar con claridad. Concentrarse, tenía que concentrarse.

—Habrás conocido a todos los sacerdotes que han pasado por aquí a lo largo de los años.

El viejo le observó con atención desde el otro lado de la mesa.

—Sí, a todos los padres —su actitud se había tornado precavida.

Quirke sujetó de nuevo el vaso y esta vez bebió. Jameson era su marca favorita, pero el Powers tampoco estaba mal.

—Hay aquí un tal padre Honan, según creo. ¿Lo conoce?

—El padre Mick, ¿no? —el viejo sonrió, aunque la cautela no desapareció de sus ojos—. Es un gran hombre.

—Eso dicen —el viejo aguardaba, silencioso y expectante. ¿Cómo había dicho que se llamaba? Thaddeus, Thady—. ¿Lo conoce bien? —le preguntó Quirke.

—Claro, estuvo viviendo aquí desde... No sé ni cuánto tiempo. Un hombre bueno y piadoso.

Quirke miró con atención los ojos velados de Thady. ¿Había algo en ellos que contradecía sus afectuosas palabras?

—Dice usted que *vivió* aquí. ¿Dónde se encuentra ahora?

—He oído que se va a África.

—Sí, pero ¿dónde está viviendo hasta que se marche?

El viejo dejó errar la mirada.

—Creo que está de visita en su pueblo.

—¿Y dónde queda eso?

—En Donegal.

—Eso está muy lejos.

—Sí, tan lejos como usted pueda imaginar.

Un silencio se hizo entre ambos. Aunque se oía el susurro de la lluvia en la ventana, una ráfaga de sol inundó la habitación. Abril. El viejo alzó la botella de *whisky*, pero Quirke colocó la mano sobre la boca de su vaso. Estaba persuadido de que el viejo sabía cosas sobre el padre Mick que no contaba. Obviamente, él estaba haciendo las preguntas equivocadas, pero ¿cuáles eran las correctas? Si tan solo

consiguiera pensar con claridad... Al otro lado de la ventana, allí donde se alzaban los árboles, un objeto diminuto y brillante centelleaba como si le estuviera enviando una señal urgente. Debía marcharse. Su pulso comenzó a acelerarse una vez más.

—Tengo que irme —intentó ponerse en pie, pero de nuevo sus rodillas no le obedecieron.

—Se va a mojar. Escuche cómo llueve —dijo el viejo.

Estaba tan inclinado hacia delante que su pecho casi descansaba sobre la mesa. Su cabeza, al igual que sus manos, temblaba ligeramente y a Quirke le vino a la mente la imagen de una tortuga, el cráneo correoso oscilando sobre el esqueje del cuello, los viejos ojos velados por una gasa gris. Thady. Thaddeus. Miraba distraído hacia un lado y parecía haber olvidado que Quirke se hallaba allí.

—Es un hombre ejemplar, con sus obras de caridad, el padre Mick —dijo.

Quirke parpadeó; aquel objeto centelleante en los árboles le estaba haciendo daño en los ojos. ¿Qué sería? Algo en el nido de una urraca, un broche robado o una esquirla de un cristal coloreado, quizá. Pero ¿las urracas robaban de verdad o era solo una leyenda?

—Obras de caridad —repitió intentando concentrarse.

Thady asintió.

—Sí, con los niños y gente así. Y con los *tinkers*.

Quirke aguardó a que prosiguiera, mientras deslizaba un dedo por el vaso de *whisky*, que estaba vacío de nuevo. La lluvia seguía tamborileando en la ventana, aunque en la pared opuesta la húmeda luz del sol bañaba los claros azulejos haciéndolos aún más pálidos.

—¿Por qué se va a África? ¿Le mandan allí? —preguntó.

—¿Le mandan? —el viejo, con la cabeza casi tumbada, le miró desde abajo.

—Si aquí realiza un trabajo tan extraordinario, ¿por qué lo envían fuera?

—Eso no lo sé. ¿No hacen un voto de obediencia?

—Así que le *envían* fuera.

El viejo esbozó una leve sonrisa.

—Pero ¿quién iba a enviarle?

—¿Su superior?

Thady frunció el ceño mientras movía la mandíbula como si estuviera pulverizando algún objeto pequeño entre los dientes. Y de pronto rompió a reír.

—¿Su reverencia? Desde hace largos años, su reverencia no se comunica con nadie más que conmigo —se llevó un dedo a la sien y lo giró—. No está muy bien de la azotea, no. El padre Dangerfield es ahora el jefe. Es el hombre al mando.

—Ya he hablado con él. No parece saber gran cosa sobre el padre Honan.

—¿Ah, sí? —el viejo sacudió la cabeza con expresión divertida—. El padre Dangerfield no enseña sus cartas —sonó un timbre. Había una hilera de timbres en la parte superior de la pared, sobre el fogón. El viejo miró con esfuerzo hacia arriba—. Debe de ser el padre superior, que quiere su papilla —se rio de nuevo y un gorgoteo

de flemas vibró en su pecho hundido. Luego se levantó, se dirigió al aparador, cogió una lata de Ovaltine y la llevó al fogón.

—Mataron a un joven hace un par de noches —dijo Quirke—. Lo asesinaron.

El viejo aproximó una especie de banqueta, la colocó delante del fogón y se subió a ella. Abrió la lata y vertió una medida de unos polvos de un tostado mate en una pequeña cazuela.

—¿Me haría un favor? ¿Podría ir a la despensa y traerme la botella de leche que está en la fresquera? Estoy harto de subir y bajar de este maldito cacharro.

Quirke hizo lo que le habían pedido. La fresquera, cubierta con una rejilla de malla verde, estaba situada en un hueco rectangular de la pared exterior para que el aire de fuera pudiese circular dentro de la misma. Había gotas de lluvia en la botella de leche. La llevó a la cocina y se la tendió al viejo.

—¿Es usted policía? —le preguntó él con los ojos fijos en la leche que vertía en la cazuela.

—No, soy médico. Una clase de médico.

—¿A qué clase de médico se refiere?

—Forense. Muertos.

El viejo asintió mientras removía la mezcla en la cazuela con una cuchara deslustrada.

—¿Quién era ese pobre hombre que murió? —preguntó.

—Un reportero. Trabajaba en un periódico.

—Es cierto, lo vi en la prensa. ¿Era pariente del padre Honan?

—No, que yo sepa.

—Vale, vale, pobre tipo.

A Quirke un zumbido le estaba perforando el cerebro. Sabía que no le convenía beber *whisky* a esa hora del día. Esa debía de ser la causa de su malestar, lo que le provocaba las palpitaciones y que la cabeza le diese vueltas. Se preguntó de nuevo dónde se encontraría Hackett, seguro que no seguía con el padre Dangerfield.

Había dejado de llover y el sol brillaba ahora en la ventana con más fuerza. Desde fuera llegaban tenuemente los trinos aflautados de un mirlo. ¿Sería el mismo que había visto picoteando gusanos en el césped? Por alguna razón, imaginó a Isabel en su dormitorio, que daba al canal, sentada sobre la cama con su quimono de seda como si fuese una reina. Su amante regia. Era una mujer hermosa, inteligente y con talento, demasiado buena para él, infinitamente mejor que él. Algunas veces Quirke olvidaba su apariencia. Recordaba el color de su cabello y de sus ojos, la forma de su nariz, la curva de su boca, pero era incapaz de evocar su imagen, no importaba el desnudo con que lo intentara. Eso debía de significar algo. Debía de significar que no la amaba tal como ella deseaba que la amara, comoquiera que fuese eso.

El viejo separó la cazuela del fuego.

—Mejor no lo dejo hervir —murmuró—. Siempre sabe cuando ha estado en ebullición.

Se bajó de la banqueta, llevó la cazuela al fregadero de la izquierda y la depositó sobre el escurridor. Se volvió hacia Quirke.

—¿Me alcanzaría aquel tazón? —dijo señalando un armario alto en la pared. Quirke cogió el ancho tazón esmaltado—. Gracias —dijo el viejo con una amplia sonrisa—. Tal vez podría decir una palabra en su favor para conseguirle un trabajo aquí. Ayudante jefe del último mono —soltó de nuevo una carcajada y vertió la papilla caliente en el tazón. Su barbilla estaba a la misma altura que el escurridor—. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—¿Quién?

—El joven, ese al que mataron.

—Minor, Jimmy Minor.

—Minor es un nombre raro. Nunca he conocido a nadie con ese nombre. ¿De dónde era?

—No lo sé, de algún pueblo del interior, en las Midlands.

—Bueno, que Dios lo tenga en su gloria —permaneció inmóvil sujetando la taza—. Minor —murmuró—. Minor. No, es la primera vez que lo oigo.

—¿Estuvo por aquí? —preguntó Quirke.

El viejo le lanzó una rápida ojeada.

—¿Aquí? ¿Para qué iba a venir aquí?

—Para ver al padre Honan.

—¿Para qué querría ver al padre Honan?

—No lo sé. Tal vez estaba escribiendo un artículo sobre él, un artículo sobre sus buenas obras con los niños y con los *tinkers*.

El viejo reflexionó.

—No, no recuerdo a nadie con ese nombre. Más vale que le lleve la papilla a su reverencia antes de que empiece a despotricar —ladeó la cabeza hacia arriba tanto como pudo y miró a Quirke—. Tiene que cuidarse. Los nervios pueden resultar fatales, son peores que los bronquios.

Más azulejos de un gris pálido como los de la cocina. Había una ventana abierta: sintió el aire fresco y húmedo en el rostro. Estaba de pie junto a ella; era una ventana de guillotina pequeña y cuadrada, que daba a un patio de cemento. La parte superior se encontraba bajada completamente. Con la lluvia, el cemento tenía el color de la arena húmeda.

Porcelana, el frío, suave, denso tacto de la porcelana. No se hallaba en un baño, sino en un aseo con un pequeño lavabo bajo el ventanuco. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Cómo era que se encontraba de pie, con el aire dándole en la cara, mientras aferraba el lavabo de porcelana con la mano izquierda para no caerse? Le llenaba una intensa sensación de bienestar. Su corazón estaba tranquilo, tenía la cabeza clara. Olía la lluvia en el patio y también un aroma a hierba húmeda y a los árboles invisibles.

Junto a él, en la pared, había un pequeño espejo rectangular con una raja que lo recorría en diagonal desde la esquina superior izquierda hasta la esquina inferior derecha. Contempló en el espejo el reflejo de su rostro cortado en dos desde la sien hasta la barbilla. Oyó de nuevo el lejano silbido del mirlo.

Encontró a Hackett en la entrada, junto a la puerta principal; estaba sentado en una silla que parecía un trono, con el sombrero sobre las rodillas. La silla, de un roble oscurecido por los años, tenía un respaldo alto coronado por diminutos chapiteles de madera y sólidos brazos tallados.

—Habría sido un gran obispo —le dijo Quirke, y, al hacerlo, tuvo la impresión de hablar muy alto; su voz parecía reverberar entre las paredes y el alto techo.

—¿Y no un cardenal? —preguntó Hackett.

—El rojo no le quedaría bien —se rio Quirke.

Su risa sonó asimismo extrañamente exagerada, engañosamente cordial, falsamente atronadora, una carcajada que podría haber sido de otro, pero no de él. Se movía con cuidado, todavía con la sensación de ser un barco grande y frágil con algo aún más frágil en su interior.

El policía se puso en pie con un gruñido.

—¿Se encuentra bien? —le dijo.

—Sí, estoy bien, estoy bien. ¿Por qué?

—Parece algo alterado.

Quirke oyó a su espalda pasos que se aproximaban y se giró.

—Ah, Thady, aquí está —lo saludó.

El anciano lo miró desde abajo con recelo.

—¿Disculpe, señor?

Quirke se volvió hacia Hackett.

—Thady y yo hemos estado charlando en la cocina un buen rato, ¿verdad, Thady?

El anciano frunció el ceño.

—Mi nombre es Richie, señor —dijo.

—Pero... —por un instante Quirke sintió que el suelo se movía bajo sus pies—. Pero usted me dijo...

El anciano pasó a su lado y abrió la puerta, arrastrándola con esfuerzo.

—Que tenga un buen día, señor —dijo dirigiéndose a Hackett.

Quirke y el policía salieron al aire. Ráfagas de lluvia peinaban el césped, rozado por las sombras. Presa de un frío repentino, Quirke alzó el cuello del abrigo y lo cerró en torno a su garganta. Temblaba por dentro como si un rayo le hubiera golpeado y sus tripas aún vibraran por el *shock*.

—Dígame, ¿cuánto tiempo he estado por ahí?

—Unos cinco minutos —dijo Hackett.

—¿Solo?

—Más o menos.

—Cinco minutos...

El policía lo observaba de reojo.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Sí, sentía... un poco de náuseas, eso es todo. Ya se me ha pasado —anduvieron hacia el coche; la gravilla húmeda rechinaba bajo sus zapatos—. ¿Qué le contó?

—¿Quién?

—El sacerdote. Dangerfield.

—No mucho más de lo que usted escuchó. No ha sido... —hizo un sonido de succión con los dientes—, digamos que no ha sido muy comunicativo.

—¿Y acerca de la carta de Jimmy Minor?

—No la encontró. Se habrá traspapelado, según dijo el buen padre Dangerfield.

Quirke intentó ordenar sus pensamientos. Era como luchar con el volante de un coche fuera de control.

—Y el padre Honan parece que se ha ido a Donegal —dijo.

—¿De verdad? ¡Qué raro! El padre Dangerfield dice que está aquí, en Dublín.

Quirke iba a decir algo, pero calló y se limitó a fruncir el ceño.

Tras el volante del coche patrulla estaba el sargento Jenkins, recostado y muerto de aburrimiento. Al ver aproximarse a los dos hombres, se irguió con presteza y arrancó el vehículo. Antes de subir al asiento trasero, Hackett se giró para contemplar la intimidante fachada gris del edificio. Las nubes, que se desplazaban a gran velocidad sobre el tejado, daban la sensación de que aquella mole se moviera impulsada hacia delante y fuese a derrumbarse sobre ellos, aplastándolos junto al coche.

—¿En alguna ocasión ha pensado que hay cosas que es mejor no remover?

—¿Cómo? —preguntó Quirke como si no lo hubiera oído.

Hackett repitió el sonido de succión con los dientes.

—Este asunto me da mala espina. Va más allá de la muerte de ese joven.

Se introdujeron en el vehículo, Jenkins metió la marcha, el coche alzó su parte trasera y avanzó pesadamente mientras las piedras crujían bajo los neumáticos.

Habían desaparecido y el olor a tubo de escape se había desvanecido cuando el mirlo se posó de nuevo en el césped y empezó a hurgar con su pico en la marga empapada por la lluvia. Desde una rama, una urraca observó el inquieto pájaro con sus brillantes ojos negro azulados y agitó un ala, doblando sus frágiles plumas.

10.

Se repetía a sí misma que eran imaginaciones suyas, pero ni aun así conseguía librarse de la sensación de que la estaban siguiendo, siguiendo y vigilando. Más de una vez, mientras se encontraba en el trabajo, había alzado la vista, segura de que alguien entre la multitud de transeúntes había estado mirándola con atención y, un segundo antes de que ella levantara la cabeza, había continuado su camino. Por las tardes, cuando regresaba a casa, se detenía de improviso y simulaba contemplar absorta un escaparate mientras observaba la calle con el rabillo del ojo. Por la noche, antes de irse a la cama, apagaba las luces y permanecía a oscuras junto a la ventana, vigilando la acera. Normalmente había unas cuantas chicas que hacían tiempo bajo la farola o caminaban arriba y abajo mientras fumaban y ojeaban los coches que pasaban, pero sus rostros le eran familiares y no les prestaba atención, como tampoco a los hombres que se detenían a negociar con ellas. Nunca había visto a nadie que le resultara sospechoso, pero la sensación de que allí fuera había alguien, alguien cuyo único interés era ella, persistía.

No estaba asustada, no exactamente... Apreensiva quizá, pero lo que sentía sobre todo era curiosidad y una suerte de ansiosa expectación. No era la primera vez que se encontraba en una situación semejante. Cuando desapareció su amiga April Latimer, alguien la estuvo vigilando en la calle, noche tras noche, frente a su piso, una figura incierta bajo la farola. Más de una vez pensó que podía tratarse de April, que estaba en apuros y deseaba hablar con ella, pero que no se atrevía a cruzar la calle y pulsar el timbre. April había muerto, la habían asesinado o por lo menos eso concluyeron las autoridades. No obstante, ella nunca había llegado a aceptar que April ya no estuviese, y era incapaz de renunciar a la esperanza de que su amiga volviera algún día. Tal vez había regresado, tal vez era April quien la vigilaba, quien la seguía, esperando el momento adecuado para mostrarse a la luz.

Pero no se trataba de April.

Estaba cruzando el puente de Baggot Street bajo la lluvia. Aunque era viernes, tenía la tarde libre, pues la señora Cuffe-Wilkes había ido a la peluquería a que le arreglaran el cabello, un trabajo largo y complejo que implicaba cerrar la tienda, ya que la señora Cuffe-Wilkes no se fiaba de nadie, ni siquiera de Phoebe, y no estaba dispuesta a dejarla sola con la caja registradora durante toda la tarde. Soplaban el viento en el canal y justo en el tramo más elevado del puente el paraguas se volvió del revés. Mientras luchaba por enderezarlo, a Phoebe se le cayó el bolso y alguien que caminaba tras ella se detuvo para recogerlo. Era difícil poner el paraguas del derecho, tal era el vendaval, y una de las varillas estuvo a punto de sacarle un ojo, pero al final lo consiguió.

—Gracias —dijo asiendo el bolso que le tendían—. ¡Gracias!

Estaba nerviosa y se sintió un poco como una idiota. La joven que había recogido su bolso parecía de su edad. Llevaba un impermeable de plástico y una boina

escocesa con un pompón, de la que escapaba su cabello ondulado pelirrojo, oscurecido por la lluvia, que le llegaba hasta los hombros. Tenía un rostro ancho y pecoso, su tez era de un blanco lechoso y los ojos, de un brillante castaño. Aquellos ojos de iris grandes y delicados moteados de oro eran su rasgo más llamativo. Los párpados alargados se alzaban ligeramente en las esquinas, confirmando a su rostro un matiz oriental. Phoebe le dio las gracias de nuevo y la joven sonrió y dijo que no tenía importancia y que hacía un viento espantoso. Algo en ella le resultaba familiar a Phoebe. ¿Tal vez habían coincidido en el colegio?

La joven prosiguió su camino, pero tuvo que detenerse ante el semáforo situado en la esquina donde estaba el banco, y Phoebe, que había cerrado el paraguas rebelde, le dio alcance. Detenidas una al lado de la otra, se sonrieron de nuevo. Presa de una repentina timidez, a Phoebe le sorprendió oírse decir:

—Disculpe, pero ¿nos habíamos visto antes de hoy?

La joven desvió la vista. El semáforo estaba ahora en rojo y el tráfico se había detenido, pero ellas no cruzaron, sino que permanecieron inmóviles en el bordillo.

—No —contestó la joven, rehuendo aún mirarla—, pero sé quién eres.

Fueron a un café próximo a Searsons. La ventana estaba empañada y, tan pronto se sentaron junto a ella, la joven limpió con movimientos circulares el vapor condensado en el vidrio y miró hacia fuera, inclinándose hacia un lado y hacia otro para poder ver la calle en ambos sentidos. Se llamaba Sally.

—Sally Minor —dijo, y sonrió.

La camarera se aproximó para preguntarles qué deseaban, pero Phoebe no conseguía apartar la vista de la joven sentada frente a ella. Sally Minor pidió un té y un plato de *scones*. Cuando lo dijo —un plato de *scones*—, a Phoebe le sonó tan peculiar como si hubiera pedido una ración de hostias consagradas.

Phoebe discurría a toda velocidad, sin saber por dónde empezar o cómo formular las preguntas que se le agolpaban en la cabeza. Tal vez era una simple coincidencia de nombres. Pero no, Sally Minor había dicho que sabía quién era ella, así que debía de tener alguna relación con Jimmy.

Antes de que Phoebe dijera nada, la joven apoyó una mano en el borde de la mesa, se inclinó hacia delante y confesó en voz baja:

—Sí, soy su hermana.

Phoebe asintió. Se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró al instante. Había muchas cosas que desconocía de Jimmy, pero aun así comprobar que nunca había mencionado a su hermana le causaba un inmenso asombro. Sally seguía sonriendo, aunque ahora había pesar en su sonrisa.

—Soy la oveja negra de la familia. Prefieren no hablar de mí —comentó.

La camarera trajo el té y el plato de *scones*. Sin saber por qué, Phoebe se sintió repentinamente feliz.

Sally Minor le contó su historia. Siempre había estado metida en líos, desde que era pequeña, le dijo. Cuando estaba en el colegio, se enfrentó a las monjas y tuvieron que llamar al cura de la parroquia para que «le enseñara modales», como declararon las religiosas.

—Pero no funcionó —Sally se rio, mientras se sacudía las migas de la barbilla—. La idea que ellas tenían de los modales no era la mía.

Cuando cumplió dieciséis, se marchó de casa y se instaló en la ciudad para asistir a una academia de secretariado, donde siguió un curso de taquigrafía y mecanografía. No obstante, nunca tuvo intención de convertirse en secretaria. Jimmy, o James, como ella lo llamaba, ya había empezado a trabajar como periodista en el *Evening Mail* y ella confiaba en que le consiguiera un trabajo allí.

—Y entonces conocí a Davy —se rio de nuevo y miró teatralmente hacia arriba.

Davy había acudido a trabajar como profesor en la academia de secretariado. Le contó que ese trabajo era temporal, pues planeaba irse a Inglaterra y conseguir un puesto en una de las grandes agencias de noticias.

—Me decía, abriendo mucho sus enormes ojos castaños: Sally, corazón mío, amor mío, ¿por qué no te vienes conmigo a hacer fortuna?

—¿Y lo hiciste?

—Desde luego que lo hice. Tienes delante a la auténtica mujer que no puede decir que no.

Aunque dudaba mucho de que aquello fuera cierto, Phoebe se estaba divirtiendo.

—¿Y qué sucedió? —preguntó.

—Davy consiguió un trabajo en un sitio muy elegante de High Holborn, donde solo aceptaban a las jovencitas más respetables, según me explicó. Puede que fuesen jovencitas, pero no eran respetables. En cuanto pusieron la vista encima de los rizos de Davy y de sus bonitos ojos, se lanzaron a por él. Nunca había visto nada parecido, no tenían vergüenza. Y el resultado, por supuesto, es que yo me quedé en la calle.

—¿Tuviste que regresar a casa?

—¡Por supuesto que no! ¿Volver a casa y desperdiciar mi vida cultivando remolachas y limpiando las pocilgas? Ni hablar. Yo iba a menudo a los *pubs* de Fleet Street y ligué con un tipo mayor que trabajaba, por decir algo, en el *Daily Sketch*. Se llamaba Godfrey, un bebedor incorregible, además de un libertino, pero me hacía reír y, lo más importante, me consiguió colaboraciones en el periódico. La redactora jefe era una de esas mujeres de Fleet Street, dura de pelar y con un saque para beber que dejaba atrás a Godfrey y los de su ralea. Me cogió cariño y me dejaba escribir pequeñas crónicas de color, ya sabes, cosas como el último café de moda o los modelitos que se llevan este año en la Feria de Flores de Chelsea. Mi artículo estrella fue un reportaje que escribí sobre un criadero de visones en Henley-on-Thames, mucho color y algo de humor. El artículo gustó y una semana después me ofrecieron entrar en plantilla.

El té de Phoebe se había enfriado sin que ella se diera cuenta.

—Pero has vuelto —dijo.

Sally se rio despectivamente.

—No, no he vuelto. Solo he regresado por James. Me quedaban dos semanas de vacaciones y aquí me tienes.

—¿Has visto... has visto a tu familia?

—No saben que estoy en Dublín. Estoy segura de que piensan que mi trabajo en el periódico es una mentira y que, en realidad, me gano la vida en un burdel de Inglaterra. Mi hermano... ¿Has conocido a mi hermano? —Phoebe sacudió la cabeza y Sally hizo una mueca—. No te has perdido nada.

El círculo que había abierto en el cristal se había empañado de nuevo y de nuevo lo limpió y atisbó la calle.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Phoebe.

—¿Qué? No, no, solo... —frunció el ceño y miró su taza. Permaneció callada durante unos instantes—. ¿Ves esa telilla aceitosa en la superficie del té? —comentó, señalando la taza—. Una vez me quejé sobre eso a un camarero en el Savoy, allí precisamente entre todos los lugares posibles. Madge, la redactora jefe, me había invitado. De hecho, yo no estaba tomando té, sino una copa de vino. El camarero esbozó una sonrisita desdeñosa, se inclinó hacia mí como si fuese a contarme algo confidencial y me dijo: «Es el efecto de su pintalabios, señora». Te juro que me morí de la vergüenza. Pero así es Londres.

Ambas se rieron y luego Sally volvió a quedarse en silencio.

—¿Qué le ocurrió a James? ¿Lo sabes? Me refiero a si conoces los detalles —dijo por fin sin levantar la vista.

Phoebe sintió un deseo repentino de encender un cigarrillo. Hacía años que había dejado de fumar y le sorprendió la fuerza de aquel inesperado anhelo. Si fumaba, seguramente le sentaría mal. Era tan extraño encontrarse sentada junto a la hermana de Jimmy. La situación debería haber sido triste, pero por la razón que fuese no era así. Resultaba imposible resistirse al encanto de las historias de la joven, a su mordacidad, a su risa. Era la clase de persona que Phoebe hubiese deseado tener como amiga. ¡Qué pena que viviera en Londres! Al pensar esto, Phoebe cuestionó, como hacía a menudo, su propia decisión de permanecer en aquella ciudad pequeña y sombría, trabajando para la señora Cuffe-Wilkes y cenando con su padre una vez a la semana en la penumbra sepulcral del restaurante del hotel Russell, fingiendo no reparar en la ansiedad con que Quirke observaba su copa, preocupado de que ella bebiera más de lo previsto y él bebiera entonces menos de lo que deseaba. Esa era su vida. Por supuesto, estaba David Sinclair, pero por mucho que le gustara —que tal vez incluso lo amara—, él era el ayudante de Quirke y, por tanto, era parte del mundo de Quirke. Phoebe no solía detenerse a pensar en lo sola que se hallaba, pero lo hizo ahora. Se compadeció de sí misma, aunque intuyó que no como la mayor parte de las personas se compadecen de sí mismas, sino a cierta distancia, casi de forma desapasionada. En aquel instante, por ejemplo, era capaz de examinarse con bastante

frialdad: el abrigo anodino, el vestido negro con la tira de encaje en el cuello, los zapatos prácticos, las costuras perfectamente rectas de sus medias. Phoebe Griffin, solitaria, desamparada y triste. Sin embargo, era *aquella* Phoebe quien era así; ella, la otra Phoebe, permanecía a un lado, observando. Había heredado de su padre ese don impersonal del desdoblamiento, si acaso se trataba de un don.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó.

Sally se encogió de hombros.

—Unos cuantos días —se limitó a decir, y calló hasta que, finalmente, rompió a reír—. Vale, sé que eres demasiado educada para preguntarlo, pero lo confieso: he estado *siguiéndote*.

—¿Por qué?

—Quería comprobar cómo eras. Por la forma en que James hablaba de ti, esperaba un cruce entre Juana de Arco y como-se-llame la novia de Clark Kent.

Phoebe estaba atónita.

—¿Jimmy hablaba de mí?

—«Jimmy», claro, así es como le llamas tú. Me suena tan raro como si estuvieras refiriéndote a otra persona. ¿Si hablaba de ti? Querida, no paraba. Hablaba de ti en sus cartas y cuando me llamaba desde la redacción por la noche, a la hora en que las secretarías que escribían los textos al dictado se habían ido a casa y no quedaba nadie que pudiese enterarse de que estaba llamando a larga distancia. Phoebe por aquí, Phoebe por allá... Seguro que te preguntabas por qué te pitaban tanto los oídos.

Phoebe tenía la boca seca. Se sentía como un científico, un naturalista, digamos, o un antropólogo que, tras años dedicado a estudiar una especie concreta, hace un descubrimiento inesperado que exige que todas sus hipótesis anteriores sean revisadas y rectificadas. Jimmy era su amigo, pero no lo que ella consideraba un amigo íntimo; sin embargo, por lo que contaba su hermana, daba la impresión de que Jimmy no pensaba igual. Ahora le tocaba a Phoebe reconsiderar su relación y examinarla desde el momento en que se conocieron. ¿Era posible...? Debía hacerse esa pregunta. ¿Era posible que hubiera estado enamorado de ella? No podía creerlo. Ni una sola vez durante todas las ocasiones en que se habían encontrado y habían charlado él había dado alguna señal que no fuese de amistad. De hecho, Phoebe siempre había creído que él, con su actitud presuntuosa, la despreciaba un poco, que la consideraba una hija mimada de la burguesía que no sabía nada de la cruda realidad (a Jimmy le gustaba hacer creer que había leído a Marx). Y luego estaba el hecho —y era un hecho, aunque ella odiara reconocerlo— de que, en su interior, siempre había pensado que a Jimmy no le interesaban las chicas, que su inclinación era otra.

—Así que debes de saber todo lo que hay que saber sobre mí —dijo aparentando una despreocupación que estaba lejos de sentir.

—Bueno, para empezar sé dónde vives —subrayó Sally.

—Sí, es verdad —Phoebe se vio a sí misma, de pie junto a la ventana de su piso,

vigilando a oscuras la calle, buscando una figura que merodeara entre las sombras. Prefería no pensar demasiado en ello.

Sally debió de percibir su incomodidad.

—Siento haberte espiado, de verdad —le dijo, inclinándose hacia delante—. No pretendía hacerlo... En realidad, no pensé que te estuviera espiando. Solo...

Un hombre abrió la puerta del café, pero no entró. Permaneció en el umbral, observando inquisitivamente las mesas. Vestía una zamarra de borrego marrón de cremallera y una gorra de visera encasquetada que le ocultaba los ojos. Su mirada embozada se detuvo primero en Sally y luego en Phoebe. Tan pronto las hubo localizado, se marchó. Sally frotó de nuevo la ventana empañada y estiró el cuello para observarlo mientras se alejaba por la calle.

—¿Solo qué? —preguntó Phoebe. Sally la miró sin comprender. Phoebe añadió sonriendo—: Me estabas diciendo que no pretendías espiarme. ¿Y?

Sally abrió su bolso y rebuscó dentro con el ceño fruncido. Sacó una cajetilla de Craven A. Phoebe advirtió que le temblaban las manos. Sally le tendió la cajetilla, pero Phoebe movió la cabeza de un lado a otro, a pesar del repentino deseo de fumar que la había asaltado antes.

—Tu padre es policía, ¿verdad? —le dijo. Entre sus dedos temblaba el fósforo y la llama se estremecía.

Phoebe se rio.

—No. Tengo la impresión de que algunas veces cree que es policía, pero no lo es. Es forense.

—Pero James me dijo...

—Tiene un amigo que es policía. Se llama Hackett. El inspector Hackett. Jimmy probablemente te lo mencionó también, ¿no? Hackett consigue con frecuencia que mi padre le ayude. Supongo que podría decirse que trabajan en equipo.

—¿Tiene tu padre alguna idea de lo que le sucedió a James..., a Jimmy?

Sally parecía tensa y preocupada; la vivacidad que había exhibido solo un minuto antes se había esfumado. ¿Habría reconocido al hombre que estaba en el umbral? La espiral de humo de su cigarrillo se agitaba mientras ascendía.

—Yo creo que nadie sabe lo que le sucedió —Phoebe sintió el impulso de extender el brazo y rozar el dorso de la temblorosa mano de Sally—. Debe de ser espantoso para ti que no exista una explicación, que no haya un... un motivo.

Se mordió el labio, decidida a no continuar hablando. Notó el rubor que le subía por el cuello. Era imposible, desde luego, pero tenía miedo de que Sally intuyera sus sospechas sobre Jimmy. Hasta la avergonzaba pensar que él pudiera haber sido..., bueno, que él pudiera haber sido «de la otra acera», como decía la gente.

Aunque no había dado más de tres o cuatro caladas a su cigarrillo, Sally lo apagó de golpe y recogió el bolso y su boina de lana.

—Tengo que marcharme —murmuró mientras se ponía en pie.

Phoebe extendió la mano.

—Espera —le pidió.

Sally la observó y luego bajó la mirada a los dedos que sujetaban con suavidad su muñeca. Phoebe no retiró la mano. Lentamente, Sally se sentó de nuevo.

—Pareces nerviosa —dijo Phoebe—. Pareces... No sé... Pareces asustada.

Sally apretó los labios y una línea se dibujó entre sus cejas fruncidas. De repente, parecía muy joven y vulnerable.

—La última vez que hablé con James, eso fue un par de noches antes de la noche en que... que le mataron, me dijo algo extraño —hizo una pausa, los ojos fijos en la superficie de la mesa—. Ojalá pudiera recordar exactamente las palabras —alzó la vista—. No se trata ni siquiera de lo que dijo, sino de cómo lo dijo.

—¿De qué habló? ¿Qué te dijo? —preguntó Phoebe.

Sally miró de nuevo la mesa, como si fuese a aparecer una palabra o una imagen que la ayudara a recordar.

—Habló de los *tinkers*. Yo no le escuchaba en realidad, estaba medio dormida, me llamó desde la redacción, era tarde y me despertó. Me dijo algo sobre un campamento en algún lugar, no recuerdo dónde.

—¿Era el tema de un artículo sobre el que estaba trabajando? ¿Algo sobre los *tinkers*?

—No lo sé, dijo que era «algo gordo», pero lo que me llamó la atención fue su tono. Sonaba entusiasmado, ya me entiendes... Si lo conocías, ya sabes a qué me refiero. Tenía ese temblor en la voz de cuando creía tener una exclusiva entre manos. Pero había algo más, algo en el sonido de su voz, la inflexión. Le he dado vueltas una y otra vez, intentando recordar cómo sonaba exactamente. Estaba entusiasmado, pero creo que estaba..., creo que también estaba asustado. Sí, ya sé... —alzó una mano, aunque Phoebe no había dicho nada—. Sé que piensas que digo esto a toro pasado, después de lo que ha sucedido. Pero recuerdo que aquella noche, cuando él ya había colgado y yo había vuelto a la cama, no pude dormir. Su voz resonaba en mi cabeza, el mismo eco de cuando era pequeño y había hecho algo que sabía que le iba a causar problemas. Había excitación en su voz, sí, pero también estaba atemorizado.

Se detuvo. Phoebe vio que tenía los ojos llenos de lágrimas y, en aquel mismo instante, se escaparon dos cuentas de cristal, una de cada ojo, que rodaron por sus mejillas. Phoebe rozó de nuevo su muñeca con la punta de los dedos.

—¿Dónde te alojas? —le preguntó.

Sally volvía a hurgar dentro de su bolso, esta vez en busca de un pañuelo.

—En un hotel de Gardiner Street —dijo, y dejó escapar una risa triste—. Es un agujero infecto, pero es lo único que puedo pagar.

—De acuerdo —dijo Phoebe con energía, y se puso en pie—. Vámonos.

Desde su silla, Sally la miró fijamente con los ojos húmedos.

—¿Vamos adónde?

—A recoger tus cosas. Te vienes a casa conmigo.

El hotel se llamaba Belmont. Era una casa reformada de tres pisos en una mísera hilera de adosados de Gardiner Street. Había un helecho polvoriento en cada una de las dos ventanas de la planta baja. Cuando se abría la puerta principal sonaba una campanilla, como si fuese una tienda. Una desgastada alfombra carmesí, reproducciones baratas de vistas de Dublín en marcos baratos, una recepción de contrachapado con un tablero barato de formica. El encargado, que Phoebe sospechó sería asimismo el propietario, tenía pinta de gánster con el cabello engominado y un delgado bigote negro que bordeaba su labio superior como si lo hubieran trazado con tinta. Insistió en hablar a Phoebe, como si la huésped fuese ella y no Sally. «La joven», como se refería a Sally, se había registrado para dos semanas y si pensaba marcharse antes debía pagar la habitación por el tiempo previsto, pues así era la ley. Phoebe, sorprendida por su propia firmeza, dijo que aquello era absurdo, que no existía tal ley, como bien sabía ella pues su familia llevaba generaciones en el negocio de los hoteles y ella misma trabajaba para un abogado. Fueron unas mentiras eficaces, realmente convincentes, y Phoebe se sintió muy satisfecha de su rapidez al idearlas.

Sally y ella subieron a la habitación; Sally hizo la maleta, guardó las cosas de aseo en el neceser y regresaron abajo. El encargado era presa de una fría furia. Cogió el dinero de Sally por las tres noches que había permanecido en el hotel y dijo que había un recargo de dos libras. «Por las molestias causadas», sentenció, y lanzó a Phoebe una mirada asesina y desafiante.

Tan pronto salieron a la calle, con el eco metálico de la campanilla reverberando aún en sus oídos, se detuvieron en la acera y rompieron a reír. Phoebe miró hacia atrás y vio al encargado en la ventana, atusándose el bigote y observándolas atentamente tras las hojas marchitas del helecho en su tiesto. La duda, como en un ataque de vértigo, la hizo sentirse mareada durante un instante. ¿Qué había hecho? ¿En qué se había metido? Pero entonces miró a Sally, con su oscuro cabello pelirrojo y sus hermosos ojos castaños, le cogió la maleta de las manos y dijo «Vamos»; primero la llevaría a casa para que se instalara y luego irían juntas a ver a Quirke.

11.

Isabel tenía ensayo y propuso a Quirke que se encontraran en el Shakespeare más tarde. Cuando llegó, él ya estaba allí, sentado en un taburete alto delante de la barra, leyendo el *Mail* con un vaso de *whisky* junto al codo. Se detuvo en la puerta durante un instante. Por su aspecto, supo que aquel *whisky* no era el primero del día. No se trataba de que pareciese borracho, Quirke nunca parecía borracho a simple vista, pero había un cierto abandono en su manera de sentarse, una cierta molicie que ella había llegado a reconocer. Se aproximó a él y le golpeó ligeramente la rodilla con un dedo. La sobresaltó su expresión de alarma al volverse hacia ella, el pánico pasajero en sus ojos. No obstante, no dijo nada, le dio un rápido beso en la mejilla, se encaramó al taburete que había junto a él y se quitó los guantes dedo a dedo.

—William —le dijo al barman, a quien todo el mundo llamaba Bill—, creo que me arriesgaré a tomar un *gin- tonic* para suavizar las cuerdas vocales. —Sonrió a Quirke—: Bonita camisa, te sienta bien el azul —el asunto de la pajarita desechada estaba perdonado o, al menos, eso le había dicho a él. Isabel miró alrededor—. Qué gusto da estar de vuelta. Los viejos garitos tienen sus encantos.

La gira teatral no había ido bien. Como ella había comentado con ironía, parecía que la Irlanda rural aún no estaba preparada para Ibsen.

Quirke plegó el periódico y lo apartó a un lado.

—¿Alguna noticia nueva? —preguntó Isabel. Él no contestó, y ella lo miró con más atención—. ¿Qué sucede?

Él desvió la vista.

—¿Qué quieres decir con qué sucede? —gruñó.

—Estás... No sé... Raro —Isabel se preguntó cuánto tiempo llevaría Quirke allí y cuántos *whiskies* se habría bebido.

—Estoy bien —repuso él con sequedad.

Ella ladeó la cabeza para contemplarlo, como si tomara medidas para un retrato. Resultaba curioso cómo en sus momentos más bajos o cuando estaba más angustiado era cuando lo encontraba más atractivo. *Atractivo* no parecía ser la palabra apropiada para un hombre tan apesadumbrado y adusto, pero era la que utilizaba Isabel. Los ojos grises de Quirke tenían un destello verdoso que recordaba el mar al atardecer, resplandeciente y engañosamente tranquilo. Tenía asimismo unas manos delicadas para el tamaño de su cuerpo; sin olvidar, por supuesto, aquellos absurdos pies, elegantes como los de un bailarín de ballet, aunque los pies de un bailarín, pensó Isabel, debían de estar lejos de ser delicados.

¿Qué hacía con él? Era una pregunta que se planteaba a menudo sin esperar respuesta. No dudaba de que algún día volvería a dejarla y, por alguna razón que no llegaba a entender, esa certeza le hacía sentir una mayor ternura hacia él, como si fuese su futuro sufrimiento lo que estaba en juego y no el de ella. En el pasado, había deseado quitarse la vida por él, o pensó que lo deseaba, pero se trataba de otra Isabel,

una que había quedado atrás en el hospital, en la cama donde yació mientras se recuperaba de la sobredosis y analizaba su vida. Ahora era una persona diferente, más dura, más desapegada, más decidida a protegerse. Y, sin embargo, pobre idiota, aún amaba a Quirke, no podía negarlo.

—Me ha pasado algo extraño, absurdo —admitió Quirke, aún sin mirarla.

—¿Absurdo, pero no divertido?

Quirke bebió un sorbo de su *whisky*, seguido por la mueca que siempre hacía: metió los labios hacia dentro y aspiró entre los dientes con un agudo sonido sibilante.

—No, no fue divertido. No sé muy bien cómo describirlo.

—Desde luego, te ha dejado en un estado bien extraño.

Él la miró de soslayo e Isabel percibió de nuevo aquel destello de pánico que le daba un aire asombrosamente juvenil, como si dentro de él hubiera un niño atemorizado, observando. En cierta manera era así. Quirke le contó que había ido con Hackett a Trinity Manor y le habló del sacerdote, el padre Dangerfield, que le había recordado a Nike y de cómo el recuerdo de Nike le había turbado tanto que había empezado a transpirar con un sudor frío y había salido de la habitación casi corriendo.

—Entonces, el viejo portero, que dijo llamarse Thady, me llevó a la cocina y me dio un vaso de *whisky* Powers y me habló del sacerdote al que Hackett quería ver y me dijo dónde se encontraba.

Isabel le escuchaba con atención.

—¿Qué hay de extraño en todo eso? —preguntó.

Quirke soltó algo parecido a una carcajada, mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Esa no es la parte extraña —contestó—. La parte extraña comenzó cuando salí de la cocina. De repente, me encontré... —se detuvo e hizo una seña al barman.

—No has terminado tu *whisky* —le dijo Isabel señalando su vaso aún lleno.

—¿Cómo? —Quirke contempló su *whisky* con expresión confusa y el ceño fruncido—. Es verdad, tienes razón.

Bill, el barman, se aproximó e Isabel le pidió otro *gin-tonic*, aunque su vaso también estaba medio lleno.

—Y el bueno del doctor tomará otro Jameson, en previsión de que se agoten las existencias —añadió con ironía.

Un cliente entró en el local y por la puerta entreabierta Isabel vislumbró la pálida luz dorada de abril sobre la acera y las inclinadas y húmedas sombras purpúreas. Durante la fiesta en Mullingar, Jack Fenton, que interpretaba a Torvald, el marido de Nora, le había tirado los tejos a ella, que interpretaba a Nora. La había sorprendido, pues creía que era homosexual, y también la había halagado. Estuvo tentada de aceptar, pero luego lo pensó mejor. Se preguntó si debía contárselo a Quirke, decirle cómo Fenton le había puesto la mano en el trasero con una sonrisa ladeada y lisonjera. A Quirke quizá le divirtiese y, aunque no lo reconociera, se sentiría sin duda

secretamente complacido. A todos los hombres les gusta oír cómo son rechazados sus rivales. Pero Quirke no parecía estar de humor para cháticas románticas aquella tarde.

—Lo extraño es —prosiguió Quirke con la mirada al frente clavada en algún punto del espacio— que debí de sufrir un desvanecimiento cuando salí de la cocina, porque lo siguiente que recuerdo es que estaba en un aseo, de pie junto a una ventana abierta, con la lluvia mojándome la cara —movió de nuevo la cabeza, como un animal que intentara librarse de una nube de moscas—. Encontré a Hackett esperándome en el vestíbulo y, aunque yo creía que había estado con el viejo en la cocina, no sé, por lo menos media hora, parece que solo habían transcurrido unos cinco minutos. Y entonces...

Había una parte de Quirke, inestable y enrevesada, que asustaba un poco a Isabel. Había cavilado sobre ello cuando acabó la fiesta en Mullingar, mientras yacía insomne y un poco borracha en la cama del hotel, sobre un colchón lleno de bultos. Una chica tenía que pensar en su futuro, especialmente una chica en una profesión tan incierta como la suya, con su edad y sin marido ni hijos. No creía tener arrestos para dedicar su vida a cuidar a un hombre débil. Ella misma era débil y necesitaba a su alrededor personas fuertes en quienes apoyarse. Pero ¿qué podía hacer? El amor es el amor y siempre exige más de lo que un amante es capaz de dar. Igual no debería haber apartado la mano de Jack Fenton con tanta brusquedad.

—Entonces —continuó Quirke— apareció el viejo para acompañarnos a la puerta, pero cuando me dirigí a él como Thady, dijo que no se llamaba así.

—¿Cómo se llamaba entonces? —preguntó Isabel, intentando sofocar un punto de impaciencia en su voz.

—No lo sé, Richie o algo parecido. En cualquier caso, no se llamaba Thady. Y por su conducta, la forma en que me miró y me habló, parecía haberse olvidado de nuestra conversación en la cocina. De hecho, actuaba como si jamás hubiese estado conmigo en la cocina.

Isabel tomó un sorbo de su vaso para ganar tiempo. También ella se sentía inquieta ahora, tras escuchar lo que Quirke le había contado y el tono con que lo había contado.

—Vale, sí, ya veo qué quieres decir al afirmar que es absurdo —se hizo un breve silencio—. ¿Crees que todo fue imaginación tuya? Pero si es así, ¿cómo pudo pasar?

—No lo sé —contestó Quirke—. Debí de perder el conocimiento y lo soñé. Pero no era como un sueño, parecía completamente real.

Seguía con la mirada fija en el frente y el ceño fruncido. Como un hombre atrapado en un oscuro laberinto, pensó Isabel, buscando a tientas el camino por senderos cubiertos de hojas, sin esperanza ninguna.

—¿Habías bebido? —le preguntó.

—No, ya te he dicho que sucedió por la mañana.

Ella se permitió una sonrisa irónica.

—Eso no significa necesariamente que estuvieras sobrio. En cualquier caso, es bastante probable que tuvieses resaca, como te ocurre una mañana de cada dos.

Él le lanzó una mirada oscura y hostil.

—No lo entiendes. No fue una experiencia de ese tipo.

—La gente sufre ataques de nervios. Se imagina las cosas más extrañas. Yo tenía una tía...

—No tuvo nada que ver con mis nervios —masculló Quirke entre dientes.

—Solo estoy intentando...

—Lo sé, lo sé. Lo siento —alzó el segundo *whisky* y se lo bebió de un trago, echando la cabeza hacia atrás. Luego dejó el vaso vacío con una mueca de dolor, mientras hacía de nuevo aquel sonido sibilante. Isabel extendió el brazo para acariciarle la mano, pero él se apartó, simulando no haber visto su gesto—. Vámonos, no quiero seguir bebiendo —declaró, y se bajó del taburete.

El sol había desaparecido. La luz del crepúsculo llenaba las calles y un olor metálico a lluvia inminente flotaba en el aire. Las gaviotas sobrevolaban en grandes círculos la cúpula del hospital Rotunda. Isabel cogió el brazo de Quirke y lo apretó contra su costado.

—Tengo frío —dijo.

Él permaneció en silencio y pareció no haberla oído.

Fueron al piso de Quirke. Isabel insistió en que se acomodara en el sillón, cerca de la chimenea, mientras ella iba a la cocina a preparar café. Cuando regresó al cuarto de estar, él seguía en la misma posición en que le había dejado: encorvado hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos, mirando con expresión vacía la chimenea de gas, que estaba apagada.

—Enciéndela, haz el favor. Aquí hace un frío que pela.

Mientras él manipulaba torpemente las cerillas, ella dejó su taza en la mesita de centro que había junto al sillón. Una vez que hubo encendido la chimenea, Quirke regresó al sillón. Sus mejillas tenían un matiz grisáceo. Isabel se arrodilló frente a él y posó los puños cerrados sobre sus rodillas.

—¿Estás preocupado?

Él parpadeó, como si le costara esfuerzo fijarse en ella.

—¿Qué quieres decir?

—Si estás preocupado por lo que te ha sucedido, sea lo que sea, un desvanecimiento o un ataque de nervios.

Sus ojos se deslizaron lejos de ella.

—No lo sé. Si lograra comprenderlo, podría asumirlo, pero, tal como ha ocurrido, me siento confuso. Yo...

El timbre del teléfono sonó y ambos dieron un respingo. Quirke intentó levantarse, pero ella le retuvo para que permaneciera en el sillón.

—Déjalo, quienquiera que sea volverá a llamar.

Sin embargo, él colocó las manos sobre los hombros de Isabel, la empujó a un

lado, se puso en pie y se alejó. Isabel tuvo que sujetarse a uno de los brazos del sillón para no perder el equilibrio y caer. Las rótulas le dolían de estar arrodillada. De repente, se sintió furiosa.

Quirke se dirigió al teléfono y levantó el auricular.

—¿Doctor Quirke? —dijo una voz—. Soy Honan. El padre Michael Honan.

II

12.

La aversión que Quirke sentía hacia el hotel Flynne venía de lejos. Lo que más le irritaba no eran las alfombras raídas ni los sillones manchados de grasa, ni siquiera el persistente olor a repollo cocido. Aquel espacio, conservado sin esmero alguno, era como un viaje en el tiempo a una época aún más penosa. Cuando pensaba en el Flynne, le venían a la cabeza telarañas y un olor a moho y el brillo peculiar del barniz marrón negruzco que cubría cada centímetro de las superficies de madera a la vista: los suelos, las barandillas, los respaldos de las sillas, incluso los costados del reloj de pie que se alzaba entre las sombras del estrecho vestíbulo. Medio oculto por un cortinaje de brocado con borlas, el reloj marcaba pesadamente el tiempo, que allí parecía transcurrir con más lentitud que en cualquier otro sitio.

El padre de Quirke, o más bien su padre adoptivo, el juez Garret Griffin, solía acudir los domingos por la tarde para beber *whisky* con sus amigos e intercambiar cotilleos sobre la sala del tribunal. Algunas veces llevaba a Quirke. Él recordaba con un escalofrío aquellas tardes que parecían no acabar nunca. Garret pensaba que brindaba al chico un regalo especial al permitirle sentarse a su lado junto a los restantes y polvorientos moradores de la Biblioteca Jurídica en un comedor privado en las umbrías profundidades del hotel, entre conversaciones y humo de tabaco y con un vaso de gaseosa de naranja que iba perdiendo las burbujas sobre la mesa, frente a él. Y ahora, al entrar en el vestíbulo, tras salir del taxi a la carrera —era inminente un chaparrón— y subir las escaleras de granito, a Quirke se le cayó el alma a los pies ante la horrible familiaridad del lugar. A su espalda, en la calle iluminada por las farolas, la inevitable lluvia de abril comenzaba a caer.

Se dirigió al bar y se detuvo en la entrada. Lámparas de pared de brazo y de bajo voltaje prestaban un triste resplandor al afelpado papel carmesí que cubría los muros. El aire olía a humo de turba y al especiado aroma del alcohol. Con una profunda inspiración, Quirke se llenó los pulmones de aquella mezcla de aromas. Los bares de ese tipo le resultaban deprimentes y, a su pesar, también secretamente excitantes. Era en esa clase de elegantes locales venidos a menos, mal iluminados, melancólicos y un tanto siniestros donde más a gusto se sentía. Sin contar con la promesa latente de todo tipo de posibilidades ilícitas, de encuentros casuales y de relaciones pasajeras y, como solía comprobarse posteriormente, desacertadas.

En una ocasión conoció a una mujer en otro bar de la ciudad; ella le trajo al Flynne, donde se alojaba, y pasaron la noche en su habitación. Quirke recordaba cómo sortearon con cuidado al portero y cómo subieron la escalera, que crujía bajo sus pies. La mujer estaba un poco achispada y se apoyaba en él, riendo y susurrando obscenidades en su oreja. Cuando alcanzaron el primer rellano, le hizo detenerse y girarse para besarla, mientras introducía una mano en el bolsillo de su pantalón. Ante ese gesto procaz, Quirke se sintió repentinamente receloso. ¿Cómo se llamaba ella? ¿Anne? ¿Amy? ¿Aileen? Algo parecido. Le dijo que era representante de una

compañía textil de Donegal y que estaba en Dublín visitando los grandes almacenes para conseguir nuevos pedidos. Su habitación estaba en la parte delantera del hotel y daba a una desierta Abbey Street. Vio cómo ella se quitaba la alianza y la escondía bajo la almohada en el que iba a ser su lado de la cama antes de entrar en el baño. Bajo las sábanas, se mostró inesperadamente tímida. Le juró que era la primera vez que se acostaba con un extraño, pero él no la creyó. Le gustaba su acento, la suave y alegre entonación del norte. Por la mañana no sabían qué decirse y ella le dio la espalda para abrocharse las ligas. ¡Aine! Así se llamaba. Aine de Inishowen, allí arriba en el salvaje norte.

Detenido en la puerta del bar, examinó la estancia. Había tres sacerdotes sentados alrededor de una mesa pequeña, cercana a la chimenea, con bebidas, una jarra de agua y un cenicero rebosante. Un enorme bloque de turba ardía hoscamente en el hogar. Los sacerdotes parecían un trío de urracas. ¿El tres daba mala suerte? Hablaban de un colega, otro sacerdote, que había sido convocado a Roma para trabajar en el Vaticano.

—¡Dios bendito! —dijo en voz baja y envidiosa uno de ellos, un joven con gafas de montura negra de cuerno—. No me importaría estar en su lugar. ¡Roma! Dicen que hasta sus fuentes hay que verlas para creerlas.

Los otros dos asintieron y, durante un segundo, un resplandor italianizante iluminó sus rostros brillantes y enrojecidos.

La mirada de Quirke se desplazó. Cómodamente instaladas en una esquina, dos ancianas con despeluchados abrigos de piel bebían con recato dos copas de oporto. Una de ellas llevaba prendido en la solapa un racimo de falsas cerezas. Sentados en una mesa en la esquina opuesta, un joven y su novia discutían con reprimida ferocidad. La chica llevaba un tocado en forma de casquete, ladeado llamativamente y sujeto a su cabello por una aguja; cada vez que replicaba entre dientes al joven, su sombrero daba un alegre e inoportuno saltito de asentimiento. Al novio le sobraban por lo menos dos tallas del cuello de la camisa, que se le subía en la parte de atrás. El camarero estaba sacando brillo a una jarra de pinta mientras silbaba bajito. Quirke reconoció la melodía: «April Showers».

Alguien se le aproximó sin ruido por la espalda.

—El doctor Quirke, supongo.

Era corpulento y rubicundo, con el cabello castaño rojizo y tan corto que se entreveía la piel del cráneo, blanca como el papel. No parecía un cura. Vestía un anodino traje gris, una camisa de rayas, una corbata azul marino y zapatos de hebilla dorada. Pero lo delataban los calcetines blancos, que Quirke detectó al instante.

—¿Padre Honan?

—¡En efecto!

Se estrecharon la mano. La palma del sacerdote era suave, seca y cálida.

—No se ha dejado engañar por mi indumentaria de paisano —dijo con una sonrisa compungida, mientras pasaba revista a su traje, la corbata y los zapatos de

hebilla—. El propósito es el anonimato, ir y venir sin llamar la atención. Lo llevo claro, pensará usted —arrastraba ligeramente las erres, como hacen en el norte. ¿De Armagh? ¿De Antrim? O tal vez de Inishowen, de donde procedía Aine, la viajante de comercio. Hablaba en voz baja y en tono confidencial, como si no estuvieran en un bar sino en un confesionario—. Pero, dígame, ¿qué desea tomar?

Avanzaron juntos hacia la barra. El sacerdote despedía un intenso y penetrante olor a colonia. Sus ojos recordaban fragmentos de sílex y los rechonchos dorsos de sus manos, cubiertos de pecas, parecían erizados con un vello casi incoloro como si fuesen alfileteros. Le brillaban la frente y el bozo de sudor; aquel hombre debía de sudar mucho.

Quirke pidió un Jameson.

—Un hombre cabal —dijo el cura—. Yo quiero otro.

Permanecieron de pie, medio girados el uno hacia el otro, con el codo en la barra y una mano en el bolsillo como colegas, dos hombres de mundo que comparten una copa. Honan estaba lejos de ser como Quirke esperaba. Pero ¿qué esperaba? A alguien delgado y alerta de labios finos, pálido y con una mandíbula como la hoja de un cuchillo; un Nike o un padre Dangerfield, y no aquel tipo robusto que parecía socio de un club de golf, con nariz de bebedor y una red de venillas rotas en la piel reluciente de los pómulos. A la luz de la barra, su cabello, de un rojo más oscuro de lo que le había parecido al conocerlo, se veía salpicado de gotas de sudor.

—¿Puedo preguntarle cómo ha averiguado mi número de teléfono?

Con una sonrisa jovial, el padre Honan le guiñó un ojo.

—Tenemos nuestras fuentes —dijo, y dio un sorbo a su *whisky* mientras contemplaba a Quirke por encima de las gafas—. El padre Dangerfield me ha dicho que me buscaba. ¿Es por algo relacionado con el joven al que mataron?

—Sí, Jimmy Minor.

—¿Y le acompañaba un policía?

—Hackett. Inspector Hackett, de Pearse Street.

—Sí, Hackett, he oído hablar de él. Dicen que es un buen tipo.

La chica del tocado se levantó de pronto y abandonó la sala mirando al frente con expresión furiosa. Un instante después, el joven se puso en pie con actitud cohibida y la siguió mientras carraspeaba sonrojado.

—La tormentosa carretera del amor —murmuró el sacerdote. Señaló con la cabeza la mesa que había dejado libre la pareja—. ¿Nos sentamos?

Atravesaron la sala con sus bebidas. El joven cura con las gafas de montura de cuerno giró la cabeza en la dirección del padre Honan y comentó algo a sus dos compañeros, que también se volvieron para mirarlo. Una corriente de aire en el tiro de la chimenea expulsó del hogar un ovillo de humo que rodó por la alfombra. Sentado junto a una ventana, Quirke contempló la satinada oscuridad y distinguió la lluvia bailando sobre las aceras y los techos de los coches aparcados.

—Creo que había una carta —dijo el padre Honan—. Dan el Colérico me lo

dijo... Disculpe, me refiero al padre Dangerfield. Lo queremos más que a nadie, pero es algo irascible, como ya notaría seguramente usted.

—Él parecía desconocer su paradero —comentó Quirke.

—El padre Dangerfield es la viva imagen de la discreción —dijo el sacerdote con su voz suave y susurrante, y se rio. Con aquella manera de hablar entre sonrisas, guiños y pequeños gestos de asentimiento, daba la impresión de que todo lo que decía, hasta el tópico más inofensivo, era confidencial y estaba destinado únicamente a los oídos de la persona que le escuchaba. Sacó una pitillera y se la tendió a Quirke por encima de la mesa—. ¿Sabe para qué quería verme ese infortunado joven?

—Eso es lo que nos..., lo que el inspector Hackett deseaba averiguar —contestó Quirke.

El sacerdote se retrepó en el asiento, apoyó los codos en los brazos de la silla y juntó las manos alzadas, con el cigarrillo pegado a la comisura de la boca y un ojo entornado para protegerlo del humo.

—Doctor Quirke, ¿puedo preguntarle qué le...?

—¿Qué me mueve a mí? Conocía a Jimmy Minor. Era amigo de mi hija.

El sacerdote asintió con los ojos entornados.

—¿Y el inspector Hackett es amigo *suyo*? —no se había quitado de la boca el pitillo, que se movía arriba y abajo cuando hablaba.

—El inspector y yo... ¿Cómo podría explicárselo? Hemos trabajado juntos en el pasado.

—Sí, eso me han dicho.

Quirke se preguntó quién se lo habría dicho. Y si ya conocía su relación con Hackett, ¿por qué le preguntaba? Además, y en primer lugar, ¿por qué se había puesto en contacto con él y no con el inspector?

En su mesa, los tres sacerdotes habían pedido otra ronda. Los dos mayores bebían *whisky* y el más joven, una Guinness. ¿Cómo era posible que hubiesen quedado en el *Flynn* para beber y cotillear una noche entre semana? ¿Sería el cumpleaños de uno de ellos? ¿Estarían celebrando otra cosa? El *Flynn* era un refugio para el clero, su piso franco en la ciudad.

—Yo creo que nunca coincidí con ese joven, con Jimmy Minor —dijo el sacerdote con actitud reflexiva—. Era periodista, ¿verdad?

—Trabajaba en el *Clarion*. Y antes trabajó en el *Mail*.

—Me pregunto de qué querría hablar conmigo.

—Tal vez sobre algo relacionado con el trabajo que usted realiza. Según he oído, dirige clubes y otras asociaciones en Sean McDermott Street.

—Y en más lugares.

El sacerdote mantenía los ojos entornados, de modo que Quirke solo veía un brillo gris helado entre los párpados. Sus pestañas, como el vello en el dorso de sus manos, eran tan pálidas que apenas resultaban visibles.

—Padre, ¿hay algo en concreto de lo que quiera hablar conmigo? —preguntó

Quirke—. Aparte de Jimmy Minor, claro.

El sacerdote abrió las manos y las mantuvo separadas con las palmas enfrentadas.

—Me han contado cosas de usted —dijo.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas, simplemente. Ya sabe cómo es esta ciudad: todo el mundo conoce los asuntos de los demás o cree conocerlos —se quitó el cigarrillo de la boca y se inclinó hacia delante para sacudir la ceniza en el cenicero que había sobre la mesa con un hábil movimiento de muñeca—. En cualquier caso, pensé que era una buena oportunidad para encontrarnos. Yo soy igual que los demás: me gusta estar al tanto de lo que sucede y de sus protagonistas —sonrió de nuevo, mostrando un buen puñado de dientes amarillentos.

—Dígame, ¿quién le ha hablado de mí? ¿Quién le ha contado esas cosas, cualesquiera que sean, que ha escuchado sobre mí? —inquirió Quirke, con la vista fija en el vaso de *whisky*, que mantenía alzado frente a él.

—Varias personas —contestó el sacerdote con expresión inocente—. Joseph Costigan, por ejemplo —Honan observó aparentemente divertido a Quirke, que se había quedado mudo de repente—. Ya veo que el bueno de Joe no está entre sus sujetos favoritos.

Quirke frunció el ceño.

—No se puede decir que lo conozca, solo hemos coincidido en un par de ocasiones.

Costigan trabajaba para los católicos ricos y poderosos de la ciudad, amañando lo que necesitaban. Era el mismo Costigan del que había hablado a Isabel, el Costigan que sabía cómo funcionaba el mundo y dónde se hallaba de verdad el poder.

—Tiene muy buena opinión de usted —afirmó el sacerdote—; es más, yo diría que tiene una opinión excelente. Usted lo duda, ya veo, pero le aseguro que es así —bajó la voz hasta reducirla a un tenue susurro—: Le considera un hombre honesto, un hombre con principios —hizo una seña al barman para pedirle otra ronda de *whisky* y volvió a retrepase en su silla—. Le concedo, doctor, que el pobre Joe no es, digámoslo así, un hombre muy agradable a nivel personal. Se toma muy en serio su papel de cruzado incondicional de la Iglesia militante. Eso requiere un carácter, ¿cómo diría yo?, un cierto carácter desabrido.

El barman trajo las bebidas en una bandeja de peltre. En la mesa vecina, el joven cura de las gafas los observaba de nuevo y de nuevo comentó algo en voz baja a sus dos compañeros. Quirke permanecía silencioso, con la mirada fija en la pitillera que estaba sobre la mesa, intentando descifrar el monograma de la tapa.

—¿Me equivoco, doctor, al pensar que usted no es creyente? —dijo el padre Honan, vertiendo en su *whisky* un poco de agua de la jarra que el barman había llevado. Le ofreció la jarra a Quirke, pero este la rechazó con la cabeza—. Si quiere que le diga la verdad, tampoco lo soy yo —Quirke se quedó mirándolo, mientras el sacerdote sonreía complacido ante el efecto causado por sus palabras—. Veo que le

he escandalizado —Quirke bebió un trago y sintió cómo el *whisky* se extendía ardiente a través de una red de filamentos que se ramificaban detrás de su esternón. Era increíble cómo aquella sensación semejaba ser nueva en cada ocasión—. Haré otra conjetura —prosiguió el religioso—: su experiencia en manos de los curas está lejos de ser feliz.

—Estuve en Carricklea. Pasé muchos años allí cuando era niño —dijo Quirke.

El padre Honan movió las comisuras de la boca hacia abajo mientras asentía lentamente.

—Sí, me imaginaba algo así.

Quirke volvió a mirar por la ventana. Había dejado de llover y la calle brillaba en la oscuridad entre los charcos de luz que proyectaban las farolas. Casi había olvidado por qué estaba allí, en el hotel Flynne, bebiendo *whisky* e intentando no pensar en el pasado. ¿Qué quería de él aquel sacerdote? ¿Por qué le había hablado de Costigan? ¿Por qué había mencionado precisamente su nombre entre todos los nombres posibles? Le asaltó de nuevo la imagen de la orilla del canal entre las sombras, de los árboles inclinados y vigilantes.

—He de explicarle lo que quiero decir cuando afirmo que no soy creyente —dijo el sacerdote en voz baja mientras echaba un vistazo al trío de la mesa vecina—. La Iglesia, como el Cielo, tiene muchas moradas, doctor Quirke. Hay sitio para todos, incluso para los escépticos —se rio y un abanico de finas arrugas se abrió en la comisura externa de sus ojos—. Me temo que nuestra pobre y vieja Madre Iglesia no siempre actúa de la manera más beneficiosa para ella. Es una Iglesia muy extensa, por supuesto, y ha de prestar atención a las creencias más variopintas, a las opiniones y los prejuicios del mundo entero: de América, de África, de Asia incluso. Pero tiene un modo desafortunado, yo creo que es desafortunado, de tratar a todos sus hijos como si fuesen niños. Mire nuestro pequeño e ignorante país, encorsetado rígidamente con reglas y normas formuladas en los pasillos y cámaras privadas del Vaticano y que se nos entregan como si estuviesen escritas en piedra igual que las tablas de la ley. Así que cuando digo que no soy creyente me refiero a *esa* Iglesia, a la que concibo, Dios me perdone, como la Iglesia de los Santos Inocentes y a la que contemplo con escepticismo. No, mi Iglesia es aquella cuyas raíces se remontan a Grecia y a la Roma clásica, no a los áridos desiertos de Palestina y al pueblo infantil que allí habitaba cuando se escribieron las historias de la Biblia. Mi Iglesia es la Iglesia que reconoce el sentimiento trágico de la vida. Mi Iglesia es la Mater Misericordiae, la madre de las aflicciones y el perdón, que abre su manto para acogernos a todos, tanto a justos como a pecadores.

Se detuvo, rio con suavidad y se inclinó hacia delante de nuevo.

—Discúlpeme, doctor Quirke, he olvidado que no estoy en un púlpito —murmuró—. De hecho, es raro verme en el púlpito y tampoco es frecuente encontrarme en la iglesia. Mi trabajo se desarrolla en las calles, en los bloques de pisos, en los campamentos de los nómadas. No peco de orgullo pensando que eso me convierte en

mejor ministro de Dios que el monje en su claustro o que incluso el humilde legislador del Vaticano. Todos tenemos tareas asignadas, nuestro propio campo de operaciones.

Una de las ancianas sentadas en el otro extremo de la sala se levantó y se dirigió tambaleándose a la barra con un vaso vacío en cada mano.

—Mags, deberías haberme dado una voz y yo me habría acercado —le dijo el camarero simulando enojo.

Afuera, en Abbey Street, un borracho solitario pasó cantando «Mother Machree» con una melodiosa, sollozante y atiplada voz de tenor.

—He oído que se va a África —comentó Quirke.

—Es cierto... A purgar mis pecados —declaró el sacerdote con semblante teatralmente compungido—. Primero a Nairobi y luego a la sabana, a alguna parroquia dejada de la mano de Dios que tendrá dos veces el tamaño de Irlanda, no me cabe ninguna duda.

—¿Ha estado allí antes?

—No en esa zona. Viví un tiempo en Nigeria hace años. Todavía me sube la fiebre durante la temporada de lluvias. ¿Y usted? ¿Viaja a menudo?

—Solía ir a América. Trabajé en Boston hace años.

—Una gran ciudad, Boston.

Desde la calle lavada por la lluvia aún llegaba la conmovedora y arrulladora voz del borracho.

—¿Tiene familia, doctor Quirke? —preguntó el sacerdote.

—No, mi mujer murió.

—Pero tiene una hija.

El rostro de Quirke se ensombreció.

—Sí, es cierto. A veces lo olvido.

El cura no hizo ningún comentario. Parecía estar pensando en algo distinto.

—Su padre era Garret Griffin, ¿me equivoco? —le dijo, estudiando su rostro.

—Mi padre adoptivo, sí.

—Un hombre extraordinario, Garret.

—¿Lo conocía?

—Coincidimos en varias ocasiones. Era un gran amigo de la Iglesia.

—También era un gran amigo de su devoto Costigan.

El sacerdote sonrió, mordiéndose el labio inferior.

—No creo que Joe tenga amigos, en el sentido literal del término.

—¿Qué eran entonces?

Una leve ráfaga de tensión cruzó el espacio entre ellos, como si un remolino de polvo se hubiera alzado súbitamente, girando como un derviche sobre la mesa.

—Usted y yo somos hombres de mundo, doctor —dijo el cura—. Y el mundo es cruel y porfiado.

—Así que se necesita a gente como Costigan para tenerlo bajo control.

—Para tener una parte bajo control —el cura esbozó una sonrisa levemente reprobatoria—: Incluso el poder de la Iglesia es limitado... Ni siquiera Joe Costigan puede controlarlo todo.

Quirke se puso en pie, se dirigió a la barra y pidió otros dos *whiskies*. Notaba una opresión en el pecho y aquella sensación de sofocado aleteo en su corazón, como si fuese un pájaro que intentase escapar. Alarmado, se preguntó si serían los preliminares de otro ataque de locura y alucinaciones, similar al que había sufrido en Trinity Manor. En aquella ocasión se había producido asimismo cuando estaba con un sacerdote. Tal vez estaba desarrollando una alergia al clero. O tal vez lo que sentía simplemente era furia ante el recuerdo de Costigan y sus interminables ardides.

Mientras el barman servía las bebidas, se dio la vuelta y vio que el padre Honan se había levantando de su silla y estaba junto a la mesa de los tres curas, hablando y riendo con las manos en los bolsillos. Los tres hombres le miraban desde sus asientos con un temor reverencial. Por supuesto, debía de ser una estrella en su firmamento, el famoso padre Mick, campeón de los pobres y de los oprimidos, amigo de los niños, domador de padres borrachos y de *tinkers* ingobernables.

Quirke llevó las bebidas a la mesa. Con una broma de despedida, el padre Honan regresó, dejando tras de sí a sus tres admiradores, que reían alborozados mientras sacudían la cabeza.

—Dios santo, doctor, voy a acabar tirado bajo la mesa —dijo alzando su vaso y admirando el brillo ambarino del *whisky*.

—Así que no llegué a conocer a Jimmy Minor —comentó Quirke.

Los ojos del sacerdote se desplazaron hacia él antes de volver a detenerse en el vaso. Se tomó su tiempo antes de contestar.

—Creo haberle dicho ya que nunca llegué a ver al pobre muchacho, ¿no es cierto?

—Sin embargo, él debía de conocerlo o algo sabía sobre usted.

—¿Algo sobre mí? —dijo Honan en un murmullo. Sus ojos grises, entornados de nuevo, brillaban.

Cuando hablaba en voz tan baja parecía acariciar las palabras. Quirke imaginó una mano con el dorso cubierto de un fino y pálido vello acariciando una mejilla lozana, suave, sin mácula.

—Él le escribió. Le pidió una entrevista.

—Por lo visto lo hizo, pero no sé sobre qué deseaba hablar conmigo. ¿Lo sabe usted?

—Se lo vuelvo a repetir: tal vez sobre algún tema relativo a su trabajo.

—Quizá sea así, quién sabe. Ya nunca lo averiguaremos, ¿verdad?

Se observaron en silencio, inmóviles en sus sillas, encorvados ligeramente hacia delante. En la chimenea, un trozo de turba se derrumbó sin ruido, lanzando chispas y una nueva nube de humo, que salió despedida y rodó por el suelo. Quirke cogió la pitillera de la mesa.

—¿Qué significa? —preguntó, señalando el monograma de la tapa.

—Flor de lis —dijo el sacerdote—. Hace muchos años una mujer lo mandó grabar para mí —sonrió al ver a Quirke enarcar las cejas—. Sí, doctor, también se enamoraron de mí en el pasado.

—¿Qué sucedió?

—Nada. Ella estaba casada y yo era joven. Acudió a que la confesara y me invitó a su casa para presentarme a su marido. Él era constructor, ¿o era arquitecto? No me acuerdo. Gente acomodada, en cualquier caso. Ella me tejió unos calcetines, me regaló eso —señaló la pitillera— y nada más pasó, doctor Quirke, nada más. Supongo que será difícil para usted imaginar un amor así.

Quirke miró la pitillera sobre la palma de su mano.

—¿Por qué me ha llamado, padre? ¿Por qué quería hablar conmigo?

El cura levantó las manos, riendo con suavidad.

—¿Qué preguntas, doctor! ¡E insiste en repetir las una y otra vez! Ya se lo he dicho antes, me contaron cosas de usted. Tenía curiosidad por conocerlo y ahora que nos hemos visto creo que es usted un hombre lleno de ira. Sí, lo veo en sus ojos. Está claro que aquel lugar, Carricklea, ¿no?, lo dejó marcado para el resto de su vida.

—¿Me va a decir ahora que tengo que perdonar y olvidar?

—No se me ocurriría, su dolor solo le pertenece a usted, doctor. Nadie tiene derecho a decirle qué hacer con él —le dedicó una de sus joviales sonrisas y, acto seguido, se irguió y se golpeó las rodillas con las manos—. Me gustaría quedarme pero debo irme, es tarde y Dan el Colérico estará inquieto, imaginando que estoy zascandileando por la ciudad y descuidando mis obligaciones religiosas —se puso en pie y extendió la mano—. Ha sido un placer haberle conocido, doctor. Espero que nuestros caminos se crucen de nuevo. Que pase una buena noche.

Inclinó el cuello en un rápido saludo y se alejó. Quirke no había dicho nada, ni siquiera se había despedido. Permaneció sentado con la vista fija en la luz rubí que ardía en el interior del vaso, engastada por el resplandor del fuego. Le recordó la luz del sagrario tras la vidriera de colores de Trinity Manor a la que había llegado de modo tan desconcertante.

En su camino hacia la salida, el padre Honan pasó junto a la mesa donde se sentaban los tres curas y esbozó una irónica y rápida bendición sobre sus cabezas. Uno de ellos se apresuró a levantarse para hablar con él, pero el padre Honan no se detuvo, tan solo se llevó el dedo a los labios, movió la cabeza y siguió de largo hasta cruzar la puerta. No obstante, volvió a aparecer un minuto después y atravesó la sala a toda velocidad en dirección a Quirke.

—Quería decirle algo, doctor: un gran teólogo cuyo nombre ahora mismo no recuerdo preguntó una vez: «¿Qué clase de Dios que se respete a sí mismo se preocuparía de unos desgraciados como nosotros?». U otras palabras con el mismo sentido. No sé cuál es la respuesta, pero esa pregunta me tranquiliza, sobre todo en momentos de angustia e incertidumbre. Debería pensar en ello. Ofrece una cierta perspectiva en el vasto orden del universo.

Movió la cabeza afirmativamente, se giró y desapareció de nuevo. Pero esta vez no regresó.

13.

Phoebe se había mudado de una habitación alquilada en Baggot Street a un piso en Herbert Place el invierno anterior. Había dudado en hacerlo, pues era allí donde vivía su amiga April Latimer antes de desaparecer. Pero Phoebe no era supersticiosa y además el piso se encontraba en el extremo opuesto al de April. Era precioso; había tenido mucha suerte al encontrarlo. Estaba en un primer piso y tenía dos espaciosas habitaciones: la principal daba al canal, a *Huband Bridge* y el sauce que allí crecía. La otra habitación era el dormitorio y, aunque resultaba un tanto severa por el solemne mobiliario de caoba —un enorme armario, dos cómodas y una cajonera alta—, tenía un amplio ventanal cuadrado con pequeños paneles de vidrio por donde entraba la luz a raudales, especialmente durante las mañanas, y el cristal de un buen número de paneles parecía antiguo y producía un maravilloso efecto ondulante, sobre todo cuando la lluvia resbalaba por el ventanal. Era sorprendente pensar en cuántas generaciones ya desaparecidas habrían contemplado desde allí los jardines, las callejuelas y, en lontananza, los tejados de las casas en Herbert Street. No le importaba que su padre viviera justo en la esquina, en Mount Street; sabía que nunca se presentaría sin avisar. La mera idea de Quirke apareciendo de improviso en casa de alguien resultaba cómica.

Le ofreció a Sally el dormitorio, pero Sally echó un vistazo a la cama de matrimonio con su dosel y sus patas rechonchas y dijo que ya estaría bien en el sofá del salón. Había sábanas y una almohada de sobra, no obstante Phoebe tuvo que echar mano de la manta que cubría el respaldo de uno de los sillones y de su propio abrigo para que hicieran de cobertor. Cuando terminaron la cama improvisada, retrocedieron unos pasos para admirar su obra y, con las manos en las caderas, se sonrieron con complicidad como si ya fuesen amigas, pensó Phoebe, y por un instante sintió que un nudo le cerraba la garganta.

Phoebe preparó chocolate caliente y, con las tazas en la mano, se sentaron en el suelo frente a la chimenea de gas, escuchando bajo la luz de la lámpara el sonido de la lluvia que caía fuera. Phoebe recordó una Semana Santa en el internado: tenía quince años y todas las estudiantes se habían ido a casa para pasar las vacaciones, excepto otra chica y ella. Los padres de Phoebe estaban en América visitando a su abuelo, que estaba enfermo. No recordaba por qué tuvo que quedarse en el internado la otra chica. Se llamaba Monique, rememoró Phoebe, que sonaba muy exótico, como el nombre de un personaje de una película extranjera. Había resultado emocionante, de una manera extraña y acogedora, estar juntas en el colegio casi vacío bajo el cuidado de la directora, la hermana Aloysius, y un par de jóvenes novicias. Zamparon festines clandestinos de medianoche —no era medianoche, desde luego, pero en cualquier caso había transcurrido un largo tiempo desde que se fueran a la cama— y por las tardes holgazaneaban en los sillones de la biblioteca, sentadas sobre las piernas dobladas y sin zapatos, leyendo y, sobre todo, charlando. Monique había

metido a escondidas en el internado una cajetilla de cigarrillos y fumaron en el baño de las chicas mayores, de pie junto a la ventana abierta, sintiéndose adultas y provocadoras. Llegaron a planear incluso escaparse una noche, coger el autobús que iba a la ciudad e ir al cine, pero no se atrevieron. Monique tenía un novio secreto en su ciudad —vivía en Belfast—, que era mayor que ella y a quien, según contaba, le permitía que le hiciera cosas que Phoebe, en aquella época, no conseguía ni imaginar.

—Eres muy amable por acogerme en tu casa —dijo Sally.

—¡No te he «acogido»! —exclamó Phoebe, entre risas—. Ni que fueras un gato callejero o algo así.

Bebieron el chocolate a sorbos, contemplando las sedosas llamas azuladas que palpitaban tras las barras de la chimenea de gas. A Phoebe le gustaba notar el calor en las espinillas mientras la parte trasera de las piernas permanecía fría. Había pensado en cambiarse de ropa y ponerse la bata, pero no le pareció adecuado en aquellas circunstancias. No estaba acostumbrada a tener a gente durmiendo en su casa; de hecho, nadie había pasado nunca la noche allí, como tampoco en la habitación alquilada de Baggot Street; ni siquiera David, especialmente David.

—Sabía que me caerías bien —dijo Sally con cierta timidez, como si hubiera adivinado lo que Phoebe estaba pensando—. A James y a mí siempre nos gustaban las mismas personas.

—¿Lo echabas de menos cuando te fuiste a Inglaterra? —preguntó Phoebe.

Sally pensó la respuesta.

—Al principio me sentía tan mal que no sabía a quién o qué era lo que más echaba de menos. Pero sí, no me habría venido mal tenerlo cerca para poder hablar con él. Siempre me escuchaba, tanto cuando le hablaba de las cosas que me entusiasmaban como de las que me preocupaban, y, aunque era mayor que yo, nunca me sermoneó —su rostro se ensombreció y Phoebe dudó si tenía lágrimas en los ojos o si era tan solo un efecto de la luz de la chimenea—. ¿Tú tienes hermanos? —su voz no sonaba llorosa.

—No, soy hija única —contestó Phoebe.

Qué extraña era aquella definición, pero ¿había otra forma de decirlo? No existía la expresión «persona única» o «mujer única». Ese adjetivo solo parecía tener sentido con los hijos. Durante mucho tiempo, después de averiguar quiénes eran sus verdaderos padres —Quirke y su esposa fallecida—, había pensando en sí misma como una huérfana; se *había sentido* huérfana. Fue la época de mayor soledad de su vida, pero ya había pasado. ¿Y ahora? ¿Se sentía ahora menos sola? ¿O más, pero de una manera diferente?

Sally soltó una risita.

—¡Qué gracia! Yo siempre quise ser hija única. Pensaba que sería romántico, que yo sería como, no sé, Jane Eyre o alguien parecido —calló un instante—. Siempre crees que la vida de los demás es maravillosa, ¿verdad? Esa es una de las razones o tal vez *la* razón de que averiguara dónde trabajabas y de que te haya seguido por la

ciudad durante varios días. Por la forma en que James hablaba de ti, parecías una persona extraordinaria con una vida extraordinaria.

Phoebe se rio.

—Y ya has descubierto la triste y frustrante realidad, ¿no?

Pero Sally no le prestaba atención y, en lugar de contestarle, le hizo otra pregunta:

—¿Tienes novio?

—Sí, se llama David, David Sinclair. Trabaja con mi padre.

Phoebe se dio cuenta de que su tono se había vuelto solemne, como si hablar de David Sinclair requiriese cierta seriedad. ¿Por qué? Había tantas cosas sobre David que la llenaban de perplejidad; y la primera, sus sentimientos hacia él.

—¿También es médico? —preguntó Sally.

—Sí, forense. Tienes que... —su voz sonaba ahora como la de una debutante o algo así, entrecortada y nerviosa— tienes que conocerlo.

Pero Sally no la escuchaba.

—No puedo quitarme de la cabeza la imagen de alguien golpeándolo y pateándolo —se volvió hacia Phoebe; sus ojos estaban febriles—. ¿Por qué harían algo semejante? ¿Quién querría hacer daño al pobre James? —miró de nuevo el fuego, sus llamas siseantes—. Nunca en la vida hizo daño a nadie.

Se quedaron en silencio. Había cesado de llover y fuera todo parecía asimismo en silencio, como si la ciudad entera estuviese desierta. Phoebe pensó en Jimmy, en su pequeño rostro, pálido y demacrado, en sus dedos manchados de nicotina, en su manera de echarse el sombrero hacia atrás como hacían los periodistas en las películas que, a menudo, iban a ver juntos.

—No fuiste al funeral —dijo.

Sally se encogió de hombros con tristeza.

—No me sentía capaz de... No me sentía capaz de *verlos*. Mis padres son buenas personas, pero mi hermano... Siempre anda hecho una furia e indignado. Yo creo que piensa que todo lo que sucede en el mundo es para molestarle.

—¿Qué pasó para que...? —Phoebe titubeó—. Lo que quiero decir es por qué te encuentras tan distante de ellos, de tu familia.

Sally dejó la taza a su lado en el suelo, dobló las piernas, las abrazó y apoyó la barbilla sobre las rodillas. La luz de gas daba a su semblante un tono azulado.

—Nunca me perdonaron que me fuese a Inglaterra. Supongo que pensaron que estaba embarazada. No podían entender que alguien deseara irse, alejarse de allí. No los culpo... Son incapaces de ver más allá del pequeño mundo en el que crecieron.

—¿No piensas...? ¿No piensas llamarlos para decirles que estás aquí, que has vuelto a casa?

—Pero es que no he «vuelto a casa». Si supieran que estoy aquí, creerían que me voy a quedar, pero yo voy a regresar a Inglaterra. Mi vida ahora está allí —afirmó Sally.

—Pero ¿si hicieras las paces con ellos? Tus padres deben de estar destrozados por

la muerte de Jimmy. Estoy segura de que se alegrarían al saber de ti.

—Pensé en ponerme en contacto con papá, es con quien mejor me he llevado siempre, pero sabía que se lo contaría a mi hermano.

—Hablas como si tuvieras miedo de él, de tu hermano.

—¿Sí? No lo sé, tal vez sea cierto. Nunca le he entendido. James era completamente distinto. A James le gustaba hacerse el duro, pero en el fondo era un blando... Estoy segura de que tú lo sabías —se volvió para mirar a Phoebe—. ¿Alguna vez... alguna vez hubo algo entre mi hermano y tú? ¿No te importa que te lo pregunte?

—No, no me importa. Y no: Jimmy y yo éramos amigos. Solo eso.

Se sentía incómoda al hablar así de Jimmy. Aunque no tenía nada que ocultar, no podía dejar de percibir una nota estridente en su voz, como si hubiese algo que le hiciera sentirse culpable y no quisiera reconocer. Pero no existía nada semejante, excepto que no le había prestado suficiente atención, que no había sabido valorarle. Seguramente así se sentía todo el mundo cuando alguien moría de forma inesperada y en trágicas circunstancias; pensaba en las cosas que debería haber hecho, las palabras que debería haber dicho, los detalles que debería haber tenido. Le sorprendió comprobar que, al morir, Jimmy había adquirido para ella una importancia mucho mayor que cuando estaba vivo.

Sally se pasó los dedos por el cabello y bostezó.

—Estás cansada, ya seguiremos hablando mañana. Llamaré a la tienda para entrar más tarde —dijo Phoebe.

—¿Podrías llamar a tu padre? Me gustaría conocerle y hablar con él.

—Sí, lo haré. Vive muy cerca de aquí. Podemos intentar verle antes de que se marche al hospital.

Se turnaron para ir al baño, se dieron las buenas noches y Phoebe entró en su dormitorio. Mientras cerraba la puerta, echó un vistazo al cuarto de estar y sorprendió a Sally de pie, iluminada por la luz de la chimenea, quitándose el jersey por la cabeza. Su cabello resplandecía como las bobinas de oscuro cobre.

Phoebe sabía que no conseguiría dormir. Se puso el camisón, se sentó en la cama con una almohada en la espalda e intentó leer una novela, *Narciso negro*, pero no lograba concentrarse. Estaba muy inquieta. La turbaba el pensamiento de que, de alguna manera, le había fallado a Jimmy, aunque no era capaz de precisar qué cosas debería haber hecho por él. En cualquier caso, no se trataba de eso. El problema no era lo que había hecho o dejado de hacer, sino... ¿qué? Si él estaba enamorado de ella, ¿no debería haberse dado cuenta? Tal vez ese había sido su fallo, la falta de atención o de..., ¿cuál era la palabra? De empatía. Esa idea la desasosegaba, pero tenía que reconocer que también la enojaba. Nunca había hecho nada para que Jimmy la amara, no le había animado ni le había «dado esperanzas», como decía la hermana Aloysius

arrugando la boca con tan furiosa reprobación que los pequeños pelos castaños sobre su labio superior se erizaban como diminutas antenas.

Dejó el libro a un lado, apagó la lámpara y se tumbó, con la mirada perdida en las profundas sombras. Tenía la impresión de haber contraído una deuda sin saberlo debido a Jimmy y su terrible final, una deuda de la que no lograba sentirse responsable y de la que no sabía muy bien cómo liberarse. ¿La acompañaría durante toda su vida? ¿Iría su amigo muerto siempre con ella como un insistente fantasma, siguiendo sus pasos en un silencio acusatorio y conmovedor?

A sus oídos llegó un sonido agudo y punzante como una aguja. ¿Qué era? Se apoyó en un codo, esforzándose por escuchar. ¿Un gato en el jardín? ¿O sería una radio encendida en algún rincón del edificio? No, alguien estaba llorando. Se levantó con presteza y sin encender la luz se aproximó de puntillas a la puerta del dormitorio, abrió una rendija sin hacer ruido, ladeó la cabeza y escuchó.

Era Sally quien lloraba.

Phoebe cerró la puerta y permaneció inmóvil en la penumbra, percibiendo los latidos de su corazón. ¿Qué debía hacer? La joven que estaba al otro lado de la puerta era una desconocida, aquel día la había visto por primera vez. Lloraba por la muerte de su hermano. Tenía derecho y nadie debía interferir en su dolor. Dio varios pasos hacia la cama, pero el lamento la detuvo de nuevo. Sally debía de tener la cara sepultada en la almohada, pero sus gemidos eran punzantes y atiplados y no conseguía sofocarlos. ¿Qué había en el sonido de alguien llorando que provocaba aquella palpitante sensación de urgencia en el pecho? ¿Lo sentirían también los hombres o sería un reflejo exclusivo de las mujeres, un vestigio de las cuevas prehistóricas que iluminaban las hogueras? Imposible permanecer impasible, Phoebe se volvió y entró en el cuarto de estar.

La oscuridad era más densa que en el dormitorio; Phoebe había cerrado antes las tupidas cortinas y solo el resplandor de las farolas en la calle conseguía colarse. Se aproximó al sofá. Sally callaba ahora, como un animal sorprendido en su guarida. Phoebe extendió la mano sin calcular la distancia, sus dedos rozaron el cabello de la joven y fue como si hubiera tocado un ovillo de delgados cables eléctricos.

—Sally, ¿te encuentras bien? —susurró.

La tenue forma en el sofá se agitó, Sally levantó el rostro de la almohada y se volvió hacia ella.

—Lo siento, ¿te he despertado? —musitó con voz entrecortada.

—No, estaba despierta. No estaba segura de si... Tal vez no debería haber...

—No te preocupes —dijo Sally, sentándose—. Eres muy amable por preocuparte de mí.

—¿Necesitas algo?

Sally dobló las piernas bajo la sábana y apoyó la frente sobre las rodillas.

—Éramos mellizos, ¿sabes?

Inclinada sobre ella en la oscuridad, Phoebe no la comprendió al principio.

—¿Cómo? ¿Quieres decir...?

—Mellizos. James y yo.

—Pero me dijiste que él era mayor.

Sally soltó una triste risita.

—Y lo era... Dos minutos.

Phoebe se arrodilló junto al sofá.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No lo sé. Es algo que siempre me ha hecho sentir incómoda. Lo mismo le sucedía a James. Pensábamos que éramos... monstruos de circo, en cierta manera. Ya sé que es una tontería —se rio y luego sorbió el aire—. ¿No tendrás un pañuelo? No sé dónde he puesto mi bolso.

—¿Quieres que encienda la luz?

—¡No! —exclamó Sally—. Debo de estar horrorosa. Cada vez que lloro mi nariz se convierte en una señal luminosa. Es el problema de ser pelirroja... Uno de los problemas.

—No tienes por qué avergonzarte. Has sufrido algo terrible.

Se apresuró hacia el dormitorio y encontró un pañuelo de lino limpio y doblado dentro de la cajonera alta. Se lo llevó a Sally.

—Me prometí que no gimotearía —dijo Sally compungida—. Y mírame, ¡despertando a todo el edificio!

—Déjame que encienda una lámpara. No tiene sentido que sigamos susurrando en la oscuridad.

—No, por favor, estoy cansada, quiero dormir. ¿Puedo quedarme el pañuelo?

—Por supuesto.

Sally sorbió el aire con fuerza por la nariz, se tumbó y hundió la cabeza en la almohada con un suspiro. Phoebe permaneció inclinada sobre ella, sintiendo que debía hacer algo más, decir algo más. Pero ¿qué? Nunca sabía cómo comportarse en los momentos de crisis y de confusión emocional, nunca sabía qué decir. Imaginaba que también en eso se parecía a su padre. En cierto sentido, ambos estaban lisiados. Aunque no, no era cierto, por lo menos en lo que a ella se refería. Ella era capaz de sentir compasión y cuando algo la conmovía podía ponerse en el lugar del otro. Pero no sabía cómo mostrar su solidaridad y esa impotencia la dejaba sin palabras.

La respiración de Sally se había calmado; debía de estar dormida o simulaba estarlo. Phoebe se dio la vuelta, atravesó la habitación y entró en su dormitorio. Todavía notaba en las yemas de los dedos el agradable hormigueo que le había dejado la descarga que sintió al tocar el cabello de Sally en la oscuridad. Iba a ser una noche larga e insomne.

14.

Quirke se despertó presa del pánico. La sangre le latía en los oídos y sentía que se estaba ahogando. Permaneció tumbado boca arriba jadeando y empapado en sudor, mientras presionaba los puños cerrados contra su pecho, que subía y bajaba en oleadas, como si fuesen los nuevos desfibriladores que se empezaban a utilizar para dar descargas eléctricas a personas que sufrían una parada cardíaca. No se trataba del habitual ataque de pavor y desconcierto de cada mañana, sino de algo distinto. Como si una inmensa criatura maligna le hubiese dado alcance y presionara sus enormes brazos en torno a sus costillas, asfixiándole.

Se dijo a sí mismo que debía tranquilizarse, pero la voz que así hablaba dentro de su cabeza no parecía pertenecerle a él, sino a alguien ajeno, alguien que pasaba por allí y que, al ver su sufrimiento, se había detenido para atenderle más por curiosidad que por preocupación. Pugnó por sentarse. La sábana estaba enrollada en torno a él como un nudo y tuvo que agitar las piernas para liberarse, igual que un ciclista que se hubiera caído. Iba en camiseta de tirantes y calzoncillos. Se sentía al mismo tiempo ridículo y horriblemente asustado. Aunque la lluvia tamborileaba en la ventana, el sol brillaba. Qué estación tan absurda, pensó, y notó al instante un leve consuelo: si podía quejarse de algo tan banal como el tiempo, no se estaba muriendo.

Al fin consiguió librarse de la ropa de cama y se puso en pie, aunque tuvo que sentarse al momento, pues la cabeza le daba vueltas. Cerró los ojos y el mareo empeoró. Sus manos aferraron el borde del colchón. Todo parecía a punto de volcar, como si estuviese sentado en la cubierta de un barco que se hundía. Poco a poco su cerebro se calmó y de nuevo se levantó, aunque con más cuidado esta vez. Se aproximó al armario, rebuscó en los bolsillos de la chaqueta, que estaba colgada, hasta encontrar la pitillera. Siempre le había gustado el olor de las bolas de naftalina. ¿De qué estaban hechas? De alcanfor. ¿Era esa la palabra? La masculló en voz alta: alcanfor. No le sonó bien; sonaba como una palabra inventada.

Regresó a la cama y, sentado en el borde, encendió un cigarrillo. El humo le olió a pelo chamuscado.

Isabel... ¿Dónde estaba Isabel? La noche anterior estaba allí, pero había desaparecido. Recordó que se había marchado de madrugada, había llamado un taxi para volver a su casa. Tenían el acuerdo tácito de que no se quedara a dormir; a Quirke le gustaba estar solo por la mañana.

Se encaminó al cuarto de estar. Un paralelogramo de luz anodina se dibujaba en el suelo bajo la ventana, como el pedazo de una cometa rota. Quirke se detuvo y miró alrededor, aturdido. Los colores aguados de la mañana proporcionaban un lustre nuevo a los objetos familiares. Todo estaba como siempre, pero por la razón que fuese él no reconocía nada. Era como si lo que antes se encontraba allí hubiese desaparecido durante la noche y hubiera sido reemplazado por otra versión más reciente y rutilante, idéntica en todos los aspectos, pero plana y hueca, como si fuesen

accesorios de un decorado teatral increíblemente detallado.

Entró en la cocina y vio a Isabel sentada a la mesa, envuelta en una nube de humo de tabaco, con una taza de café y un pitillo. Llevaba un vestido azul marino y zapatos de tacón. El sedoso tejido del vestido tenía un brillo metálico que le lastimaba los ojos; los cerró un segundo y cuando los abrió de nuevo ya no había nadie. «Veo cosas», pensó. El tópico, trillado e inofensivo, nunca le había causado tanto terror.

Se afeitó con especial cuidado aquella mañana. Su pulso estaba suficientemente firme; era más de lo que se podía decir de sus pensamientos. Algo diminuto y borroso yacía en el centro de su conciencia, un punto desenfocado que latía al ritmo de su pulso. En torno a él todo parecía descolorido: los estantes del baño, el espejo de aumento para afeitarse, el lavabo de porcelana, hasta el aire de la habitación, como si un gas pesado se hubiera desprendido de las paredes, extendiéndose hasta el más pequeño rincón. Sabía por experiencia que ciertos sueños sofocantes y desquiciados podían contaminar el mundo de la vigilia durante horas, a veces durante días. Pero ¿lo había soñado? Al salir del baño, volvió a detenerse en la puerta de la cocina y contempló la mesa donde hacía media hora habría jurado ver a Isabel sentada, sonriéndole. Todo lo relativo a aquella escena parecía sólido y real, hasta el vestido incongruentemente formal que llevaba la mujer fantasma.

¿Qué querrían decir aquellas alucinaciones tan convincentemente vívidas? Primero, la del viejo en Trinity Manor, y ahora, la de Isabel. ¿Qué significaban?

Salió de la casa y anduvo hasta la esquina de Merrion Square. El sol brillaba en el pavimento mojado, aunque las sombras del amanecer persistían en los grandes árboles. Detuvo un taxi y se arrellanó en el asiento trasero con la mirada perdida en las calles, que desfilaban ante él sin que las viera. Se sentía como si estuviese hecho de un cristal extremadamente fino y quebradizo.

El inspector Hackett no parecía haber sido tan cuidadoso como Quirke con el rasurado de la mañana y se había cortado. En un lado de la barbilla tenía pegado un trozo de papel higiénico con una mancha oscura de sangre en el centro. Bajó las botas de la mesa abarrotada y se puso en pie cuando hicieron pasar a Quirke.

—¡Adelante, doctor! —dijo, jovial—. ¿No hace una mañana magnífica? ¿Le gustan la primavera, los pajaritos cantando, todo eso?

Quirke ni se molestó en responder. El inspector le señaló la única silla que había en la habitación, aparte de la suya: un mueble alto y estrecho con el respaldo abombado, que había conocido días mejores. Se sentó. Hackett se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa con los tirantes a la vista. Quirke se fijó en la corbata. Ancha y manchada de grasa, alguna vez había sido roja, pero estaba tan vieja que la suciedad incrustada se había hecho resistente y en algunas zonas el color tenía una tonalidad entre azul oscuro y negro brillante. El nudo parecía soldado y era obvio que no había sido deshecho desde hacía meses, quizá incluso años, tan solo aflojado al final del día para poder sacar la corbata por la cabeza de Hackett y colgarla en el pomo del armario o en un poste a los pies de la cama. Los asuntos domésticos de

Hackett eran objeto de ocasionales especulaciones ociosas por parte de Quirke. Estaba, por ejemplo, la cuestión de la señora Hackett. Rara vez se dejaba ver en público; de hecho, Quirke ni siquiera había conseguido echarle un vistazo, así que en su imaginación ella había adquirido la parafernalia de una figura mitológica, vaga y remota. Lo único cierto que sabía sobre ella era que se llamaba May.

—El cura me llamó —dijo—. Honan... El padre Mick.

Hackett abrió mucho los ojos.

—¿De verdad? —se había echado hacia atrás en su silla giratoria con los dedos entrelazados sobre la barriga—. ¿Qué quería?

—Tener una charla, me dijo. «Una pequeña charla». Nos vimos en el hotel Flynne.

—No me diga. ¿Y qué le contó?

—No mucho —Quirke encendió un cigarrillo—. Bueno, en realidad, mucho, pero casi nada importante. Es un embaucador.

—¿En qué sentido?

—Un adulador. Solo la gente sencilla se traga las bobadas que les inculca la Madre Iglesia, pero él y yo somos mucho más astutos y sabemos de qué va la historia...

—Sí, claro —dijo el policía, divertido—, ya conozco el tipo. ¿Y sobre Jimmy Minor? ¿Le dijo si le conocía?

Quirke sacudió la cabeza.

—Aseguró que no sabía nada sobre él, nada en absoluto.

—¿Y la carta que escribió Minor? ¿Y la petición para entrevistarle?

—Me dijo que había oído hablar de esa carta. Dio a entender que desconocía su contenido porque Dangerfield se había ocupado de ella y ni siquiera se la había mostrado.

Hizo una pausa.

—¿Le creyó? —preguntó Hackett, mientras revolvía una pila de papeles que había frente a él sobre la mesa. Quirke sabía que era una señal de que estaba pensando.

—No era cuestión de creerle o no creerle. Los padres Honan de este mundo no se ocupan de cosas tan obvias y toscas como los hechos. Como dice él, todo es relativo.

Quirke se acordó de Isabel tal como creía haberla visto aquella mañana: sentada a la mesa de la cocina con su vestido azul, tan real como la vida misma. Intentó concentrarse. Su cerebro parecía de repente una máquina que él no sabía manejar, pero que habían puesto bajo su responsabilidad; era un pasajero a quien se le había pedido que aterrizara el avión después de que muriera el piloto. Le dolía la cabeza y el pulso le latía de nuevo en los oídos con una extraña intensidad.

—Él opina que a Dios le damos igual —dijo, haciendo un esfuerzo.

Hackett volvió a abrir los ojos y emitió un suave silbido.

—¿Eso opina? Me pregunto si eso es lo que cuenta en Sean McDermott Street

cuando entrena a los jóvenes para ser boxeadores y cuando persuade a los padres para que dejen la bebida —hizo ademán de rebuscar una vez más entre los papeles—. ¿Qué aspecto tiene?

—Unos cincuenta años, pelirrojo, con traje y corbata.

—Así que vestido de paisano. ¡Qué interesante! Siempre me intrigan los sacerdotes que creen que deben ir disfrazados.

—Llevaba calcetines blancos.

Hackett soltó una risa ahogada.

—Ah, sí, por sus calcetines los conoceréis.

Por el ventanuco que había a la espalda de Hackett, Quirke veía el sol sobre las chimeneas y, en la lejanía, las gaviotas que volaban en círculos contra las nubes en cúmulos, blancas y opacas como el hielo. Conocía bien ese paisaje, pues eran innumerables las veces que se había sentado en aquella oficina que olía a cerrado, con la mesa desordenada, el viejo teléfono, el calendario antiguo colgado junto a la puerta y la mancha seca color magenta en la pared, lo único que quedaba de una mosca aplastada. Miró de nuevo el cielo, las nubes. Todos los días trataba con la muerte y, sin embargo, no conocía nada sobre ella, nada. Durante un segundo se vio en la mesa de amortajamiento, un pálido saco de carne, todo su ser reducido de repente a nada.

Hackett se echó hacia delante y golpeó enérgicamente la mesa con ambas manos.

—Venga, salgamos a dar un paseo en esta fresca y hermosa mañana.

Pearse Street olía a estiércol de caballo y a lluvia reciente. Tras los altos muros de Trinity College, las copas verdeazuladas de los árboles brillaban en la diáfana luz. Quirke volvió a tener la impresión de que, durante la noche, todo había sido eliminado y reemplazado hábilmente por una versión recién acuñada. Un empujón y aquel muro caería entre estruendosos crujidos, los árboles se derrumbarían, el cielo se vendría abajo como una hoja de vidrio.

Cruzaron Westmoreland Street y pasaron por Ballast Office en dirección a los muelles. El río tenía el brillo apagado del plomo pulido. Dos curas jóvenes los adelantaron en bicicleta, con las perneras del pantalón cuidadosamente recogidas con una pinza. Las gaviotas chillaban, girando y lanzándose en picado.

—¿Alguna vez Jimmy Minor mencionó a un tal Packie Joyce, también conocido como Packie el Quinqui?

—No en mi presencia —dijo Quirke—. ¿Por qué? ¿Quién es?

—Un chatarrero que vive en Tallaght. Un *tinker* de Dios sabe dónde. Son un montón entre hijos, hijas, esposas, una prole de mocosos. La Diputación lleva años intentando echarlos, pero a Packie le gusta la zona y se niega a moverse. Según dicen, es un hombre muy duro. Cuentan que mató a su hermano en una pelea por una de sus mujeres.

Caminaron sobre la joroba del Ha'penny *Bridge*; el viento soplaba desde el río y

agitaba sus abrigos. Hackett tuvo que sujetarse el sombrero.

—¿Qué relación tiene con Jimmy Minor? —preguntó Quirke.

Hackett se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez ninguna.

Tomaron Ormond Quay. El corazón de Quirke latía ahora acompasado y él se sentía mejor. Tal vez Isabel tenía razón, tal vez se tratara de una crisis nerviosa. Un carro de Guinness tirado por un caballo Clydesdale pasó junto a ellos; sus grandes cascos marcaban una marcha sincopada sobre el asfalto de la carretera.

—Su nombre apareció entre las notas que había sobre la mesa de Minor en el *Clarion* —dijo Hackett, mientras se hurgaba los dientes con la madera de un fósforo.

—¿Notas sobre qué?

—Solo había nombres y cosas así, contactos. El nombre de Packie Joyce estaba subrayado y seguido de tres grandes signos de interrogación.

—¿Qué significa?

—¿No se lo he dicho ya? No lo sé, pero los Joyce son una pandilla temible.

—¿Estaba escribiendo Jimmy un artículo sobre ellos?

—Podría ser —contestó Hackett—, podría ser.

Se dio la vuelta de forma inesperada y cruzó la calle, sin hacer caso a un autobús de un solo piso que le pitó con furia. Quirke fue tras él tan pronto como pasó el autobús. Entraron en el hotel Ormond, Hackett se quitó el sombrero y secó la banda interior con la punta de su corbata.

En el bar vacío el suelo de madera estaba recién fregado y en el aire flotaba un aroma húmedo y suave a espuma de jabón. El aspecto mañanero del local, dulcemente melancólico, confortó el corazón de Quirke, que ya empezaba a animarse. Todo saldría bien; todo iría bien.

El encargado, un hombre mayor y encorvado con ojos acuosos y un largo y sucio delantal, entró por una puerta retirada.

—Aún no está abierto, caballeros —anunció, pero al mirarlos con atención reconoció a Hackett—. ¡Ah, inspector, es usted!

—Buenas, Jamesey —le saludó Hackett—, pasábamos por aquí y, de repente, nos hemos dado cuenta de que estábamos sedientos. Este es mi amigo y colega, el doctor Quirke. Estoy seguro de que él tomará su dosis de malta... Para las flemas.

Jamesey avanzó renqueando y echó un vistazo al vestíbulo, luego cerró la puerta, se dirigió hacia la barra, levantó la trampilla del mostrador y entró.

—Conseguiré que me despidan, ya se lo digo —advirtió a Hackett, y bajó las copas y descorchó una botella de Jameson.

—Hombre, Jamesey —repuso Hackett, mientras le guiñaba un ojo a Quirke—, no diga esas cosas. ¿Qué harían aquí sin usted?

Jamesey posó las bebidas ante ellos, pero cuando Quirke sacó la cartera para pagar alzó la mano para detenerle.

—Invita la casa, no quiero oír una palabra al respecto. Si cojo su dinero, cometeré

una infracción y nunca haría tal cosa.

—Es usted un hombre de bien —dijo Hackett, y alzó su vaso—. ¡Salud y larga vida!

Quirke bebió y pensó que pocas cosas eran tan dulces y, sin embargo, tan peligrosas como el *whisky* por la mañana. No era la primera vez que lo pensaba.

—Así pues, ¿qué tenemos? —preguntó Quirke cuando Jamesey se marchó a proseguir sus quehaceres—. Tenemos al cura y a ese *tinker*. ¿Qué relación hay entre ambos?

—El padre Honan ha trabajado con los nómadas —dijo Hackett—. Tal vez conozca a Packie el Quinqui. Esa sí que sería una extraña pareja.

—¿Había algo más en las notas de Jimmy?

—Cosas normales, lo habitual, pero ese nombre me llamó la atención. Packie Joyce es bien conocido entre las fuerzas del orden. Tal vez deberíamos tener una conversación con él.

Una nube se abrió y el sol brilló sin ganas en el vidrio esmerilado de la ventana. Hasta ellos llegaban el sonido del tráfico en el muelle y los lejanos chillidos de las gaviotas. Quirke pensó en lo extraño que resultaba encontrarse allí, lo extraño que resultaba encontrarse en cualquier sitio.

Hackett jugueteaba con su vaso vacío.

—¿Qué le parece? ¿Nos tomamos otra? ¡Jamesey! —llamó dirigiéndose a la puerta antes de quedarse mirando con gesto pensativo su sombrero sobre la barra—. Sí, una palabra en la oreja de Packie el Quinqui podría ser la clave, ciertamente.

15.

Phoebe durmió mal y por la mañana se despertó fatigada y con dolor de cabeza. Se levantó y corrió las cortinas, pero a continuación se arrebujó bajo las mantas y tiró de ellas hasta cubrirse por completo. Llamaría a la tienda y diría que estaba enferma. La señora Cuffe-Wilkes gruñiría, seguro, pero le daba igual. Se recostó de lado con una mano bajo la mejilla y miró por la ventana, contemplando los jirones nubosos que se deslizaban rápidamente a través del cielo azul plomizo. Debía de soplar un fuerte viento.

Estaba inquieta, como si una tormenta se hubiese desatado en su interior, pero al mismo tiempo un extraño letargo la paralizaba. Era muy consciente de la presencia de Sally Minor, dormida en la habitación vecina. Aunque tal vez no estuviese dormida; tal vez se encontraba despierta y contemplaba asimismo el cielo, sintiendo la misma agitación entorpecedora. ¿Cómo sería para ella abrir los ojos cada mañana y recordar la muerte de su hermano y las crueles circunstancias en que había tenido lugar? ¿El dolor por un hermano sería igual que el dolor por un padre o por un amante? Phoebe no lo creía, pero ¿qué sabía ella? No tenía hermanos que pudiera perder. Tampoco estaba segura de tener un amante.

Se dio cuenta de que, desde que se había despertado, estaba pendiente de los sonidos que pudieran venir de la otra habitación. En algún momento las dos tendrían que levantarse y enfrentarse al nuevo día. ¿Qué se dirían? ¿De qué podrían hablar? Phoebe no estaba segura de si había algo para desayunar. No se le daba muy bien ocuparse de la casa, no le interesaba. Por regla general, comía una vez al día y lo hacía fuera; en el *Country Shop* a mediodía, y por la noche en aquel lugar de Baggot Street, al otro lado del puente, donde servían comida italiana o lo que pasaba por ser tal... Se reconvino a sí misma. Sabía qué estaba haciendo: estaba demorando el momento de encontrarse con Sally. Debía saltar ya de la cama, ponerse la bata, entrar en la otra habitación y decirle... ¿Qué? ¿Qué debía decirle? Pensar en Sally hizo que sus dedos se aferraran al borde de la sábana como si fuese la vela de un barco volcado y no hubiese nada más adonde agarrarse.

Al final, sin embargo, todo resultó sencillo y perfectamente natural. Se encaminó con sigilo al cuarto de baño —que estaba escaleras abajo, en el descansillo— y se quedó tumbada en la bañera durante un cuarto de hora. El calor y el aire brumoso calmaron su mente y relajaron sus nervios. Después de todo, ¿por qué debía estar inquieta? Cuando se vistió, se dirigió a la cocina y allí encontró a Sally, sentada a la mesa junto a la ventana, inclinada sobre una taza de té. Tenía el rostro hinchado de llorar; su pelo, antes brillante, parecía mate y en la comisura interna del ojo izquierdo tenía una legaña. Era una chica como las demás, normal y corriente, y no aquel ser extraordinario que le había parecido a Phoebe cuando, la noche anterior, se aproximó a ella en la oscuridad y, al rozar los filamentos de cobre de su cabello, sintió cómo los atravesaba una corriente eléctrica.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras? ¿Conseguiste dormir al final? —Phoebe tuvo la impresión de que su tono era cruelmente jovial e intentó corregirlo—. ¿Te apetece desayunar?

—Gracias, no tengo hambre —dijo Sally.

—Venga, tienes que comer algo.

Phoebe miró en los armarios y en la nevera y le sorprendió hallar medio pan de molde Procea, que aún estaba tierno, leche, azúcar e incluso un tarro de mermelada que no recordaba haber comprado, aunque parecía en buen estado. Lo colocó todo sobre la mesa, pero Sally lo miró con desgana y volvió el rostro. Llovía y la luz parda que entraba por la ventana daba a su piel una textura erizada.

—Debes comer, ¿quieres que te prepare unas tostadas? —dijo Phoebe.

Con los ojos fijos en la calle, Sally se levantó ligeramente de la silla y pegó el rostro al cristal.

—¿Conoces a ese hombre?

Phoebe se aproximó a ella y miró hacia donde señalaba. El hombre se encontraba al otro lado de la calle, bajo los árboles goteantes, junto a la verja que daba al camino de sirga. Llevaba una zamarra de piel y una gorra de paño encasquetada sobre los ojos. Estaba fumando y con la mano libre ahuecada protegía el cigarrillo de la lluvia.

—No sé quién es, podría ser cualquiera. ¿Por qué?

—No lo sé, me resulta conocido. Pensé que quizá lo había visto antes en otra parte.

El hombre arrojó la colilla al suelo y la pisó con el zapato, se levantó el cuello de borrego del chaquetón, se reacomodó las hombreras y se alejó caminando hacia Baggot Street. Sally estiró el cuello en aquella dirección mientras lo seguía con la vista. Luego volvió a sentarse con un suspiro y rodeó su taza con las manos para calentarlas.

—Lo siento. Desde la muerte de James me parece que todo el mundo actúa de forma sospechosa. Imagino que son los nervios. Solo...

Phoebe se sentó frente a ella y se inclinó hacia delante con los antebrazos apoyados en la mesa.

—¿Solo qué?

Sally movió la cabeza, como si estuviera harta de sí misma.

—Es una idiotez, pero no puedo evitar preguntarme si la muerte de James está relacionada con la familia, con nuestra familia.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, no sé qué quiero decir. Imagino que como James y yo éramos, ya sabes, mellizos, no puedo evitar pensar que tal vez yo sea la siguiente —dijo mirando a Phoebe con los ojos muy abiertos.

Phoebe se echó hacia atrás con una breve carcajada.

—Pero eso... eso es absurdo.

—¿Tú crees? Parece absurdo que alguien quisiera matar a nuestro James, pero ha

sucedido —replicó Sally.

Dejó la taza, se levantó y abandonó la cocina; un instante después reapareció con su bolso, se sentó de nuevo y lo colocó sobre la mesa.

—Quiero enseñarte algo —abrió el cierre del bolso, rebuscó en su interior y sacó un objeto pequeño y pesado envuelto en un paño rojo. Lo dejó sobre la palma de su mano mientras miraba con severidad a Phoebe—. Esto debe quedar entre tú y yo. ¿Lo prometes?

—Lo prometo, por supuesto.

Empezó a abrir el paño por las esquinas y, en aquel mismo instante, Phoebe recordó una escena lejana de cuando era niña. Estaba en algún lugar de *picnic* con sus padres, o con la pareja que ella creía en aquella época que eran sus padres. Su padre se había ido y al volver se arrodilló en la manta donde habían colocado la comida, puso frente a ella un pañuelo lleno de fresas silvestres y lo abrió separando una a una las esquinas, justo como estaba haciendo Sally en aquel momento.

La pistola era pequeña y fea, con una empuñadura ancha y plana y un cañón achaparrado. El metal estaba raspado y arañado y una pieza de la mira había sido arrancada.

—Es una Walther —dijo Sally con un deje de orgullo—. Es alemana, una Walther PPK. ¿Ves? Está grabado en el cañón. Me la regaló Godfrey.

—¿Godfrey? —Phoebe tenía los ojos fijos en la pistola.

—El viejo que me cogió bajo su ala en el *Sketch*, ¿te acuerdas? Me contó que la había sacado de debajo de un oficial alemán que mató en la guerra. Por supuesto, no le creí.

—Pero... pero ¿qué haces con ella?

Sally levantó la pequeña pistola y volvió a depositarla en la palma de su mano.

—Parece inofensiva, ¿verdad? Como si fuese de juguete.

—¿Sabes utilizarla? ¿La has disparado?

—Godfrey me enseñó. Me llevó un día a Epping Forest y me dejó que disparara a las ardillas. No acerté ni una, te puedes imaginar. Godfrey me dijo que no me preocupara porque realmente era para disparar a quemarropa. Me gustó esa expresión: *a quemarropa*. Después fuimos a un *pub* e intentó convencerme para que me acostara con él. Era un animal, pero no pareció importarle gran cosa cuando le dije que no. Tampoco creo que hubiese rendido mucho en la cama, teniendo en cuenta cómo bebía. Deberías haberle visto la nariz, una patata encarnada cubierta de marcas de viruela. El bueno de Godfrey.

Phoebe no había apartado la vista del arma. No conseguía quitarle los ojos de encima. Le habría gustado cogerla para saber qué se sentía al sujetar una pistola, pero al mismo tiempo su mera proximidad le daba escalofríos. No parecía real... Aunque más bien ocurría lo contrario: era lo más real de la habitación y su contundente y prosaica presencia hacía que los objetos que la rodeaban —la taza de té, el pan de molde, el tarro de mermelada— resultaran pueriles igual que juguetes.

—¿Tiene balas? ¿Está cargada? —preguntó Phoebe.

—Claro —se rio Sally—. Si no fuese así, no serviría para gran cosa —envolvió la pistola en el paño rojo y la guardó en su bolso—. No tengo intención de acabar muerta en el canal como el pobre James.

Phoebe se puso en pie, pero le dio un vahído y tuvo que presionar los dedos contra la mesa para no perder el equilibrio.

—Voy a llamar a mi padre.

Llamó primero a su piso, pero nadie respondió. Entonces lo intentó en el hospital. La mujer de centralita transfirió la llamada al departamento de Patología. Quirke contestó de inmediato, como si estuviera sentado junto al teléfono esperando que sonara. Phoebe le notó cauteloso, tenso y extrañamente ausente: tuvo que decirle dos veces quién era para que la reconociera. Pensó que quizá estaba con resaca y le dijo que esperaba no molestarle. En ese momento a él le dio un ataque de tos —se lo imaginó inclinado sobre la mesa, con los ojos saliéndosele de las órbitas y el rostro azulado—. El alcohol y los cigarrillos acabarían matándole. A Phoebe le chocó que no la afectara semejante reflexión. Aunque él le preguntó si iba todo bien, ella percibió el deje de impaciencia en su voz. A Quirke no le gustaba hablar por teléfono.

—Estoy con alguien a quien deberías conocer —dijo Phoebe.

—¿Quién es?

Ella colocó la mano en torno a la boquilla.

—La hermana de Jimmy —susurró.

Hubo un largo silencio.

—¿Jimmy Minor? —preguntó Quirke con tono casi desconfiado—. No sabía que tuviera una hermana.

—Tampoco lo sabía yo —él calló de nuevo—. Reúnete con nosotras en el Shelbourne dentro de media hora. Estaremos en el salón.

Phoebe percibió su indecisión.

—De acuerdo —dijo Quirke finalmente—, allí nos vemos.

El ambiente de los hoteles elegantes, denso, cálido y cargado, conseguía siempre que Phoebe se sintiera como una niña. Tal vez le recordaba a la guardería. La atmósfera en el salón del Shelbourne era particularmente sofocante, con aquella mezcla de aromas a café y a perfume femenino y al humo de los leños que se quemaban en la gran chimenea al fondo de la estancia. Al entrar se dio cuenta de que Sally, que caminaba a su lado, se quedaba rezagada. ¿Sería posible que le intimidara el sitio? Phoebe iba allí desde niña y estaba acostumbrada a la calculada opulencia de las alfombras y de las pesadas cortinas de seda, a los espejos dorados, a la antigua cubertería de plata y a aquellos amenazadores y oscuros retratos parduzcos que

colgaban de las paredes tapizadas.

Las condujeron a una mesa junto a una de las altas ventanas saledizas. Al otro lado de la calle, el viento azotaba los árboles tras la verja de St. Stephen's Green y grandes regueros de lluvia grisácea se deslizaban por la acera. Sally se sentó muy recta en el borde del amplio sillón, las manos juntas en el regazo y el bolso en el suelo, a sus pies. Phoebe pensó en la pistola que estaba dentro, envuelta en el paño. Resultaba casi hilarante pensar que un cliente del salón de té del hotel Shelbourne fuese con un arma cargada.

Quirke no había llegado aún, por supuesto. No le esperaron y pidieron té, pastas y una selección de sándwiches. Phoebe preguntó por la vida en Londres y Sally le contó cuánto le gustaba el gentío, el bullicio y la rudeza de los conductores de autobús y de la gente en el metro. Mientras escuchaba aquel relato de la vida en la gran ciudad, Phoebe tuvo la impresión de que Sally le hablaba con cierta condescendencia.

—¿Nunca se te pasa por la cabeza la idea de volver? Para quedarte, quiero decir —preguntó.

—¡No! —exclamó Sally con una risita sorprendida—. Ya te lo dije antes, mi vida ahora está en Londres. Aquí no hay nada para mí.

—Pero ¿si te casaras...?

—Nunca me casaré.

La radical convicción de su respuesta llamó la atención de Phoebe. Sintió curiosidad y le habría gustado continuar hablando sobre el tema, pero el gesto seco y reservado de Sally la detuvo.

El té llegó sobre una enorme y resplandeciente bandeja de plata y fue colocado en la mesa con gran pompa. La camarera les sonrió; era una chica rolliza de mejillas sonrosadas y cabello claro recogido en un pulcro moño. Phoebe le pidió una jarra de agua caliente.

—Ahora mismo, señora —asintió la camarera, y esbozó una especie de reverencia.

Phoebe pensó de nuevo en el arma dentro del bolso de Sally y sonrió para sus adentros. Miró en torno a la gente sentada en las otras mesas. ¡Si supieran!

Estaba sirviendo una segunda taza de té para ambas cuando apareció Quirke. Tras las presentaciones, él aproximó un sillón y tomó asiento. No se había quitado el abrigo, como si quisiera dar a entender que no pensaba quedarse mucho tiempo. Vestía unos pantalones de pana, un jersey inmenso y llevaba abierto el cuello de la camisa. Resultaba extraño verle sin la corbata y su fúnebre traje negro habitual. ¿Habría ido a trabajar así vestido? Entonces Phoebe recordó que era sábado. Aquel atuendo informal le daba un ligero aire desesperado, como si hubiese despertado de un sueño agitado y presa del pánico se hubiera levantado de un salto y se hubiese puesto lo primero que había encontrado. Últimamente resultaba cada vez más frecuente verle hecho un desastre.

—Siento lo de su hermano —le dijo a Sally.

Ella bajó la vista; luego alzó los ojos hacia él.

—¿Lo conocía?

—Coincidí con él alguna vez, y, por supuesto, leía lo que escribía en el periódico, pero no se puede decir que lo conociera. Era un buen periodista —contestó Quirke.

—¿De verdad?

Aunque era una pregunta y no un desafío, Phoebe se dio cuenta de que Quirke no se la esperaba. Parpadeó un par de veces y sus ojos parecieron agrandarse, como le sucedía cada vez que algo le sobresaltaba o no sabía qué pensar.

—Sí, eso creo. Tenía valor y era tenaz —dijo.

—El *Clarion* publicó un gran artículo sobre él —contó Phoebe, volviéndose hacia Sally—. Incluso le dedicaron un editorial que decía que nadie descansaría en el periódico hasta que encontraran a sus asesinos.

—Sí, lo leí. Me intrigó cómo podían estar tan seguros de que hubiera más de un asesino —dijo Sally.

—Nadie está seguro de nada. Ese es el problema. Que sepamos, no existe un motivo aparente y no hay ninguna pista —Quirke hizo una pausa—. ¿Le hablaba Jimmy de su trabajo?

—De vez en cuando. Cuando me escribía me contaba generalidades sobre su vida fuera de la redacción y las cosas que hacía, pero —miró de reojo a Phoebe— algunas veces me llamaba desde el periódico, ya entrada la noche, y entonces solía hablarme del tema sobre el que estaba trabajando.

Quirke asintió. Phoebe advirtió que estaba sudando, si bien no parecía resacoso. Se preguntó si le sucedería algo con Isabel. La idea ensombreció su ánimo. Le gustaba Isabel, pero no estaba segura de cuál sería su reacción si Quirke y ella decidían casarse. Aunque no, aquello era imposible: Quirke, como Sally, no se casaría jamás.

—¿Vas a tomar algo? —le preguntó—. El té se ha quedado frío, puedo pedir que nos traigan otra tetera.

Él la miró con expresión perpleja, como si le hubiera planteado un difícil enigma y estuviera intentando resolverlo.

—Tomaré café —dijo finalmente.

Phoebe sabía que no era café lo que él deseaba en realidad. Hizo una seña a la camarera.

Quirke estaba inclinado muy tenso hacia delante, con las manos cruzadas ante sí. Parecía un hombre al borde de un síncope que a duras penas consiguiera mantenerse en pie. ¿Debía preocuparse por él? Era la primera vez que lo veía en semejante estado. Lo había visto borracho y lo había visto tras una borrachera; lo había visto en una cama de hospital con el cuerpo amoratado por una paliza; había visto cómo le temblaban las manos cuando le confesó la verdad sobre quiénes eran sus verdaderos padres; pero nunca lo había visto presa de tal agitación nerviosa. ¿Qué le sucedía?

Quirke se volvió hacia Sally.

—¿Le hablaba Jimmy de la gente sobre la que escribía? ¿Mencionaba sus nombres?

—Sí, algunas veces lo hacía —dijo Sally.

—¿Le suena el padre Honan, el padre Michael Honan? Lo conocen como el padre Mick. ¿Le dice algo ese nombre?

Sally negó con la cabeza.

—No, no me suena.

—¿Y Packie Joyce? ¿Packie el Quinqui Joyce?

—Parece el nombre de un *tinker*. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, compra y vende chatarra. Su nombre estaba en el bloc de notas de Jimmy.

Sally miró de reojo a Phoebe antes de dirigirse a Quirke.

—James..., lo siento, así es como lo llamábamos en la familia..., James me habló de *tinkers* las dos últimas veces que me telefoneó. Creo que estaba escribiendo un artículo sobre ellos.

—¿Qué tipo de artículo?

—No lo sé —volvió a mirar de soslayo a Phoebe—. Dijo que era algo gordo, pero... —Sally bajó las comisuras de la boca en una triste sonrisa invertida— las historias de James siempre eran sonadas, según él.

—¿No mencionó ningún nombre?

—No. Dijo que había ido a un campamento que estaba no sé dónde.

—¿Tallaght?

Ella frunció el ceño esforzándose en recordar.

—Tal vez dijera ese nombre. Lo siento, no me acuerdo. Siempre llamaba muy tarde, en una o dos ocasiones me quedé dormida mientras me hablaba.

La camarera trajo el café de Quirke. Al beber, él hizo la misma mueca que cuando tomaba el primer sorbo de un *whisky*.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Phoebe, intentando no parecer excesivamente preocupada.

—Sí, sí, estoy bien —contestó Quirke con leve impaciencia. Ella se dio cuenta de que evitaba mirarla a la cara.

Sally se excusó, se puso en pie y se dirigió a los servicios, pero a mitad de camino se detuvo y regresó. Con una rápida mirada conspiratoria a Phoebe, recogió su bolso y se lo llevó. Cuando desapareció, Phoebe se inclinó hacia delante y observó a Quirke con atención.

—¿Estás *seguro* de que te encuentras bien?

—Claro que sí —rezongó Quirke con brusquedad, pero aún sin mirarla a la cara—. ¿Por qué lo preguntas?

—Tienes aspecto... No sé. ¿Anoche bebiste?

Él sacudió la cabeza. Phoebe sonrió, su padre parecía un niño cuando mentía.

—He tenido una mala noche —Quirke se pasó la mano por la cara—. No he

dormido bien —levantó la taza de café y Phoebe advirtió que le temblaba el pulso—. ¿Cómo se puso...? —apuntó con un dedo en dirección a los servicios—. ¿Cómo se puso en contacto contigo?

Phoebe se rio.

—Me siguió.

—¿Qué?

—Yo tenía una sensación permanente de que alguien me seguía, que me vigilaban, hasta que un día Sally me adelantó en Baggot Street y empezamos a hablar. Trabaja en Inglaterra, en Londres. Es periodista, como Jimmy.

—¿Por qué te seguía?

—Jimmy le había hablado de mí y quería ver con sus propios ojos cómo era yo —hizo una pausa—. Creo que tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—No lo dice. Piensa que la siguen.

—¿Quién la sigue?

—No lo sé. *Ella* no lo sabe.

—Entonces ¿por qué...?

—Ay, Quirke —Phoebe siempre le llamaba así—, ¡qué poca imaginación tienes! Han asesinado a su hermano y nadie tiene la más mínima idea de quién lo hizo. ¿Por qué no va a estar nerviosa? ¿Por qué no va a imaginar que la siguen?

Quirke la contempló con frialdad mientras reflexionaba. Ella casi podía escuchar el sonido de su mente, como el motor de un coche en una mañana de invierno.

—¿Crees que nos ha contado todo lo que sabe? —preguntó él.

—Sí —contestó Phoebe, rotundamente y con más convicción de la que sentía. ¿Debía contarle lo de la pistola?—. Es muy honesta, honesta hasta decir basta.

Sally regresó y se sentó con ellos. Quirke le sonrió, aunque Phoebe percibió el esfuerzo que le suponía.

—¿Tiene alguna idea de quién podía querer hacer daño a su hermano? ¿Alguna idea, por pequeña que sea? —le preguntó Quirke a Sally.

Ella movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No, ninguna. No sé gran cosa sobre la vida de James, sobre las cosas que hacía, a quién conocía, con quién salía. Si es que salía con alguien. Siempre fue un solitario.

—Pero ha dicho que él le escribía a menudo, que hablaban por teléfono. Le habló de Phoebe... ¿No mencionó también a otras personas?

Sally desvió la vista mientras esbozaba aquella triste sonrisa invertida.

—Tiene que comprender, doctor Quirke, que James vivía en su propio mundo. Usted lo conocía, según me ha dicho.

—Coincidí con él en alguna ocasión, no he dicho que lo conociera.

—Aun así, por poco que lo conociera, debió de darse cuenta de cómo..., bueno, de cómo lo exageraba todo. Una parte de él seguía siendo un niño fascinado por las películas. Era una de las cosas que lo hacían tan adorable —los ojos de la joven

brillaban.

Con el ceño fruncido, Quirke volvió la vista hacia Phoebe antes de dirigirse de nuevo a Sally.

—¿Es consciente de que tal vez nunca averigüemos quién asesinó a su hermano?

Sally lo miró. Sus lágrimas habían desaparecido y la luz de sus ojos era glacial.

—Yo lo averiguaré. No descansaré hasta lograrlo.

Phoebe la contempló, intrigada por la repentina dureza de su voz, por su mirada heladora. Tal vez había juzgado mal a Sally Minor. Pensó de nuevo en la pistola escondida, envuelta en el paño rojo, y en esta ocasión no lo encontró nada divertido.

—Señorita Minor... —empezó Quirke, pero la joven le interrumpió.

—Llámeme Sally, por favor. «Señorita Minor» parece el nombre de una máquina de escribir para mujeres —y sonrió, aunque la crispación no desapareció del todo de su rostro.

Quirke asintió.

—De acuerdo..., Sally —hizo una pausa—. La policía no lo tiene fácil en esta ciudad. Ya sabe a qué me refiero, la desconfianza hacia las autoridades es parte de nuestra herencia colonial. La gente, por principio, no habla con los agentes y, como puede comprender...

Sally le interrumpió de nuevo.

—¿No estará pensando que me estoy guardando algo? —su sonrisa se crispó.

Un leve rubor apareció en el rostro de Quirke.

—No, por supuesto que no —dijo con voz entrecortada—. Tan solo pensaba que quizá hay algo de lo que usted no es consciente o en lo que no ha caído. Phoebe... —miró a su hija—, Phoebe dice que usted tiene la impresión de que la siguen.

Phoebe frunció el entrecejo, pero él la ignoró.

—Seguro que son imaginaciones mías —Sally bajó la vista y acarició el cierre de su bolso—. Supongo que me asusté cuando me enteré de la muerte de James...

—¿Cómo se enteró? —preguntó Quirke.

Sally esbozó una pequeña mueca.

—Me llamó mi hermano... Me refiero a Patrick. Al menos, tuvo la decencia de hacerlo.

Era obvio que el tema de la familia la incomodaba, pues Sally se sonrojó. Phoebe se preguntó si, en realidad, la incomodaba o más bien estaba furiosa.

—Debió de ser un golpe terrible —dijo Quirke.

Sally se encogió de hombros con dolor.

—Me temblaron las manos durante días —entonces alzó la vista—. Pero ya no estoy asustada, doctor Quirke.

—Me alegra oírlo.

—Bueno, en cierto sentido sigo asustada. Es aterrador no saber qué le sucedió a James ni por qué.

—¿Y usted se pregunta si también estará en peligro? —dijo Quirke.

Sally se volvió hacia Phoebe.

—¿Podríamos pedir más té? —sonrió como si se excusara—. Me ha entrado sed de repente.

—¿Le apetecería algo más fuerte? —preguntó Quirke. Se giró en el sillón y alzó una mano para llamar a la camarera—. ¿Qué desea? —dijo, volviéndose de nuevo hacia Sally—. ¿Un jerez quizá?

—No, no, el té está bien —replicó ella.

La camarera se aproximó y Quirke le pidió otra tetera y añadió, consciente de la mirada de Phoebe, que él tomaría una copa de vino. Phoebe arqueó una ceja y le sonrió con gesto adusto, pero él la ignoró. Por lo menos, pensó ella, no había pedido *whisky*.

—¿Y aquello que apareció en el periódico? —preguntó Sally—. Esa noticia a la que dieron tanto espacio en el *Clarion*. ¿Se presentó a declarar la pareja que encontró el cuerpo de James?

—Me temo que solo se trataba de la habitual táctica del *Clarion* para llamar la atención —dijo Quirke.

—Pero ¿qué han averiguado sobre esa pareja?

—No hay ningún misterio escondido. Dieron sus datos a los policías la noche que localizaron el cuerpo de Jimmy. No sabían nada, simplemente se toparon con... con el cuerpo.

Quirke tenía los ojos clavados en la camarera, que avanzaba hacia ellos sosteniendo una bandeja con el té y una copa de vino. Le tendió la copa y él la sujetó con ambas manos en un gesto casi reverente y la posó sobre la mesa. Phoebe le observaba con disimulo para que él no se diera cuenta. Siempre la habían fascinado sus pequeños rituales, la fascinaban y la horrorizaban, pero sobre todo le suscitaban compasión. Pobre Quirke, resultaba tan transparente allí sentado, obligándose a no mirar la copa. Ella contó lentamente hasta seis antes de que él la cogiera, intentando en vano aparentar despreocupación. Bebió un largo trago, al que siguieron una mueca y una rápida inhalación de aire. Dejó de nuevo el vino sobre la mesa y carraspeó.

—¿Cree que se encuentra en peligro? —le preguntó a Sally.

Phoebe sirvió el té bajo la atenta mirada de la joven. Una ráfaga de lluvia golpeó con estrépito el ventanal junto al que estaban sentados y algo en el exterior, quizá un toldo sacudido por el viento, retumbó como un trueno lejano.

—Mi hermano —dijo Sally despacio sin separar los ojos de las manos de Phoebe, que repartía las tazas—, mi hermano salía con... salía con mala gente.

—¿Se refiere a Jimmy? —preguntó Quirke, intrigado.

—No, no, mi otro hermano, Patrick.

—Sí, lo conozco. ¿Mala gente, dice? —parecía incrédulo.

—Sí —respondió Sally, y luego vaciló—. Ya sabe cómo son las cosas allá arriba, en la frontera.

Quirke frunció el ceño.

—¿Se refiere al IRA?

—Sí —asintió Sally, y cerró con fuerza los labios y, durante un instante, Quirke vio con nitidez a la madre de la joven, de pie en su despacho, la boca pequeña y fruncida, mientras el cuerpo de su hijo yacía en la mesa de autopsias en la habitación de al lado—. Sucedió hace mucho tiempo, él era joven entonces —se rio—. Viendo a Patrick ahora es difícil imaginar que alguna vez fuese joven.

Quirke inclinó la cabeza y tomó con rapidez un trago de su copa. Como si imaginara, pensó Phoebe, que si bebía lo suficientemente deprisa, nadie se daría cuenta.

—¿Él...? —Quirke titubeó antes de proseguir—. ¿Él participó? Me refiero a si tomó parte activa.

—No, estoy segura de que no —contestó Sally.

Los ojos de Phoebe se desplazaban de uno a otro.

—¿El IRA? —le preguntó a Sally—. ¿Es una broma? —se volvió hacia Quirke—. No son... No van en serio, ¿verdad? Quiero decir que solo son una panda de exaltados, ¿no? De exaltados y pirados.

—Bueno, *ellos* se toman muy en serio a sí mismos —dijo Quirke con suavidad.

—Yo me los tomaba a broma hasta que hicieron estallar una bomba en un puesto aduanero a pocos kilómetros de donde vivíamos. Uno de ellos murió en la explosión; ahora en el pueblo se le considera un mártir. Pero Patrick se llevó justo el susto que necesitaba y antes de que nos diéramos cuenta se había largado a Dublín a estudiar Derecho —se rio con frialdad—. Y hoy es un respetable pilar de la comunidad.

—Recuerdo aquel atentado, pero ocurrió hace mucho tiempo —rememoró Quirke—. ¿De verdad piensa que la muerte de Jimmy puede estar relacionada de alguna manera...?

—No —contestó Sally—. Estoy convencida de que no es así. Solo que cuando sucede algo tan espantoso como esto, imaginas todo tipo de cosas —se giró hacia Phoebe—. ¿No es verdad?

—Estoy segura —dijo Phoebe. Sí, era verdad; lo sabía por experiencia.

Sally se dirigió a Quirke.

—¿Qué me cuenta de ese sacerdote que mencionó antes? ¿Han hablado los agentes con él?

—No, pero él ha hablado conmigo —dijo Quirke.

—¿Cómo es eso? —preguntó Phoebe, sorprendida.

—Me llamó por teléfono. Quedamos en el hotel Flynn.

Fue Sally quien intervino entonces.

—¿Y?

—Nada. Me dijo que no sabía nada de Jimmy, que nunca se habían visto ni tampoco habían hablado.

—¿Y sobre el otro, el *tinker*, como se llame?

—¿Packie Joyce? Un policía que conozco va a ir a Tallaght para hablar con él.

Me ha pedido que le acompañe.

Su copa de vino estaba vacía. Se giró en la silla y alzó una mano para llamar a la camarera.

La lluvia estaba en su apogeo. En Baggot Street los árboles se agitaban y temblaban como caballos de carreras preparados para la salida; las verdes y tiernas hojas, arrancadas de las ramas y arrastradas por el viento, caían con furia en medio de la calle o quedaban aplastadas contra las aceras como si escondiesen el rostro aterrorizadas. Las dos jóvenes tuvieron que bregar para regresar a casa, el vendaval arremetía contra sus ropas y ráfagas de lluvia les salpicaban la cara. Cuando intentaban hablar, el viento sofocaba sus palabras y tuvieron que ponerse de espaldas y caminar hacia atrás con los brazos entrelazados y apretándose tanto la una contra la otra que sus sienes casi se rozaban.

Sally agradeció a Phoebe que le hubiera presentado a su padre y comentó lo apuesto que era. Phoebe no dijo nada. Sí, era cierto que Quirke era un hombre atractivo, pero ella ya no lo apreciaba. No obstante, hubo un tiempo, cuando aún creía que era su tío, en que se prendó de él. Era una tontería, por supuesto, lo habría sido si no fuese porque resultó ser su padre. Recordar sus sentimientos hacia él en aquella época le provocó un súbito pánico, como si estuviese haciendo equilibrios en la punta de una estructura elevada y compleja: en la torre Eiffel, por ejemplo, o en lo alto de una de las torres de un puente colgante. La fuerza de sus sentimientos la sorprendió y también la afectó. Igual que tantas veces en el pasado, se preguntó cómo Quirke pudo haberle ocultado la verdad durante tantos años; cómo pudo ser tan despiadado. Pero se detuvo. No servía de nada hacerse aquellas preguntas. Era mejor no remover el pasado.

Llegaron al edificio en Herbert Place en un torbellino de viento y lluvia, corrieron escaleras arriba e irrumpieron en el piso entre risas, mientras sacudían jadeantes la lluvia de sus cabellos.

—Tengo los pies calados —exclamó Sally, alborozada—. Te voy a estropear el suelo.

Se quitaron los zapatos de una patada y forcejearon para sacarse los empapados abrigos. Phoebe se arrodilló para encender la chimenea de gas y, al terminar, dijo que prepararía algo caliente para beber, té, café o, tal vez, una limonada especiada, y desapareció en la cocina. Cuando regresó, al cabo de un rato, con una jarra y dos vasos en una bandeja, Sally estaba de pie junto a la ventana, envuelta por la ondulante luz de la lluvia, mirando la calle. Su humor había cambiado, tenía el ceño fruncido y se mordisqueaba los padrastrós del pulgar.

—¿Qué sucede? —le preguntó Phoebe.

Sally se sobresaltó y se giró hacia ella con una extraña expresión en el rostro, salvaje y ausente, antes de obligarse a sonreír.

—Estaba pensando en James, lo arrojaron al agua como un mísero animal —bajó la vista de nuevo hacia la calle—. ¿Quién puede ser tan cruel?

—He preparado limonada caliente —dijo Phoebe, consciente de lo trivial de sus palabras—. Le he puesto clavo y miel. Ven a sentarte junto al fuego para entrar en calor.

Sally no parecía escucharla. Bajo la luz de la lluvia, su rostro semejaba una máscara plateada, solemne y bruñida.

—Solo el pensarlo me resulta extraño. Pero, al mismo tiempo, no consigo quitármelo de la cabeza. Necesito saber qué ocurrió. Tengo que averiguarlo.

Phoebe avanzó, dejó la bandeja en una mesita baja junto a la chimenea y se sentó en la alfombra sobre las piernas dobladas. Poco después, Sally se aproximó y se sentó junto a ella.

—Lo siento. Debes de estar harta de escucharme, dándole vueltas a lo sucedido una y otra vez.

—Claro que no —dijo Phoebe, sirviendo en los vasos la limonada de la jarra de cristal—. Jimmy era mi amigo.

Bebieron a sorbitos sus bebidas humeantes.

—Tiene gracia que todos le llaméis Jimmy. Cuando vivía en casa no permitía que nadie le llamara con otro nombre que no fuera James. Decía que ya era bastante mala suerte ser tan bajito como para que además te llamaran como a un niño pequeño.

—Yo creo que, antes de conocerte, nunca oí a nadie llamarle James.

Sally contemplaba cómo bailaban las suaves llamas azuladas sobre los filamentos cenicientos de la chimenea de gas.

—Supongo que aquí deseaba convertirse en alguien diferente —sonrió—. Creo que se sentía un poco avergonzado de todos nosotros, tan normales y aburridos. «Personas insignificantes», solía decir, «eso es lo que somos nosotros, personas insignificantes». Tenía tantos sueños, tantas ambiciones. «Ya verás, hermanita, ya verás hasta dónde llegaré algún día».

Removió las piernas para estar más cómoda. La bebida especiada había dado color a sus mejillas y la luz del fuego se reflejaba brillante en sus ojos.

—Cuando me fui a Londres, se negó a hablarme, no me escribía ni me llamaba por teléfono, nada. Yo estaba molesta, molesta y ofendida porque creía que se había puesto del lado de mi hermano contra mí. Pero pasado un mes me llegó inesperadamente una larga carta suya donde me contaba todas las novedades y me preguntaba cómo me iba en Londres. Imagino que al principio tuvo celos y se enfureció porque era yo quien se había ido, y además fuera de Irlanda, mientras que él se había quedado atrás. Se suponía que era él quien iba a hacerlo. Era él quien debía estar viviendo en Londres y trabajando en Fleet Street. Pero el pobre James no era capaz de guardar rencor mucho tiempo. En aquella primera carta que me escribió yo podía sentir entre líneas su envidia, aunque ya no estuviera enojado.

Llovía con más fuerza ahora y la lluvia golpeaba la ventana como salpicaduras de

agua de mar. Sally suspiró.

—¡Qué bien se está aquí! Me siento protegida —dijo sonriendo a Phoebe—. Gracias por invitarme. Si quieres que te diga la verdad, odiaba el hotel y estaba decidida a regresar a Londres cuando me hablaste en la calle. En aquel mismo momento supe que seríamos amigas.

Phoebe notó con sorpresa cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerlas. Era tan extraño emocionarse así, experimentar semejante oleada de ternura, que durante un instante sintió vértigo.

—Sally, ¿se te ha pasado por la cabeza que lo que dijo mi padre puede ser verdad? ¿Que tal vez nunca averigües qué le ocurrió exactamente a Jimmy..., a James? —se escuchó decirle.

Sally frunció el ceño.

—¿Lo crees así?

—Aquí pasan cosas que jamás llegan a explicarse, de las que nadie da cuentas nunca —afirmó Phoebe—. Pregúntale a mi padre, él te contará.

Sally se rio.

—No te olvides de que crecí aquí; sé cómo es este lugar, el secretismo, las cosas de las que no se habla —Phoebe no dijo nada y ambas evitaron mirarse. Tras un breve silencio, Sally prosiguió—. Pero ellos no dejarán... El doctor Quirke, los agentes... Ellos no dejarán que James... No dejarán que su muerte quede sin resolver, ¿verdad? Tu padre no permitiría que eso ocurriera. Sé que no lo haría.

Phoebe permaneció callada. Las palabras de Sally parecieron tintinear en el aire entre ellas durante un instante.

Sally bebió un sorbo de su vaso.

—Está riquísimo. Rico, especiado y caliente.

—Mi madre me lo preparaba cuando yo era pequeña —contó Phoebe—. Quiero decir: la mujer que yo tomaba por mi madre —Sally la miró intrigada y ella se encogió de hombros—. Es complicado —dijo.

—No importa, cuéntamelo.

—Mi madre murió cuando yo nací, y mi padre... mi padre me entregó a su hermano, Malachy, que en realidad era su hermano adoptivo, y a la mujer de Malachy, que era a su vez la cuñada de mi padre —una línea vertical había aparecido entre las cejas de Sally y Phoebe sonrió, comprensiva—. Ya te advertí que era complicado. Mi padre y Malachy Griffin se casaron con dos hermanas. Mi padre se casó con Delia, que murió, y Mal se casó con Sarah, que fue quien me crio.

—¿Sarah? Así me llamo yo —mencionó Sally.

—Sí, eso pensé —dijo Phoebe bajando los ojos.

—Nadie me llama así, por supuesto.

—Si quieres, yo puedo hacerlo.

Se hizo un silencio.

—Yo creía que Sarah y Malachy eran mis verdaderos padres —dijo Phoebe—,

hasta que... hasta que mi padre me contó la verdad.

—¿Cuándo te lo contó?

—Cuando yo tenía diecinueve años —Phoebe bajó la vista y cogió un hilo suelto de la alfombra donde estaban sentadas—. Ya no me importa, aunque entonces fue un duro golpe.

—Pero ¿por qué...?

Sally dejó que su voz se apagara y Phoebe la miró con una sonrisa melancólica.

—¿Por qué me dio, Quirke? Nunca se lo he preguntado.

—Pero...

—No tendría sentido. Él no sabría qué contestarme.

Sally asintió lentamente.

—Entonces, le has perdonado.

—¿Perdonarle? —Phoebe arqueó las cejas como si la noción de perdón, la necesidad de perdonar, nunca se le hubiera ocurrido antes—. Supongo que sí. Mi padre, quiero decir, Quirke, no es... no es como los demás, ¿sabes?

—¿En qué sentido?

—Hay ocasiones en que pienso que no llegó a crecer. Está obsesionado con el pasado; se quedó huérfano y una parte de él sigue siendo aquel huérfano. A veces tiene una expresión que reconozco al momento: cautelosa y desconcertada, como si dentro de él viviera un niño que observara el mundo a través de ojos adultos, intentando comprenderlo en vano —se detuvo, sonrió y se mordisqueó un labio—. El hecho es que en realidad no conozco a mi padre y dudo que lo llegue a conocer algún día.

Con las manos en torno al vaso, Sally miraba las llamas en la chimenea con el ceño fruncido.

—Es una historia muy... muy triste —dijo.

—No —replicó Phoebe con presteza—. Yo no considero que sea triste. Al final me lo dijo, me confesó la verdad. Ahora sé, más o menos, quién soy. Me regaló eso, algo que él mismo no tiene, algo que nadie puede decirle. Tengo que pensar que fue un gesto de generosidad —se rio—. O algo parecido, en cualquier caso.

La tormenta se había intensificado y el viento lanzaba enormes salpicaduras de lluvia contra las ventanas. Era como si estuviesen en un barco que avanzara sobre las olas entre rocciones.

—Esto es *tan* bonito —dijo Sally—. Tienes suerte.

—¿Dónde vives en Londres? —preguntó Phoebe.

Sally hizo una mueca.

—Kilburn. Tengo una habitación encima de una frutería. El tendero es indio, está casado con una mujer rechoncha y tiene como una docena de críos que se pasan el día peleando y la noche llorando —miró alrededor con ojos apreciativos—. Me encantan los ventanales y los techos altos.

—¿El sofá te resulta muy incómodo para dormir?

—No, está bien.

Era llamativa la escasa huella que Sally había dejado en la habitación, pensó Phoebe. Cuando había salido de su dormitorio aquella mañana, Sally ya había recogido todo y el cuarto estaba como si no hubiese dormido allí: la almohada y la ropa de cama, dobladas y colocadas detrás del sofá; los cojines, en su sitio, y la parte superior de la ventana, abierta para airear la sala. También en el baño mantenía sus cosas guardadas en el neceser, hasta el cepillo de dientes y la pasta dentífrica. Phoebe sospechaba que incluso usaba su propio jabón y que lo guardaba asimismo cuando no lo utilizaba. Era una pena que Sally no trabajara en Dublín. Podrían buscar un piso más grande para vivir juntas; Sally sería la compañera perfecta.

Sally debía de estar pensando en lo mismo.

—Si regresara, me gustaría vivir en un sitio así —sonrió—. Sin niños chillones ni olor a curry todo el día.

—Pero me dijiste que no pensabas regresar, que aquí no hay nada para ti.

Sally miró su vaso; aunque estaba vacío, lo mantenía entre las manos.

—Ya lo sé, pero *a veces* lo pienso, pienso en regresar, en volver a casa. Londres es tan grande, tan... tan impersonal. Alguien podría asesinarme en aquel cuartito y tardarían días en encontrarme..., tal vez semanas. El olor de la comida de la señora Patel tapanía el hedor.

El rostro de Sally se ensombreció. La palabra *asesinato* cayó sobre ellas como una losa.

—Es extraño cómo es posible olvidar hasta las cosas más terribles en algunos momentos —dijo absorta—. No dejo de pensar en que James está vivo, que sonará el teléfono, lo cogeré y le oiré decir: «Hola, hermanita», como siempre hacía, con ese ridículo acento americano que le gustaba imitar. Entonces me acuerdo de que ya no está, que nunca volverá a llamarme y me escandaliza haberlo olvidado, aunque solo haya sido un instante —se detuvo, y cuando volvió a hablar, lo hizo con un suave susurro, como si estuviese muy lejos—. Sueño con él todas las noches. Sueño que somos niños de nuevo y jugamos. Anoche estábamos en un prado que recuerdo de nuestra infancia. En verano siempre había ranúnculos y más adelante aparecían dientes de león. Solíamos soplar la blanca esfera de los dientes de león, decíamos que el número de soplidos que necesitábamos para que volaran todas las semillas coincidía con la hora del día. Qué tontería...

Una furiosa ráfaga de viento hizo retemblar la ventana en su marco y el aguacero sacudió los paneles de vidrio.

—Anda, dame tu vaso —le pidió Phoebe.

Al ponerse de rodillas e inclinarse hacia delante para coger el vaso, descubrió demasiado tarde que se le había dormido la pierna izquierda y perdió el equilibrio. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, Sally alargó la mano para sujetarla, pero no pudo detener a Phoebe que ya caía de lado y, de repente, se encontraron en una suerte de abrazo, Sally con la espalda arqueada hacia atrás y Phoebe apoyándose con fuerza

en ella. Sus rostros estaban tan próximos que cada una sentía el cálido aliento de la otra.

Más tarde, Phoebe no logró recordar si había sido ella quien besó a Sally o si Sally la había besado a ella. Sus labios se rozaron tan leve y fugazmente que podría haber sucedido por accidente. Al instante se apartaron, comenzaron a hablar al mismo tiempo y se detuvieron, nerviosas y medio riendo. Entonces algo cambió en el aire, como si un rayo las hubiera golpeado. Ya no se reían. Se inclinaron despacio la una hacia la otra y sus labios se unieron de nuevo, esta vez deliberadamente, de manera sencilla y cálida, presionando con suave timidez. Phoebe podía oír los latidos de su corazón, el pulso de la sangre en sus venas. Ambas tenían los ojos abiertos y se miraban con silenciosa y sorprendida expectación. Cuando se separaron, Phoebe se sentó sobre las piernas dobladas. El rostro de Sally estaba bajo el suyo, mirándola; un ligero rubor cubría sus mejillas y su frente y había un brillo de lágrimas en sus oscuros ojos castaños.

—Lo siento —dijo Phoebe—. Yo no...

No le salían las palabras. No sabía qué quería decir. Tenía la sensación de que no sabía nada y, al mismo tiempo, de que por fortuna no había nada que tuviera que saber.

Sally movió la cabeza.

—No, no —dijo con voz empañada—, no hay necesidad de... —pero también calló.

Apartaron la vista la una de la otra con atolondrada desesperación. El corazón de Phoebe golpeaba su pecho con tanta fuerza que pensó que Sally debía de estar oyéndolo. Se levantó con esfuerzo, sin poder reprimir pequeños gemidos involuntarios al sentir el hormigueo en aquella ridícula pierna suya, se fue cojeando a la cocina y permaneció de pie junto a la ventana con una mano sobre la boca, mirando sin ver la lluvia. Todo su cuerpo temblaba sin violencia, y Phoebe pensó que así debía de vibrar un diapasón después de ser golpeado suavemente. Descubrió que estaba pendiente, con una atención casi temerosa, de los sonidos que pudieran venir de la otra habitación. No sabía qué haría si Sally la seguía hasta allí. ¿Qué se dirían? ¿Qué harían? Nunca había besado a otra chica, jamás; tampoco había sentido el deseo de hacerlo, que ella supiera. Aprisionó su labio inferior entre los dientes. *Que ella supiera.* ¿Y eso qué quería decir?

Prestó atención, pero no se oía ningún ruido en el cuarto de estar ni en ningún otro sitio. El mundo parecía haber enmudecido, sorprendido. Se imaginó a Sally sentada en la alfombra tal como la había dejado, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y tan confusa y asombrada como ella.

¿Qué debía hacer? ¿Qué debía pensar?

Quizá Sally se marcharía; quizá recogería su neceser, guardaría sus cosas en la maleta, se apresuraría a abandonar el piso y salir del edificio sin una palabra de despedida y desaparecería. Solo de pensarlo, Phoebe sintió que algo se derrumbaba

en su interior, como si algo cayera silenciosamente en el vacío.

Bajó la vista. Una de sus manos sujetaba el vaso de limonada, mientras la otra, cerrada, con los nudillos blancos, temblaba. La lluvia en la ventana parecía querer decirle algo, una frase farfullada y secreta. Su corazón seguía golpeando su pecho como un animal enjaulado. Giró hacia arriba el puño y lo abrió muy despacio. Hundida en una de las líneas de la palma había lo que, al principio, tomó por una pequeña pastilla blanca con agujeros perforados en el centro. La observó perpleja. Entonces se dio cuenta de lo que era. No era una pastilla, sino un botón, un botón que debía de haber arrancado de la blusa de Sally.

Se sentaron la una frente a la otra en la mesa de la cocina y hablaron durante lo que parecieron siglos, ambas muy erguidas, con las manos posadas sobre la mesa como si participaran en un concurso, en una prueba de habilidad y resistencia. Tiempo después, Phoebe sería incapaz de recordar ni una palabra de lo que dijeron; de lo único que estaba segura era de que ninguna mencionó el beso. ¿Cómo pudo ser así? Ella sabía que hay cosas para las que no existen palabras. Lo que recordaría sería la urgencia de sus voces o, por lo menos de su voz, la agitación y el miedo. Nunca había experimentado semejante torbellino emocional. Se había sentido atraída por algunas compañeras en el colegio, por supuesto, pero aquello no significaba nada. Recordó asimismo una noche de Navidad en un *pub* —¿en Neary o fue en Searsons?—, una mujer de rostro estrecho y labios delgados pintados de carmesí no había apartado los ojos de ella y, cuando fueron a cerrar, se aproximó y le ofreció llevarla a casa, pero ella dijo que no. A eso se limitaba su experiencia de... ¿Cómo debía llamarlo? No lo sabía. Lo que había ocurrido entre ella y Sally mientras estaban sentadas en la alfombra frente a la chimenea era algo nuevo en la vida de Phoebe, inesperado, no buscado y aterrador, pero también excitante, aunque no estuviera todavía preparada para admitirlo. Sí, excitante más allá de las palabras.

Hablaron y hablaron mientras Sally fumaba un cigarrillo tras otro y el cielo iba abriéndose y salió el sol, enviando sesgados y afilados haces de luz a la calle. Con tono informal, Sally dijo que recogería sus cosas y regresaría al Belmont, pero Phoebe no estaba dispuesta a aceptarlo.

—No permitiré que te marches —afirmó, aunque no en el tono que habría deseado, y se sonrojó—. Lo que quiero decir es que no hay ninguna necesidad de que te vayas —dijo apresuradamente—; además, el Belmont es un sitio horroroso. No quiero ni imaginarme que vuelvas allí.

—Has sido muy amable, pero creo que ha llegado la hora de que me marche y de que recuperes tu vida normal —replicó Sally, y sus palabras sonaron formales e impostadas.

—No —dijo Phoebe con presteza, y su voz sonó en sus propios oídos como un lamento—, puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Me... me gusta tu compañía.

De verdad —añadió, casi con desesperación.

—Lo sé, y a mí también me gusta estar aquí, pero...

En el silencio que siguió, ambas desviaron la vista y carraspearon. Phoebe sabía que Sally tenía razón, que debía irse de su piso y regresar al hotel, pero también sabía que no quería que se fuese, todavía no, no dejando todo sin resolver entre ellas. Pero ¿qué iban a resolver? El beso, hablaran de él o no, era un tenso cordón de seda, invisible pero claramente tangible, que las unía con firmeza. Phoebe sabía, y se preguntaba si Sally no lo sabría también, que debían romper el cordón de inmediato, en ese mismo instante, sin demora. Pero ¿lo iban a hacer?

Sally miraba la calle, pensativa.

—Todo resulta tan confuso —dijo con voz distante—. Me siento... No sé cómo me siento. Rara. Perdida. Cuando James... O Jimmy, puedo llamarle así si todo el mundo lo hace... Cuando Jimmy murió, una parte de mí también murió. Suena como algo sacado de una película, lo sé, pero es verdad. No puedes imaginarte lo que significa ser mellizo. Nunca eres del todo tú mismo, siempre hay una parte de más o una parte de menos. No puedo explicártelo. ¿Sabes que cuando a una persona le amputan un brazo o una pierna dice que aún puede sentir ese miembro fantasma, que en ocasiones puede incluso sentir dolor? Así me siento yo ahora. Quien mató a Jimmy mató también un pedazo de mí, pero esa parte que está muerta aún sigue ahí de alguna manera.

Phoebe deseó coger la mano de Sally entre las suyas, apretarla, pero sabía que no debía hacerlo, no debía hacerlo en absoluto. Se levantó de la mesa y sintió alivio al estar de pie.

—Vámonos a comprar algo para comer —dijo.

Sally movió la cabeza.

—No tengo hambre.

—Ya la tendrás —insistió Phoebe—. Venga, podemos ir al Q&L.

—¿El Q&L? ¿Qué es eso?

—Es mi tienda del barrio. Espera a conocer al señor Q&L con su traje de cuadros y su chaleco amarillo canario. Es la viva imagen del Señor Sapo.

—¿Se llama así? ¿Q&L? —preguntó Sally, incrédula.

—Claro que no, ese es el nombre de la tienda. No sé cómo se llama él. Está un poco loco, no te sorprendas si te canta un fragmento de ópera o hace una pirueta.

Sally se levantó.

—Bueno, desde luego suena muy distinto a mi señor Patel.

—¿El señor Patel no canta ni hace pasos de ballet?

—No, me temo que el señor Patel es un gruñón.

Ambas sonrieron. ¿Estaría aligerándose el ambiente? ¿Habían empezado a relajarse? Era como si hubieran estado caminando en el filo de un profundo precipicio, con el viento empujándolas e intentando arrastrarlas, y finalmente hubiesen conseguido alejarse del borde. Y, al pensarlo, Phoebe temblaba de alivio,

pero también sentía un ligero pesar porque el peligro hubiese desaparecido.

Se pusieron el abrigo y se encaminaron a Baggot Street. El sol creaba charcos de oro líquido en las aceras, mojadas por la lluvia, y pequeñas nubes blancas se deslizaban sobre sus cabezas como barcos de vela de juguete vueltos del revés. A Phoebe le habría gustado enlazar su brazo con el de Sally, pero sabía que no debía. ¿Sería así a partir de aquel momento? ¿Hasta el gesto más inocente de amistad sería interpretado en el acto como sospechoso?

En la tienda compraron una cuña de queso Cheddar, lonchas de jamón cocido, una bolsa de tomates de pera, dos manzanas, uvas blancas y un paquete de galletas Kimberley. El tendero, gordo y con el pelo alisado y lustroso, vestía aquel día una chaqueta de caza de *tweed* y un chaleco rojo en lugar del habitual amarillo. Mientras las atendía, tarareó en voz baja el coro de esclavos de *Aida*, y cuando les devolvió el cambio dibujó arabescos con las manos como un bailarín oriental y dijo *Graciaaaaaas*, tal como acostumbraba, con la boca estirada y sus grandes y afeminados ojos redondos muy abiertos. Las dos jóvenes evitaron mirarse, pero tan pronto se encontraron en la calle estallaron en carcajadas y tuvieron que detenerse, temblando de la risa.

—Tenías razón —exclamó Sally con un sofocado chillido de placer—. ¡Es idéntico al Señor Sapo!

Y, riendo, se inclinaron una hacia la otra hasta que sus frentes se tocaron y durante un instante fue como si el beso frente a la chimenea no hubiese sucedido nunca. O como si, tras suceder, pudiera suceder de nuevo, si bien ahora con más sencillez y naturalidad.

Cuando llegaron al piso, Phoebe abrió la puerta para dejar pasar a Sally, se excusó para bajar al baño y cerró el pestillo tras ella. La pequeña y limpia maleta de Sally estaba bajo un estante, junto a la bañera. Phoebe se arrodilló con presteza, abrió los cierres y sacó del bolsillo de su vestido el pequeño botón color hueso que había arrancado sin darse cuenta de la blusa de Sally. Lo echó en el interior de la maleta, volvió a cerrarla y la colocó donde estaba, bajo el estante. Se puso en pie. Le temblaban las rodillas. Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo frente al espejo, apoyado sobre el alféizar de la ventana, y se miró largamente a los ojos.

16.

El lunes por la mañana el sargento Jenkins condujo a Quirke y al inspector Hackett a Tallaght en el coche patrulla. Quirke había olvidado lo lejos que se hallaba por la larga carretera en línea recta que salía de la ciudad. Cuando llegaron, más parecían haber viajado a un pueblo en el corazón del país que a una localidad de la periferia. Todavía era temprano y la calle principal tenía un aspecto somnoliento. Alrededor de ellos se levantaban las suaves colinas a las que llamaban con jactancia montañas; sus lomas moteadas de ovejas brillaban con la humedad y el ondulante verdor de abril. Quirke analizaba con objetividad lo pintoresco que aquello resultaba. Encontrarse al aire libre, expuesto en medio de tanta naturaleza, le hacía sentirse incómodo; él era un hombre de ciudad y prefería los horizontes limitados. Hackett, por el contrario, aparentaba estar en su elemento y mostraba un excelente humor. Aquel era otro de los muchos rasgos que le diferenciaban del inspector, pensó sombríamente Quirke.

Mientras se dirigían hacia allí y los setos bajos desfilaban por las ventanillas y el gran coche se balanceaba, Hackett rememoró en voz alta lo que sabía de Packie Joyce, el salvaje Packie el Quinqui, chatarrero, jefe de los *tinkers* e inagotable procreador de niños. Se decía que había engendrado unos veinticinco o treinta hijos con su bien exprimida esposa, ya fallecida, y con dos o tres de las hermanas pelirrojas de su mujer.

—En una ocasión reuní el valor suficiente para preguntarle por qué diablos tenía tantos críos —contó Hackett—. «Escúcheme bien», me dijo Packie, inclinando sobre mí su cabezota de demente. «Cuando en las noches de invierno estás en la cama congelado, dentro de uno de esos carromatos llenos de corrientes de aire, o jodes o te jodes de frío» —Quirke, que estaba sentado en el asiento de atrás junto al inspector, sorprendió la mirada asombrada de Jenkins en el espejo. El inspector Hackett no solía decir palabrotas y era bien conocida su actitud reprobadora hacia las palabras vulgares—. ¡Ah, sí, menudo personaje es el tal Packie! Ya verá —se rio Hackett.

No sabían con certeza dónde se encontraba el campamento de los Joyce y tuvieron que detenerse en la oficina de Correos para que Jenkins entrara a preguntar cómo llegar hasta allí. Con las rodillas separadas y las manos sobre los muslos, Hackett miraba por la ventanilla el paisaje trémulo de la primavera con gran interés. Las sombras de las nubes descendían sobre las colinas lejanas. Quirke observó al inspector de soslayo e imaginó que estaría pensando en su juventud en las ventosas Midlands. Hackett jamás dejaría de ser un hombre de campo.

Pasó un largo rato antes de que Jenkins reapareciera y se sentara al volante.

—Bueno, ¿ha averiguado el camino? —preguntó Hackett dirigiéndose a la nuca del joven.

—Sí —contestó Jenkins, y lanzó una exclamación que los dos hombres en el asiento trasero tardaron en identificar como una carcajada—. Desde luego, parece que el señor Joyce es un personaje bien conocido en estos parajes. Me ha llevado unos

buenos cinco minutos escuchar las opiniones de la mujer del cartero sobre él y su tribu.

—Adivino un cierto rechazo —dijo Hackett, y Jenkins se rio de nuevo.

Llegaron a las afueras del pueblo y dudaron durante un instante ante un cruce de caminos. Jenkins alargó el pescuezo como una tortuga por encima del cuello de su camisa y giró la cabeza hacia un lado y hacia otro hasta que finalmente tomó el sendero sin asfaltar. Ante ellos, a lo lejos, se alzaba una gran columna de humo parduzco casi negro que ascendía en rápidas espirales.

—Esa debe de ser la enseña de los Joyce, sin duda —dijo Hackett con ironía—. Las hogueras los vuelven locos.

Avanzaron lentamente por la estrecha senda, que daba vueltas y revueltas, intentando esquivar los numerosos y profundos socavones para no dañar los bajos del vehículo. Jenkins manejaba el gran coche con prudente cautela. Había primulas en los setos, en los espinos ya habían brotado las hojas y, sobre el ruido del motor, se oían los agudos trinos aflautados de los mirlos y hasta el canto más ligero de los petirrojos.

—¿No viven bien los *tinkers*, a pesar de todo, bajo el limpio cielo del Señor y con este aire tan puro? —dijo Hackett, pensativo, antes de volverse hacia Quirke con mirada burlona—. ¿No cree, doctor?

—La esperanza de vida de los *tinkers* es de veintinueve años y la tasa de mortalidad de los recién nacidos es de uno de cada tres —contestó Quirke.

Aunque Hackett suspiró, no parecía consternado.

—No lo dudo. Digamos entonces que es una vida buena, pero breve.

Quirke no dijo nada. No estaba de humor para las gracias de Hackett, pero ¿acaso lo estaba alguna vez?

Se había despertado por la mañana con sensación de vértigo y, durante varios minutos, había permanecido tumbado boca arriba entre las sábanas húmedas y revueltas, mirando la bombilla del techo, que parecía balancearse sin descanso de derecha a izquierda como un diminuto coche de carreras que pasara a toda velocidad una y otra vez por delante de la bandera de salida. Cuando por fin se levantó, aventurando un pie y posándolo con cuidado en el suelo antes de mover el otro, estaba tan mareado que pensó que se caería. A menudo, tras una noche de borrachera, había sufrido vértigo por la mañana, pero se trataba de una sensación distinta, era más una molestia que otra cosa, algo que había que soportar hasta que desaparecía, como al final siempre sucedía. Eran vértigos normales y no aterradores, como los nuevos. Se encaminó a la cocina en pijama, se sentó a la mesa y bebió una taza tras otra de café solo y amargo, mientras fumaba sin parar en el piso helado. Aunque el café empeoró el mareo al principio, luego lo atenuó y la nicotina calmó sus nervios. Sin embargo, no podía continuar ignorando lo que le ocurría, no podía seguir haciendo caso omiso. Algo le estaba pasando; algo no iba bien.

¿Estaría enfermo? Había sufrido alucinaciones, acompañadas por una sensación general de vaga angustia física, y a eso había que añadir ahora el nuevo tipo de

vértigo de aquella mañana. Había repasado en su cabeza una y otra vez lo sucedido en Trinity Manor, cuando imaginó que había conversado con el viejo en la cocina, intentando comprender, tratando de encontrar una explicación. Pero ¿puede una mente dañada examinar sus propios procesos? Y si acaso fuese posible, ¿cómo fiarse de sus conclusiones? Todo podría ser una alucinación.

Más que miedo, sentía cierto asombro teñido de rencor. ¿Por qué a él? ¿Por qué ahora? Las vanas protestas habituales. ¿No se le ocurría nada mejor? ¿Algo que, de hecho, le pudiera ayudar? Descalzo, caminó con cautela hacia el cuarto de estar, pegado a la pared por temor a caerse, y llamó a su hermano adoptivo. El propio Malachy contestó el teléfono, receloso como era habitual en él. Quirke le preguntó si podía acercarse a verle, pues quería hacerle una consulta. Malachy empezaba a contestar cuando alguien se dirigió a él —a Quirke le pareció reconocer la voz de su cuñada, Rose— y Malachy tapó la boquilla con la mano. Quirke oyó su propia respiración mientras esperaba; los teléfonos, al igual que los espejos, contienen en su interior otra versión del mundo. Por fin Malachy volvió a hablar: le dijo que estaría en casa aquella tarde, si el asunto podía esperar hasta entonces. «Gracias, Mal. Te veo luego», se despidió Quirke.

Hasta la voz de Malachy le proporcionó cierto consuelo. Parecía confirmar que había ayuda disponible; que había ayuda hasta para alguien como Quirke el maldito. El bueno de Mal; el bueno, aburrido y honesto Mal.

Hackett le estaba hablando. Quirke se volvió hacia él, intentando prestar atención. —¿Cómo? Perdón, mi cabeza...

«Mi cabeza se está descomponiendo, Hackett. Está desintegrándose, está viniéndose abajo».

—Le decía que ahí está nuestro hombre en toda su gloria —dijo Hackett señalando hacia delante.

Se estaban acercando al campamento, un estrecho y descuidado terreno que descendía hacia un arroyo serpenteante con tojos y espinos en las riberas. El sitio semejaba un campo de batalla tras una confrontación prolongada y cruel entre dos tropas mecanizadas. Había herrumbrosas carrocerías, desperdigadas como si los coches hubiesen sido abandonados y en su mayoría hundidos en el barro hasta los ejes, parabrisas hechos añicos y capós abiertos como mandíbulas de cocodrilos; había motores destrozados, montañas de ruedas sin llantas, puertas de coches que habían sido arrancadas de los goznes y apiladas unas encima de otras en inestable equilibrio. Había vigas de acero agrupadas y oxidadas como todo el resto y rollos de cable de acero tan grueso y pesado que habrían hecho falta dos o tres hombres para levantarlos. Viejas cocinas eléctricas se mantenían de pie en extraños ángulos y media docena de bañeras rayadas y picadas estaban dispuestas boca abajo en un amplio círculo sobre la hierba pisoteada, una disposición extravagantemente hierática y solemne que recordaba un prehistórico círculo de piedra.

En medio de todo aquello, en un montículo, ardían llantas de coche y de tractor en

una inmensa hoguera que escupía imponentes y afiladas llamas ribeteadas de negro y densas erupciones de grasiento y oscuro humo. Cuidaba del infierno una troupe de niños canijos y harapientos bajo la dirección de un hombre que más parecía un mastodonte —tenía las dimensiones de una nevera americana, pensó Quirke—, con una aceitosa pelambreira tan negra como el humo más negro de la fogata. Estaba claro que era Packie el Quinqui. La escena era arcaica y excitante, y también desoladora en su violencia y volatilidad.

—Santo Dios, solo le falta la música para ser una escena de Wagner —susurró Quirke.

Hackett dio un histriónico respingo.

—Vaya, ¿he oído hablar a alguien?

Quirke le lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué?

—Estaba tan callado que pensé que se había quedado mudo.

Quirke le dio la espalda y miró por la ventanilla. Las colinas parecían ahora más cercanas, como si estuvieran cerrando el círculo sigilosamente.

Entraron en el campamento por un vallado sin puerta y el coche avanzó dando tumbos por la hierba, mientras Jenkins aferraba el tembloroso volante como el capitán de una trainera a quien le hubiese sorprendido un temporal.

—Deténgase aquí —le ordenó Hackett cuando aún les quedaba un buen trecho para llegar a la hoguera y a sus traviesos y enanos vigilantes—. No queremos que las llamas alcancen el depósito de gasolina y saltemos por los aires en pedacitos.

Cuando Jenkins pisó el freno, el gran coche derrapó levemente en la tierra empapada. Al salir del vehículo, Hackett echó una ojeada a los zapatos hechos a mano de Quirke.

—No trae el calzado adecuado para este terreno, doctor —dijo con indisimulado regocijo.

Packie el Quinqui, que los observaba de reojo, se aproximó a ellos mientras se limpiaba el dorso de una mano contra la boca. En la otra llevaba una larga barra de metal con una especie de gancho en el extremo, que había estado utilizando como improvisado y gigantesco atizador, hundiendo el garfio entre las llantas que ardían y haciendo que escupieran furiosos géiseres de llamas. Vestía lo que alguna vez debió de ser un elegante traje de rayas y una sucia camisa blanca con el cuello abierto por la que asomaba abundante vello gris. Su rostro, grande y alargado como un ataúd, estaba tiznado de humo y brillaba de sudor. Aquella salvaje máscara solo dejaba expuestos unos ojos furibundos e inyectados de sangre, de color gris piedra, que parecían relucir con una luz trascendental. Con aquellos ojos, la cara quemada y el palo con el garfio, parecía un profeta del Antiguo Testamento que llegara tambaleante del desierto tras numerosos días en solitario contacto con un Dios tiránico y vengativo.

—¡Santo Cristo!, ¿no es el mismo Hacker en persona? —exclamó con jovialidad

mientras miraba al policía. Tenía una voz ronca y atronadora.

El inspector se aproximó y estrechó la mano del hombretón.

—Buenos días, Packie, ¿cómo está?

—Sujetando al diablo por la cola —respondió el *tinker*. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de los rugidos y los chisporroteos del fuego.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Hackett.

—Por supuesto que sí. ¿No soy la viva estampa de la salud?

Los ojos de Hackett se deslizaron a la hoguera, donde los niños habían detenido su actividad y permanecían inmóviles, observando en silencio y con los ojos muy abiertos a los dos extraños y el coche tras ellos, donde Jenkins permanecía al volante.

—Menuda fogata tiene ahí —dijo el policía.

—Cierto —asintió el *tinker*.

—¿Puedo preguntar con qué fin?

—Por supuesto. Estamos recuperando el alambre usado.

Hackett le explicaría más tarde a Quirke que Packie y su banda de fogosos elfos estaban quemando cables eléctricos con su aislante de plástico para derretir el hilo de cobre que había en su interior. Al día siguiente, cuando el fuego se hubiese apagado y las brasas se hubieran enfriado, lo recogerían de entre las cenizas. Era un negocio lucrativo, ya que el precio del cobre seguía siendo alto más de una década después del final de la guerra.

Ahora fue Packie quien apartó los ojos del policía para mirar a Quirke, que permanecía ligeramente atrás con el sombrero echado sobre el ojo izquierdo y las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

—Es el doctor Quirke —le presentó Hackett.

Quirke se aproximó y Packie le miró, evaluándole. Ninguno extendió la mano para saludarse. Hackett los observaba con una tenue sonrisa.

—Venga, vamos a tomar un trago, tengo tanta sed que me podría beber el río Shannon —dijo Packie a Hackett.

Se giró hacia los niños junto al fuego y les gritó algo que a Quirke le resultó ininteligible, un gruñido áspero y amenazador, e inmediatamente los críos se pusieron en movimiento y volvieron a afanarse en la hoguera con gran ajetreo. Sacudiendo la cabeza, Packie se dirigió esta vez a Quirke:

—Los chinorris me tienen partido el corazón: no quieren estudiar ni tampoco quieren currelar.

Los guio por la colina hacia un grupo de dispersos carromatos de madera que trazaban un descuidado círculo. A un lado, una manada de caballos chaparros, de patas cortas y aspecto hosco, pacían la hierba escasa. Al aproximarse los tres hombres, varios alzaron la mirada sin gran interés, agitaron la cola blanca o sus crines del color de las flores de la madreselva y volvieron a pastar. Los carromatos, con forma de cilindro, tenían una ventana en la parte trasera y, en la delantera, dos ventanitas cuadradas a cada lado de una puerta barnizada, dividida por la mitad. Los

techos redondeados estaban sellados con alquitrán mate negro, pero las dos paredes de madera, delante y detrás, estaban decoradas con espirales de llamativos colores: carmesí, amarillo, azul oscuro. Packie se detuvo ante la más grande y golpeó la puerta con su palo de hierro. Se giró hacia los dos hombres y les guiñó un ojo.

—Nunca sabes cómo estará la cachí, si andará poniéndose la ropa interior o paseándose en cueros —susurró teatralmente mientras sonreía.

Se oyeron voces airadas dentro del carromato y luego el sonido sordo de unos pies descalzos en el suelo de madera. La parte superior de la puerta se abrió y la cabeza de una mujer surgió de la penumbra interior y miró con desconfianza al inspector Hackett primero y luego, durante más tiempo, a Quirke. Tenía un rostro delgado, la piel pecosa y blanca como la leche y una espesa mata de pelo, negro y brillante como ala de cuervo, que apartó de la cara con la mano. Vestía una blusa blanca con botones de madreperla y un collar de perlas pequeñas e irregulares. Sus ojos eran de un verde pedernal y tenía unos párpados delicados como pétalos de rosa. A Quirke le vino a la cabeza la imagen de un animal salvaje, una zorra quizá o una rara especie de gato salvaje, ágil, hermoso e indolentemente vigilante.

Packie Joyce habló a la mujer, que contestó algo. Quirke tampoco comprendió una sola palabra de lo que se dijeron. La cabeza de la mujer desapareció un instante y, un momento después, ella reapareció con un chal descolorido de tela escocesa sobre un hombro. Abrió la mitad inferior de la puerta y saltó de un brinco al suelo. Llevaba una falda roja suelta e iba descalza, con una raya negra de suciedad bajo las uñas de los pies. Tras ella apareció en la puerta una segunda figura, una niña de doce o trece años, delgada y de palidez etérea, con un sucio vestido gris sin mangas que era demasiado grande para ella y que le colgaba sin gracia, igual que un saco. La mujer se volvió hacia la muchacha, le dijo algo con tono áspero y esta descendió del carromato lánguidamente y con los ojos bajos. Llevaba el cabello, lacio y de color ceniza, recogido a la espalda en una larga y brillante trenza. Tenía una calentura supurante en el labio. La mujer le pasó el brazo por encima de los hombros, ignoró a Hackett y dirigió a Quirke una última y en apariencia agresiva mirada antes de alejarse andando, mientras lanzaba a la espalda su melena como un cometa negro azulado. La niña también le miró y algo en sus ojos casi hizo estremecer a Quirke. Aquellos ojos parecían haber visto muchas cosas, cosas que un niño no debería ver.

Los demás carromatos del círculo aparentaban estar vacíos, y si no era así sus ocupantes estaban insólitamente tranquilos. Tal vez se habían ocultado al ver llegar a los desconocidos y ahora los observaban, silenciosos e invisibles. Quirke vislumbró bajo uno de los carromatos un perro, un extraño animal de aspecto salvaje, de estrechos flancos y afilado hocico de lobo. Había cazado algo —¿sería un conejo o incluso un gato?— y lo tenía inmovilizado contra el suelo y boca arriba, mientras devoraba sus entrañas, hundiendo sus afiladas mandíbulas en el estómago desgarrado y sacando una larga y reluciente ristra rojiza de intestinos y pequeños pedazos de órganos de un oscuro púrpura. Aunque era imposible, la criatura que estaba siendo

devorada, fuera lo que fuese, parecía seguir viva, pues sus patas se agitaban en vano en el aire y sus pezuñas negras se contraían. Quirke apartó la vista. Hackett se volvió hacia él con expresión inquisitiva, pero él se limitó a negar con la cabeza.

Packie Joyce empujó la parte inferior de la puerta del carromato, aferró las jambas con las dos manos y con sorprendente agilidad para un hombre de su envergadura se alzó en vilo y entró. Desde arriba se volvió hacia ellos y les lanzó un viejo cubo de estaño.

—Úsenlo de escalón, compadres. No quiero que se rompan una pierna y me manden al comisario para que me lleve ante el tribunal, acusado de negligencia criminal —dijo.

Quirke avanzó, pero no pudo resistir echar un último vistazo a aquel perro salvaje. Con desconcierto, observó que estaba distinto, ya no parecía un lobo, de hecho solo era un lebrél medio muerto de hambre o un galgo enclenque y no estaba devorando un animal, sino un simple hueso sin carne y manchado de barro. Al sentir la mirada de Quirke, el perro se encogió y retrocedió sin soltar su hueso. Quirke se pasó la mano por el rostro. Estaba empezando a sudar.

Hackett dio la vuelta al cubo sobre el suelo y se subió a él con dificultad. Quirke tuvo que empujarle por los riñones; conseguir que subiera y entrara por la puerta fue como intentar meter una almohada en una funda demasiado pequeña. Luego le siguió Quirke, gruñendo por el esfuerzo.

Por dentro el carromato resultaba inesperadamente espacioso, aunque la única manera de permanecer de pie, en particular para Packie el Quinqui, era encorvándose. Había dos camas bajas y largas, una a cada lado, apenas más anchas que un banco, con un armario pequeño entre ellas. A la derecha de la puerta había una estufa redonda con un tiro de estaño doblado y de aspecto algo cómico que salía al exterior por un agujero del techo. En el armario había un panel de madera que podía sacarse para crear una especie de mesa, y eso hizo Packie, que invitó a sus dos visitantes a que tomaran asiento.

Ambos se sentaron en las camas, uno frente a otro, con las rodillas casi tocándose. Una vaga imagen, apenas un retazo, se agitó en los confines más recónditos de la memoria de Quirke. Tenía cuatro o cinco años y jugaba a las casitas con una niña de su misma edad, que fingía ser su mamá y le servía un té imaginario en un tarro de mermelada. Aquel recuerdo, si acaso era un recuerdo, le asombró y le desasosegó. ¿Dónde, en el yermo de su larga y solitaria infancia, había participado en un juego semejante? Se llevó de nuevo la mano a la cara y se tapó brevemente los ojos. Una vez más tuvo la sensación de estar dividido en dos, de ser al mismo tiempo él y otro, ajeno y sin embargo conocido.

Packie el Quinqui dobló una rodilla, rebuscó dentro del armario y sacó una botella de leche, tapada cuidadosamente con un fajo de papel retorcido.

—Tomarán un buchito de repañí, ¿verdad, compadres? —dijo Packie alzando la botella. Estaba tres cuartas partes llena de un líquido claro, plateado y algo turbio.

Quirke miró la botella mientras se humedecía el labio inferior con la punta de la lengua. Ah, sí, por supuesto que él tomaría un trago. El licor de la botella tenía el mismo color que la luz que entraba por las ventanas en ambos extremos del carromato.

Packie rebuscó de nuevo en el armario y esta vez sacó tres vasos pequeños con un grueso reborde, que recordaban a los bulbos, y los colocó sobre la mesa improvisada. Quirke se dio cuenta de que, en realidad, no eran vasos, sino tarros de cristal como los que se usan para la carne en conserva adaptados a un nuevo uso. Packie sirvió generosamente de la botella de leche y tendió un vaso a Hackett y el otro a Quirke. Hackett alzó el aguardiente a la altura de los ojos y lo observó con atención.

—¿Es lo que pienso, señor Joyce? —preguntó.

Packie le miró con expresión de inocencia; un hombre gigantesco, jovial y peligroso que apestaba a goma quemada y a suciedad inmemorial.

—Yo lo llamo la Miel de Occidente. Me lo ha enviado un primo mío de Connemara, el Jinnet Joyce, un honrado y excelente hombre y un gran destilador de patatas.

—Sabe que va contra la ley estar en posesión de alcohol ilegal —dijo Hackett.

—¡No me amargue, hombre! Ahora está en mi territorio. Venga, vamos a dejar esta aburrida charla sobre lo que es legal y lo que no. Beba y no sea mojigato.

Quirke tomó un trago. El *whisky* casero le abrasó el cielo del paladar como un líquido inflamable. El sabor, o la falta de sabor, le recordó el alcohol de noventa grados que algunas mañanas tomaba a escondidas, solo un sorbo o dos, cuando las tareas y obligaciones del día le resultaban especialmente abrumadoras. Sintió de inmediato cómo el alcohol se deslizaba por sus venas como el esperado retorno de un viejo y alegre amigo con mala reputación.

Hackett dejó su vaso en la mesa y chasqueó los labios.

—A fe que es bueno, hay que reconocerlo, Packie —le lanzó una mirada intencionada—. Por supuesto, comprenderá que solo lo pruebo como parte de mis obligaciones y que, antes de marcharme, tendré que preguntarle sobre el paradero exacto de su primo de Connemara.

Packie soltó una gran carcajada, que hizo vibrar el vello que asomaba por su cuello. Pero aquello no había sido en verdad una carcajada, solo un ruido exhalado por aquel hombretón, mientras sus afilados ojos grises seguían igual de vigilantes.

Hackett lo observaba, sonriendo.

—Hablando de acciones ilegales —dijo en tono afable—, ¿se ha enterado del atraco en el almacén del ESB en Poulaphouca la otra noche?

—¿ESB? —preguntó Packie frunciendo exageradamente el entrecejo—. ¿Qué significa eso en cristiano?

—El ESB es el Electricity Supply Board, como usted bien conoce, Packie, y solo Dios sabe cuántos metros del mejor cable de cobre había almacenados en la central eléctrica de Poulaphouca hasta que unos lumbreras forzaron la entrada el jueves por

la noche y se largaron con todo el lote. Imagino que no sabrá nada sobre eso.

Packie meneó pesaroso la cabeza y se volvió hacia Quirke.

—¿Será cabrón el Hacker? —dijo, y a continuación sonrió benévolo al policía, pero Quirke tuvo la sensación de que el diminuto espacio donde se encontraban se había encogido aún más—. ¿Es eso lo que ha traído hasta aquí al señor policía? Acusarme de ladrón, de chorar los bienes del país —prosiguió sin alterarse Packie.

Hackett le devolvió la sonrisa.

—Por supuesto que no, Packie, no he venido aquí para eso —repuso con expresión de inocencia.

Packie, que seguía encorvado de pie, asintió despacio mientras entornaba de nuevo sus lobunos ojos grises. Entonces pareció relajarse, dobló ligeramente las rodillas para apoyar la parte trasera de los muslos en el borde de la estufa fría y dejó escapar un leve suspiro.

Quirke había apurado su vaso y desvió la mirada hacia la botella de leche. Era consciente de que podía suceder cualquier cosa, de que en cualquier momento podía haber un estallido de violencia, pues resultaba obvio que Packie el Quinqui era un hombre peligroso. Pero no le importaba. Deseaba otro trago. Hackett parecía encontrarse a gusto allí sentado, con el amplio abrigo puesto, las manos descansando sobre los gruesos muslos y el sombrero sobre la cama, a su lado. Quirke se preguntó, como hacía a menudo, qué le pasaría al policía por la cabeza. Tal vez nada sucedía en el interior de aquella frente marcada por la delgada línea rosada semicircular que le dejaba la cinta del sombrero; tal vez en situaciones así Hackett actuaba por instinto. Quirke no sabía qué podría significar aquello, pues él no parecía tener instintos, o no del tipo de los que guiaban la actuación del policía. Tenía la impresión de que todo lo que él hacía estaba predeterminado por leyes dictadas quién sabía cuándo o cómo o por qué organismo. Quirke era un enigma para sí mismo, y ahora más que nunca, con aquella nueva y aterradora confusión mental que le había sobrevenido.

El *tinker* se inclinó hacia delante, agarró la botella de leche por el cuello y volvió a llenar los tres pequeños tarros de cristal.

—Oiga, Packie, ¿conoce a un joven llamado Minor, Jimmy Minor? —preguntó Hackett girando su vaso por la base.

—¿Minor? —Packie se apoyó de nuevo en la estufa y, sin mirarle, hizo gesto de reflexionar—. ¿Quién es?

—Era periodista. Trabajaba para un periódico —contestó Hackett.

—¿Por qué iba a conocerle? —el *tinker* tenía la vista clavada en su vaso.

—Lo que le estoy preguntando es si le conocía.

Se hizo un silencio. Quirke observaba al policía. Hackett parecía uno de esos depredadores de la selva que se aproximan indolentes y serenos a su presa. Tal vez era eso lo que se requería para ser investigador: esa capacidad de aguardar con paciencia y atenta calma.

Packie el Quinqui hizo un ruido de succión entre los dientes.

—¿Qué iba a pintar un periodista aquí?

Hackett alzó los ojos al techo semicircular.

—Podría, por ejemplo, haber preguntado por cierto clérigo a quien seguro que usted conoce.

—¿Qué clérigo? —los ojos de Packie centelleaban.

—El padre Michael Honan... El padre Mick. Usted lo conoce, Packie, ¿no es cierto?

Packie frunció el ceño sin responder y apartó de nuevo la mirada.

Quirke sacó su pitillera y se la tendió al *tinker*, abierta en la palma de la mano. Packie cogió dos cigarrillos y se colocó uno de ellos en la oreja. Al inclinarse sobre la llama del mechero de Quirke, le lanzó una alegre mirada conspiratoria y le guiñó un ojo. El olor a gasolina del mechero mezclado con el hedor del hombretón hizo que a Quirke se le cerrara la nariz. En su cabeza irrumpió la imagen del perro fantasmagórico bajo el carromato, hurgando en las entrañas de su víctima destripada y temblorosa. Malachy... Aquella misma tarde iría a verle, sí, lo haría. Malachy lo ayudaría. En su interior tenía la sensación de estar precipitándose al vacío, precipitándose a cámara lenta.

Fuera se oyó un ruido y un rostro apareció tras una de las pequeñas ventanas cuadradas a la espalda de Packie. Era el rostro de un hombre joven; permaneció un instante y, tan rápidamente como había surgido, desapareció. Quirke se preguntó si Hackett lo habría visto.

—¿Qué me dice, Packie? Venga, cuéntenos: ¿estuvo aquí el joven del periódico preguntando por el padre Mick?

Un profundo gruñido escapó de la boca de Packie.

—No tengo tratos con los eraipes —contestó.

—¿Eraipes? —murmuró Hackett, ladeando la cabeza—. No sé qué significa esa palabra, Packie.

—Los eraipes, ¡los curas! —exclamó Packie—. Ellos se relacionan con las mujeres y con los chinorris. Siempre están con la monserga de que hay que llevar a los niños al colegio; eso, cuando no están chamullando con las mujeres para que les cuenten sus pecados.

—¿Chamullando? —preguntó Hackett, exagerando su perplejidad—. Otra palabra que no conozco.

—Hablando —dijo Packie, encogiéndose de hombros con desdén.

—¡Santo Dios, Packie! Lo que estamos aprendiendo hoy —el policía se dirigió a Quirke—: ¿No es cierto, doctor? Palabras que antes no sabíamos ni que existían.

El *tinker* miró a Quirke con expresión burlona.

—El Hacker se piensa que chanela el cant^[4], que es nuestra lengua, ya sabe, nuestra jerga —Packie se volvió hacia el policía—. A los curas les vuelve locos escuchar los pecados de las mujeres. Se les levanta el ánimo, eso he oído. Quién puede envidiar a esos pobres cabrones, con los cilicios bien apretados en la parte

interior de los muslos para evitar caer en la tentación —lanzó hacia atrás la cabeza y soltó aquella estentórea carcajada que no era una carcajada.

Hackett dejó el tarro de cristal en la mesa y cogió el sombrero con ademán de irse, pero se detuvo súbitamente y se llevó una mano a la frente, como si acabara de recordar algo.

—Por cierto, Packie, ¿he mencionado que a Minor, el tipo del periódico, lo mataron? Lo asesinaron, de hecho.

De nuevo, Quirke sintió con precisión cómo las paredes curvas se cerraban sobre ellos. El aguardiente le había provocado dentro de la cabeza un zumbido que le aturdió de un modo levemente eufórico. Se estaba emborrachando y se alegró. Miró alrededor. Había acabado su cigarrillo y no sabía qué hacer con la colilla. Se preguntó, indolente, dónde guardaría sus cosas la mujer, los vestidos y todo lo demás. ¿Debajo de una de las camas, quizá? ¿Cómo vivía aquella gente? Se dio cuenta de que no sabía nada sobre ellos y sus costumbres. Tal vez la mujer no guardaba sus vestidos allí; tal vez había otro carromato para dormir y vestirse. Recordó la sombría mirada que le había lanzado, su mata de brillante cabello negro, el despreocupado contoneo de sus caderas. Recordó asimismo la expresión dañada de los ojos de la niña. Ellas sabían algo y Quirke se preguntó qué sería. Bebió otro trago de aguardiente. Notaba una presión en las sienes y aquella sensación quebradiza en las mejillas que le causaba siempre la bebida.

Packie seguía apoyado en la estufa redonda, contemplando con estudiado interés el pequeño tarro de cristal que sostenía en la mano.

—Packie, ¿sabe que el padre Mick se va? Le envían a África para convertir a los hotentotes —Hackett hizo una pausa—. Me imagino que será una gran pérdida para ustedes.

—Ya se lo he dicho antes. No tengo nada que ver con esos tipos —contestó el *tinker*.

—Pero el padre Mick no es como los otros, ¿no es así?

Packie le miró huraño.

—Los curas son curas.

—Eso no se puede negar —aseveró Hackett, mientras levantaba y bajaba el ala de su sombrero—. ¿El padre Mick viene a menudo?

—Ya no aparece por aquí —Packie se llevó el tarro de cristal a los labios y lo vació—. No es bienvenido, no le necesitamos ni a él ni a otros como él.

Hackett sonrió con melancolía.

—Entonces ¿las mujeres ya no tienen a nadie a quien contar sus pecados?

El *tinker* dejó el vaso con un golpe sobre la mesita e, inclinándose hacia delante su greñado cabezón, miró con furia al policía, sus crueles ojos muy abiertos. Quirke sintió una oleada de sangre en la garganta. Deseaba que ocurriera algo, anhelaba violencia, súbitas embestidas, un sonido de puños contra la carne. Pensó: «Me gustaría ver a alguien muerto».

Hackett permaneció inmóvil. Con el sombrero aún entre las manos, siguió sonriendo con calma mientras miraba al *tinker*, que se cernía sobre él, encolerizado y violento.

—¿Cómo se decía «contar»? Cuando nos dijiste que las mujeres contaban a los curas sus pecados... *Chamullar*, ¿no? Tengo que recordarlo, sí. Es una palabra muy útil.

Se levantó de la cama; un hombre bajo y regordete con unos cuantos mechones negros de pelo estirados sobre la coronilla medio calva y una boca como un largo tajo que recordaba la de una rana. De repente, Packie el Quinqui lanzó una carcajada y se apoyó de nuevo en la estufa, dejando que se relajaran los tensos músculos de su cuello.

—Es usted un hombre temible, Hacker —dijo—. Un hombre temible.

Hackett sonrió y sus pálidos labios parecieron más largos y delgados que nunca.

—No más temible que usted, Packie —repuso, tranquilo. Luego, sonriendo, miró al *tinker* en silencio durante unos instantes—. No me estará mintiendo, ¿verdad? Sabe que no soy un hombre a quien le gusten las mentiras —su sonrisa se ensanchó y sus ojos se arrugaron.

El policía y el *tinker* se quedaron observándose el uno al otro. Quirke sintió de nuevo aquella ansiedad anticipatoria en la garganta. ¿Qué haría si Packie se arrojaba contra el policía? Se imaginó a los tres enzarzados en una lucha, el carromato cabeceando y balanceándose, la doblada chimenea de la estufa derrumbándose y las ventanas haciéndose añicos. Sonrió abiertamente con ojos somnolientos.

Entonces Packie sonrió, mostrando una hilera de enormes dientes torcidos del color del marfil viejo y manchado.

—No sería yo tan tonto para jonjabarle a usted, Hacker; para mentir a mi compadre —dijo.

El inspector asintió con expresión escéptica.

—Por supuesto, Packie, ya sé que usted es la honestidad personificada.

Le dio la espalda, se inclinó para atravesar la puerta y descendió al suelo usando el cubo volcado. Quirke se disponía a seguirle cuando el *tinker* le puso una mano en el brazo.

—¿Y qué tipo de doctor es usted? —preguntó.

—Forense —contestó Quirke. Le costaba hablar con la lengua pastosa—. Cadáveres.

Como en un fogonazo, vio a Jimmy Minor sobre la camilla, la cara amoratada por los golpes, los verdugones en el pecho y los costados, la masa informe de la entrepierna.

Packie el Quinqui se rio entre dientes.

—Por los clavos de Cristo, el Hacker va con sus propios matasanos. Esta sí que es buena.

Fuera brillaba un húmedo sol, aunque había empezado a llover y las gotas,

gruesas y relucientes, caían sesgadas, golpeando un lado del carromato. Con el sombrero en la cabeza, Hackett ya se encontraba a medio camino del coche. Mientras miraba rápidamente alrededor buscando a la mujer del cabello negro, Quirke sorprendió a dos jóvenes en el asiento delantero de uno de los coches destrozados. Fumaban mientras le observaban a través del hueco donde alguna vez estuvo el parabrisas. Uno de ellos, un chaval de unos dieciséis o diecisiete años con un rostro muy primitivo, era el que se había asomado brevemente a una de las ventanitas que había a la espalda de Packie. Tenía el pelo crespo, negro y grasiento, la nariz respingona y le colgaba el labio inferior. El otro era mayor, unos veintitantos, atezado como un bailar de flamenco, con una expresión tan cortante como el filo de una navaja. Le siguieron con la vista sin inmutarse mientras él se alejaba en pos de Hackett.

Jenkins arrancó el coche y el tubo de escape escupió una plomiza nube de humo. Las colinas lejanas se agazaparon, preparándose para saltar. Quirke se subió el cuello del abrigo. Echó un último vistazo a los dos jóvenes, que aún le miraban, abrió la puerta trasera y se acomodó junto a Hackett.

Mientras regresaban a la ciudad, Hackett permaneció en silencio, tamborileando en el reposabrazos con los dedos.

—Y bien —dijo Quirke—. ¿Qué piensa? ¿Nos ha mentido? —abrió mucho los ojos y parpadeó, esforzándose por enfocar. No había bebido tanto *whisky* como para tener semejante mareo. Se llevó la palma de la mano a la frente para sostenerla con cuidado. Su pobre cabeza, su pobre cerebro.

—¿Nos ha mentido Packie? Por supuesto que nos ha mentido —contestó Hackett, sin apartar la vista de su ventanilla.

—¿Acerca de Jimmy Minor?

El policía se rio con suavidad.

—Acerca de todo.

17.

David Sinclair entró en el piso antes que Phoebe, se detuvo y permaneció inmóvil, su rostro convertido en una máscara inexpresiva. A Phoebe le asombró, una vez más, el control que tenía para no mostrar lo que pensaba ni lo que sentía. ¿No se suponía que los judíos eran emotivos y vehementes?

No solía presentarse sin avisar, pero aquella tarde —¡aquella tarde entre todas las posibles!— había aparecido en el portal con el cuello del abrigo levantado y las manos en los bolsillos. Llamó al timbre y Phoebe bajó a abrirle y, mientras subían las escaleras, pensó cómo contarle que Sally estaba en la casa, pero no se le ocurrió ninguna manera de explicárselo que sonara natural. Y, por supuesto, a David, detenido en el umbral, le había sorprendido encontrarse a aquella desconocida pintándose los labios en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea. Debía de estar pensando que Sally era una amiga suya que estaba de visita, pues no tenía la más mínima idea de quién podía ser y aún menos de que estaba viviendo allí. ¿Qué diría cuando averiguara la verdad? A David no le gustaban las sorpresas. Había estado fuera el fin de semana, visitando a su tía en Cork. A veces, Phoebe se preguntaba si aquella tía existía en realidad y no era una útil invención. Aunque ¿dónde podía haber estado si no era en Cork? No tenía ningún motivo para sospechar, pero no podía evitarlo.

Con una sonrisa, Phoebe pasó a su lado para entrar en la casa.

—Sally, te presento a David Sinclair —dijo con una jovialidad que hasta a ella misma le sonó impostada—. David, Sally Minor... La hermana de Jimmy.

Sally se volvió mientras David se dirigía hacia ella y se estrecharon la mano. Sally sabía quién era, pues Phoebe le había hablado de él. El hecho de que Sally supiera de David era un motivo más para que Phoebe le hubiera hablado a David de Sally. ¿Por qué no habría llamado para decirle que pensaba ir a verla? Resultaba extraño que David hiciera algo sin avisar o sin haberlo planeado antes. Empezó a sentirse algo mareada. Era la hora del té y Sally y ella se estaban preparando para ir al Country Shop, le dijo. No se atrevía a mirarlo. ¿Le había cambiado el gesto al escuchar cómo Phoebe pronunciaba «nosotras», refiriéndose a Sally y a ella? Aquello era ridículo. ¿Por qué tenía que sentirse culpable? ¿Por un beso? Ya ni siquiera estaba segura de que hubiese sucedido realmente, de que no lo hubiese imaginado.

Era el tercer día de Sally en el piso. El día anterior, que era domingo, Phoebe le había dicho que tenía que visitar a alguien.

—Mi tía está muy enferma y voy a verla todos los domingos —explicó, inspirándose en David.

Por supuesto, no existía tal tía, pero le asustaba la idea de pasar el largo día sola con Sally y sin nada que hacer. Así que se fue a Phoenix Park, el único sitio que se le ocurrió, y pasó la mañana paseando tristemente por el zoo, mirando sin ganas a los animales en sus jaulas y siendo mirada por ellos con idéntica indiferencia. Por la

tarde, quizá notando su nerviosismo, Sally fue al cine por su cuenta y no regresó hasta pasada la medianoche. Y para entonces Phoebe ya se había preocupado de estar en la cama.

—Estábamos a punto de salir —le dijo a David.

Él la miró con una sombría expresión de perplejidad.

—¿Puedo acompañaros?

—Claro, voy a por mi abrigo.

Phoebe se dirigió con premura a su dormitorio. Sabía que no debería haberlos dejado solos. No se conocían y estarían desesperados pensando sobre qué podían hablar. Miró alrededor de la habitación, aterrorizada: la cama grande y fea, las zapatillas a los pies, una camisa de color salmón se había caído del respaldo de la silla y yacía como un montoncito de seda en el suelo. Todo lo que veía tenía un aspecto insinuante, como una prueba de su atolondramiento e ineptitud y también, sí, de su sentimiento de culpabilidad. Una duda la asaltó: «¿Estoy enamorada de David?». Qué extraño que nunca se hubiese planteado esa pregunta antes. No se le había ocurrido, no parecía guardar relación con lo que existía entre ellos. ¿Por qué se lo planteaba ahora? Cerró los ojos con fuerza y permaneció inmóvil un instante, con la cabeza inclinada, intentando reunir lo que parecían las partes de su yo fragmentado. ¡Qué profunda la oscuridad tras sus párpados! ¡Qué aterradoras aquellas profundidades! Cogió el abrigo del armario y dejó atrás el tintineo de las perchas metálicas en la barra.

Cuando entró en el cuarto de estar, Sally se hallaba de nuevo frente al espejo, mientras David aguardaba junto a la ventana, con el rostro vuelto hacia la calle y las manos en los bolsillos. El silencio entre ellos parecía forzado. ¿Estarían hablando de ella y, al verla aparecer, se habían callado? Pero ¿qué podrían haberse contado? ¿Qué podrían contar acerca de ella?

—¿Nos vamos? —dijo, intentando sonar natural. Pero ¿qué era natural en aquellas circunstancias?

Cuando salieron a la calle, el sol ya estaba bajo y la acera, mojada por la lluvia que había caído, era un puro resplandor plateado. Las gaviotas, anormalmente blancas, volaban muy altas en círculos contra una nube plomiza con forma de yunque suspendida sobre Merrion Square. Echaron a andar, David y ella en los extremos y Sally entre ellos. El silencio entre Sally y David extrañó a Phoebe. Los desconocidos siempre hablan al principio para disimular la incomodidad de no saber nada el uno del otro. Sin embargo, ellos no parecían tener nada que decirse y, más aún, no parecían sentir ninguna necesidad de decirse nada.

El Country Shop estaba abarrotado. La mayoría de los clientes eran mujeres que paraban allí a tomar una taza de té después de un día de compras para recuperar fuerzas. Encontraron una mesa en la parte de atrás, cerca de la puerta de servicio. Con una punzada, Phoebe recordó que aquel era uno de los sitios donde solía ir con Jimmy Minor en lo que ya parecía un tiempo muy lejano. David ofreció un cigarrillo

a Sally, pero ella sonrió y movió la cabeza.

—Solo fumo esto —dijo, sacando su cajetilla de Craven A—. Soy una Craven adicta.

David asintió distraído, mientras encendía su pitillo. Phoebe lo observó. ¿En qué estaría pensando para que se viese tan profunda la línea vertical entre sus cejas? Mantuvo encendido el mechero y Sally, al inclinarse sobre la llama, rozó con un dedo durante un breve instante el dorso de la mano del hombre. Phoebe se apresuró a apartar la vista. La presencia de Sally le hacía ver a David bajo una nueva luz. Qué poco lo conocía, después de todo. E inmediatamente la pregunta irrumpió de nuevo en su cabeza: «¿Estoy enamorada de él?».

—Siento lo de tu hermano —le dijo David a Sally, mientras hacía girar la brasa encendida de su cigarrillo contra el borde del cenicero que había en la mesa delante de él—. Yo no lo conocía mucho. Él era amigo de Phoebe, en realidad.

El rostro de Sally se ensombreció.

—No creo que nadie le conociera mucho —dijo, desviando la vista—. No era alguien que hablara de sí mismo. O, por lo menos, de las cosas importantes.

—Sí, esa es la impresión que me dio —asintió David.

A Phoebe, sin quererlo, le llamó la atención aquel breve intercambio. Parecía contener mucho más de lo que las palabras expresaban. ¿O eran imaginaciones suyas?

—Jimmy y yo solíamos quedar aquí —se escuchó decir, y añadió, riendo—: Él siempre parecía fuera de lugar entre las amas de casa y los hombres en traje de *tweed*.

Su comentario hizo que los otros dos callaran de nuevo; como si ahora fuese ella quien hubiera dicho algo inapropiado, algo indiscreto. Dejó escapar un leve suspiro. ¿Por qué resultaba todo tan raro y complicado? No podía ser por haber ocultado a David que Sally estaba viviendo en el piso. No podía ser por eso. ¿Sería por aquel beso, que impregnaba todo con su ardor?

Al final, como si acabara de caer en ello, David entabló conversación con Sally, le preguntó dónde vivía, en qué trabajaba, cómo era la vida en Londres ahora, si la gente por fin estaba dejando atrás la guerra.

—Todos andan alegres y muy ajetreados... Ya sabes cómo son los londinenses —dijo Sally.

David asintió y Phoebe pensó que era *ella* quien no sabía cómo eran los londinenses. De hecho, solo había estado en Londres en una ocasión, cuando era una niña y sus padres, sus supuestos padres, la llevaron a pasar un fin de semana. Lo único que recordaba, y solo vagamente, eran los grandes centros comerciales, Harrods y Selfridges en Oxford Street, y los cráteres abiertos por las bombas en todas partes, llenos de agua estancada. La ciudad, en su memoria, olía todavía a cordita y a gas y a argamasa rota y a muerte. En su cabeza irrumpió la imagen del cuerpo de Jimmy flotando en la oscuridad del canal... —las palabras aparecieron en su mente antes de que pudiera detenerlas— *como un perro*. Se preguntó si David habría visto

el cuerpo cuando lo llevaron al hospital. No se lo había preguntado y tampoco lo haría. Creyó recordar que su padre le había dicho que David no trabajaba aquel día. Había sucedido hacía exactamente una semana... Solo una semana, pero parecía que había transcurrido mucho más tiempo.

—Viví en Londres durante una época. En Hammersmith —contaba David.

—Esa zona debe de ser bonita. Yo vivo en Kilburn —Sally sonrió—. *No es muy bonito.*

La camarera se acercó a tomarles nota. Cuando se marchó, Phoebe ya había olvidado qué habían pedido.

—Sally cree que a Jimmy lo mataron los *tinkers* —dijo.

Las palabras salieron de su boca sin pensar y cayeron sobre la mesa como caen las cosas en los sueños, lentamente y con una silenciosa colisión. David, que tenía la cabeza inclinada, miró a Sally desde abajo.

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó, ignorando a Phoebe, como si no fuese ella quien lo había dicho, como si las palabras se hubiesen pronunciado solas.

—No estoy segura de *pensar* eso —Sally esbozó una sonrisa indecisa y miró a Phoebe—. No sé qué pensar. Nadie parece saber qué sucedió.

«Alguien lo asesinó —habría querido decir Phoebe—, alguien lo golpeó hasta matarlo y lo arrojó al canal como un perro... ¿Por qué no iban a ser los *tinkers*? Es una explicación tan buena como cualquier otra». Pero sabía, por supuesto, que no era una explicación. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se sentía tan irritada?

David la observaba con aire pensativo.

—¿Qué piensa tu padre? —le preguntó, inclinando el rostro para apartarse del humo del cigarrillo.

Phoebe se encogió de hombros.

—No sabe qué sucedió —un estremecimiento la recorrió y pensó que era de rabia, pero ¿por qué estaba enfadada?—. Nadie lo sabe.

Los tres se quedaron en silencio, con los ojos fijos en la mesa. Phoebe tenía la sensación de que algo estaba ocurriendo, algo que se estaba revelando poco a poco, y ella estaba excluida. David miró a Sally de nuevo.

—Debe de ser muy doloroso para ti.

Sally apretó los labios con fuerza y asintió.

—Sí, lo es. Yo le quería.

—Eran mellizos —dijo Phoebe, y de nuevo lamentó haber hablado, haber pronunciado palabras tan inoportunas. No era asunto suyo contar aquello. Y se alegró de que, en ese momento, la camarera trajera el té.

David siguió hablando con Sally.

—Así que erais mellizos. Eso debe de hacerlo todo aún más difícil.

Sally respiró hondo.

—Sí, mucho más.

Té. Pan. Sándwiches pequeños. Galletas. Phoebe comió y bebió y nada le supo a

nada. Un sentimiento de tristeza crecía inexplicablemente dentro de ella. Algo estaba desapareciendo... Esa era la impresión que tenía: no que ella estuviera perdiendo algo, sino que algo se estaba desvaneciendo. ¿De qué se trataba? Era como si una parte íntegra de su vida estuviera desprendiéndose y desplomándose poco a poco en el mar.

Observó las pequeñas manos de Sally, ligeramente ásperas y enrojecidas, con las uñas cuadradas y las venas de un azul lechoso.

Recordó una lección de sus días de colegio: *amo, amas, amat*. Amor, sí. *Amo, yo amo*. Pero ¿a quién amaba?

David se inclinó sobre la mesa para apagar la colilla en el cenicero y la miró de reojo, intrigado, como si ella hubiese dicho algo. ¿Habría dicho algo sin darse cuenta?

Sally se llevó la taza a la boca sonriendo para sí misma, como si recordara algo íntimo. Phoebe la examinó: su delicada y pecosa piel, el cabello del color de las hojas de otoño bajo el agua, aquellos luminosos ojos oscuros. ¿Qué habían estado haciendo ella y David cuando fue al dormitorio a recoger su abrigo? ¿Qué sucedió entre ellos para que su silencio pareciese tan extraño cuando regresó a la habitación y encontró a David en la ventana, de espaldas, y a Sally ante el espejo que había sobre la repisa de la chimenea? ¿Se habrían besado, igual que Sally y ella se besaron aquella noche frente al fuego cuando estalló el relámpago?

Amo, amas, amat.

Amamus. Amamos.

18.

El aguacero de la tarde había dejado paso a una neblina fina y ligera como una telaraña, que no parecía caer sino vagar sin rumbo de acá para allá a través de la densa y satinada oscuridad. En Ailesbury Road cada farola tenía su propia penumbra, una suave y brillante bola de filamentos que irradiaba en todas direcciones, y las ventanas encendidas de las casas se veían enmarcadas en el mismo resplandor grisáceo, sofocado y, sin embargo, luminoso. Sin saber muy bien por qué, Quirke le dijo al taxista que le dejara en la esquina de Merrion Road y desde allí se dirigió caminando a la casa, el sombrero encajado muy bajo en la frente y el cuello del abrigo bien cerrado. Sentía la garganta irritada. ¿Sería el persistente efecto del *whisky* casero o era parte del malestar que le atormentaba desde hacía días? La repentina posibilidad de que estuviera incubando un catarro o la gripe le resultó totalmente cómica. Si se estaba muriendo, parecía que moriría estornudando.

Miraba con cautela las farolas con sus halos afelpados. En los dos últimos días había aparecido un nuevo síntoma de lo que le aquejaba, fuera lo que fuese. No tenía que ver con las alucinaciones, como la que había tenido con el viejo y palurdo mayordomo de Trinity Manor o como la visión del perro que semejaba un lobo bajo el carromato de los *tinkers*. Era más bien una idea, un concepto, una posibilidad amenazadora y siempre presente. Sentía que había una luz intermitente, pero constante, que brillaba con urgencia para él y que, sin embargo, él no podía ver ni, según sospechaba, vería nunca. Sabía cómo era, incluso habría podido describirla si se lo hubieran pedido: un haz de luz blanco y circular, intenso, aunque algo difuso en los bordes, y parpadeante como si algún componente del sistema, tal vez un tenso cable vertical, pasara rápidamente por delante de un lado a otro. La luz se encontraba a su derecha, situada a media distancia y colocada en un trípode, según le parecía, o en una columna alta y delgada o quizá en un poste; en cualquier caso, en un soporte precario. ¿Cómo podía saber todas esas cosas? ¿Cómo podía siquiera tener una idea general? Pues por más que se esforzara en verla, desplazando de improviso la vista a la derecha para sorprenderla, la luz siempre le rehuía, siempre se movía en ese instante más allá de su campo de visión. Él parecía un perro persiguiendo su propia cola. No había duda de que la luz le pertenecía, que había sido preparada y concebida para él y solo para él, pero no podía decir si se trataba de una luz que le guiaba o de una luz que le llevaría a la ruina.

Se detuvo ante la casa y abrió la verja de hierro forjado. La neblina hacía de lubricante y los goznes no chirriaron como era habitual. Las ventanas de arriba y de abajo estaban oscuras, aunque se veía una luz en forma de media luna en el montante sobre la puerta de entrada. Subió las escaleras de granito, fijándose en las brillantes motas de mica en la piedra húmeda. El timbre resonó lejano en las profundidades de la casa. Tuvo que esperar largo rato; el denso olor a marga y follaje mojado del jardín le anegó la nariz. La irritación de la garganta estaba empeorando con rapidez. Se

preguntó si Mal tendría *brandy* en casa. No andaría escaso de *bourbon* ni de ginebra, gracias a Rose, pero lo que él necesitaba aquella noche era *brandy*. *Brandy* y otras clases de socorro.

Al final fue Rose quien le abrió la puerta. Vestía pantalones y una chaqueta corta con unas mangas inmensas... ¿Una especie de quimono? A su espalda, la luz del vestíbulo dibujaba en su cabello teñido de rubio un encendido halo que recordó a Quirke los dientes de león de las farolas.

—¡Quirke! —exclamó Rose, sorprendida y, según le pareció a él, no demasiado contenta.

Quirke se quitó el sombrero y sacudió las gotas de lluvia como si fuesen joyas desperdigadas de una corona.

—He llamado a Mal esta mañana.

—Lo sé —dijo Rose irónica, con su lánguido acento sureño—. Pero se le ha olvidado decirme que te pasarías a vernos. Últimamente se olvida de todo. Vamos, entra, no tienes buena cara.

Le cogió el sombrero y el abrigo, los colgó del perchero y le guio a través del espacioso y alto vestíbulo, con su parqué resplandeciente y sus sillas doradas y los feos y oscurecidos retratos con marcos ostentosos de notables de uno o dos siglos antes con peluca y rostros enrojecidos. La mansión había sido la embajada de algún minúsculo principado europeo, Quirke no recordaba cuál. Por alguna razón, cerraron la delegación de la noche a la mañana y Rose y Malachy la compraron tal como estaba, amueblada, alfombrada, con sus candelabros y el resto de la peculiar y curiosamente exánime decoración. Quirke no conseguía comprender por qué la habían comprado. Aquella casa nunca sería un hogar.

Contempló el encantador trasero de Rose, que caminaba delante de él. Aún era una mujer atractiva. Se habían acostado una vez, hacía ya mucho tiempo. ¿Lo sabría Mal? ¿Se lo habría contado Rose? Claro que Rose y Mal... Esa pareja era un enigma que Quirke nunca llegaría a comprender.

—¿Has cenado? —le preguntó Rose por encima del hombro.

—Sí, he comido algo —mintió Quirke.

—Mal y yo acabamos de cenar. Nuestros días terminan cada vez más temprano. Si seguimos así, nos encontraremos yéndonos a la cama en torno al mediodía —miró hacia atrás y le contempló arqueando una ceja—. Tienes un aspecto horrible, Quirke.

—Creo que estoy pillando un catarro.

—Pues tiene pinta de ser uno bien fuerte.

Franquearon una puerta tapizada de verde y descendieron tres escalones hacia otro vestíbulo mucho más pequeño. En esa zona estaban antaño las dependencias del servicio.

—Últimamente vivimos con modestia —dijo Rose, haciendo girar los ojos en sus órbitas.

Abrió la puerta de lo que debía de haber sido la sala de los criados, una habitación

de techo bajo y tonalidad parduzca con una gran mesa de roble en el centro y con reproducciones de escenas de caza descoloridas y enmarcadas colgando de las paredes. Solo había una ventana y sus cuatro paneles cuadrados y lisos de vidrio detenían la oscuridad. En una esquina, un fuego de carbón ardía sobre una diminuta rejilla. El aire en la habitación era tan caliente y sofocante que Quirke sintió en el acto un incipiente dolor de cabeza. La única luz provenía de una lámpara de pie junto a la chimenea, que tenía una pantalla que parecía hecha de piel humana disecada.

Malachy estaba sentado bajo la lámpara, en un viejo y gastado sillón tapizado de verde con el asiento tan hundido que su ocupante daba la impresión de estar repantigado en el suelo. Dejó el periódico a un lado y se levantó de las profundidades del sillón, desenrollando su larga y angulosa figura. A Quirke le recordó el enorme calibrador de madera que utilizaba un hermano cristiano de alguno de los orfanatos para golpearle, hacía mucho tiempo. Sonriendo, Malachy se aproximó a él mientras tironeaba de sus gafas sin montura, que parecían habersele enredado en el pelo.

—¡Quirke, qué buen aspecto tienes! —le saludó.

Quirke y Rose intercambiaron una mirada.

—¿Cómo te encuentras, Mal? —preguntó Quirke.

Las preguntas sencillas y directas siempre parecían confundir a Malachy. Ya sin las gafas, permaneció de pie parpadeando y con una vaga sonrisa. Vestía una camisa de cuadros, una pajarita roja oscura y una chaqueta beis con botones de piel que imitaban algún tipo de nuez. Quirke miró hacia abajo y se sorprendió al comprobar que su hermano llevaba zapatos y no zapatillas. Con el paso del tiempo, Malachy se había convertido en uno de esos hombres que andan por casa en zapatillas.

—¿Os apetece un trago, chicos? —preguntó Rose, con la mano en la cadera—. ¿Qué vas a tomar, Quirke?

—*Brandy*, si tienes.

Ella le miró con expresión irónica.

—Doc, estás en el Dry Gulch Saloon. Puedes tomar lo que desees.

Salió y los dos hombres se quedaron mirándose en un incómodo silencio, hasta que Malachy rompió a hablar:

—Me dijiste por teléfono que...

Pero Quirke alzó una mano para detenerle.

—Espera hasta que haya tomado una copa —dijo.

Miró las paredes marrones con sus reproducciones de caza iluminadas por la lámpara con la pantalla color piel. Su ánimo se hundió. ¿Qué ayuda podían darle allí? Así y todo, se escuchó decir:

—Creo que estoy enfermo, Mal.

Malachy asintió, como si eso no fuera nada nuevo.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—No lo sé. Mi cabeza, mi cerebro... Algo no funciona ahí dentro.

—¿Has estado bebiendo?

—¡Por los clavos de Cristo, Mal!

—No me refiero a ahora, te pregunto si has estado bebiendo últimamente. ¿Has estado de juerga?

Quirke sacudió la cabeza.

—No tiene que ver con la bebida.

—Eso es lo que dicen todos —dijo Malachy con una leve sonrisa.

—Bueno, en mi caso es cierto —espetó Quirke—. Yo sé cómo es, he estado en desintoxicación, pero esto es diferente.

Malachy le miraba con sus ojos de miope, mientras sonreía con triste afecto.

—Ya veo que estás angustiado. Dime qué puedo hacer por ti.

Quirke soltó una extraña carcajada.

—Esperaba que *tú* me dijeras a *mí* qué puedo hacer.

Rose regresó con una bandeja de plata donde llevaba los vasos, una copa de *brandy*, un decantador y varias botellas.

—Aquí está su medicina, doctor —le dijo a Quirke. Puso la bandeja sobre la mesa, levantó el decantador y empezó a servirle—. Dime cuándo quieres que pare.

Después de repartir las bebidas —la copa de *brandy* para Quirke, el dedal de jerez para Malachy, el *whisky* de centeno con hielo para ella—, se sentaron frente a la chimenea. Quirke y Rose se acomodaron en un pequeño sofá tapizado de terciopelo carmesí con varias calvas, y Malachy volvió a retrepase en el sillón verde con las largas piernas estiradas casi en horizontal frente a él. El sillón le recordaba a Quirke un animal acuático, un morador de zonas pantanosas con musgos colgantes.

Clavó la vista en el corazón del fuego, ese blanco espacio incandescente.

—He empezado a tener visiones. Tengo alucinaciones —dijo.

Advirtió cómo Rose y Malachy intercambiaban con discreción una rápida mirada. Se inclinó hacia delante con fatiga mientras abrazaba la copa de *brandy* con ambas manos. A su lado, Rose exhaló un suspiro y se recostó en el sofá. Él miró de reojo el vaso de *whisky* que la mujer balanceaba sobre su rodilla. Sabía que le despreciaría por lo que estaba confesando. Rose no creía en las dolencias de la mente, las achacaba a la debilidad y a una autocomplacencia enfermiza.

—¿Cómo son esas alucinaciones? —preguntó Malachy mientras deslizaba un dedo por el borde de su vaso de jerez. Quirke pensó que si el cristal emitía el sonido agudo que suele hacer el vidrio cuando lo acaricias así, rompería a gritar.

—Alucinaciones, simplemente —contestó, alzando una mano—. Veo cosas, cosas que solo ocurren en los sueños por regla general, pero no estoy dormido, estoy dentro de esas escenas, ando, formo parte de ellas —describió su visita a Trinity Manor y lo que sucedió en la cocina con el viejo sirviente, comoquiera que se llamase—. Hay otras distintas. Veo animales, animales extraños que sé que no están allí y que sin embargo veo. Y luego está esa luz...

Se detuvo. Un pedazo de carbón se desmoronó en el fuego y una gota de alquitrán derretido salió despedida, siseando en las llamas.

—¿Qué luz? —preguntó Malachy tras un instante.

Quirke podía oler el alquitrán hirviendo en la chimenea. Cerró los ojos. De nuevo su infancia y él, de niño, arrancando trozos de alquitrán de las grietas en el asfalto de la calzada. Flechas, sus puntas hechas con clavos de quince centímetros martilleados hasta quedar planos, introducidas en la hendidura de un palo y amarradas con fuerza con un cordel que luego se embadurnaba de alquitrán. El plumaje, ¿cómo lo hacían? No lo recordaba. Arcos y flechas, los gritos ásperos de los niños que jugaban a ser pieles rojas y alguien imitando el sonido del disparo de una bala. Abrió los ojos y miró el blanco corazón del fuego. Se sintió mareado.

—¿Qué? —preguntó.

—Estabas hablando de una luz —retomó Malachy.

—Sí, yo no la veo, solo sé que está allí, a un lado —movió la mano—, pero cuando intento contemplarla de frente, se desplaza fuera de mi ángulo de visión.

Malachy asintió lentamente. Su perplejidad era manifiesta, aunque intentaba ocultarlo.

—Puedo examinarte los ojos. Creo que tenemos un oftalmoscopio por casa.

—No, no, no —rechazó Quirke con hastiada impaciencia—. No es un problema de visión, mis ojos están bien. Es mi cabeza... Mi mente. Mi cerebro.

Malachy tosió, luego se echó hacia delante en el sillón y entrelazó las manos.

—Quizá necesitarías ver a un especialista. Hay uno bueno en el St. John. Dicen que estudió en Viena...

Rose se removió y, con un gruñido, se puso en pie. Permaneció quieta un momento, mirando a Quirke. Se oyó el chasquido sumergido y agonizante de uno de los hielos que se derretían en su vaso de *whisky*.

—Os dejo solos para que continuéis vuestra conversación. Tengo un bordado a punto de cruz que requiere que me ocupe de él.

Salió de la habitación, tarareando. Los dos hombres permanecieron en silencio con la vista fija en el fuego. Se oía un leve y apremiante golpeteo; al otro lado de la ventana, la ramita de un arbusto chocaba contra el cristal.

—No necesito ver a nadie del St. John —dijo Quirke con voz cansada. Había acudido allí en más de una ocasión para someterse a tratamientos de desintoxicación del alcohol y no quería volver a pisar nunca más su deprimente interior—. Lo que necesito es una radiografía. Necesito —lanzó una pequeña carcajada— que me examinen la cabeza.

—Ya veo —Malachy separó las manos, que tenía enlazadas, y las colocó bajo la barbilla, unidas como si estuviera orando—. Deberías ver a Philbin en el Mater. Sigue siendo el mejor —Quirke recordó que había sido Philbin quien trató a Sarah, la primera mujer de Malachy. Ella también solía decir en tono de broma: «Necesito que me examinen la cabeza». Tiempo después murió—. Si quieres, puedo llamarle mañana por la mañana —dijo Malachy.

—Puedo llamar yo.

—Sí, ya sé que puedes, pero permíteme hacer eso por ti —Malachy esbozó su melancólica sonrisa.

—De acuerdo, gracias.

Malachy se alzó de las profundidades del sillón, cogió unas tenazas de metal y empezó a colocar carbones en el fuego, examinando cada trozo como si estuviera comprobando su tamaño y calidad. Quirke lo observó con afecto, a su pesar. Malachy ya le había ayudado en el pasado, pero también le había perjudicado.

—¿En qué andas ahora? —le preguntó Malachy.

Quirke estaba encendiendo un cigarrillo. Era el cuarto o el quinto desde que se había sentado y sentía la boca áspera y la garganta más irritada que nunca.

—¿Te acuerdas de Jimmy Minor, el amigo de Phoebe?

—Sí, leí en el periódico lo que le pasó. Un feo asunto —miró a Quirke con expresión casi pícara mientras mantenía en vilo un trozo de carbón que había enganchado con las pinzas—. Imagino que estás investigando su muerte junto a tu amigo Hackett.

—*Investigar* es una palabra muy fuerte. No somos precisamente Sherlock Holmes y Watson.

—Bueno, formáis una buena pareja de sabuesos.

Dejó las tenazas a un lado y volvió a sentarse. El fuego siseaba y crepitaba, despidiendo una densa columna de humo amarillento que serpenteaba hacia arriba.

—¿No podría ser eso lo que te perturba? ¿La muerte de ese joven? Por lo que leí en el periódico, parece que fue muy violenta.

Quirke se levantó y se encaminó a la mesa donde estaba la bandeja con el decantador. Se sirvió otro *brandy*, una dosis generosa.

—No, yo soy el único causante de mis problemas —dijo mientras regresaba despacio a la chimenea.

—Sí, creo que estás abrumado, Quirke —dijo Malachy, tanteando con la mano en el suelo, junto al sillón, para encontrar su vaso de jerez.

—¿Abrumado?

Malachy se sonrojó levemente.

—Sí, por ti, por tu vida. Tienes que reaccionar.

—¿Cómo?

Malachy apenas vaciló un segundo.

—Tienes que perdonarte a ti mismo.

—¿Perdonarme? —Quirke se le quedó mirando—. ¿Qué tengo que perdonarme?

—Aquello con lo que cargas, sea lo que sea —Malachy localizó su vaso y lo alzó del suelo, pero estaba vacío. Lo hizo girar entre sus largos y pálidos dedos mientras miraba a través de él—. Tú no eres culpable de las cosas que te sucedieron cuando eras pequeño.

El silencio cayó sobre ellos como una cuchilla y, por un momento, la escasa luz de la habitación pareció ensombrecerse aún más. La rama golpeaba sin descanso la

ventana. Quirke pensó en el papel que el padre de Malachy, el juez Garret Griffin, había jugado en las cosas que le sucedieron en la infancia.

—Oye, Mal, ¿tú crees que Garret era mi padre?

De nuevo la luz de la habitación pareció debilitarse. Aquella pregunta, que ninguno de ellos había formulado jamás, sobrevolaba sus vidas desde que eran niños y crecían juntos en el hogar del juez Griffin. Antes de eso, una joven, Dolly Moran, trabajó en la casa y al parecer tuvo un niño y fue obligada a entregarlo en adopción. Los hechos, que habían sido sepultados deliberadamente en las tinieblas del tiempo, eran confusos. Si existió aquel niño, ¿era Garret Griffin su padre?, ¿era Griffin el padre de Quirke? El juez y su esposa lo habían recogido de un orfanato y le habían dado una nueva vida. En aquella época, Dolly Moran ya no estaba en la casa. Tantos misterios, pensó Quirke, tantas preguntas sin formular y sin contestar.

Malachy tomó aire lentamente.

—No lo sé. Mi padre nunca habló de eso, nunca habló de nada relacionado con eso.

—Tú lo protegiste cuando la historia amenazó con salir a la luz.

Malachy alzó desafiante la barbilla.

—Sí, lo protegí, hice lo que pude —dejó en el suelo el vaso de jerez y miró a Quirke con dureza—. Era mi padre.

Quirke saboreó su *brandy*. Se sentía extrañamente calmado, casi indiferente. Era asombroso lo poco que aquello le importaba de repente: de dónde venía, quiénes eran sus padres, cuál era su verdadero apellido... Antes esas parcelas de oscuridad de su pasado le parecían pozos insondables en cuya profundidad se perdería un día. Pero de golpe eran lo que eran: meros espacios en blanco, meras ausencias. Debería haberle hecho esa pregunta a Malachy hacía mucho tiempo. Debería habérselo preguntado a Garret Griffin.

Contempló las luces ambarinas en su copa. El *brandy* encerraba una imagen del fuego, diminuto y exacto.

—Es hora de irse —dijo.

Malachy permaneció callado. ¿Tal vez no lo había oído? Parecía inmerso en sí mismo, perdido quizá en las sombras de su propio pasado. Quirke bebió de un trago lo que quedaba de *brandy* y se puso en pie. De nuevo había bebido demasiado y sintió que la cabeza le daba vueltas. Apoyó una mano en el respaldo del sofá para no perder el equilibrio. Mal se levantó despacio.

—Me alegro de que hayas venido. Eso significa algo.

—¿Sí?

—Sí —puso una mano en el hombro de Quirke—. Mañana a primera hora llamaré a Philbin. Ordenará que te hagan una radiografía inmediatamente.

Quirke asintió, con la vista fija en el suelo.

—De acuerdo. Gracias.

Malachy tenía aún la mano sobre su hombro, luego la quitó despacio y dejó caer

el brazo a un costado.

—Cuídate, Quirke —dijo.

Los zapatos de Quirke chirriaban sobre el parqué mientras atravesaba el vestíbulo. Se alegraba de que Malachy no se hubiera ofrecido a acompañarle a la puerta, ya se arrepentía de haber acudido a pedir ayuda a su casi hermano, permitiéndole ver lo débil que era y lo indefenso que estaba. Debajo de uno de los antiguos retratos, sobre una mesa de bronce dorado, había una campana de cristal con un papagayo disecado en su interior, encaramado a un soporte de mármol. Quirke se preguntó con indolencia cuál sería su origen. ¿Qué excéntrico diplomático, qué tercer secretario nostálgico, originario de Liechtenstein o Baden-Wurtemberg, lo habría llevado allí como un recuerdo quizá de su hogar, de una infancia feliz teñida con los brillantes colores del plumaje y la voz chillona y áspera de Fritzl o Lou-Lou, aquel mágico pájaro hablador? El pasado, el pasado... Todo el mundo intentaba aferrarse a lo que había desaparecido, engalanando su inmaterialidad con abalorios y baratijas, con pedazos de sí mismos.

Rose debía de haber oído sus pasos y salió de uno de los absurdos salones de recepción que se sucedían a lo largo del vestíbulo.

—¿Habéis tenido una agradable charla a corazón abierto? —preguntó sarcástica, apoyada en el umbral de la puerta.

—Eso es difícil, me parece que Mal tiene tantos problemas como yo a la hora de localizarse ese órgano en particular. Me refiero al corazón —contestó Quirke.

—No estoy tan segura de eso —dijo ella, mirándole de arriba abajo—. Mal tiene corazón... Y tú tienes alma.

—¿Qué diferencia hay?

—Toda la del mundo.

Ella sonrió con los ojos bajos y, avanzando hacia él, le besó en la boca, presionando ligeramente su cuerpo contra el de Quirke. Su aliento sabía a *whisky* y a humo de cigarrillos. Él la rodeó con sus brazos. Era tan delgada, casi etérea; pronto empezaría a envejecer. Inclino el cuello y apoyó la frente en el hombro de la mujer. Rose se apartó y él alzó la cabeza, con expresión perpleja. Rose se encogió de hombros.

—Por los viejos tiempos.

—Rose, yo...

—Shhhh —ella le puso un dedo en los labios y sonrió—. No te des por vencido, Quirke. Vive. Eso es todo lo que tenemos.

Él asintió. Rose cogió su abrigo y su sombrero del perchero y se los tendió. Cuando abrió la puerta, la noche se abalanzó sobre el vestíbulo con su olor a lluvia y a jardín mojado y, más allá, a calle, a árboles, a ciudad, a mundo. Quirke se adentró en la oscuridad.

En Merrion Road, se detuvo y esperó a que pasara un taxi. Se vio a sí mismo de pie, encorvado en la noche como un viejo toro bajo la lluvia. Cuando por fin apareció un taxi, el conductor se inclinó y miró con recelo a aquella figura solitaria con el gran abrigo negro y el sombrero empapado. Quirke subió al asiento trasero.

—Tallaght —dijo.

Cuando terminaron su té en el Country Shop, Phoebe y David llevaron a Sally al cine. Fue idea de Phoebe. Deseaba permanecer sentada en la oscuridad durante una o dos horas, sin hablar, incluso sin pensar, solo contemplando cómo se movían por la pantalla aquellas enormes criaturas de hollín plateado, desencadenando problemas ficticios para ellos y para cualquiera que fuese lo bastante insensato como para adentrarse en su círculo de luz. Como la noche anterior Sally había ido al Carlton, fueron al Savoy, al otro lado de la calle. Al principio de la película se veía cómo Bette Davis disparaba a su amante y era juzgada por asesinato. A partir de ahí la mente de Phoebe empezó a divagar y cuando intentó concentrarse en el filme ya no logró seguirlo. No le importó. Su propia vida parecía en aquel momento mucho más complicada y difícil que la historia que se interpretaba ante sus ojos con gestos tan aparatosos y emociones tan exageradas.

Su cabeza voló de nuevo. Al observar a la actriz en la pantalla, se preguntó cómo sería dispararle a alguien. Había que estar muy desesperado para hacer algo semejante. Pensó en la pistola que había en el bolso de Sally. Estaba segura de que seguía allí, Sally era demasiado cuidadosa para no llevarla consigo y, sin embargo, resultaba irreal, tan irreal como Bette Davis haciendo de asesina cuando todo el mundo sabía que era una estrella de Hollywood con un enorme éxito.

Phoebe estaba sentada en el medio, con David a su derecha y Sally a su izquierda. Ambos parecían enfrascados en la película. Conocía a Sally desde hacía muy poco tiempo en comparación con el que hacía que conocía a David, pero sospechaba que sabía más de ella que de él o, por lo menos, la comprendía mejor. Aunque David era amable, atento, inteligente, todo lo que un novio debe ser, Phoebe sentía que dentro de él, en su propia médula, faltaba algo, una chispa fundamental. No solo le ocurría en su relación con ella. Había una lejanía en su trato con el mundo, un mundo del que ella era solo una parte. Phoebe no se lo reprochaba ni se sentía desatendida. En cierta manera, aquella indiferencia era uno de sus atractivos, pues él exigía muy poco de ella. Lo que faltaba entre ellos era simplemente pasión; Phoebe lo entendía ahora, después de haber conocido a Sally.

¿Y si David le pedía que se casara con él? La idea la hizo temblar y eso a su vez la sorprendió. ¿Por qué todo resultaba de repente tan inquietante? Después de aquel beso nada más había sucedido entre Sally y ella, pero su impacto todavía reverberaba en los nervios de Phoebe, a lo largo de sus venas, como si hubiera ocurrido un instante antes. Se dio cuenta de lo consciente que era de la presencia física de Sally,

sentada a su lado. Olía muy bien, a violetas, pensó, un perfume de violetas mezclado con un tenue y dulce olor a leche. Algo en el olor de Sally le recordó a Phoebe a otra persona, alguien que había conocido pero a quien no conseguía poner nombre.

Cuando acabó la película, tomaron un autobús, subieron al piso de arriba y se sentaron en la parte delantera: Phoebe y David en un lateral, y Sally sola en el otro. Una fina llovizna empañaba las ventanas y los letreros de neón de las tiendas ondulaban como luces submarinas. Apenas hablaron entre ellos. Las películas siempre producían ese efecto, Phoebe ya lo había notado: las gentes salían como zombis, atrapadas entre la ficción que habían contemplado absortas y el rutinario y familiar mundo, con sus autobuses, su lluvia y su tropel de transeúntes.

Al llegar a su casa, Phoebe encendió la chimenea de gas antes de ir a la cocina a preparar café. No había café, así que regresó al cuarto de estar para preguntar si les apetecía un chocolate. Sally estaba de pie junto a la ventana, en la misma posición en que había estado David horas antes. Miraba la calle, aunque no debía de haber mucho que ver con la oscuridad y la lluvia. David estaba sentado en el sillón, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en los brazos del asiento, fumando un cigarrillo. Phoebe pensó que parecían una pareja que acabara de tener una riña y se hubiera separado en un silencio airado.

Al escuchar a Phoebe, David la miró con una expresión de perplejidad tan extraña que, aunque duró solo un segundo, la intranquilizó. ¿Se habrían dicho algo? ¿Habrían discutido? ¿Cómo podían haber tenido tiempo para eso? Apenas había permanecido en la cocina un par de minutos. ¿Habría mencionado alguno de ellos lo que había sucedido cuando se conocieron unas horas antes y se quedaron a solas unos minutos? ¿Se habrían *besado* entonces? No lo podía creer, le resultaba absurdo, un producto de su calenturienta imaginación. Pero la posibilidad la atormentaba. ¿Qué debía creer? ¿En qué debía confiar?

Preparó el chocolate en un cazo. Le temblaban las manos. En la calle sonó el claxon de un coche que pasaba. ¿Para qué necesitaba alguien tocar el claxon por la noche en una calle desierta? Llevó el cazo a la mesa y empezó a servir el chocolate en tres tazas altas. De repente supo a quién le recordaba el olor de Sally: ¡a Jimmy, por supuesto! ¿Cómo era posible? Jimmy, un fumador empedernido, olía a cigarrillos y a poco más, que ella recordara. No obstante, no cabía duda de que era Jimmy quien le había venido a la cabeza cuando estaba sentada en el cine, sintiendo la cálida proximidad del cuerpo de Sally y respirando su dulce y lechoso aroma a violetas.

Mientras bebían el chocolate, comentaron la película. A David le había parecido una tontería, aunque consideraba admirable la interpretación de Bette Davis, al menos eso fue lo que dijo. Sally permaneció callada. Parecía hallarse en otra parte. David encendió otro cigarrillo y tan pronto lo terminó se puso en pie y dijo que debía irse. Con la cabeza hizo un gesto de despedida a Sally, que sonrió ausente. Phoebe le acompañó hasta la puerta. Pensaba que la besaría en el rellano, pero se limitó a esbozar una vaga sonrisa, la misma que había dirigido a Sally, y desapareció escaleras

abajo.

Cuando regresó al cuarto de estar, Sally se hallaba sentada en el sillón donde antes estaba David, inclinada hacia delante con la taza entre las manos. Miró a Phoebe sin decir nada. Phoebe aguardó. ¿No tenía nada que decir sobre David, el hombre que había conocido aquella noche, el novio de Phoebe? Sally no tenía nada que decir, por lo visto.

—Me duele la cabeza. Voy a dar un paseo —dijo Phoebe.

Estaba furiosa con David, con Sally, consigo misma.

—¿Un paseo? ¿Con este tiempo? —preguntó Sally, volviéndose hacia ella.

Sin contestar, Phoebe cogió el abrigo. Nunca antes se había dado cuenta de lo mucho que le desagradaba el olor a chocolate.

Sally tenía razón, por supuesto: era una locura salir con aquella oscuridad y aquella lluvia copiosa. Ni siquiera había pensado en llevar un paraguas, pero no podía regresar. Al pie de las escaleras de entrada, dobló hacia la izquierda y se encaminó hacia Huband Bridge. Podía ver el sauce llorón junto al puente, inclinado a la luz de la farola con la neblina amarillenta alrededor como si fuese pelusa.

La calle estaba desierta, el único sonido era el de sus propias pisadas taconeando sobre la acera. Su mente giraba enloquecida. Tenía la súbita impresión de hallarse en un lugar ajeno donde ya no conocía a la gente que antes conocía, la gente que ella había pensado que conocía. ¿Eran celos? ¿Estar celoso significaba aquel loco desasosiego de la mente y aquella opresión dura y pesada en el pecho? Ante ella aparecían rostros suspendidos, el de David, el de Sally Minor, impasibles y con los ojos hundidos como máscaras de una obra de la antigua Grecia. Sintió pánico; se imaginó girando lenta e incesantemente, igual que un ahorcado. No quería sentirse así; no quería pensar así.

No se habían besado. David y Sally no se habían besado, estaba segura. Aquello era fruto de su febril imaginación. Lo era. *Lo era.*

Si al menos Sally hubiera dicho algo sobre David, algo sencillo e inocente. *Qué agradable es. Me gusta. Tienes suerte.*

Deseó que Sally se fuera. Quería que se fuera ya, que no estuviese cuando ella regresara a casa, que hubiera vuelto a Kilburn o a donde fuese que vivía, a su cuarto encima de la tienda del señor Patel, al olor a curry y a las voces encrespadas de los niños del tendero peleando. Deseó no haberla conocido. Deseó que aquel beso no hubiera sucedido. Deseó...

No lo oyó aproximarse a sus espaldas. Más tarde, le pareció que lo primero que había advertido fue su olor a tabaco y a oveja mojada. Llevaba la misma gorra de paño, Phoebe la reconoció de inmediato. Qué extraño percibir tantas cosas en un lapso de tiempo tan breve, apenas dos segundos, antes de que él la adelantara, cortándole el paso, y le agarrara de la muñeca. Era el mismo hombre que había

entrado en el café el día que conoció a Sally y se quedó mirándolas, a Sally y luego a ella, antes de salir de nuevo a la lluvia. Era el mismo hombre que había permanecido de pie frente a su piso, junto a la verja que daba al camino de sirga, protegiendo su cigarrillo con la palma ahuecada de la mano. ¿Por qué no le había prestado más atención?

Con el rostro casi pegado al suyo, el hombre decía algo. No le había retorcido el brazo, tan solo se lo sujetaba, pero con tal fuerza que Phoebe temió que le aplastara el pequeño hueso que sobresalía en un lateral de la muñeca. ¿Debía gritar? No estaba segura de que le saliera la voz.

¿Qué le estaba diciendo? No conseguía comprenderlo. Intentó concentrarse. La policía le preguntaría qué le había dicho, querrían saber las palabras, sus palabras exactas.

—Escucha —susurró él con violencia—. Escúchame, puta.

Tras el hombre, Phoebe veía el sauce llorón junto al puente, su copa inclinada y envuelta en la brillante luz grisácea. Con una sensación de inmensa sorpresa, se preguntó si iba a morir allí, si habría llegado su hora.

19.

La lluvia, la lluvia interminable continuaba cayendo sesgada cuando el taxi dobló para entrar en la calle principal de Tallaght. El conductor, un tipo fornido que resollaba asmático, ya había protestado airadamente por tener que ir tan lejos de la ciudad. Se irritó aún más cuando Quirke le comentó, con fatigado sarcasmo, que conducía un taxi, que el taxímetro marcaba dos libras y que la cifra seguía subiendo.

—En medio de la maldita noche, además —rezongó el taxista, jadeando con rabia antes de hundirse en un silencio enfurruñado.

Aún no eran las nueve. Quirke suspiró. No había parado durante todo el largo día, había viajado hasta allí y se encontraba agotado. Tenía la sensación de que las cosas estaban llegando a su fin, de que la gran carpa del circo había sido desarmada, los animales encerrados en sus jaulas y la amazona vestida de lentejuelas que había montado a pelo se estaba quitando el denso maquillaje a la luz incierta de una lámpara.

Atravesaron el pueblo y, en la encrucijada, Quirke señaló el sendero embarrado que llevaba al asentamiento de los *tinkers*.

—No pienso meterme por ahí —protestó indignado el conductor—. Por allí tienen su campamento los chatarreros.

Quirke le dijo que se detuviera, que haría a pie el resto del camino. El tipo se giró en su asiento y le miró con incredulidad.

—Le estoy diciendo que lo único que va a encontrar allí son *tinkers*.

Quirke sacó la cartera sin responder.

De pie en la oscuridad y bajo la silenciosa lluvia, Quirke observó las luces del taxi, que dio marcha atrás en el sendero hasta que pudo dar la vuelta y, tras meter primera, se alejó con gran estruendo. La noche se cerró al momento sobre él. Tenía un aroma salvaje, como el pelaje húmedo de un animal. La oscuridad poseía un brillo cristalino. Aguardó a que su vista se acostumbrara. Dio un paso y su pie derecho, dentro de su costoso zapato italiano, se hundió con un sonido de succión en el barro del camino. Alzó la cabeza y respiró, hinchando las aletas de la nariz. Era consciente de la sensación de violenta euforia que le embargaba, de hambre animal. Pero ¿a qué se debía aquella euforia?, ¿de qué estaba hambriento?

Las tinieblas eran tan densas que velaban incluso el proyector que llevaba días dirigido sobre él y que se hallaba más allá del perímetro de su visión. Vislumbró en la distancia las luces reales del campamento de Packie el Quinqui. No sabía qué le llevaba hasta allí. En su imaginación vio de nuevo a la mujer del cabello negro alejándose del carromato y a la niña que la acompañaba y a ambas mirándole con aquella expresión de un lóbrego secreto en los ojos. Avanzó dando tumbos. A pesar de las luces que resplandecían ante él y del innegable terreno fangoso, su sentido espacial se había desvanecido. Podría haber estado volando, no en el cielo, pero sí en un medio elevado y nuboso que le sostenía como si fuese incorpóreo.

Llegó a la entrada del campamento, la intuyó más que verla: una hendidura enorme en las esponjosas e inquietantes tinieblas. La atravesó. El barro era más profundo, más viscoso. Oía a caballos. Un perro ladró muy cerca y Quirke se detuvo. El animal se aproximó, una sombra tenebrosa que se deslizaba en la más negra oscuridad. Entrevió un destello de colmillos y se asustó, pero el animal restregó sus flancos contra las piernas del hombre, gimoteando. Se inclinó para acariciar su pelaje húmedo y resbaladizo.

—Buen perro —le dijo en voz baja.

Para aquella criatura, él debía de representar un nuevo tipo de humano, amable y afectuoso e inofensivo, que no suponía una amenaza real.

Continuó su camino con el perro pegado a los talones. En algún lugar sonaba música, alguien tocaba el acordeón o tal vez fuese una armónica. Vio la luz de una hoguera. ¿Todavía estarían ardiendo los neumáticos? Pero la fogata era más pequeña y estaba en un emplazamiento distinto; en su resplandor parpadeante vio el círculo de carromatos. Se detuvo otra vez, paralizado por el recuerdo de los dos jóvenes *tinkers* que había sorprendido aquella mañana sentados en el chasis oxidado del coche, vigilándolos a Hackett y a él. Podía morir allí, podrían degollarle y nadie se enteraría. Packie y la banda de niños que había visto en torno a la hoguera agarrarían su cuerpo y lo enterrarían en alguna parte o lo arrojarían al fuego y dejarían que ardiera hasta convertirse en cenizas. Se estremeció con un miedo renovado y casi sensual.

Se puso de nuevo en marcha y de nuevo el perro le siguió.

La vio como la había visto la primera vez, con la cabeza asomada por la puerta de uno de los carromatos; el fuego hacía brillar su cabello como si estuviese lacado de negro azulado e iluminaba su rostro delgado y despierto. ¿Podría verle allí, en medio de la noche? Seguro que tenía mejor vista que él; probablemente aquella gente era capaz de ver en la oscuridad. Se aproximó a ella por el terreno irregular, temeroso de resbalar y caerse. Se sentía como un sonámbulo, caminando en un sueño. La mujer seguía allí, inclinada hacia delante, con los brazos flexionados y apoyados en el marco de la puerta. Debía de estar mojándose con la lluvia, ¿acaso no le importaba? A su espalda había luz y las cuencas de sus ojos semejaban negros agujeros. ¿Cómo la había reconocido en la oscuridad y a tanta distancia? Tan solo lo supo, sabía que tenía que ser ella, y era ella.

Se detuvo junto al carromato. El rostro de la mujer, sobre él, se encontraba a menos de medio metro del suyo, pero sus ojos seguían sumergidos en dos pozos de negrura. Le pareció que le sonreía, serena y sin mostrar sorpresa ninguna.

—¡Vaya, es usted! —dijo la mujer en voz baja—. Sabía que volvería.

Él no supo qué decir. Su abrigo empapado pesaba como un muerto y habían empezado a dolerle los pies, húmedos y fríos dentro de los zapatos mojados. Se quitó el sombrero y se lo llevó al pecho.

—¿Le apetece entrar? —le preguntó ella con tono jovial y un tanto burlón.

—No sé si debo —contestó Quirke.

Ella pareció pensarlo un instante antes de lanzar una breve carcajada.

—No debería, pero entrará a pesar de ello.

Su cabeza desapareció en el interior y Quirke oyó el sonido de sus pies descalzos en el suelo mientras el carromato se balanceaba ligeramente y los ejes crujían. El hombre dio un paso, abrió la parte inferior de la puerta y, sujetando el marco por los laterales como había visto hacer a Packie el Quinqui, subió a pulso y se encorvó para atravesar la estrecha entrada.

El interior era muy parecido al del otro carromato donde había estado aquel mismo día, con una cama que hacía de banco a cada lado y una estufa de hierro junto a la puerta. Había una cortina de encaje ante cada cama, y las dos estaban recogidas hacia un lado con una cinta azul en la parte inferior. Clavadas sobre las paredes curvas había ilustraciones recortadas de revistas: imágenes de paisajes con castillos y césped, reproducciones de pinturas, una fotografía en color de Marilyn Monroe haciendo un mohín a la cámara. Una lámpara de aceite colgaba del techo, la estufa se encontraba encendida y el ambiente estaba cargado con el olor a parafina y a humo de la madera, pero tras aquellos olores se distinguía la fragancia de alguna hierba o de alguna especia que Quirke no logró identificar.

La mujer estaba sentada en la cama de la derecha, liando un cigarrillo. Sus dedos eran largos y delicados, pero tenía negros ribetes de suciedad debajo de las uñas, igual que en las de los pies. Vestía la misma blusa blanca y la misma falda roja que llevaba cuando la vio por primera vez. Pequeñas perlas adornaban sus orejas. Ella no le miró, concentrada en el pitillo, la punta de su lengua asomada por la comisura de la boca. A Quirke no se le ocurrió nada que decir y permaneció allí de pie, con su abrigo mojado y el sombrero en las manos.

Entonces vio a la niña, la misma que iba con la mujer cuando fueron al campamento. Estaba sentada en la otra cama, medio oculta por la cortina de encaje recogida. Con la espalda apoyada en la pared del fondo, se abrazaba las rodillas dobladas mientras observaba sin parpadear a Quirke con expresión grave e intensa. Él le sonrió con la mejor sonrisa que supo. Ella no le devolvió la sonrisa y siguió mirándole como si nunca le hubiera visto a él o a personas como él.

El perro, que se había quedado fuera, gemía lastimero. La mujer estiró una pierna de costado y, de una patada, cerró la parte inferior de la puerta. Un leño se derrumbó en el interior de la estufa con un sonido amortiguado.

Ella se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y, con el cigarrillo en los labios, contempló a Quirke. Él buscó a tientas su mechero. La llama iluminó brevemente el rostro de la mujer y arrancó un destello de sus ojos verde botella.

—Siéntate, anda, me estás mareando ahí de pie como un maldito pájaro —le dijo.

Él se quitó el abrigo y lo colocó a los pies de la cama donde estaba la niña, puso el sombrero encima y se sentó en el hueco entre su ropa y la silenciosa cría. Sus rodillas y las de la mujer casi se rozaban, igual que le había sucedido con Hackett. ¿Se encontraba realmente allí o lo estaría imaginando? ¿Sería otra fantasmagoría a la

que había sucumbido?

—Este es mi rincón, el mío, así que no temas que aparezca alguien.

—¿Por qué iba a temerlo? —preguntó él.

Sin separar los labios, la mujer esbozó una sonrisa pícaro como respuesta. Continuó fumando. La razón de que él estuviera allí, de que hubiera regresado tan pronto, parecía serle indiferente. Quirke oía la respiración congestionada de la niña.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la mujer.

—Quirke.

Ella asintió. Quirke tuvo la sensación de que había tomado su nombre y lo estaba examinando, de la misma manera que se llevaría una moneda de oro a los dientes para morderla.

—Yo me llamo Molly, aunque me llaman Molsh. *Él* me llama así.

Lo observaba a través del humo del pitillo. La niña en la cama seguía con la vista clavada en él y, ante aquellos dos pares de ojos implacables, Quirke se sintió encoger como un caracol.

—Y esta es Lily —la mujer señaló a la niña con un gesto de la barbilla.

—¿Es tu...? ¿Es tu hija? —preguntó Quirke.

Los ojos de Molly seguían fijos en él como si no le hubiera oído, como si él no hubiera dicho nada. Parecía estar pensando en otra cosa, sumida en cálculos astutos y absorbentes.

—Es lileta —repuso la mujer y, al ver la expresión de perplejidad de Quirke, se llevó un dedo a la sien y lo giró—. Nació así, no hay nada que hacer —se giró hacia la niña y le habló casi a gritos—. ¿Estás bien, Lily? —la niña no dijo nada, tan solo desplazó lentamente la mirada de Quirke a la mujer, como si estuviera girando con gran esfuerzo algo muy pesado sobre un pivote—. Todo está bien. No pasa nada —le dijo Molly en tono tranquilizador.

El perro lanzó un airado aullido final y lo oyeron alejarse trotando entre gruñidos.

—¿Te has fijado en si estaban fuera esos dos pirantes? —le preguntó Molly a Quirke—. Mikey y Paudeen.

—No sé quiénes son.

—Son hijos de Packie. Esta mañana me di cuenta de cómo os echaban el ojo a ti y al polilla cuando os marchabais.

—Yo no los vi, solo te vi a ti —dijo Quirke, sin saber por qué mentía.

Ella soltó una sombría carcajada.

—Mejor, esos chicos te despacharían en un segundo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Esta vez ella se rio con ganas.

—No te hagas el inocente —replicó, alegre.

Durante un rato no dijeron nada.

—¿Está Packie por aquí? —preguntó Quirke.

—¿Y dónde iba a estar?

—No sé, podría estar haciendo negocios en otra parte.

—¿Negocios? —preguntó ella, divertida—. Siempre está haciendo negocios, pero no necesita desplazarse.

—¿Es tu... tu marido?

El rostro de la mujer se ensombreció levemente.

—Soy su cachí.

—¿Cachí? ¿Eso significa «esposa»?

—*Cachí* significa «mujer» —dijo ella, y volvió la cara con una mueca de asco, como si algo amargo le hubiera subido a la boca. Tardó un instante en volver a hablar—. Mi hermana era su romí, su esposa. Se murió.

Él bajó la voz hasta convertirla en un murmullo.

—¿Y Lily? ¿Es tuya?

Ella arrugó la cara en un gesto de asqueada incredulidad.

—¿Te estás burlando de mí?

—Lo siento, no era mi intención...

Canela. A eso olía: a canela, su suave fragancia castaña. Durante un segundo, imaginó el desierto bajo la luz de la luna, las dunas resplandecientes en forma de acantilado, sus bordes afilados como cimitarras y, en la distancia, a la cabeza de un alargado penacho de polvo, una hilera de camellos que guiaban hombres por las riendas y, sobre los camellos, otros hombres con turbantes y rostros atezados y angulosos y, tras ellos, sus mujeres, veladas, enojadas, orondas como palomas.

—Hay un joven que trabajaba en un periódico. Se llamaba Jimmy Minor. Un tipo muy pequeño, casi tan pequeño como un niño. Fumaba mucho. ¿Estuvo aquí? ¿Lo viste?

Ella se desplazó por el borde de la cama hasta la estufa y con un gancho de metal abrió la portezuela, arrojó la colilla de su cigarrillo a las llamas y volvió a cerrarla. No, se había equivocado, pensó Quirke. Lo que él olía no era canela, sino alguna madera dulce que ardía en la estufa, tal vez palisandro o cedro. Volvió a preguntarse si de verdad se encontraría allí. Pero ¿percibiría aquel aroma si todo fuese producto de su imaginación? La mujer sentada frente a él, la niña en la cama ¿parecerían tan reales? Cerró el puño de la mano derecha y se clavó las uñas en la palma. Lo sentía perfectamente. No obstante, ¿cómo podía estar seguro de que sus nervios no le estaban engañando? Al pensarlo, sintió aquel vértigo ya familiar, como si estuviese en el borde de un precipicio y el oscuro vacío le animara a saltar, *a saltar*. Pero él no saltaría, no, no lo haría. Aún le quedaban tantas cosas por hacer, tantas cosas. No moriría.

La mujer estaba liando otro cigarrillo. Enrolló con habilidad el papel hasta formar un delgado cilindro blanco y humedeció el borde engomado con la afilada punta encarnada de la lengua. Cuando hubo terminado, le ofreció el pitillo a Quirke. Él lo cogió y se lo agradeció. La mujer comenzó a liar otro para ella.

—¿Estuvo aquí Jimmy Minor? ¿Lo viste?

—¿El jambo pelirrojo? —inquirió la mujer, mientras golpeaba levemente uno de los extremos del pitillo sobre la uña del pulgar.

—¿El jambo? ¿Qué significa eso?

Ella utilizó el mechero de Quirke para encender el pitillo, se recostó y lanzó un cono de humo al techo curvo.

—El que no es *tinker*. ¿Te refieres al pelirrojo?

Quirke asintió.

—Sí, Jimmy Minor era pelirrojo.

Ella volvió a desplazarse por el borde de la cama, cogió una tetera de algún punto del suelo, con el gancho metálico levantó la placa protectora de la estufa y colocó la tetera en el hornillo. Varias gotas sisearon y se deslizaron velozmente sobre el metal encendido.

Quirke percibió de nuevo la trabajosa respiración de la niña. Asmática, pensó sin prestar más atención. De repente, la cría se movió y avanzó sobre la cama a cuatro patas, dejó atrás la cortina de encaje, extendió la mano hacia Quirke e intentó quitarle el cigarrillo de los dedos. Él retrocedió de manera instintiva, pero la cría persistió hasta que Quirke no tuvo más remedio que cedérselo. Ella lo sujetó entre dos dedos y el pulgar, volvió a sentarse como antes, con la espalda apoyada en la pared, y aspiró una larga y profunda calada. La mujer se rio.

—Te vas a poner nasallí —le dijo a la niña, que la ignoró e inhaló otra calada.

El agua empezó a rugir dentro de la tetera.

Sin separar la vista de la cría, la mujer se dirigió a Quirke.

—¿Le preguntaste a él por el jambo pelirrojo?

—¿Te refieres a Packie? Sí, se lo pregunté.

La mujer asintió.

—Imagino que por eso vino la pestañí.

—¿La pestañí?

—El polilla —explicó ella con impaciencia—, el policia.

Se puso en pie, abrió un pequeño armario próximo a la estufa y sacó un cazo y una lata amarilla de té Campbell. Con una cuchara echó en el cazo las hojas que había sacado de la lata. No parecían hojas de té, tenían un pálido color tostado y se las veía ligeras y quebradizas. Vertió el agua de la tetera sobre ellas, muy cerca de Quirke, y el olor de su carne sin lavar, dulce, tostada y cálida como una galleta, anegó la nariz del hombre.

La niña, que seguía fumando, sufrió un ataque de tos. Se inclinó hacia delante, tosiendo y boqueando, y su rostro adquirió una palidez azulada. La mujer no le prestó ninguna atención, el acceso de tos pasó y la cría volvió a apoyarse contra la pared, jadeando con la cabeza inclinada. Quirke le quitó el cigarrillo de entre los dedos, lo tiró al suelo y lo pisó con el tacón.

—Lo mataron. Lo asesinaron —le contó a Molly—. Me refiero al joven... ¿Cómo lo llamas tú? El jambo pelirrojo.

—¿No me digas? —repuso ella sin mostrar ninguna sorpresa. Se dirigió de nuevo al armario, sacó dos tazas dispares y le tendió una a Quirke, que la sostuvo en alto para que le sirviera del cazo—. Pruébalo —le dijo.

Quirke olfateó el brebaje. Tenía un aroma seco y amargo, como palisandro. Dio un sorbo. Un sabor fuerte, parecido al *whisky*, ligeramente rancio y con un punto de turba.

—¿Qué es? —preguntó.

La mujer se limitó a observarlo sin contestar.

Dio un nuevo sorbo a la extraña infusión. También la niña tenía clavados sus ojos en él. ¿Estaría intentando envenenarle aquella mujer? En realidad, le daba igual. Se recostó contra la pared y, al notar cómo se relajaban los músculos de su espalda, se dio cuenta de lo tenso que estaba desde que se sentó en la cama.

Volvió a acercarse a los labios la caliente y amarga infusión. En la taza había figuras pintadas: personas en quimonos, un pequeño lago que sobrevolaba una grulla, o era una cigüeña tal vez, y lejanas colinas nevadas. Todos esos pequeños detalles... ¿Cómo no iban a ser reales?

—¿Vas a hablarme de Jimmy Minor? —le pidió a la mujer.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Alguien..., uno o varios le asesinaron y arrojaron su cuerpo al canal.

La mujer se sentó en la cama. Se había servido un poco de infusión del cazo, pero apenas la había tocado. Se quedó mirando frente a ella con la vista perdida.

—Sí, estuvo aquí —dijo—. Vino a preguntar sobre el otro.

Quirke aguardó un rato antes de hablar.

—¿Qué otro?

—El eraípe.

Él tomó aire lenta y profundamente.

—El eraípe —repitió—. ¿El sacerdote? —sintió que iba a desvanecerse, algo en su interior pareció caer y luego se alzó con silencioso esfuerzo. Escuchó de nuevo aquella música lejana, el suave lamento de la armónica o del acordeón. *Hohone, hoho-honan...*—. ¿Qué sacerdote? ¿El padre Honan? Él también solía venir por aquí, ¿verdad? ¿El padre Honan? —el nombre le sonó extraño... Tenía una sonoridad melodiosa y alegre: *hohonan, hohone*—. Todos le llaman padre Mick.

Con la mirada aún fija al frente, la mujer sonrió furiosa.

—Sí —dijo casi en un susurro—. Sí... El padre Mick. El otro jambo pelirrojo.

Apoyada en la verja mojada para no caerse, Phoebe vio cómo el hombre se alejaba con rapidez bajo la lluvia, balanceando los brazos, la gorra encasquetada y la zamarra de piel bien cerrada, sus botas taconeando marcialmente el asfalto. Más tarde recordaría que en ese momento pensó que debía de haber sido soldado. Dobló a la derecha, cruzó el pequeño puente de piedra y ya no lo vio más.

Había creído que la iba a matar. Le había agarrado de la muñeca, atenazándola con fuerza, aplastándola, mientras aproximaba su rostro al de ella y le decía algo en voz baja y áspera. Su aliento caliente apestaba a alcohol y a carne. Para no verle los ojos, ella le había mirado la boca. Al hablar, mostraba los dientes inferiores de su huesuda mandíbula. Apenas conseguía comprender las palabras que le escupía a la cara. Dijo un nombre, *Costigan*, que le resultó familiar, aunque no sabía cómo ni dónde lo había oído antes. Había aterrorizado a Phoebe, que aún temblaba; sentía castañetear sus dientes y temió hacerse pis encima. En lo único que lograba pensar era en que el hombre podía regresar, podía regresar y apresarle de nuevo la muñeca e insultarla y advertirle que advirtiera a su padre...

Se separó de la verja y empezó a caminar. Temblaba con tal fuerza que le sorprendió que sus huesos no entrecucharan. Iba en la misma dirección que su asaltante, ¿no debería regresar a su piso? Pero Sally estaba allí y no quería ver a Sally. Continuó andando. A duras penas conseguía marchar en línea recta, le chocaban las rodillas y se tropezaba de tal manera con sus propios pies que pensó que, en cualquier momento, se caería de cabeza a la acera mojada.

Dobló la esquina y entró en Mount Street Crescent. La torre cuadrada de la iglesia del Pimentero se alzaba tranquilizadora sobre ella. Un santuario. Eso era lo que necesitaba.

El aire de Mount Street parecía una gasa. Phoebe se llevó la mano al rostro y descubrió que estaba llorando. Buscó un pañuelo en los bolsillos, pero no encontró ninguno. ¿Por qué había salido sin bolso? ¿O lo llevaba antes y el hombre se lo había robado? No, él no quería robarle, era otra cosa lo que perseguía.

Antes de darse cuenta, ya había subido temblorosa los escalones y presionaba el timbre de Quirke. «Por favor, que esté en casa», pensó. Apretó el botón de nuevo y, sin separar el dedo, oyó el tenue y agudo sonido del timbre en la casa de su padre, en el tercer piso, y comprendió que no había nadie. Le fallaron las rodillas y, aunque se sujetó al pomo de latón, no tenía fuerzas para mantenerse en pie y, con la espalda apoyada contra la puerta, se dejó caer lentamente hasta ovillarse en una esquina de la entrada, llorando.

Apenas había transcurrido un instante, no parecía más de un instante, y, sin embargo, todo había cambiado. Ya no estaba sentado con la taza en la mano, sino tumbado, tumbado a lo largo y boca arriba sobre la estrecha cama. ¿Cómo era posible? Sus ojos vagaron sobre el negro techo curvo. Estaba tranquilo y a gusto y eso le sorprendió. Miró a un lado: la niña dormía en la otra cama, tapada con una manta y con el pulgar en la boca. Sus párpados eran pulidos y de un rosa pálido, como el interior de una concha de mar, y a él le pareció que nunca había visto nada tan delicado, tan hermoso.

Apoyó las manos en la cama y se alzó levemente. La mujer estaba asomada a la

puerta por la parte superior, con la cabeza y los hombros inclinados hacia fuera, tal como él la había visto cuando llegó. Quirke debió de hacer ruido y la mujer se dio la vuelta y lo miró. Él se sentó, presionando las manos contra el colchón para no perder el equilibrio, aunque no fue necesario porque ya no estaba mareado. De hecho, se sentía maravillosamente despejado. Había dormido; la mujer debía de haberle drogado, debía de haber echado algo a la infusión que le había dado. No le importó. No se sentía tan descansado desde hacía mucho tiempo.

—Lo siento, creo que... —no sabía qué decir. No importaba. Nada importaba.

La mujer cerró la ventana, caminó con lentitud hasta colocarse entre las dos camas y se quedó inmóvil, de pie, observándolo. Su rostro mostraba una leve curiosidad teñida de guasa.

—Estaba vigilando por si él aparece. Si descubriera que estás aquí, diría que estábamos piraberando y sería tu fin.

—¿Piraberando? —preguntó Quirke.

—Haciéndolo, ya sabes... —se mordió el labio y soltó una risita—. Nosotros lo llamamos *piraberar*.

—Pero me dijiste que este era tu rincón, que aquí no vendría nadie.

—Para él no hay puertas cerradas —replicó sombría la mujer.

Quirke miró de nuevo a la niña dormida. Respiraba por la boca y emitía inquietantes sonidos animales, pequeños gañidos y relinchos.

—Está soñando, Dios sabe con qué —dijo la mujer, mirando asimismo a la niña.

Se sentó en la cama al lado de Quirke. Él contempló los dedos de sus pies plantados en los tablones desnudos del suelo. Al notar su mirada, ella los movió.

—¿Qué me diste para beber? —preguntó.

—Té —ella pronunció *teeé*—, nada más. En cualquier caso, has dormido a pierna suelta. Eres un hombre fatigado, se ve.

Él esbozó una sonrisa y la miró de refilón.

—Sí, Molly, soy un hombre fatigado.

Sacó sus cigarrillos y le ofreció a la mujer, pero ella sacudió la cabeza con desdén. Quirke encontró su mechero. Se preguntó si la cartera seguiría en su bolsillo, ella podría habérsela robado mientras dormía a pierna suelta, pero no se molestó en comprobarlo. Era agradable y relajado estar sentado junto a ella, en su cálida compañía; después de tantas tempestades, se sentía en paz consigo mismo.

—Háblame de esos dos, de los dos jambos pelirrojos.

—¿Qué quieres que te diga? —era ella, con un destello burlón en los ojos, quien ahora sonreía y le miraba de reojo.

—Dime quién mató al joven. Dime quién mató a Jimmy Minor.

Ella se aproximó a la estufa, abrió la portezuela con el gancho de metal y cogió un tronco de la cesta de mimbre que había bajo la cama donde dormía la niña. Lo echó sobre las brasas incandescentes y cerró la estufa. Quirke miró la parte superior de la puerta, que seguía abierta, y vio la luna, que resplandecía baja en el horizonte,

un disco plateado singularmente pequeño pero intensamente brillante. ¿Cuándo había parado de llover? Se subió el puño de la camisa para mirar el reloj y le asombró comprobar que ni siquiera eran las diez. Aunque tenía la impresión de haber dormido durante horas, apenas habían transcurrido unos minutos. Para empezar, ¿cómo era posible que se hubiera tumbado? No recordaba haberse echado en la cama. ¿Le habría ayudado Molly? Sin embargo, desconocer qué había sucedido no le preocupaba. Sus embarrados zapatos habían empezado a secarse, notaba la tirantez del cuero.

Cuando terminó de alimentar la estufa, Molly se sentó, pero esta vez lo hizo enfrente de él, en la cama donde dormía la niña. Quirke contempló la abertura de su blusa, la colina de sus pechos, la suave sombra entre ellos. *Piraberando*. Quirke sonrió.

Molly colocó con suavidad una mano sobre la frente de la cría. Nada parecía perturbar su sueño.

—El eraipe lo hizo —dijo.

El perro había regresado y aullaba lastimero para que le dejaran entrar.

—¿El sacerdote? ¿Qué fue lo que hizo? —preguntó Quirke.

Transcurrió un largo rato antes de que Molly hablara de nuevo. La luna brillaba en la ventana; el perro continuaba gimiendo. Quirke recordó al sacerdote recostado contra la barra en el hotel Flynne, alisándose la corbata con una mano y alzando su vaso de *whisky* con la otra, mientras le sonreía por encima del borde de cristal.

—Menuda panda de maricas son los curas. Yo no quiero ningún trato con ellos —dijo Molly—. Fue él quien lo trajo aquí.

—¿Te refieres a Packie? ¿Fue Packie quien trajo aquí al padre Mick?

—Sí —en la cama, la niña emitió un quejido como si estuviera sufriendo y Molly volvió a posar la mano sobre su frente—. Se interesó mucho por esta. Le dijo a Packie que podía ayudarla, que podía enseñarle a leer libros y cosas así. «¿Qué libros?», le digo yo a él, «¿cómo va a enseñarle a leer libros si ella no tiene ni una pizca de seso?». Y él me dice: «El padre Mick le enseñará, el padre Mick es la persona adecuada» —la boca de la mujer, que miraba a la niña, se tensó—. Así que empezó a venir aquí todas las semanas, los domingos por la noche. Solo verle, yo supe lo que era.

—¿Qué era? —preguntó Quirke.

—Le enseñó, ah, sí, y cómo —prosiguió ella, que no parecía haberle oído.

—¿Qué cosas le enseñó?

Ella clavó sus ojos en él con gesto adusto.

—El tipo de cosas que nunca encontrarías en un libro decente. A sus clases, como él las llamaba, iban todos los chicos y las chicas del campamento. Packie estaba encantado. «Todos van a ser grandes estudiantes, conseguirán muy buenos trabajos y me mantendrán cuando sea viejo», decía. ¡Liló!

La mujer se detuvo. Quirke miró la luna en la ventana y la luna le devolvió la

mirada. Tenía la garganta seca. Recordó de nuevo aquella noche lluviosa en el bar del hotel Flynn, cuando el sacerdote se volvió para contemplar con una sonrisa de profundo desdén al joven que, con el rostro enrojecido, seguía envarado a su furiosa novia. ¿Qué fue lo que dijo entonces? Algo sobre el amor y sus contrariedades.

—¿Qué hiciste tú? —preguntó Quirke.

Molly tardó en contestar.

—No sabía qué estaba pasando —murmuró, y acarició la frente de la niña dormida—. Ella nunca me contó nada.

—¿Por qué?

La mujer movió lentamente la cabeza.

—¿Por qué? Eso es como preguntar por qué sopla el viento. Nunca me lo habría dicho, pero llegó un momento en que ya no pudo ocultarlo.

—¿Ocultar qué?

—Que estaba cambrí, que tenía dentro un bebé, ella, que era poco más que un bebé —calló, y Quirke se sorprendió al ver que sonreía con frialdad y con los ojos entrecerrados—. Ella sí se lo dijo a él.

Quirke aguardó un instante antes de preguntar.

—¿Se lo dijo a Packie?

La mujer asintió.

—Sí, le dijo que había sido el jambo pelirrojo y le dijo todas las cosas que le había hecho. Y no solo a ella.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro: ¡se lo estaba haciendo a la mitad de las criaturas del campamento!

—¿Había más niñas como Lily?

—Sí, niñas y también niños, todos a los que se suponía que estaba enseñando a leer. A él le daba igual, con tal de que fuesen criaturas.

—¿Cómo es que ninguno de ellos dijo nada? ¿Por qué no contaron lo que estaba sucediendo?

Ella le miró con lástima. No necesitó añadir nada; él ya conocía la respuesta. ¿Con quién podría haber hablado él en Carriclea cuando era niño? ¿Quién le habría creído? ¿Quién le habría tan siquiera escuchado?

—¿Qué hizo Packie cuando ella se lo contó?

—No estaba dispuesto a admitir que había sido el cura, por supuesto, así que envió a Mikey y a Paudeen a por ese desgraciado joven. Alguien tenía que pagar.

—Pero tú sabías que ella no se refería a Jimmy Minor cuando dijo que era el jambo pelirrojo. Tú sabías cuál de los dos era.

Ella hizo una mueca y frunció la boca como si fuera a escupir.

—¿Qué más da lo que yo supiera? Él también lo sabía.

—Pero si él sabía que no había sido Jimmy...

—¿Qué importa? El jambo pelirrojo lo hizo, con eso le bastaba. Está claro que al cura no podían ponerle la mano encima... Solo habría acarreado desgracias.

—¿Y el bebé? ¿Qué pasó con él? —preguntó Quirke.

La mujer miró a la cría, su mano aún sobre la pequeña frente. Se encogió de hombros.

—No lo tenía bien agarrado. ¿Cómo iba a agarrarlo bien después de la manera pecaminosa como le llegó?

—Ya entiendo.

La mujer le sonrió con malicia, mirándole con los ojos entornados.

—¿Sí? Pues estarás contento. Has dormido a pierna suelta y ya sabes lo que viniste a averiguar. Ahora te tienes que largar —la mirada de él borró la sonrisa de su rostro e hizo que desviara la vista.

—¿Por qué me lo has contado?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —replicó ella con presteza y casi furia.

—¿Y si yo lo contara?

La mujer sacó el tabaco y el papel de fumar, los dejó sobre el regazo de su falda roja y empezó a liar un cigarrillo.

—¿A quién se lo ibas a contar?

—¿A los policías?

La respuesta pareció divertirla y, asintiendo con la cabeza, esbozó una sombría sonrisa.

—Mikey y Paudeen se habrán ido mañana en el barco.

—¿Adónde?

—A Enlubachen. A Inglaterra, como decís vosotros. El sitio perfecto para perderse.

Quirke dejó escapar un lento y profundo suspiro.

—Así que Packie los manda fuera.

Ella se encogió de hombros.

—No habrá quien les eche el lazo a esos dos, por mucho que los busque el polilla ese. Se lo puedes decir de mi parte. Esos chicos saben muy bien cómo esconderse.

En el cuadrado de cielo aterciopelado que enmarcaba la puerta, la luna se abría camino lentamente, como si se estuviese escapando. Qué asombroso resultaba aquel balón plateado de luz flotando en medio del oscuro vacío.

Molly se puso en pie con el cigarrillo apagado entre los dedos. Quirke la miró.

—Vete —le ordenó ella—, vete ahora. Ya he hablado bastante y tú has oído bastante más de lo que es bueno para ti —Quirke se levantó. Le sacaba una cabeza—. No volverás aquí, lo sé —dijo ella, mirándole a los ojos.

—¿Estás segura?

La mujer colocó una mano en la nuca del hombre, inclinó la cabeza de Quirke hacia ella y le besó. Él sintió el áspero perfume de su cuerpo, inhaló su aliento fuerte. Alzó la mano para acariciarle los senos, pero ella se retiró con rapidez.

—Vete ahora —murmuró, mientras le apartaba, empujándole el pecho con las dos manos—. Lárgate.

Quirke retrocedió. Afuera, el perro lanzó un suave e implorante aullido. De nuevo sonó la tenue música. ¿O sería el sonido plañidero del viento?

20.

Volvió andando al pueblo y allí encontró un taxi que le llevara a casa. Hundido en el asiento trasero, se durmió de nuevo y ya no se despertó hasta que el coche entró en Mount Street. Al ver la figura desplomada ante la puerta de su casa, pensó que sería una de las chicas que rondaban por allí durante la noche para ganarse la vida. Todas bebían y en más de una ocasión había tropezado con alguna, adormecida por el alcohol. Subió los escalones, se acuclilló ante ella y le tocó el hombro. La joven se encogió antes de mirarle; bajo la pálida luz de la luna, él la reconoció al instante.

—¡Santo Cristo! ¡Phoebe!

Su corazón se disparó y sintió la boca completamente seca. Ella se aferró a él, diciéndole que lo sentía, que no había querido asustarle. Quirke la ayudó a ponerse en pie y, con la llave, abrió la puerta.

—Lo siento —le dijo ella de nuevo, pero él le pidió que callara, y entraron en el vestíbulo.

No parecía herida, pero temblaba de tal manera que tuvo que sostenerla para que pudiese subir las escaleras.

Cuando entraron en el piso, la acomodó en uno de los dos sillones que había a los costados de la chimenea de gas. Ella seguía temblando. Su tez tenía una palidez verdosa y sus ojos, clavados en el vacío, parecían inmensos. Fue al dormitorio a por una manta y se la echó sobre los hombros. Luego se dirigió a la cocina, sirvió un vaso de *brandy* y lo llevó al salón. Phoebe dio un pequeño sorbo y empezó a toser.

—Cuéntame qué ha ocurrido —le dijo él, esforzándose para que su voz sonara tranquila.

Ella le contó cómo había salido a dar un paseo y cómo el hombre de la zamarra la adelantó, le aferró la muñeca y la empujó contra la verja.

—Creí que me iba a matar.

—¿Quién era?

—No lo sé, aunque ya lo había visto en otras ocasiones, estando con Sally. Ella pensaba que él la seguía cuando, en realidad, iba tras de mí. Tiene gracia, ¿no?

Él se acuclilló junto al brazo del sillón y le cogió una mano. Estaba fría, fría y húmeda, y al sentirla tan delgada y frágil, sintió que se le encogía el corazón.

—¿Qué quieres decir con que iba tras de ti?

Ella movió la cabeza con lentitud, con la mirada fija en el fuego como si estuviera hipnotizada.

—Cuando era pequeña, había una chimenea de gas como esta en la guardería, con una pantalla protectora —su voz era tenue y distante—. Nunca entendí cómo funcionaba el gas. Yo creía que lo que ardía eran los filamentos y siempre me asombraba que no se quemaran.

Su mano yacía dentro de la de Quirke, fría e inerte como el cadáver de un pájaro.

—Cuéntame qué te ha ocurrido —repitió él.

Ella giró su rostro hacia Quirke y parpadeó despacio. Había dejado de temblar y sus movimientos ahora eran pesados y lentos, como si caminara bajo el agua.

—Me insultó, mientras me oprimía la muñeca con la mano. Pensé que me la iba a romper —separó su mano de la de él, se levantó el puño de la otra manga y le mostró los cardenales—. ¿Ves? Era increíble la fuerza con que me apretaba.

Quirke, con la boca contraída, observó las marcas amoratadas en la muñeca.

—¿Qué te dijo?

Ella desvió la vista hacia el fuego.

—Me dijo que te dijera que venía de parte del señor Costigan y que el señor Costigan quería que supieras que te estaba vigilando.

Dejó que el teléfono sonara durante largo rato; estaba a punto de colgar cuando Isabel contestó.

—¿Quién es? —su voz sonaba irritada y somnolienta.

Él le dijo que lo sentía, que sabía que era tarde, pero que necesitaba que fuese a su casa.

—Phoebe está aquí. Le han dado un buen susto.

Isabel permaneció callada durante un instante. Quirke imaginó su decepción; debía de haber pensado que la llamaba porque se sentía solo y deseaba verla.

—Por supuesto, voy para allá —dijo, intentando sin mucho éxito mostrarse cariñosa.

Recientemente, en medio de una riña, le había declarado que estaba cansada de oírle hablar de Phoebe. «De hecho —le soltó, colocando una mano en la cadera y adoptando una pose teatral—, tengo que confesarte que estoy muy desilusionada con tu hija, a quien tú mimas y consientes todos los caprichos y fantasías». Él se habría enfurecido de no haber sido por la sospecha de que ella lo tenía ensayado, pues había lanzado aquel breve discurso como si estuviese encima de un escenario. Isabel y Phoebe habían sido amigas; Isabel era otra de las cosas que él le había arrebatado a su hija.

Regresó al cuarto de estar. Phoebe seguía sentada en el sillón, inclinada hacia delante y con una mano alrededor de la muñeca contusionada, mientras miraba atentamente el fuego. La imaginó de niña en casa de Mal y Sarah, sentada como ahora delante de la chimenea de gas, preguntándose por qué no se consumían los filamentos.

Quince minutos después llegó Isabel, enérgica y vital como una enfermera de hospital, el frescor de la noche de primavera prendido en su grueso abrigo de piel. Se sentó en el brazo del sillón donde estaba Phoebe y le cogió la mano que no estaba herida, igual que antes había hecho Quirke.

—En menudos líos te mete tu padre —dijo, chasqueando la lengua. Miró por encima del hombro a Quirke—. ¿Quién es ese tal Costigan? ¿A santo de qué te manda avisos?

Quirke estaba encendiendo un pitillo.

—Supongo que es lo que podríamos llamar un encargado. Hace que sucedan cosas o evita que sucedan.

—¿Es el mismo que ordenó que te dieran una paliza aquella vez?

—Sí, eso creo.

Se aproximó a la chimenea y permaneció de pie, con la espalda hacia el fuego. Phoebe, silenciosa y con la mirada fija, parecía uno de los santos dolientes del Greco.

Isabel miró a Quirke y movió la cabeza.

—¿Y qué has hecho ahora para molestarle?

—No estoy seguro.

—Eso significa que lo sabes, pero que no quieres decirlo —Quirke le ofreció un cigarrillo y ella lo rechazó con un gesto de la mano—. Una cosa es que ordene que te den a ti una paliza. Dios sabe cuántas veces se me ha pasado esa misma idea por la cabeza. Pero enviar matones para que agredan a tu hija en la calle, eso ya es demasiado.

—Lo sé.

—Esto tiene que ver con la muerte de Jimmy Minor, ¿verdad? —Isabel miró a la joven, con la mano de ella aún entre las suyas—. Phoebe, ¿es así?

Phoebe se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó con apatía, y alzó los ojos hacia Quirke—. ¿Es así, Quirke?

Con un suspiro, el hombre apoyó el codo en la repisa de la chimenea y les habló de Packie el Quinqui y de lo que le había contado la mujer de Packie. Cuando terminó, los tres permanecieron en silencio durante largo rato.

—Entonces ¿mataron a Jimmy Minor por error? —dijo finalmente Isabel con amarga incredulidad.

—Yo no lo llamaría un error. Alguien tenía que morir y no iba a ser el cura —contestó Quirke con la vista clavada en la puntera de sus zapatos.

Isabel bufó.

—¿Por qué no? Fue él quien violó a la niña.

—Jimmy debería haberse quedado al margen —dijo Quirke.

Phoebe le miró con el ceño fruncido.

—¿Estás diciendo que él se lo buscó?

—No, no estoy diciendo eso. Él desconocía la clase de gente con la que estaba tratando.

Isabel se indignó de repente.

—¿Con una pandilla de *tinkers*...?

—No solo con ellos —la interrumpió Quirke—. También con Costigan, con la Iglesia... Con todos —la luna se asomaba asimismo a su ventana y su cara curvada le

miraba con lascivia.

—¿Cómo averiguó Jimmy todo eso? ¿Cómo supo de ese sacerdote y de lo que había hecho? —preguntó Phoebe.

—Alguien debió de decírselo —contestó Quirke.

—¿Quién? —inquirió Isabel.

—La misma persona que me lo dijo a mí.

Isabel lo observó con detenimiento.

—¿La mujer del *tinker*? Parece que la conversación que tuviste con ella fue bastante íntima...

Quirke desvió la mirada sin contestar.

—Bueno, entonces ¿qué vas a hacer? —preguntó Isabel tras un momento de silencio.

—Voy a hablar con Hackett —explicó.

—¿Tu amigo el policía? —Isabel hizo un mohín despectivo con la boca—. ¿Y qué hará él?

—Irá a por Packie Joyce.

—¿Le detendrá?

—No lo sé. Intentará traer de Inglaterra a los hijos de Packie. Si los encuentra.

Phoebe se puso en pie de repente, dejando que la manta que tenía en los hombros cayera al suelo.

—Nunca ocurre nada —su voz era fina y amarga—. La gente comete asesinatos y queda impune —miró a Quirke, el labio inferior le temblaba—. Y tú permites que se salgan con la suya.

Quirke se aproximó a ella con la mano tendida, pero Phoebe se apartó con rapidez.

—No me toques —le espetó.

—Nadie mata a un sacerdote —dijo Quirke, fatigado—. Ni siquiera Packie Joyce y la gente de su ralea matarían a un sacerdote. Ya os lo he dicho antes: Jimmy tendría que haberse mantenido al margen.

Se hizo un breve silencio hasta que Isabel se levantó del brazo del sillón.

—Venga, Quirke, acompaña a tu hija a su casa. Yo me marchó.

Esperaron en la calle a que llegara un taxi. Cuando apareció uno, Isabel se volvió hacia Quirke con gesto adusto, le dio un rápido beso en la mejilla y le miró inquisitivamente a los ojos. Luego se separó de él y le dijo que le llamaría por teléfono por la mañana. Quirke y Phoebe esperaron a que el coche se pusiera en marcha antes de caminar calle arriba y dejar atrás el Pimentero. La luz de la luna arrojaba afiladas sombras en las aceras. El viento había hecho desaparecer los rastros de la lluvia, pero aquí y allá quedaban charcos, blancos y brillantes como peltre. En la esquina de Herbert Place, Quirke contempló el canal en la oscuridad y el camino de

sirga que se alejaba bajo los árboles hacia una oscuridad más profunda.

—¿Aún sigue en tu casa la chica? ¿La hermana de Jimmy? —Phoebe asintió con la cabeza, aún muda de rabia hacia él. Quirke no la culpaba; también se sentía furioso consigo mismo—. ¿Le puedes decir lo que os he contado?

—No lo sé —contestó Phoebe, sin mirarle.

Un gato blanco cruzó la calle delante de ellos, deslizándose sigiloso con la barriga casi rozando el asfalto. Cuando llegó a la verja, en la acera de enfrente, se detuvo y, con una pata alzada, giró la cabeza para mirarlos y sus ojos centellearon como esquivas de vidrio. Quirke pensó en la mujer de Packie y sintió de nuevo su mano en la nuca, sus labios sobre los suyos. Estaba agotado, anhelaba dormir.

Llegaron a los escalones del edificio de Phoebe. Le preguntó si quería que subiera con ella hasta su piso, pero Phoebe, con la llave en la mano, le dijo que no, que se encontraba bien.

—Dile a la hermana de Jimmy que lo siento. Díselo —se despidió él.

Phoebe abrió la puerta de su casa y entró. Todavía olía a cacao. Durante un segundo sintió el peso abrumador de la banalidad y la indiferencia del mundo. Se quitó el abrigo y lo colgó del gancho que había en la parte interior de la puerta de la cocina. Se detuvo para respirar a fondo y entró en el salón. Sally, de pie junto a la ventana, se volvió hacia ella, expectante y angustiada, y se llevó una mano al cabello.

Más tarde, ya en la cama, Phoebe permaneció mirando la oscuridad mientras sujetaba con mimo la muñeca malherida contra su pecho. Aunque le ardían los ojos, no podía dormir. Sally y ella se habían sentado a la mesa de la cocina, igual que hicieron la primera noche, y Phoebe habló mientras Sally la escuchaba; las tinieblas se apretaban ávidas contra el ventanal que había junto a las jóvenes, como si intentaran escuchar lo que decían. De vez en cuando pasaba un coche, y alguien rio en la calle, justo bajo su piso.

Mientras hablaba, Phoebe tenía la impresión de estar vertiendo un líquido frío y transparente en una vasija sin fondo. Aunque permanecía inmóvil en su silla, Sally parecía alejarse de ella, deslizándose hacia atrás con suavidad, silenciosa e inexorablemente, como si en torno a ellas las paredes hubiesen desaparecido y ellas estuvieran suspendidas en el espacio, dos planetas condenados a repelerse. Cuando hubo oído todo lo que Quirke había averiguado, Sally se levantó, se dirigió al salón y se quedó inmóvil junto a la ventana, muy erguida y con los brazos cruzados, mirando la noche. Phoebe la dejó allí, se fue a su dormitorio, se desvistió con rapidez, se metió en la cama y apagó la luz. Pero no consiguió conciliar el sueño.

Pensó en David. ¿Se habrían besado él y Sally durante el breve rato que estuvieron solos? Le daba igual. Nada volvería a ser lo mismo.

Al final cayó dormida con un sueño inquieto. Soñó con el hombre de la zamarra, pero en su sueño él era asimismo Jimmy Minor. «Dile a Quirke que le estoy

vigilando», le dijo. Y se rio.

Un haz de luz que entraba por la ventana la despertó. Permaneció tumbada un momento, escuchando, analizando el silencio. No se oía nada. Salió al cuarto de estar. Sally se había ido; había empaquetado sus cosas y se había escabullido durante la noche. Sobre la mesa había un mensaje garabateado con un lápiz y grandes letras en el interior del cartón de una cajetilla de Craven A.

Gracias. S.

En una de las curvas de la S había un pequeño botón de color hueso. Phoebe se lo quedó mirando, luego lo cogió y se lo llevó a los labios.

Siempre había adorado la parafernalia de su fe, las pesadas vestimentas de seda con sus maravillosas tonalidades verdes, azules y granates, el perfume mezclado del incienso y de los lirios, el resplandor de la luz de las velas en la patena y la píxide, el peso del cáliz con sus joyas incrustadas cuando lo alzaba con ambas manos sobre su cabeza y las campanillas del altar repicaban acuciantes a su espalda. Sabía que era un tipo de idolatría, pero sentía que el Señor lo perdonaría, pues era tanto lo que el Señor perdonaba... Sí, amaba la Iglesia y todo lo que representaba, pero en mañanas como aquella, frías y lluviosas, no podía evitar el desaliento cuando salía de la sacristía, se arrodillaba ante el altar y notaba, bajo el ojo rubí de la lámpara del sagrario, cómo el frío mármol del suelo penetraba en sus huesos.

La nave era sombría y estaba poblada por altas sombras. Tras persignarse, se alejó del altar con andar grave y recorrió el ala lateral hacia el confesionario, calculando de reojo —había que evitar que lo sorprendieran mirando— el número de penitentes que le esperaban. Arrodillados en fila, encorvados y sumisos, estaban las dos viejecitas habituales, un tipo corpulento y calvo que nunca había visto con anterioridad —un empleado de Guinness o algún modesto trabajador de banco, conjeturó—, tres bulliciosos colegas y una mujer con abrigo de piel y un sombrero con un velo negro. Colocó la placa con su nombre en la ranura que había sobre la puerta del confesionario y se adentró en el habitáculo central, que siempre le hacía pensar en un ataúd vertical. Estaba cerrando los dos batientes de la estrecha puerta cuando vislumbró a una joven que se aproximaba por la nave lateral. Estaba en avanzado estado de gestación. Su desaliento aumentó. Las chicas embarazadas siempre eran problemáticas.

En la penumbra del confesionario, se acomodó en el estrecho asiento y oyó a las dos viejecitas entrar en los espacios penitenciales a su derecha y a su izquierda y arrodillarse. Deslizó el panel de madera que se encontraba junto a su oreja derecha y entrevió con esfuerzo el impreciso y anciano rostro al otro lado de la rejilla. «Perdóname, padre, porque he pecado...». Antes de oírla, ya sabía la lista de pecados —pensamientos envidiosos, falta de atención durante la misa, seis peniques estafados al tendero— y dejó que su mente vagara. África. Su amada Nigeria, donde había

vivido tres felices años como misionero. Las mujeres de enorme trasero, los hombres de amplias sonrisas y blancos dientes y los niños con su piel de chocolate y sus vientres hinchados. Almas sencillas, deseosas de agradar, anhelantes de amor. Cerró los ojos. El amor, ese era el problema. La imagen de dos niños nativos llenó su mente, un niño y una niña, hermano y hermana, desnudos, de pie y cogidos de la mano bajo el sol, de espaldas y con la cabeza girada hacia él, sonriéndole por encima del hombro. Rememoró el tacto de su piel oscura y satinada, su suavidad, su calidez aterciopelada. Tanta inocencia, tanta... tanta fragilidad. Perdóname, padre, porque he pecado.

Ya no se acordaba de la joven cuando le tocó su turno. Estaba cansado, cansado de las insignificantes debilidades de la gente, de su sincero arrepentimiento, de su autoengaño, de sus evasivas. En África, el pecado estaba lleno de vida, había un gozoso deleite en todas las oscuras posibilidades que el mundo ofrecía. Pero aquí esta pobre gente, su gente, era demasiado mediocre para condenarse. Sí, África. Se alegraba de regresar.

Al principio la joven no dijo nada. Él imaginó que estaría armándose de valor, reuniendo el coraje necesario. Era soltera, sin duda.

—¿Qué te sucede, hija mía? ¿Tienes problemas? —le preguntó con suavidad, inclinando la oreja hacia la rejilla.

—Hace tiempo que no me confieso, padre —respondió ella.

Él sonrió, sentado en la sombra.

—Bueno, ahora estás aquí. ¿Qué tienes que contarme?

De nuevo, ella permaneció en silencio. Él intentó ver su rostro, pero la joven mantenía la cabeza inclinada y, en cualquier caso, resultaba difícil mirar a través de la rejilla. Hasta él llegaba su perfume. Estaba nerviosa, parecía temblar. Aquella confesión iba a requerir tiempo y gran delicadeza por su parte.

—No tengo nada que contarle, pero quiero preguntarle algo —dijo ella.

—¿Sí, hija mía?

Ella calló un instante antes de lanzar una breve y amarga carcajada.

—¿Quién perdona *sus* pecados, padre?

Él se estremeció como si una gota helada se deslizara por su columna.

—Dios, ¿quién sino Él?

—¿Y usted cree que Él ve dentro de su conciencia?

—Por supuesto, Dios lo ve todo: dentro y fuera de nosotros —él suavizó su voz—. Pero no estamos aquí para hablar de mi conciencia, ¿verdad?

—Sí, padre, estamos aquí para hablar de su conciencia precisamente.

Él se aproximó de nuevo a la rejilla para intentar verla.

—¿Te conozco, hija mía?

—No, y yo no soy su hija.

La joven hurgó en su ropa como si buscara algo. Él distinguió un centelleo metálico.

—Estás preocupada, dime qué te sucede —¿qué estaba haciendo ella?, ¿qué tenía en la mano?—. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

Ella no contestó. Él separó la cabeza de la rejilla y bajó los ojos a sus manos entrelazadas sobre la sotana. La estola alrededor de su cuello, una pieza de seda adornada con flecos, era blanca como un hueso desnudo.

Temía que le fallaran los nervios. Lo había pensado detenidamente; lo había repasado en su cabeza una y otra vez para tranquilizarse. Sabía que era la única salida. El padre de Phoebe no haría nada; tampoco la policía. De ella dependía que se hiciese justicia y de eso iba a encargarse en aquel momento. ¿Quedaría gente en la iglesia? Había aguardado casi media hora, haciendo tiempo entre las sombras junto a la entrada, hasta que nadie más se aproximó a la cola de los que esperaban a ser confesados, pero no sabía si habrían llegado rezagados desde que entró en el confesionario. En cualquier caso, una iglesia nunca estaba vacía, siempre estaban esos ancianos que se encargaban de encender las velas, colocar las flores frescas en el altar y otras tareas similares, y en los que nadie parecía fijarse. Bueno, tendría que arriesgarse. Incluso si la veían, ¿quién recordaría su aspecto? La iglesia estaba apenas iluminada y la gente nunca recordaba los detalles y, cuando lo hacía, siempre los tergiversaba.

Se sacó el cojín que había cogido del piso de Phoebe de debajo de la blusa, no sin dificultad, pues había muy poco espacio, y envolvió con él la pistola. Él había girado la cabeza, veía su perfil a través de la rejilla. Le oyó suspirar. ¿Debía decirle algo, darle un aviso por pequeño que fuese? Querría rezar, hacer un acto de contrición. Ella había dejado de creer en todo aquello. Ajustó con fuerza el cojín en torno al arma. Tenía el dedo en el gatillo.

«James —se dijo—. Ay, Jimmy».

El ruido fue terrible. Le pareció que el confesionario estallaba en torno a ella y durante unos segundos se quedó sorda. La llamarada del cañón prendió fuego al cojín y ella lo dejó caer con presteza y lo apagó con las rodillas, chamuscándose las medias. El olor, a pólvora y plumas quemadas, también era espantoso. Miró la rejilla agujereada, el boquete irregular con los extremos de los alambres rotos aún humeantes.

Él estaba desplomado hacia un lado, una mancha oscura crecía bajo su oreja. Ella oyó a alguien gritar «¡Dios mío!». Se puso en pie con esfuerzo, abrió con la rodilla la estrecha puerta de su habitáculo y, casi tropezándose con el cojín quemado, salió y huyó por la nave lateral. La pistola se le cayó de la mano y se deslizó veloz sobre las losas; la joven fue tras ella, la detuvo con el pie, la cogió y salió corriendo. Oyó las voces a su espalda: un hombre vociferaba, alguien chillaba. Cuando llegó a la puerta, entraba una mujer con un pañuelo en la cabeza y ambas chocaron y se sujetaron la

una a la otra con torpeza durante un instante antes de que ella se soltara y saliera a la calle. Sintió el poderoso impulso de seguir corriendo, pero sabía que no debía hacerlo.

Fuera había empezado a llover con fuerza y la gente en las aceras se apresuraba, con la cabeza inclinada bajo el cielo plomizo. Nadie la miró, nadie le prestó ninguna atención. Ella comenzó a andar con las manos en los bolsillos, sujetando la pistola. Seguía caliente.

Subió a un autobús. Estaba lleno y avanzaba a trompicones a través de las calles bañadas por la lluvia, dando bocinazos de vez en cuando como si fuese un elefante. Observó los escaparates empañados de las tiendas que pasaban. Su mente estaba paralizada, no sentía nada. Nada. Imaginaba que lo encubrirían como hacían con todo, como tapaban cada escándalo.

No, no le importaba. Sin embargo, comprendió que la mayoría de las cosas que ella había hecho en su vida podían enmendarse. Esta, no.

Al llegar a la estación, fue a la consigna a recoger su equipaje, pero antes se detuvo en los servicios para mujeres. Solo entonces, cuando se miró en el espejo, descubrió que tenía la cara manchada de sangre. La sangre de él. No le importó. Había hecho justicia a su hermano. Había hecho lo que era necesario.

21.

Al mirar por la ventana, le sorprendió ver a Quirke de pie en la acera de enfrente, junto a la verja que había sobre el camino de sirga. Estaba en el cerco de luz que había bajo los árboles, en el mismo sitio donde vio al hombre de la gorra y la zamarra con el cigarrillo encendido en el hueco de la mano. Quirke advirtió que Phoebe estaba en la ventana y levantó la mano en un tímido ademán de saludo que más le pareció a ella un gesto de despedida que de bienvenida. ¿Qué hacía allí a esa hora? Quirke podía ser cualquier cosa menos madrugador.

Phoebe, que estaba a punto de salir para el trabajo, se puso el abrigo, cogió el bolso y corrió escaleras abajo, pensando que algo había pasado, que algo terrible debía de haber ocurrido y Quirke había acudido a decírselo.

Cuando cruzó la calle, él estaba encendiendo un pitillo. En lugar de saludarla, Quirke señaló con un dedo el cielo despejado y de un azul intenso.

—¿Te das cuenta de que no ha caído una gota en las últimas diez horas?

Ella se rio con alivio; de haber tenido malas noticias, Quirke se las habría contado de inmediato.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te has pasado la noche despierto mirando el cielo?

—Más o menos. No duermo mucho últimamente.

Ella lo miró con expresión burlona.

—¿Por qué no has llamado al timbre?

—Se estaba muy bien aquí —Quirke miró alrededor—. Para mí este es el Barrio de los Recuerdos.

—Quirke, me tengo que ir a trabajar.

Él sonrió distraído y Phoebe se dio cuenta de que tenía la cabeza en otra parte.

—Llega una hora más tarde —le dijo Quirke.

Ella volvió a reírse.

—No puedo. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Venga, ya lo arreglaré yo con la señora Cuffe-Dragon. Hay algo que quiero que hagamos juntos.

—¿Qué es?

—Ya lo verás. Está de camino.

La cogió del codo y empezaron a caminar en dirección a Baggot Street. Hacía en efecto una preciosa mañana de primavera, radiante y clara, con un fulgor dorado en el aire de un frágil azul. Sobre sus cabezas los árboles bullían de pájaros. El aserradero, en la otra orilla del canal, ya estaba funcionando y la fragancia de la madera recién cortada era como una nota de gracia en medio del olor a tubos de escape de los vehículos y al humo de los autobuses.

Anduvieron un trecho en silencio.

—¿Has tenido noticias de ella? —preguntó finalmente Quirke.

—¿De Sally? No, claro que no. ¿Y el inspector Hackett? ¿Ha averiguado algo?

—Le siguieron la pista hasta Holyhead y el tren que va a Londres. Ella no regresó a su piso. Quizá no esté en Londres, pudo bajarse de aquel tren durante el trayecto en cualquier estación.

—Se ha esfumado, entonces —Phoebe sonrió con ironía—. Tal vez April Latimer y ella se reúnan en alguna parte. Mis dos amigas desaparecidas.

Quirke la miró.

—¿Sally *era* tu amiga?

—Sí, creo que era mi amiga en cierto sentido.

Prosiguieron el paseo sin decir nada. Fue Quirke quien rompió de nuevo el silencio.

—No tenías por qué haberme hablado de la pistola. ¿Por qué lo hiciste?

—Cuando desapareció, supe que iba a hacer algo —Phoebe hizo una pausa—. ¿Por qué no previniste al sacerdote?

Quirke no dijo nada. Continuaron caminando. Baggot Street era una irradiación solar de un pálido dorado, reluciente. El señor Q&L se encontraba en la puerta de su tienda, fumando un cigarrillo. Aquel día llevaba su chaleco amarillo, que resplandecía levemente bajo el sol. Aunque Phoebe estaba en la acera de enfrente, la reconoció y esbozó una elaborada y cómica reverencia, inclinando su redondo cabezón y dibujando un movimiento curvo con la mano desde la barbilla al ombligo, con la palma dirigida hacia la joven como un antiguo caballero.

—Le hablé a Hackett de Costigan, le conté que ordenó a un tipo que te siguiera —comentó Quirke.

Ella no dijo nada. No estaba segura de si le agradaba que alguien supiera lo que le había sucedido aquella noche lluviosa, cuando el hombre de la zamarra la detuvo, aferrándola de la muñeca. Deseaba olvidarlo, como si fuese algo indecente que le habían hecho y la única manera de librarse de aquella mancha fuese suprimiendo su recuerdo.

—Por lo visto, el tal Costigan ha estado evadiendo sus impuestos. Hackett cree que por ahí lo puede detener —prosiguió Quirke.

—Como a Al Capone —añadió Phoebe.

—Exacto, como a Al Capone —no prestaba atención, o quizá no percibió su sarcasmo.

—¿Y qué me dices de los *tinkers*, de los que mataron a Jimmy?

—También han desaparecido, igual que tu amiga Sally, en las profundidades de la sombría Enlubachen.

—¿Enlubachen?

—Así llaman ellos a Inglaterra.

Los árboles que bordeaban Baggot Street hasta Merrion Row aparecían delicadamente espolvoreados con los primeros brotes verdes de la temporada.

—Estoy pensando en irme —dijo Phoebe.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

—No lo sé, tal vez a Londres —la joven sonrió—. A Enlubachen.

—¿Cuánto tiempo quieres quedarte allí?

—Tampoco lo sé —Phoebe bajó la vista a la puntera de sus zapatos. Qué extraño podía resultar, a veces, observarse caminar, cada pie marchando delante del otro por turnos—. En mi próximo cumpleaños recibiré el dinero del abuelo Crawford.

Josh Crawford, el primer marido de Rose, había dejado a su nieta una generosa herencia en el testamento.

—Te convertirás en heredera, más te vale tener cuidado con los cazafortunas — Quirke hizo una pausa—. ¿Y Sinclair? Quiero decir, David.

Ella bajó la vista y se fijó de nuevo en la puntera de sus zapatos.

—¿Qué sucede con él?

—¿Le has dicho que te vas a ir?

—Aún no está decidido —contestó en tono neutro.

Continuaron caminando. Ataviado con su abrigo gris, el portero del Shelbourne los saludó alzando su sombrero de copa. Al otro lado de la calle aguardaba una fila de tálburis con sus caballos humeando bajo el sol.

—¿Cómo consiguieron que no apareciese en la prensa? —preguntó Phoebe.

—Órdenes sagradas de arriba. El Palacio Arzobispal informó por teléfono a los periódicos de que la Iglesia consideraba la muerte de Honan un asunto interno y que no se debía publicar ninguna noticia hasta que su investigación concluyera.

—¿Pueden hacer eso? ¿La Iglesia puede hacer eso?

—Sí, puede. Carlton Sumner, del *Clarion*, puso objeciones, desde luego. El propio arzobispo le llamó personalmente. Su ilustrísima estaba dispuesta a atacar a Sumner donde de verdad le duele: en el bolsillo.

—¿A qué se refería?

—Bah, lo habitual. Si Sumner seguía adelante y publicaba la historia, se ordenaría a los obispos que escribieran una carta pastoral que sería leída desde el púlpito de todas las iglesias del país el siguiente domingo por la mañana, pidiendo a los fieles que no compraran ni el *Clarion* ni ninguna de las demás publicaciones de Sumner. Y los fieles obedecerían, como siempre. Es lo que se conoce como un golpe de báculo. Una condena muy efectiva.

—Pobre Jimmy —dijo Phoebe, moviendo la cabeza, incrédula.

Cruzaron al final de Dawson Street. Un chófer con gorra estaba maniobrando un largo y elegante Bentley para hacerlo pasar por la estrecha entrada del Royal Irish Automobile Club.

—Quizá yo me marche también —dijo Quirke, mirando el cielo.

—¿Marcharte? ¿Adónde?

El hombre sonrió.

—Me pasa como a ti, no estoy seguro.

Phoebe asintió.

—Voy a plantearte una versión de la misma pregunta que antes me hiciste: ¿y qué

pasa con Isabel?

—Isabel no vendrá conmigo. Si me voy.

Delante de Smyths on the Green había narcisos plantados en tiestos. Quirke nunca había entendido el atractivo de aquellas flores tan vulgares y llamativas.

—¿*Dónde* vamos? —preguntó Phoebe.

—Justo aquí —Quirke señaló la tienda de dulces Noblett's, en la esquina de South King Street, en la acera de enfrente. Expuestos en el escaparate había todo tipo de dulces, colocados en las cajas de la tienda de un azul ultramar.

Cruzaron y cuando entraron en la tienda sonó el plateado tintineo de la campanilla sobre la puerta. La joven tras el mostrador, alta y de apariencia delicada, tenía un rostro de pálidos rasgos y una larga cabellera negra. Los saludó con una lánguida sonrisa.

Quirke le comentó que hacía tiempo tenían unos dulces que se llamaban, si no recordaba mal, Hielo y Fuego.

—Los dulces sabían a piña y eran de dos clases: unos de suave color ámbar y otros, blancos y crujientes. ¿Todavía los venden?

—Desde luego, señor —dijo la joven, que salió del mostrador, abrió un estrecho panel que cerraba el escaparate y metió el brazo.

Phoebe observaba a Quirke con una sonrisa intrigada.

—¿No te acuerdas? Cuando eras pequeña solía traerte aquí en Navidad y te compraba una caja de esos dulces, Hielo y Fuego.

—Sí, claro —dijo Phoebe—, claro que me acuerdo.

—Aquí los tiene, señor.

La joven tendió a Quirke la caja para que la viera. Bajo el celofán que los cubría, los dulces eran tal como él los había descrito: fragmentos de pálido ámbar y trozos blancos como la nieve.

—Sí, son esos —dijo Quirke, sin poder evitar sonreír.

Entraron en St. Stephen's Green, bajo los árboles llenos de brotes. El sol apenas calentaba a pesar de su resplandor, y el aire era frío. Los patos caminaban por el sendero junto al estanque, moviendo las colas y graznando.

—Después de ir a Noblett's y comprarte tus dulces, solíamos venir aquí. Luego íbamos al Shelbourne para que tomaras un chocolate caliente y tú colocabas los dulces bajo la mesa para comértelos a escondidas.

Phoebe asintió, sonriendo. Llevaba la caja de dulces bajo el brazo.

—Dime adónde vas a ir, Quirke.

—¿Mmm? —el hombre la miró ausente, inmerso en el recuerdo de aquel tiempo en que ella era una niña y aún creía que él era su tío.

—Me has dicho antes que estás pensando en irte.

—¿Sí? No lo sé. Quizá me vaya, ya veremos —se detuvo e hizo detenerse a la joven sujetándole el brazo con una mano—. Perdóname, Phoebe.

Ella lo miró perpleja.

—¿Por qué?

—Por todo —sonrió con expresión de impotencia, aún sujetándola del brazo. Tenía tantas cosas que decirle, pero se dio cuenta de que no existía forma de decírselas. Ella, tan pálida, tan seria, tan obstinada, era la única criatura a quien él había amado. Había conseguido a Delia, aunque era a su hermana Sarah a quien deseaba, pero ¿qué tenían que ver *conseguir* y *desear* con el amor?—. Te he hecho daño. Te he hecho un daño inmenso y lo lamento.

Ella miró la mano de él en su brazo.

—Me estás empezando a asustar, Quirke.

Él sacudió la cabeza, enfadado consigo mismo.

—Sí, lo sé, no debería intentar... —se detuvo, separó su mano del brazo de Phoebe y la dejó caer a su costado. Con una triste sonrisa torcida, prosiguió—: La realidad es que ya es demasiado tarde, ¿verdad?

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Para todo —suspiró.

Quirke inclinó la cabeza de repente y besó la fría mejilla de la joven. La miró de nuevo con aquella extraña sonrisa, se dio la vuelta y se marchó.

Ella le observó alejarse bajo los árboles, a través de la luz y las sombras. Cuando lo perdió de vista, se sentó en un banco de metal. En el parterre que había a su lado los narcisos inclinaban la cabeza como si escucharan algún tenue sonido lejano. Colocó la caja de dulces en su regazo y puso las manos sobre ella. Estaba envuelta en papel marrón y atada con una cuerda. No recordaba a Quirke llevándola a esa tienda años atrás, no recordaba nada de aquello. ¿Cómo había dicho él que se llamaban los dulces? ¿Hielo y Fuego? Sí, pensó: hielo y fuego.

Quirke observó el reloj en la pared de la sala de espera. Tenía una esfera blanca como el yeso y largas y delgadas manecillas negras. Era un reloj eléctrico, pues el segundero giraba en rápidos y ligeros círculos. Se acordó de los relojes de Carricklea, grandes máquinas de madera a las que el viejo Crowther, el portero, daba cuerda una vez a la semana con una enorme y brillante llave. Tenían números romanos y sus segunderos avanzaban a pequeños y trémulos saltos. ¿Qué les sucedía a los objetos? ¿A objetos como aquellos viejos relojes? Carricklea había sido clausurado hacía una década; que él supiera, el edificio estaba ahora vacío. ¿Habría comprado alguien los relojes, algún relojero local o quizá los *tinkers* en busca de una ganga? Se acordó de la mujer *tinker*, Molly, liando atentamente sus cigarrillos a la luz de la lámpara de aceite, de su resplandeciente cabellera negra. Se acordó del gusto de su boca, su sabor acre.

Había otras dos personas esperando. Pacientes. ¿Él también era un paciente? Todavía no, estrictamente hablando. Le habían colocado contra la fría plancha de metal, con una manta plomada para proteger su pecho de la radiación.

—No se mueva ahora, por favor, doctor Quirke.

La máquina, apuntada a su cabeza, había zumbado un instante y ya había terminado. El radiólogo le dio la placa de rayos X en un sobre marrón claro y le envió al piso de arriba para que se lo entregara a la recepcionista, una mujer con una acerada cabellera gris y gafas de mariposa que le sonrió con frialdad, enseñando los dientes, y le indicó que se sentara en una de las sillas mientras ella entraba en la consulta del médico con el sobre.

Diez y diez de una soleada mañana entre semana. Por el ventanal situado en la pared más alejada de la habitación podía ver un estrecho jardín que llegaba hasta las callejas en la parte de atrás de Fitzwilliam Place. Lluvia y sol, lluvia y sol, por turnos. El tiempo volátil, el afanoso mundo rebosante de vida en ebullición.

Diez y doce minutos.

Una de las dos personas que aguardaban junto a él era una mujer atractiva, de mediana edad, con una permanente en el cabello caoba y preocupados ojos castaños. Abría el bolso, buscaba algo en él, lo cerraba con un suspiro y volvía a empezar. Le había sonreído cuando le vio entrar con el imponente sobre en la mano, que ella simuló no ver. Debía de ser algo serio lo que había en un sobre de ese tamaño. Tal vez ella ya había entregado el suyo.

La otra persona era un joven de expresión arrogante y largas patillas negras con brillantina. A Quirke le recordaba a alguien, aunque no sabía a quién. Movía nervioso la pierna izquierda, que subía y bajaba como el brazo de una máquina de coser mientras su rodilla rebotaba, sin que al parecer él lo advirtiera.

Cuando estaba a punto de salir de su piso para dirigirse allí, había sonado el teléfono y él se había detenido, con el sombrero en la mano. ¿Quién podría llamarle a esas horas? Le pasó por la cabeza no responder, pero al final lo cogió. Al oír la voz de Hackett, volvió a colgar sin decir una palabra. No quería hablar con Hackett en ese momento. Se tratara de lo que se tratase, tendría que esperar.

La recepcionista salió de la consulta. Tenía una manera curiosa de abrir la puerta tan solo unos centímetros, lo justo para poder salir, y de volver a cerrarla sin ruido. ¿Actuaría así porque tenía instrucciones de no permitir que ninguno de los que esperaban pudiesen siquiera vislumbrar aquel espacio secreto antes de que llegara su turno y le comunicaran las buenas o malas noticias? Se sentó tras su mesa. A Quirke siempre le gustaba aquel gesto de las mujeres antes de sentarse, cuando pasaban con destreza una mano por la parte de atrás de la falda para alisarla.

Isabel. Debería haber llamado a Isabel. Si lo que Philbin le decía no era bueno, sería aún más difícil darle la noticia. Sí, debería haberla llamado, debería haberle dicho dónde estaba, por qué estaba allí esperando, para que estuviese preparada.

La mujer con la permanente fue la primera en entrar. Se apellidaba Sweetman, se lo oyó a la recepcionista. Se levantó, aferrando el bolso, y caminó hacia la puerta blanca con una sonrisa desolada. La dulce señora Sweetman. Quirke le deseó suerte en silencio. El joven y él intercambiaron una mirada vacía. ¡Frankie, el camarero! Se

parecía a él: el mismo cabello liso y la misma barbilla azulada, la misma mirada zalamera, la misma chulería.

Diez y quince minutos. El segundero giraba resuelto.

Estornudó con tal violencia que la recepcionista se sobresaltó y se quedó mirándole. Estaba pillando un buen resfriado.

A las diez y media, la señora Sweetman salió de la consulta. Quirke y el joven que se parecía a Frankie miraron su rostro disimuladamente en busca de una señal. Pero ella no dejó traslucir nada y pasó delante de ellos, dejando tras de sí el rastro de su perfume.

Quirke se retrepó en la silla y cruzó los brazos. Aún le quedaba tiempo, Frankie era el siguiente. Pero se equivocaba. La recepcionista le miró con su amable y fría sonrisa y movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—El señor Philbin le verá ahora, doctor Quirke.

Señor. Doctor. Conocía todas las formalidades de la jerarquía.

Se puso en pie y echó a andar con pies de plomo y, mientras avanzaba, la imagen del camino junto al canal le vino a la cabeza: la oscuridad, los sombríos árboles vigilantes y alguien que, emergiendo de la noche, caminaba a su encuentro.

Agradecimiento

Mi agradecimiento a Olivia O'Leary y, como siempre, al doctor Gregory Page, que sabe todo lo que hay que saber sobre heridas, moribundos y la muerte.

Nota de la traductora

Los *tinkers* que aparecen en la novela son conocidos en la actualidad como *Irish Travellers* o «nómadas irlandeses». El nombre de *tinkers* procede de uno de los oficios a los que se dedicaban, la reparación y venta de quincalla. Los *tinkers* presentan características sociales muy parecidas a los mercheros españoles, también conocidos como quincalleros o quinkis: origen incierto, nomadismo hasta bien entrada la década de los cincuenta, uso de carromatos como vivienda y transporte, venta ambulante, estructura familiar, oficios, una lengua en gran medida secreta... Aunque los *tinkers* y los mercheros poseen un modo de vida y costumbres muy similares a los de los gitanos, no comparten su origen étnico. En su comunidad existe un elevado índice de endogamia.

He optado por mantener la denominación de *tinkers*, pues su nombre define no solo sus hábitos y tradiciones, sino también el espacio geográfico donde viven, Irlanda, y la lengua que utilizan, el shelta o cant. No obstante, he aprovechado la posibilidad de traducir las palabras del cant que aparecen en *Órdenes sagradas* a sus equivalentes en el habla de los mercheros, que utilizan algunos términos castellanos antiguos, otros de la germanía y, sobre todo, numerosas palabras tomadas del caló. De antemano, pido disculpas a *tinkers* y mercheros por las posibles inexactitudes. Como bien dice Andrés Neuman, una traducción no es sino una ficción basada en hechos lingüísticos reales.

Glosario de palabras utilizadas por los *tinkers* que aparecen en el texto:

buchito: trago

cachí: mujer

cambrí: embarazada

chamullar: hablar

chanelar: comprender

chinorris: niños

chorar: robar

compadre: amigo

currelar: trabajar

Enlubachen: Inglaterra

eraipe: sacerdote

jambo: que no es gitano ni merchero

jonjabar: engañar

lileta: simple, tonto

liló: loco

nasallí: enferma

pestañí: policía

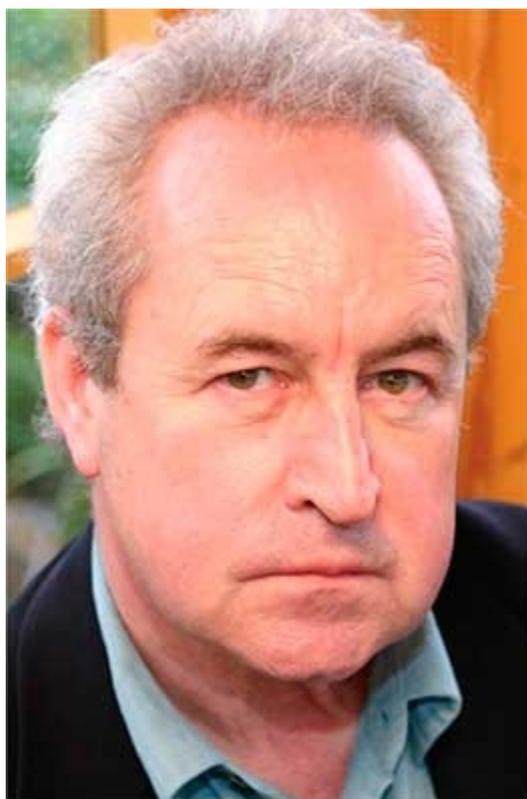
piraberar: fornicar

pirante: sinvergüenza, bribón

polilla: policía

repañí: bebida alcohólica

romí: esposa



BENJAMIN BLACK (Wexford, Irlanda, 1945). Es el seudónimo de **John Banville**. Banville ha trabajado como editor en *The Irish Times* y es habitual colaborador de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* (Alfaguara, 2014) fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con la novela *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre sus novelas destacan también *El intocable*, *Los infinitos* y la *Trilogía Cleave*, ciclo que incluye *Eclipse* (Alfaguara, 2014), *Imposturas* y *Antigua luz* (Alfaguara, 2012), uno de los mejores libros del año según la crítica. Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado en Alfaguara, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke, adaptada a la televisión por la BBC británica, con guion de Andrew Davies, y Gabriel Byrne en el papel de Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013) y ahora *Órdenes sagradas*—, y *La rubia de ojos negros*, en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos como la antesala del Premio Nobel, y en 2013 fue galardonado con el Premio Austriaco de Literatura Europea, y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber. En 2014 le fue otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policiacas».

Notas

[1] Uno de los apelativos que reciben los nómadas irlandeses o *Irish Travellers*, ya que a menudo se dedican a recoger chatarra y metales. No son gitanos, aunque comparten un estilo de vida similar. (N. de la T.) <<

[2] Movimiento violento juvenil que surgió en Dublín en los años treinta y perduró durante las dos décadas siguientes. Para algunos tenía cierto carácter romántico, pues sus integrantes ayudaban asimismo a los vecinos de sus barrios. (*N. de la T.*) <<

[3] Operación que consiste en poner un fondo entre varias personas para repartirlo en una época dada, con sus intereses, solo entre los asociados que han sobrevivido y que siguen perteneciendo a la agrupación. (*N. de la T.*) <<

[4] La lengua de los *tinkers* o nómadas irlandeses se conoce como shelta y está dividida principalmente en dos grandes dialectos, gammon (o gamin) y cant. Véanse la nota y el glosario que cierran la novela. (N. de la T.) <<